



DEPARTAMENTO EDITORIAL

EN TORNO A  
MASFERRER

MINISTERIO DE CULTURA  
DEPARTAMENTO EDITORIAL  
San Salvador, El Salvador, C. A.



# EN TORNO A MASFERRER

*Queda hecho el depósito que marca la ley*

*Primera edición  
Departamento Editorial  
del Ministerio de Cultura  
San Salvador, 1956*

Impreso en los Talleres del  
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA  
San Salvador, El Salvador, C. A.  
1 9 5 6

DEPARTAMENTO EDITORIAL

# EN TORNO A MASFERRER



MINISTERIO DE CULTURA  
DEPARTAMENTO EDITORIAL  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



## NOTA EDITORIAL

El DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA reúne, en el presente volumen, algunas de las numerosas opiniones de escritores nacionales y extranjeros que han sido publicadas en torno a Masferrer.

La selección de los materiales no ha sido fácil. Son diversos los puntos de vista y aspectos tratados por sus comentaristas y admiradores. Desde el ensayo breve a la nota personal, todos intentan mostrar los múltiples aspectos de la vida y obra de este batallador salvadoreño. Lo escrito y reproducido hasta ahora abarcaría varios tomos. Por ese motivo una recopilación como ésta, tomada de libros, folletos y recortes de diarios y revistas, puede adolecer de lamentables omisiones que deploraríamos haber cometido involuntariamente. A pesar de ello, consideramos que ha de ser útil para quienes se han interesado y se interesan en ahondar el conocimiento sobre la vida y lucha de Alberto Masferrer.

Entre los trabajos incluidos, son dignos de mencionarse por su importancia y extensión, el del Profesor Francisco Morán que sirve de prólogo al volumen correspondiente a la Colección Los Clásicos del Istmo, publicada en Guatemala en 1950, y el ensayo de Pedro de Alba: La Educación Vitalista de Alberto Masferrer.

La mayoría de autores de escritos más o menos extensos y serios han convenido en que no se ha hecho todavía un estudio completo sobre la vida y obra de personalidad tan varia y recia como la del humanista centroamericano.

Uno de los libros de mayor importancia y significación de Masferrer fue sin duda *El Mínium Vital*, ensayo sociológico cuya influencia se hizo sentir en muchos países, por sus alcances y trascendencia. Pedro de Alba, conocido intelectual mexicano, en su cuidadoso trabajo sobre esa obra dice, entre otras cosas, lo siguiente: “El pensamiento del maestro salvadoreño adquiere resonancia internacional: sus doctrinas se identifican con los más avanzados proyectos para la creación de un mundo futuro equilibrado y justiciero. Los economistas ingleses que hablaron en los años de gran peligro —1940-1942— de la democracia dinámica y del mínimo de derechos económicos para todo ciudadano de una verdadera democracia, parece como si hubieran leído el manifiesto del *Mínium Vital*; en algunas de sus conclusiones hasta usan las mismas palabras”.

Los lectores encontrarán al final de este volumen una reseña bibliográfica del escritor salvadoreño.

Alberto Masferrer nació el 24 de julio de 1868, en Alegría, Departamento de Usulután, República de El Salvador y murió en San Salvador, el 4 de septiembre de 1932.



LAUDE Y RESPONSO DE DON  
ALBERTO MASFERRER

*Diré tu frente —sueño, tierra, espada—,  
tu frente inmóvil, recogida en hielo:  
Diré también el singular desvelo  
que ardía sin cansarse, en tu mirada.*

*Diré tu mano, pobre bienamada,  
cortadora de mundos por el cielo.  
Diré tus pasos de ancho desconsuelo  
crecidos con el tiempo en marejada.*

*Diré por fin tu voz, tu voz clamante,  
siempre abriendo la luz, siempre adelante,  
¡cristiana voz de ríos infinitos! . . .*

*Voz que suena perdida y dolorosa,  
que no encuentra silencio, ni reposa,  
y está sufriendo en un ciprés de gritos.*

*Claudia LARS.*



DECLARASE POR DECRETO DEL CONSEJO  
DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO,  
MONUMENTO NACIONAL LA  
TUMBA DONDE REPOSA DON  
ALBERTO MASFERRER

Para honrar la memoria del ilustre maestro y escritor, don Alberto Masferrer, el Consejo de Gobierno ha emitido el siguiente decreto:

EL CONSEJO DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO DE  
LA REPUBLICA DE EL SALVADOR,

CONSIDERANDO:

I.—Que el cuatro de septiembre próximo entrante, se cumple el décimo séptimo aniversario de la muerte de don Alberto Masferrer, renombrado filósofo, maestro y escritor, gloria y prestigio de la República;

II.—Que es un deber del Estado honrar la memoria de quienes supieron dar nombre y prestigio a la Patria, ya que el culto hacia los ilustres desaparecidos, al mismo tiempo que elevada expresión de una clara conciencia nacional, es estímulo eficaz en el desarrollo de las más altas virtudes cívicas en las generaciones futuras del país,

POR TANTO,

en uso de las facultades que le confiere el Decreto N<sup>o</sup> 1,

de 16 de diciembre retropróximo, publicado en el Diario Oficial N° 276, Tomo 145, de la misma fecha,

DECRETA:

Art. 1º—Declárase monumento nacional la tumba de don Alberto Masferrer.

Art. 2º—El Ministerio de Cultura se encargará de mantener dignamente presentado dicho monumento.

Art. 3º—Autorízase al Director del Cementerio General de esta ciudad, para que, libre de derechos permita el depósito de los restos mortales del Maestro Alberto Masferrer, en el puesto de mausoleo N° 5, interior del Cuadro “R” del expresado Cementerio.

Art. 4º—Este Decreto entrará en vigor desde el día de su publicación en el Diario Oficial.

DADO EN LA CASA DEL CONSEJO DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO: San Salvador, a los treinta días del mes de agosto de mil novecientos cuarenta y nueve.

*Doctor Humberto Costa, Mayor Oscar Osorio, Mayor Oscar A. Bolaños, Doctor Inf. Reynaldo Galindo Pohl, Rubén H. Dimas, Ministro de Cultura; Doctor Eduardo Barrientos, Ministro de Asistencia Social.*

# ALBERTO MASFERRER O LA CONCIENCIA SOCIAL DE UN PUEBLO

Por Francisco MORAN.

*“De milenio en milenio los hombres necesitan una palabra nueva.*

*—Es la palabra renovadora y purificadora. Es como una llama que viene a consumir todo lo que es desecho y escoria. Es como un viento que viene a secar y airear todo lo que es pantano y miasma*

.....

*Mas cuando la verdadera palabra surge y se declara, una brisa de serenidad orca las frentes atormentadas y la esperanza aletea en los corazones inquietos.”*

A. Masferrer. (“Vida Nueva”).

Ningún salvadoreño representa la conciencia social de su pueblo en la medida y calidad que Alberto Masferrer. Masferrer es la conciencia social de El Salvador.

No se puede sentir ni comprender la experiencia vital de ese pueblo sin incidir en algún punto con el pensamiento de Masferrer. Ni es dado expresar algo sincero y profundo en la realidad social de los salvadoreños sin comentar, plagiar o repetir alguna forma o contenido de los escritos de Masferrer.

La historia de la realidad social de El Salvador como fenó-

meno de conciencia colectiva, se desenvuelve en dos períodos bien definidos: antes de Masferrer y después de Masferrer. Este hombre más que un pensador, más que un escritor y un poeta, es un hecho histórico de pura conciencia social.

El pueblo salvadoreño ha trascendido ya el estadio de la simple convivencia en territorio propio, en función del suelo, del clima y de la tradición. Se ha iniciado en la actuación consciente y el aprovechamiento planeado de sus recursos; en la aplicación sistemática del esfuerzo al incremento de los medios de vida, en la valorización y dignificación de sus reservas humanas.

No importa, para la validez de estas afirmaciones, cuán reducido sea el grupo de conciencias que las aceptan y sostienen ni qué proporciones alcanza la resistencia a su confirmación. Tampoco amengua su eficacia virtual el hecho innegable de que una considerable porción de los salvadoreños se atienen a la tradición y se agarran a ella para sobrevivir.

Masferrer ha dicho la palabra nueva y ella, luz y sendero y fuerza para unos, escándalo y oprobio para otros, está actuando como fermento de justicia y marcando el rumbo fatal y la forma del acontecer en la realidad profunda de la vida colectiva del pueblo salvadoreño.

Nunca se produjo revolución igual en la conciencia colectiva con medios tan escasos: unos cuantos folletos impresos en papel periódico y en los formatos más humildes. Una serie de artículos publicados en un periódico, "Patria", que nació y vivió dos años sólo con este designio: darle a Masferrer el instrumento imprescindible para promover la revolución en la conciencia de su pueblo.

No era necesario ni más ni menos.

Y el milagro se ha hecho. Después de la muerte de Masferrer, dos movimientos revolucionarios, al parecer inconexos y extraños al proceso ideológico que se operaba, pero que respon-

den a la nueva conciencia de El Salvador, han producido un viraje en la orientación de las fuerzas determinantes de los destinos del pueblo y han arrebatado el poder político de las manos que lo detentaban en contra de los verdaderos intereses de la democracia.

A partir de Masferrer, las masas laborantes en la ciudad y en el agro siguen con expectación comprensiva y, en momentos oportunos, respaldan, con la eficacia de su fuerza numérica, aquellas orientaciones que tiendan hacia una justicia social íntegra, hacia la organización de los contenidos de vida dentro de las formas institucionales.

En vano dos generaciones de viejos militares de tipo prusiano, puestos al servicio de algunos ricos de mentalidad feudal, y contando con la complicidad de oportunistas faltos de principios, pero sobrados de ambición, se han adueñado del poder y han empleado su maquinaria rechinante y gastada para perpetuar el régimen de iniquidad y privilegio a que no quieren, no pueden renunciar.

Fuerzas nuevas, fuerzas del pueblo consciente se han polarizado espontánea y fatalmente en dos momentos de la historia, y han liquidado esos regímenes cuando más seguros se creían en su astucia y en su fortuna. Y esos movimientos constituyen experiencias políticas de un pueblo que ya sabe a dónde va y cómo va. Los impulsores de estos movimientos y los promotores de otras corrientes de ideologías revolucionarias pueden estar más o menos identificados con las enseñanzas de Masferrer; acaso las nieguen unos, acaso otros las rechacen o pretendan haberlas sustituido por doctrinas de contenido más valioso y de más extendida validez. Pero ningún luchador sincero, ningún hombre puesto honradamente al servicio del pueblo puede desconocer, sin caer en contradicción consigo mismo, que las reservas humanas con que cuenta la revolución salvadoreña fueron pues:as en marcha por el evangelio social de Masferrer.

Y como acontece que El Salvador es sólo parte de una unidad geográfica y social más extensa; y como es cierto que la realidad vital de El Salvador se extiende en todas y cada una de las manifestaciones a las restantes agrupaciones político-sociales del Istmo centroamericano; y como la interdependencia de estos grupos humanos es un hecho impuesto por la Geografía y por la Historia, así viene a suceder que el contenido revolucionario de la obra de Masferrer cobra los relieves y adquiere el valor de una pre-revolución social en Centroamérica. Tal la concibió y la profetizó su autor. Se le vio un día venir a Guatemala y llamar al corazón de un mandatario y dirigirse a la conciencia del pueblo en procura de apoyo a sus doctrinas. Obtuvo respuestas prontas y generosas que encendieron más su fe. Esas respuestas cobraron forma documental en prosas inolvidables de Rodríguez Cerna, de Miguel Angel Asturias y de otros hombres de saber y de expresión. Por otra parte, en cada sección del Istmo, grupos de hombres y mujeres adoptaron las doctrinas de Masferrer y se aprestaron a trabajar en su propagación. Nunca antes de aquel momento poseyeron los pueblos de Centroamérica un ideal común que los uniera en la zona de la conciencia que es donde se operan las uniones valdezas. La historia del movimiento minimumvitalista de Masferrer es una revelación de las verdaderas posibilidades de unión centroamericana, si ésta ha de realizarse como satisfacción de las necesidades mínimas pero indiscutibles de los pueblos del Istmo.

De esta manera, la obra de Masferrer trasciende las fronteras de Cuscatlán y viene a ser expresión de la conciencia social de Centroamérica.

Y como aconteciera que en los días de Masferrer, la crisis mundial de postguerra se agudizara y adquiriera ya los lineamientos precisos de la segunda preguerra mundial con todo el aparato de sus negaciones audaces y la rebelión de las masas



regimentadas; y como quiera que América, último refugio de las libertades democráticas, debía de aceptar fatalmente su destino de salvadora de la civilización, que Europa no había sabido mantener, y como pareciera dudoso que los pueblos del Continente poseyeran o pudieran adquirir, en la hora oportuna, el sentido exacto de su misión, he aquí que Masferrer, clama, denuncia y advierte, con acentos que estremecen, para que América se percate y se coloque a la altura de su destino, antes que la barbarie destruyera el bien común de la civilización. “Misión de América” de Masferrer es un llamado al Continente y culmina con esta exultación:

*“¡Hombres nuevos de América! Alcémonos,  
formemos en fila de combate, ensanchemos  
el pecho, absorbamos poderosamente el aire  
de la vida y que surja y resuene el grito de batalla.  
¡A luchar por América!  
¡A sufrir por América!  
¡A triunfar por América!”*

Si tales acentos hubiesen resonado en el recinto de un Congreso de Naciones, o hubieran sido pronunciados por un Roosevelt, habrían puesto de pies al concurso de los pueblos americanos. Pero resonaron como clamor en el desierto, venidos de un rinconcito de América y sólo fueron recogidos en unas cuantas conciencias desveladas, para ser transmitidos, como mensaje casi secreto, de una en otra generación. Y, sin embargo, esos acentos son expresión cabal de la conciencia de un Continente en un momento decisivo de la Historia del mundo.

Y como lo que vale legítima y realmente para un pueblo es válido para la totalidad de los hombres, y puesto que Masferrer

es legítima y realmente la conciencia social de un pueblo, Masferrer es una conciencia social de la Humanidad en un momento de la Historia.

## I

### EL HOMBRE

#### INFANCIA

*“...todo está ya en la infancia desde la más tierna edad, todo lo que es y lo que será, el doble ser del presente y del porvenir...”*

Romain ROLLAND. (“El Alma Encantada”).

*“Ya se sabe cómo viven los niños sanos y equilibrados, cuando no son de padres miserables ni opulentos sino de una moderada y gozosa pobreza. Viven gozosos, al aire libre...”*

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

Nació Alberto Masferrer en el pueblecito de Alegría, “puñado de casitas blancas queriendo treparse al borde mismo del cráter que perfora el volcán, asidas a las pendientes y las quiebras”, en un repliegue de la cadena costera que, cortada por el río Lempa en su tercera jornada, se alza de nuevo en terrazas escalonadas en caracol y ofrece una sucesión ascendente de balconerías abiertas al paisaje circular; un momento cae la vista sobre el estaño infinito de la Mar del Sur y luego, tras un leve giro de la visual, contempla el valle señero del Lempa y más allá los llanos inmensos, montes, ríos, bosques “que sólo sirven para soñar, cuando uno va a la laguna, de lo alto de la cuesta”. Damos media vuelta y nos extasiamos ante “aquellos cerros azulados que surgen de aquel manto de nubes; son los cerros de La Espe-

ranza y más allá, en el confín, aquella escalinata de gradas inmensas, son los Andes, el espinazo mismo de la gran cordillera, a dos mil, a tres mil, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. . .”

Hijo de un amor, sin conveniencias ni cálculos, de una serrana criolla y de un español inmigrante, discurrió su niñez en aquel rincón de la montaña, limitado su mundo “por el cerro, la laguna y el Lempa”. ¡Qué riqueza de impresiones prístinas formaron en el alma de aquel hijo de la Sierra el trasfondo de una vida en que la luz, la línea y el ritmo, robados tempranamente al suelo y al paisaje, debían urdir y bordar constantemente las formas con qué revestir los pensamientos hondos y las amargas experiencias de una conciencia nacida para cargarse de mensajes de lo alto! Los otros hilos de esa trama los fueron dando uno a uno, la abuelita que discutía con el infante sobre la venida del coyotillo; el negrito que, “era un incansable soplador en el clarinete de palo”; Brabonel, cuyos “ladridos agudos saltaban, se encabritaban, se esparcían como una ola estruendosa”, la campana de la Iglesia, que paraba en blanco las fanfarrias de la pandilla y ponía a los artistas quietos, mientras allá estaban pensando; la tía Romana que contaba el cuento de “El Pájaro del Dulce Encanto”; el de “El Caballo de los Siete Colores”; las correrías de El Partideño, y, por sobre todas esas maravillas, las historias del Carbunco que “cambia de color a cada instante”: ya es una roja granada, ya un grande ópalo, o una inmensa esmeralda. . .

También pusieron sus hilos en la obra, la Cartilla de San Juan, el “Todo Fiel Cristiano” y “El Ave María”; el maestro orgulloso de su nuevo discípulo; el cazarro del Alcalde que descubrió el artificio memorístico de aquel aprendizaje de la lectura sin alfabeto; el padre Rosales que obsequió al chiquillo el primer libro de versos.

Y luego otras gentes y otras cosas y sucesos de que dio cuenta cabal y fragante en sus amables “Niñerías”.

## ADOLESCENCIA

*“El abismo que había de separarlo de los suyos se va formando ya, y las amargas roídas en silencio comienzan”.*

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

Los sabios caracterizan la adolescencia “como evasión y como retorno”. Es el período en que el ser humano se rebela contra todo lo que es límite y regulación, no importa que ellos se llamen abnegación maternal, sacrificio del padre, ternura de la hermana o dulce fidelidad de la primera novia. Qué insufrible tortura imponen los horarios, los programas y los reglamentos.

Desea el adolescente romper todo vínculo con su propio pasado y huir hasta de sí mismo. No sabe a dónde va y quiere ignorar de dónde viene.

En plena crisis de adolescencia, Alberto Masferrer fue llevado a San Salvador e inscrito como interno en un colegio.

Muy pobre constancia directa podemos espigar, en los escritos de Masferrer, acerca de su vida de adolescente. Pero algo pudimos oír de sus labios, en charlas amistosas, y bastante puede deducirse de sus críticas a los sistemas docentes y prácticas y usos escolares que hubo de experimentar en ese período de su vida.

La rebelión suele llenar la adolescencia y acaso la primera juventud de la gran mayoría de los hombres que luego se estancan en el remanso de las conveniencias y las comodidades jugosas. Los luchadores de estirpe se inician muy temprano en la rebeldía y nunca la abandonan sino con el aliento último de su existir. Tal es el caso de Masferrer.

Entre sus recuerdos de colegio le fue siempre grata la figura y manera del director don Hildebrando Martí, pedagogo venido de Cuba. Veneró también la memoria del profesor salvadoreño

doctor José Angel Mendoza, por su hombría y rectitud. Ninguno más parece haberle causado impresión duradera. En cambio, criticaba sus métodos y usos docentes, así como la estrechez y cortedad de su visión social.

Prefirió siempre aprender en la vida y en los buenos libros y así vino a convertirse en un verdadero autodidacto.

Los baños en las albercas públicas, “La Chacra” y “El Coro”, así como las serenatas con guitarra y las excursiones a los cerros y poblados vecinos, le enseñaban mucho más de la vida, que las lecciones de memoria con bostezos frente al pizarrón y al mapa.

Y en tanto, el alma se nutría e iba creciendo. Ya en el retorno, desde los diecisiete años, había escrito para sí mismo, para sus parientes cercanos y contados amigos.

“Todo lo que escribí hasta mis veintiún años lo destruí. Había más que todo, versos; ningún artículo; y dos libritos: uno que describía mi viaje a Nicaragua y Honduras, y otro sentimental, sugerido por el “Rafael” de Lamartine.”

Ninguna pesquisa o deducción arroja tanta luz sobre la enigmática adolescencia de Masferrer como una sola página de sus escritos. En el capítulo XI de sus “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús” se traiciona y deja aparecer en el trasfondo la propia imagen, que buscábamos en vano en sus referencias autobiográficas. No pudo figurar tan a lo humano la adolescencia de Mesías, sino quien hubiera vivido los rasgos esenciales de aquel período tormentoso de la duda, la negación y la reserva.

“Me figuro a Jesús, desde muy niño, por ahí por sus doce o trece años, no como ese carpintero de la leyenda, sumiso y dulce sino como un muchachito esquivo, poco o nada comedido con su padre, a quien no ayudaría sino por reiteradas exigencias de éste; enigmático para su madre, que cada día lo encontraría más extraño y más distanciado de lo que soñara cuando lo concibió; alejado de sus hermanos y hermanas, que lo tendrían por un

inepto para los juegos y perezoso para el trabajo; en fin, un niño contrario a su ambiente, el que le hostilizaba cada vez más, y con el cual, por fuerza, había de acabar en abierta ruptura.”

La imagen que adivinamos a través de este retrato hecho sobre introspecciones acaso inconscientes del propio autor, no se desdice sino se confirma plenamente a lo largo de una vida que había de legar a los hombres esta consigna escandalosa: “No obedecerás”.

## LOS VIAJES

*“...sobre todo aquellos viajes fecundos, mil veces mejores que los libros; habló con el lirio del campo sobre la belleza y gratuidad de su vestido; habló con la raposa, sobre la vida fácil y libre de quien se contenta con una madriguera, habló con la golondrina y el vencejo, sobre la paz que infunde el aire, a quien frecuenta las cimas de los montes; habló con las rocas y los arenales, con los espinos estériles y con las higueras prolíficas, con el árbol y el musgo, con la lluvia y el trueno; con todas las cosas que se contemplan en la vida errante, si quien ambula es un poeta, y cada una le enseñó alguna verdad y alguna parábola.”*

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

Y un día el adolescente no pudiendo sufrir más los horarios y los reglamentos y las lecciones sin contenido vital, abandonó el colegio y comenzó a viajar para aprender y a trabajar para vivir.

A partir de aquel momento, su vida y su obra se desenvuelven paralelamente, una en función de otra, por etapas claramente jalonadas y los jalones son sus viajes. Cada período de peregrinajes le daba la visión de una realidad más amplia y nunca retornó

sin su carga novedosa de experiencias, de estampas, de afectos. Y venía afanoso a contar, a enseñar, a construir. Así también no vuelve la abeja a su colmena sin su carga de néctar o de polen, y no deja, al regreso, de entregarse gozosa a uno cualquiera de los múltiples afanes del colmenar. Jamás en las ausencias se apartó de la mente, ni se empalideció el recuerdo de su pueblo, de su tierra, de sus gentes. Apenas había perdido el contacto con el país ya comenzaba el trabajo interior de comparar paisajes, hombres, ciudades y el elaborar pensamientos y el atesorar datos, imágenes y referencias. Todo esto combinado, pulido y prestigiado por el toque de luz de la poesía, formaba el tesoro del peregrino a su regreso.

En Masferrer como en Martí, la patria fue sin tregua ni reposo, el pensamiento central de donde arranca toda vibración y con el que concierne cada idea y cada pulsación del ser. Ambulando por las calles de Santiago de Chile, extasiado ante un cuadro o una estatua en el Louvre, o mirando caer la nieve en Nueva York, volvía su pensamiento fiel a El Salvador y a la miseria, a la ignorancia y al paludismo de los coterráneos, pero también a la luz y al color y al ritmo del paisaje de Cuscatlán y a la esperanza de una vida mejor para sus hijos.

En círculos cada vez más amplios se fue extendiendo la visión y la experiencia y el amor de Masferrer. A los veinticuatro años había estado en Nicaragua y en Honduras. Luego vivió en Guatemala y Costa Rica. Durante este período, se formó su conciencia de “la enfermedad de Centroamérica” y su esperanza, nunca destruida en lo virtual, de alcanzar su curación mediante el alfabeto y la distribución equitativa del agua, del aire, del pan, de la salud y la cultura. En aquel período se formó la red de afectos entre Masferrer y los grupos de luchadores desvelados de la “vieja guardia unionista” y su simpatía, a veces un tanto desesperanzada, por cada generación de ilusos y generosos escri-

tores, poetas y pensadores que llegaban a ofrendar lo mejor de sus almas jóvenes ante “el viejo ideal”. Masferrer no puede ya pensar en El Salvador sin pensar en Centroamérica y su conciencia de lo ístmico se depura y se acendra hasta sus años de avanzada madurez.

El viaje a Chile, la convivencia con un pueblo esforzado, metódico y de buen sentido democrático; la lucha por el pan de cada día en un ambiente cultural avanzado, con fidelidad a la última vocación de escritor y periodista, y la visión del paisaje sureño formaron lineamientos más firmes en aquella conciencia ya en vía de madurez. Y vuelve como siempre, a la tierra, endurecido y viril, a decir verdades amargas, pero saludables, a organizar voluntades renovadoras, a proyectar reformas y revoluciones.

Su tercer peregrinaje, el más fecundo y decisivo, lo hizo Masferrer en Europa. Nombrado cónsul en Amberes, fue a saturarse del ambiente cultural del Occidente europeo, y a convivir con uno de los pueblos mejor organizados, más cultos y decentes de aquel concierto de voluntades colectivas que eran las democracias de los Países Bajos y los pueblos escandinavos.

El contraste de aquel medio social y el de El Salvador, fue, acaso, el golpe más rudo a la conciencia de Masferrer y la llamada más decisiva de su destino.

Su respuesta inmediata a esa llamada tomó la forma de ensayo que tituló “Leer y Escribir”. Pero todo cuanto escribió en adelante, al menos en cuanto a contenido social, tuvo algo de su reacción ante la antítesis de dos realidades tan diferentes.

De tal guisa, la obra de Masferrer va surgiendo a medida que los viajes, su gran escuela, van aportando el material de visiones y experiencias, y éstas se organizan en torno a la idea prístina y perdurable: la realidad del pueblo salvadoreño.



## LA LUCHA

*“Entre Masferrer y el resto de los salvadoreños hay la misma distancia mental que entre Anatolio France y los colonos de Argelia o entre Pérez Galdós y los habitantes de Marruecos. Los intelectuales salvadoreños con sus roñosas ideas provincialistas y Alberto Masferrer con sus altas ideas universalizadoras, son, espiritualmente, habitantes de diversos planetas.”*

Julio R. BARCOS. (“Profesores de Idealismos”. 1907).

*“Todo en ellos es contrariedad y dolor, pero a quien más desgarran sus espinas es a ellos mismos.”*

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

La obra de Masferrer, como la de todos los reformadores de verdad, fue concebida, gestada y nacida perennemente en el seno mismo de la existencia. De lo anecdótico de su autor, no. Ni de sus imagerías y humores. De su vida como fermento de renovación, como mutación y cambio, como previsión y mensaje.

Y como todo lo que es dinámico, demandaba cambio, desplazamiento y renunciación. Cambios en la concepción misma de la vida colectiva, en sus finalidades, órganos y funciones; desplazamiento de cuanto hay de viejo, gastado e inútil en las instituciones del poder y la cultura; renunciación a la comodidad y el usufructo de los bienes acumulados en el seno de la injusticia, la ignorancia y la imprevisión.

Todo esto no era posible sin lucha con los hombres. Con los timoratos que se horrorizan ante la palabra renovación; con los doctrinarios y los dogmáticos de las sectas y las escuelas; con los vigilantes mantenedores del tabú y la tradición.

Una sociedad, como un individuo no renuncia sino con dolor y sacrificio a su pasado y sólo se arranca de él con dolor, "como la uña de la carne".

Por eso la obra de Masferrer fue grito de batalla y motivo de escándalo perenne. Y el hombre estaba hecho para la batalla y el escándalo. Ya de niño prefería sufrir el castigo de la mano materna a someterse en la escuela al aprendizaje de la lectura por el método de b-a, ba. Y en la proximidad de la tumba, su mano no vaciló en trazar esas líneas preñadas de rebeldía que se titulan: "No obedecerás".

Desde muy temprano Masferrer provocó discusiones, suscitó odios y motivó medidas contra la propaganda de sus ideas. Desde muy temprano despertó conciencias, polarizó voluntades e inspiró palabras y actos de liberación. Y a diecisiete años de su muerte, los salvadoreños estamos en pleno proceso de revolución en la que pugnan, sea que lo digamos o lo callemos, los masferreristas y los antimaferreristas.

La vida de Masferrer fue una lucha siempre renovada contra la rutina, el dogma y el estatuto; contra las ideas estancadas, la codicia multiforme y los sistemas de explotación del hombre por el hombre; contra la ignorancia en todos sus grados, formas y matices; contra la mentira convencional y la conformidad acobardada. Concitó la enemistad y el odio de todos los hombres que se amparan y se regocijan y se crecen en el fango y el miasma de esa podredumbre. Su crítica, unas veces serena y acariciante y otras veces irónica hasta el sarcasmo, pero siempre impregnada de docencia, se expresaba con acentos entrañables plenos de amor y de piedad.

Para esta lucha desigual no tuvo más recursos que su pluma y su conciencia visionaria. No contó con ayudas del poder, ni de las escuelas, ni de los cleros: no lo comprendieron en tiempo y sazón, ni siquiera los hombres y las mujeres por cuya liberación batallaba sin descanso. Conoció las amarguras de la soledad

y el abandono que sobrevinieron, acaso el mismo día en que las muchedumbres agradecidas habían aplaudido sus conferencias en el ágora del pueblo.

Por eso amaba tanto el símbolo de Prometeo. Acaso se veía a sí mismo tendido en la cima de la venganza poderosa, devorada por los cuervos la entraña, que renacía y otra vez para perpetuidad de su martirio.

Pero había arrebatado a los dioses el misterio del fuego divino y lo había brindado a los mortales: “La Verdad os Hará Libres”, “La Cultura por el Libro”, “No Obedecerás”. La causa de los mortales estaba ganada. Bien podía el capitán morir.

No existe en la lucha de Masferrer la pasión que hay en Sarmiento, ni la visión interior de la propia grandeza que en Bolívar, ni el espectáculo de la patria encadenada que enardecía a Martí.

Las fuerzas que motivan e impulsan su lucha son de un orden más humilde pero no menos realista y generoso. Es la pena que lacera ante el cuadro que ofrece un pueblo debilitado por la malaria, agarrotado por el alcoholismo, inhibido por la ignorancia y la superstición. Es la rebelión contra el acaparamiento de la tierra en un país tan densamente poblado como El Salvador; contra la insolencia de los gamonales feudelistas, que se juegan fortunas en una noche, mientras sus trabajadores carecen de techo, y comen tortilla con frijoles en los tres tiempos; contra el mesón que es resumen de toda incomodidad y sordidez; contra el afán de atesorar sin saber si el dinero tiene olor a sangre, a miseria o a prostitución.

Ilumina su lucha la conciencia de que no son obra de la fatalidad, ni castigos de una deidad maléfica la enfermedad y la miseria de grandes masas humanas, sino resultado de una organización social injusta, cruel e ignorante, mantenida por las minorías usufructuarias de semejante orden social.

Y contra esta mal llamada organización, contra sus doctrinas

y defensores, contra sus leyes y reglamentos lanza sus palabras como flechas certeras, y erige poco a poco frente a ellos su visión de una sociedad más humana, más lógica y más previsora.

¿Cómo no habían de brotar a cada golpe los enemigos de Masferrer? Los representantes de las doctrinas y escuelas sociales y políticas oficialmente reconocidas se sentían irrespetados por aquel audaz que, sin diploma ni licencia alguna, osaba discutir problemas de economía, de salubridad, de gobierno y de educación y proponía fórmulas no contenidas en los textos aprobados ni en los reglamentos y previsiones de la burocracia.

Los dirigentes espirituales veían con horror cómo se proponían a la conciencia del pueblo interpretaciones claras y sencillas de las enseñanzas de los grandes iniciados, en formas libres de dogmatismo.

Los hombres del poder tenían que sufrir la exhibición de su ignorancia, su imprevisión y su falta de sentido social.

Los acaudalados y los aspirantes a rico leían aquellos análisis despiadados e irónicos de los orígenes y del crecimiento de sus haberes y potencias.

Los militares oían discutir la utilidad de sus servicios y los fines de sus instituciones; los educadores, la eficacia de sus métodos; los agricultores, la de sus prácticas y usos; las mujeres, la razón de sus esclavitudes y los hombres la legitimidad de sus derechos.

Contra cada uno tuvo algo que decir Masferrer, porque al pesar y medir sus actos y sus palabras, los hallaba faltos. Y porque era su pensamiento piedra de toque para prueba de metales.

Así también más de alguna vez estuvo con cada uno de sus contrincantes y opositores. Con el potentado cuando extendió la mano en ademán generoso; con el hombre de ciencia a lo Pasteur o Madame Curie; con el maestro, cuando padecía pasión civili-

zadora, como Sarmiento; con el legislador, cuando preveía para los siglos, como Moisés.

Esa flexibilidad suya de simpatizar hoy con sus opositores de ayer y de librar batallas en favor de sus enemigos, tornó a veces más compleja su lucha, más incierta su posición y más difícil su influencia.

¿Cómo se explica entonces que Masferrer haya impresionado tan profundamente a la conciencia de su pueblo y que su obra (cuya validez definitiva se inicia con la muerte del luchador), cobre en el tiempo extensión continental y estructura para perennidad?

Buscaba estar con la Ley. La Ley, así, con mayúscula, porque no nos referimos a las leyes que son en cada momento y lugar las normas más o menos felices, más o menos erróneas con que los hombres pretenden orientar a los hombres, sino a lo eterno, a lo que es legítimo en todo tiempo y lugar. Por eso estaba con el niño, con el débil, con el que tiene sed de justicia, con el dolor y la miseria de los humanos, con el misterio del Universo, con la oruga y la mariposa, con la estrella que tiembla al anochecer y con la rosa que se deshoja en la aurora. Este es el secreto de su inestabilidad y también de su permanencia.

¿Acertó siempre en encontrar la Ley entre las leyes, la voluntad del Padre entre los pareceres varios de los hijos?

No siempre, acaso nunca. Y esa fue su tragedia. Es la misma tragedia de todos los que inquieren en los misterios de lo alto. ¡Ay de ti, Charmides, porque besaste los labios de mármol de la deidad!

Para estos audaces ya no habrá paz en la vida ni en la muerte. Masferrer no conoció el reposo en la vida; y en la muerte, su palabra es grito de batalla, y quienes la lleven por lema, no reposarán jamás.

Esta es su ley.

## ANGUSTIA

*“La lección trágica de la común miseria y del universal dolor.”*

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

No se concibe lucha tan desigual sin angustia y sin tragedia. Y tragedia y angustia fueron el sino de Masferrer. Una conciencia tan clara y un pensamiento tan insobornable debían de aportarle con cada visión de la realidad, un motivo de angustia y de dolor.

Todo pensamiento suyo, aun las ideas y las visiones fugaces que cruzan como pájaros perdidos, parecen evocar y referirse de alguna manera a los pobres seres humanos, a su tragedia ineludible. La fragancia y el ritmo de una rosa le hacen pensar en la pestilencia y el aturdimiento de los pobres hombres; la claridad y pureza de las linfas, le hacen ver más miserables y lastimosos los cuerpos que en ellas se sumergen. El libre vuelo de zopilote en las ondas de azur le recuerda la triste dicha del hartazgo que ya columbra e inquieta desde lo alto. Perenne es en Masferrer el sentimiento trágico de lo humano, que se atensa y se agranda a medida que el autor va conociendo y comprendiendo.

En lo más profundo, en lo que apenas se deja adivinar como el sentido de fondo de su angustia, reside la antítesis entre el hombre humano que es el ideal de todo el que sufre pasión civilizadora y el ser psico-biológico que es cada hombre y cada mujer en la realidad. En el hombre de acción capaz de crear sus propias oportunidades, la angustia de ser consciente se torna potencia plasmadora de escuelas, de instituciones, de pueblos. Es Sarmiento; es Bolívar.

Ante ellos, los demás hombres se abaten y se apocan, o

secundan o colaboran, pero ya no levantan Calvarios, aunque se muerdan de cólera y de envidia.

Cuando la angustia puede encarnarse en el mármol o vibrar en el poema sinfónico, hay también una liberación y el demonio da treguas a sus víctimas: Miguel Angel y Beethoven.

Mas cuando el hombre consciente escoge la forma sencilla y dulce y prefiere ser sólo medianero de la luz de lo alto, entonces todas las luchas internas para ir domoñando las formas de la soberbia y de la gloria se revierten a lo íntimo, depuran y aclaran la visión. Y lo que pudo ser un sol deviene un cristal. Un cristal es concreción de angustias.

Bajo la serenidad de Masferrer, dentro de su sencillez y claridad de los años últimos, estaban contenidas y sublimadas las rebeldías y las protestas de toda una existencia. Así en las parábolas de Jesús, en la virtud de sus manos, estaban resumidas las visiones y los trenos y las advertencias de los profetas.

Pero había angustia en sus ojos. Se adivinaba en ellos la tristeza que dejan las luchas inútiles. Y a veces juntaba las manos como si en ellas llevara un puñado de cenizas.

## II

### LA OBRA

Y así, espontánea, exacta y oportuna, como todas las cosas que obedecen a su ley, fue surgiendo la obra literaria de Masferrer, con dolor pero sin esfuerzo; con fervor de misión pero sin anhelo de gloria ni reclamo de gloriola; con pasión de civilizador, pero sin poses ni aletazos altaneros.

“Fue en los comienzos de su carrera literaria, escritor de mucha sonoridad y pompa” nos dice Román Mayorga Rivas, que podía decir porque era fino catador de buenas letras y

animador de escritores y poetas. ¿Bajo qué influencia y auspicios corrió este período inicial tan propio de escritores bisoños? “Había leído a Hugo, Montalvo, Esquilo, Lucrecio, algo de la Biblia y autores de menos jerarquía. Montalvo me tenía loco por el estilo, y Hugo por las ideas”, contó el mismo Masferrer. Abandonó después, para siempre, la pompa y la sonoridad montalviana; jamás olvidó la justa indignación y romántica rebeldía que Hugo hacía brotar en las almas adolescentes. Esta influencia cotejada, depurada luego por lecturas de más sustancia y más sabor, formaron acaso, un núcleo en torno al cual debían organizarse otras tendencias e ideas.

Muy temprano, ya en la hora decisiva, se nota en Masferrer la influencia de Tolstoi. La visión social, el sentido religioso y las ideas sobre educación del pensador salvadoreño llevan la marca inconfundible del gran novelista ruso.

### “LO QUE DEBEMOS SABER”

El discípulo de Tolstoi, encendido para siempre por el nuevo evangelio, contestó al obrero don José Mejía una carta-encuesta que contenía una pregunta fundamental: “¿Qué debe saber el obrero para ser instruido?” Y la respuesta fue todo un ensayo que, bajo el título “La Verdad os Hará Libres”, constituyó y seguiría siendo, si tantas aberraciones y pedanterías no hubieran nublado la visión de los trabajadores, dirigentes y dirigidos, un programa de cultura y de esfuerzos para ser de veras libres. Contiene ya esta carta, en esquema, todo el programa ideológico que Masferrer fue desarrollando en la segunda mitad de su carrera de escritor. En esta carta aparecen, en formas breves y ocasionales, afirmaciones, hipótesis y comentarios que son anuncios y gérmenes de los poemas, ensayos y doctrinas que, pasados algunos lustros, constituyen la plena realización y desarrollo de aquellos temas y motivos.



Y es ésta una característica de la obra literaria de Masferrer; la congruencia perfecta de sus ideas a través de su carrera literaria. El desenvolvimiento lógico y natural y la estructuración, diríase sinfónica, de sus temas y motivos, hace pensar en la unidad y persistencia que hay en la obra total de Beethoven. En la Novena Sinfonía, el genio de Bolin logra, por fin, ya sintiendo, acaso, el final de su vida angustiosa, su ideal de llegar a la alegría por el dolor, reuniendo en un poema todo cuanto había anhelado expresar en la pasmosa sucesión de sus obras. En la doctrina del *Mínimum Vital* alcanza Masferrer a compendiar y resumir todo cuanto había pensado, soñado y escrito a lo largo de su vida literaria.

Escribe en “La Verdad os Hará Libres”, antes de 1910: “Que el obrero manual se encuentre bien alimentado, habitando una casa cómoda y sana, bien abrigado y con cuatro o cinco horas libres cada día para entregarse al estudio”. Y casi treinta años después, al formular su doctrina del *Mínimum Vital*: “¿Cuáles son, reducidas al *mínimum*, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento?

Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

- 1ª—Trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia;
- 2ª—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;
- 3ª—Habitación amplia, solcada y aireada;
- 4ª—Agua buena y bastante;
- 5ª—Vestido limpio, correcto y de buen abrigo;
- 6ª—Asistencia médica y sanitaria;
- 7ª—Justicia pronta, fácil e igualmente accesible a todos;
- 8ª—Educación primaria y complementaria eficaz, que forma hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes de familia conscientes;

9ª—Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.”

Así podríamos rastrear, para cada uno de los elementos fundamentales del pensar de Masferrer, la línea sutil que viene desde los orígenes hasta la forma y el contenido final. Eso nos daría un esquema de aquella estructura congruente y lógica, del proceso de formación de un pensador. No es grata semejante labor de disección.

## “LEER Y ESCRIBIR”

En el orden de lo pedagógico-social hemos de considerar como el próximo paso en el desarrollo del pensamiento masferreriano el ensayo que se titula “Leer y Escribir”. No basta ya que se liberen los obreros que saben leer. Es preciso llevar la verdad a las masas de trabajadores de la ciudad y del campo que viven como ciegos porque no saben el alfabeto. Así se extendió su preocupación y su reclamo de justicia y de luz a zonas cada vez más amplias y a niveles más humildes de la nacionalidad. Pidió alfabeto para todos, justicia para todos, vida para todos.

Con puño de titán golpeó esta vez en las conciencias de los salvadoreños y sus palabras plenas de conciencia y de verdad resonaron aún más allá de las fronteras. Al revelar la miseria cultural de los salvadoreños, reveló la pobreza cultural de nuestra América.

“La mitad de los salvadoreños no saben leer...” y ese estigma hacía sonrojarse a todos los hombres conscientes de cada uno de los países al sur del Río Grande. Ese análisis emocionado y certero de un problema social tan extendido en el Continente fue sin duda precursor y responsable de estudios posteriores y de acciones colectivas que hoy día están en marcha.

El tono y el método de “Leer y Escribir” dejó en El Salvador, además del conocimiento del problema del analfabetismo,

una lección fecunda acerca de la actitud en que han de enfrentarse los problemas fundamentales de la realidad nacional. Ya no más ocultación de las verdades duras pero fecundas, so pretexto del orgullo o del honor de la nación.

En El Salvador “Leer y Escribir” produjo una conmoción que se fue extendiendo como ondas a lo largo y a lo ancho del Istmo. Sin embargo, la emoción colectiva no produjo hechos eficaces ni movimientos culturales coordinados para amenguar siquiera la mancha afrentosa de estos pueblos que figuran en la zona negra del mayor índice de analfabetismo en el mundo. No fue sino hasta 1945, tres décadas después de la primera publicación de “Leer y Escribir”, cuando se emitió la Ley de Alfabetización, en Guatemala, punto de partida y norma de una acción sistemática de culturización de los grupos marginales.

En la propia tierra de Masferrer apenas se ha iniciado tímidamente un proceso de liberación que pueda llamarse respuesta al clamor del gran visionario.

Es la tragedia de Masferrer a la que alude Julio R. Barcos, con su verbo fustigante en “Profesores de Idealismo”. “Pueblos de estas condiciones —dice el fogoso escritor argentino— no son tierras propicias al genio, sino campos yermos de la inteligencia. El caso de un Rubén Darío es un hecho sorprendente en Nicaragua como el de Montalvo lo fue en Ecuador. No es que el árbol de la raza, no pueda dar frutos de oro lo mismo en la tierra fría como en la tierra caliente de América. *Lo yermo es la indigencia espiritual colectiva: la falta de comprensión, de resonancia moral para las voces de los grandes pensadores y los grandes artistas.* No es en un gallinero donde se incuban las águilas caudales. Ni es en las aldeas fondeadas en las supercherías religiosas y costumbres medioevales, donde pueden surgir, a no ser por feliz casualidad, los tipos representativos de una humanidad superior.”

Sorprende que aquel hombre sencillo, sin usar estadísticas, y sin asistir a congresos de especialistas, haya alcanzado, a golpes

de amor y de intuición, no sólo una visión amplia del problema del analfabetismo en América, sino la situación exacta del hombre, marginal de la civilización. “El que tiene ojos y no ve; tiene oídos y no oye”.

Los años pasaban y Masferrer se daba cuenta con cierta nostálgica serenidad, no sin dejos de amargura sólo perceptibles en sus ironías cada vez más finas, pero más profundas, que “Leer y Escribir” había sido un clamor más en el desierto.

Pero el hombre de misión civilizadora no se deja nunca dominar por el desengaño. En su alma brota renovada en cada amanecer la esperanza que finge formas y colores de seducción irresistible.

Así, explorando cada vez más hondo en la raíz de la “Enfermedad de Centro América” y organizando sus hallazgos que cotejaba con las más generosas enseñanzas sociales, fue construyendo su doctrina del *Mínimum Vital*.

## “EL MINIMUM VITAL”

Más en lo profundo que la incultura de las masas, ¿qué cosa había? Su miseria. Más triste que la sordidez de la ignorancia, ¿qué cosa?

“En la situación exasperante y deshonrosa a que han llegado, y en la cual se han estancado casi todos los pueblos; en esa situación de lucha cruel y acérrima en que los millones acumulados surgen de la opresión y de la ruina de los hambrientos; en que *atesorar* es una palabra sagrada, y en que la *envidia*, disfrazada de *reivindicación*, acecha impaciente el momento de trastornar las cosas, de manera que los miserables de hoy sean los opulentos de mañana... es natural que algunos hombres surjan por todas partes, y busquen ansiosos un *camino de reconciliación*, una *fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre*, entre

hermano y hermano, y sobre la cual, con sentido nuevo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra Dios.”

Ya el cuadro de la desigualdad social, económica y espiritual contemplado en El Salvador ha cobrado validez para el mundo, y el acento angustiado cobra resonancias universales.

Sobre el problema de la desigualdad, ¿qué cosa nueva podía decirse después del Sermón de la Montaña cuyo comentario constituye tema e inspiración de toda la literatura social del mundo?

Sin embargo hay que traducir las palabras eternas al lenguaje de cada grupo humano y explicarlas en términos del momento que viven los pueblos, y hay que dar al mensaje eterno la vibración de la voz del prójimo y hacer que la luz ofuscante de lo alto se humanice a través del cristal “medianero de la luz”, ideal del poeta y el escritor que tiene sentido de su misión entre los hombres.

Eso intentó Masferrer, y definió su doctrina en estas palabras claras y definitivas: “*Mínimum Vital significa la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales*”.

Cuando el humilde pensador y soñador de Cuscatlán clamó por el reconocimiento de ese derecho fundamental que está en la raíz de todo derecho humano, las Academias sonrieron piadosamente desde la cumbre de su erudición suficiente; los políticos subrayaron aquel decir como lleno de malicias e incitaciones contra el orden social establecido; los economistas arguyeron que lo que debía proclamarse no era un *Mínimum Vital* sino un *Máximum Vital* para cada uno.

Pero cuando años después, en un barco internacional, los entonces conductores del mundo firmaron la famosa Carta del Atlántico que agregó a los ya clásicos derechos del hombre el derecho de estar a salvo de la miseria y la necesidad, entonces resonó por los siete mares y los cinco continentes un coro, todavía no silenciado, de alabanzas, comentarios y agradecimientos.

Sin embargo la Carta del Atlántico sólo proclama en tér-

minos generales un derecho más cuya definición y alcance debían dar los estadistas y los técnicos y cuya efectividad habría de ser motivo de interminables planes y proyectos, de congresos y comisiones.

En cambio, Masferrer había concretado en los términos precisos, antes transcritos, las necesidades primordiales que debe satisfacer todo hombre, “aquellas que, si no se satisfacen, acarrear la degeneración, la ruina, la muerte del individuo...”, “esas necesidades vitales supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento.”

Y no se limitó Masferrer a proclamar y definir el derecho al *Mínimum Vital*. Demostró de manera incontrovertible que ese derecho se realiza constantemente en toda familia normalmente constituida. Y arguyó que si la familia puede proveer a la satisfacción de las necesidades fundamentales de sus componentes, con tanta mayor razón puede realizarlo la Nación, para cuyo éxito la “Naturaleza ha previsto, en ancha esfera, dotando a los hombres de todos los elementos indispensables al trabajo y a la producción.”

Señaló el pensador la meta e indicó el camino. Pero Masferrer no proclamaba su doctrina desde una tribuna universal. La formulaba en círculos de amigos y adeptos. La publicaba en un periódico recién establecido y en el país más pequeño del Continente Americano. Esta fue la pequeña diferencia entre Franklin Delano Roosevelt y Alberto Masferrer, respecto al *Mínimum Vital*.

Los artículos del diario “Patria” que contenía la doctrina *mínimumvitalista*, fueron reunidos en un folleto editado por empeños de un grupo de simpatizadores, en la ciudad de Guatemala, en 1929.

Por ese tiempo las campañas del mencionado diario que Masferrer dirigía, habían promovido la polarización de los anhelos y esfuerzos de numerosos salvadoreños de todas las clases

sociales, en torno a Masferrer y su doctrina. Se había constituido un Partido Vitalista que contaba ya con filiales en todos los países de Centroamérica y de México y con la simpatía y comprensión de espíritus dilectos como el de Gabriela Mistral.

Este fue el único período, muy breve, por cierto, en que Masferrer no se sintió solo. Por entonces llegaba cada día a la redacción de su periódico, se frotaba las manos y sonreía luminosamente ante sus visitantes y colaboradores, encendido siempre por la visión del movimiento revolucionario que veía gestarse en aquellas almas.

Su revolución, sin embargo, ha debido pasar por muchas peripicias, diluirse en la realidad compleja de un pueblo y poner a prueba a sus convencidos, antes que pueda cumplirse el sueño y la profecía de su creador.

En torno a la doctrina inerentemente social, Masferrer fue creando, con materiales aportados de todos los campos del pensamiento humano, otras doctrinas coordinadas y complementarias sobre el Estado, la Economía, la Escuela y la Religión.

Estas doctrinas forman un todo congruente, y sólo dentro de este conjunto lógico, y en función de la realidad social de Centroamérica, puede interpretarse cada una de ellas.

## “EL DINERO MALDITO”

Durante cinco años vivió Masferrer en una casa situada sobre la calle principal de San Salvador, en la parte occidental de la ciudad, precisamente en donde cruza la avenida que daba entonces acceso a los *volcaneros*, *montañeses* que vienen a la capital, en sus trajes pintorescos, las mujeres, y con sus camisetas de manta, los labradores.

Los ojos del pensador y el sociólogo no se quedaban en el regusto superficial del colorido un tanto infantil de aquellas faldas amplias y flotantes y en el deleite sensual que dan las

cargas de flores, frutas y hortalizas, donación fresca y vital que hace cada día la montaña saludable para “reavivar las fuerzas decaídas de los que penamos y pecamos en la ciudad”.

Sus ojos penetraban mucho más hondo en aspecto de la realidad que suelen escaparse a los amantes de lo pintoresco. De la contemplación de esa realidad, brotó un pequeño folleto que contiene estampas al agua fuerte de la tragedia producida por el alcohol, veneno y ruina de esas vidas que la montaña hizo sanas y felices, pero la ciudad emponzoñó y ensangrentó e hizo, a veces para siempre, desgraciadas, con sólo un contacto pasajero.

“El Dinero Maldito” contiene además de esas estampas de tan crudo realismo, meditaciones profundas, invocaciones amargas y acusaciones al Estado, la Economía y la Escuela.

### “EL LIBRO DE LA VIDA”

El 5 de enero de 1932 Masferrer, que había de morir el 4 de septiembre de ese mismo año, reunió en un tomito, el primero de una serie en proyecto, bajo el título “El Libro de la Vida”, varios artículos de carácter netamente vitalista. En ellos puede captarse en su esencia más pura, acendrado por los años y las luchas, el pensamiento social del autor de “El Mínium Vital”.

En el prólogo de ese pequeño libro describe Masferrer el proceso de elaboración de su pensamiento y revela la perfecta coordinación y unidad que hay en toda su obra. “Desde el año de 1902 —dice— mi trabajo literario comenzó a orientarse en una dirección vitalista; ya en 1905, esa tendencia predominó en mí al grado de que todas mis actividades en la enseñanza, en la vida social, en la literatura, en el periodismo y en la política, se tiñeron acentuadamente con los matices del vitalismo. Desde el año 27 hasta hoy no hice otra cosa sino allanar el sendero y ampliarlo a fin de convertirlo en camino ancho y claro.”

El fermento revolucionario de “El Libro de la Vida” es tan



poderoso, su concentración tan alta y su angustia y su profecía tan acusadas, que bien puede y debe considerarse esa obra, como el testamento social de Masferrer.

El solo primer título “No Obedecerás” acusa la audacia casi desesperada de aquel espíritu que presiente, acaso, el ala de la muerte, y necesita decir a los hombres la palabra clave de su liberación.

“Ahora, el mundo necesita de una *palabra* y por diversos rumbos del horizonte nos llegan las letras sagradas que anuncian: *No obedecerás.*”

Los subtítulos nos dicen cuáles fueron, durante los treinta años de su producción más fecunda, las ideas nucleares de la obra de Masferrer. He aquí esos subtítulos: “La Vivienda”, “El Niño”, “Tierra”, “Terraaje”, “La Vida Frente al Dinero”.

La satisfacción de las necesidades fundamentales no basta para alcanzar la dignidad humana: “No sólo de pan vive el hombre”. Y Masferrer tenía un concepto lo bastante integral de la libertad para contentarse con el *Mínimum Vital*.

“Y de ahí en adelante —enseñó— para tus goces, para tus holguras, para tus riquezas, esfuérzate, empuñate, economiza, desvécate y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.” Esto sigue aún la línea de las satisfacciones materiales. No negaba sus derechos legítimos a quienes tienen la vocación de la riqueza y el atesoramiento.

“Tan natural y útil es que haya ricos y gobernantes (guerreros en terminología hindú), como lo es que haya intelectuales (brahmanes) y obreros. Lo que es odioso, pernicioso, venenoso y mortal es que haya *falsos ricos, falsos poetas, falsos obreros.*”

Empero, la ascensión del ser de lo biológico a lo humano demanda otros valores y requiere otras vocaciones. Masferrer se preocupó también por las necesidades espirituales del individuo y de la colectividad. Precisamente había llegado a su concepción del *Mínimum Vital*, buscando un camino hacia la libertad que es

el espíritu. Era lo bastante sincero y consecuente consigo mismo para no proponer a los hombres el empeño por la cultura, si antes no se han asegurado la satisfacción de sus necesidades fundamentales.

Pero tampoco les aconsejaba quedarse, crecer y regodearse para siempre tan cerca del nivel de la bestia. Por eso inquirió desveladamente en todos los campos del pensamiento y se esforzó por convertirse en un cristal “medianero de la luz de lo alto”.

De este empeño suyo son frutos raros y delectosos sus obras máspreciadas: “Las Siete Cuerdas de la Lira”, Poema Cosmogónico, “Helios”, Poema Religioso, “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”, “La Religión Universal”, “Ensayo sobre el Destino”.

### “ENSAYO SOBRE EL DESTINO”

Masferrer bajó una vez al infierno. Su infierno se llamó parálisis. Y así como Dante Alighieri retornó de su viaje terrible, transformado el rostro a causa de las visiones tremendas y preparado el hombre para dictar el mensaje de la doctrina eterna, así el autor del “Ensayo sobre el Destino”, volvió de su infierno, nacido a nueva vida y apto para ofrecer a los hombres que sufren y vacilan los frutos del dolor que nutren y consuelan.

Este ensayo de Masferrer es el más sereno, equilibrado y profundo de sus poemas. En él se estudian, en admirable concierto y consecuente análisis, los factores biológicos, psíquicos y morales de la conducta individual. El pensador, seguro de sí mismo, no teme aceptar y proclamar el signo de la fatalidad inscrito en la carne. “En el vientre de nuestra madre se dictó la sentencia de nuestra vida. Inapelable, irreductible, fatal”. Y luego, en un encañamiento de lógica perfecta, matizado el pensamiento por la gracia leve y seductora de su estilo sencillo y su forma impecable, analiza cada uno de los factores del destino y va concitando

fuerzas psíquicas y del espíritu cada vez más nobles, hasta poner en manos del hombre su propio destino, haciéndole así responsable y libre. “El destino no es sino una fuerza que nosotros mismos creamos; que ya creada reacciona sobre nosotros mismos; pero que una vez reaccionó, se extingue si no le añadimos nuevas energías que le den persistencia”. Hermoso tratado de psicología de la conducta humana, sin arideces ni pedanterías pseudo-cientistas, pero envuelto en “la linfa de gracia en que se bañan las ideas para parecer hermosas”, como quería Rodó.

### “LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA”

“Las Siete Cuerdas de la Lira” constituye una feliz realización del ideal de escritor y de poeta que profesó siempre su autor. No pretendía ser la luz; aspiraba solamente a ser el cristal, “lámina igual y diáfana, para no deformar las palabras que ya fueron escritas y que vienen a ti para que las hagas entender a los sencillos y a los ignorantes.”

Cuántas enseñanzas y doctrinas; meditaciones de los grandes iniciados; luz de lo alto, reunió en haces que, luego, por la virtud del cristal, llegan rectos y puros a los ojos más nublados; a las mentes más oscuras; a los corazones más dolientes.

Lo trascendente se explica allí en lenguaje casi familiar y en manera poética tan fácil que el lago va adentrándose sin casi notar lo en lo esotérico; y cuando se percata, está ante el misterio, inquiriendo lo eterno.

### “HELIOS”

“Helios” es el poema vitalista de Masferrer; y acaso, el esfuerzo más atrevido que se haya realizado para librar a los hombres de los dogmas y los fanatismos, revelándoles el sentido de la Divinidad mediante el símbolo indiscutible del Sol.

Porque liberar al hombre es mostrarle el camino de la salvación y la felicidad que está en sí mismo, pero que sólo puede hallarse y seguirse por la adoración. “La salvación del hombre consiste en adorar. ¿Qué adoraréis? No lo preguntemos a nuestra mente, ni a la opinión ajena, ni a los libros, ni a las tradiciones, sino a nuestro corazón, porque él es la fuente única de la fe, de la esperanza y del amor.”

¿Pero qué adoraremos?

“Hay una causa suprema, lo Absoluto, lo Inefable, a Quien, a cada instante, con loca irreverencia, nombramos e invocamos, llamándole Dios.”

¿Cómo lo concebiremos?

“El cerebro del hombre carece de ideas capaces de concebirle. Porque siendo nuestras ideas representaciones de las cosas que percibimos, y siendo éstas, bajo todo aspecto, contingentes y limitadas, estrechas y falibles, no pueden sugerirnos sino ideas limitadas, estrechas, falibles y contingentes, ineficaces para idear y concebir lo Absoluto.”

Sin embargo,

“Allá en lo alto está mi Dios. Esta mañana fue para mis ojos, aurora, y me anunció el día, la confianza. A la tarde, será para mi espíritu fatigado, ocaso, promesa de reposo, de fuerza, de esperanza.”

Que sepamos, no se ha intentado siquiera, antes de Masferrer, hacer casi tangible lo absoluto de modo que llegue al alcance de las mentes más sencillas y oscuras. Ni se ha hecho tan humano y asequible y aceptable el fenómeno religioso. “Nuestro Dios es el Sol. De su luz nacimos, de su luz vivimos, y en su luz desaparecemos.”

Pero no demora en el materialismo primitivo de los hombres que adoraron el Sol hace millones de años. Con sólo un gesto eleva nuestro espíritu a la excelsitud.

“El sabe también a quién adora, y tiene su Dios, un Sol, aun más divino, a quien ya no sé ni concebir. Y ese otro Dios sabe también a quién adora; y así, hasta el corazón del Universo.”

## “ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS”

Dos tendencias ideológicas se acusan, con claro predominio en Masferrer: la social y la filosófico-religiosa. Dos obras suyas caracterizan esas tendencias: “El Mínimum Vital” y “Helios”. Pero hay una que armoniza lo social y lo filosófico: “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”. La síntesis contiene, a nuestro juicio, en equilibrio magnífico, todas las cualidades formales del escritor: su don de expresión poética, la difícil facilidad de su estilo y su lenguaje, la diaphanidad de cristal, que es, debemos repetirlo, su ideal de poeta y escritor.

Y con esos elementos, mediante proceso que duró más de cuatro lustros, llegó a realizar su obra más querida, la de más prolongada gestación y la que no habría perdonado jamás de no haber realizado.

Veinte años de lecturas y meditaciones sobre cuanto se había escrito, pintado o compuesto dentro o en torno al tema. Veinte años de llamadas, cada vez más imperiosas, de la vocación, para superar la duda y la vacilación. Veinte años de cotejo y revisión de las propias concepciones con los textos de todas las autoridades sobre la materia.

“Estudios y Figuraciones” es, de sus obras, la más integral, la más característica y la de mayor contenido revolucionario.

Sin duda, la figura de Jesús reúne en sí las condiciones deseables para el escritor social, el filósofo y el poeta que fue Masferrer.

Sorprende la serenidad con que alternan, con las amables claridades de la narración poética, los comentarios audaces, iróni-

cos y terriblemente justicieros sobre las realidades del pueblo judío, que es, allí, la representación de todos los pueblos oprimidos —y son tantos en el mundo— por las dictaduras propias o ajenas.

Ni en Renán, ni en Papini, ni en ninguno de los que conocemos por estudiosos de la vida de Jesús, podrá encontrarse una manera más hábil y más convincente de humanizar lo divino del Cristo, para edificación y consuelo de los hombres. Nunca se logró explicación tan lógica y tan sencilla, al par que respetuosa, de misterios como el de la anunciación, la encarnación y el bautismo.

La adolescencia del Redentor está trazada de mano maestra, con atisbos y observaciones valederos como un verdadero tratado de psicología del adolescente, que ningún estudioso de estos temas debiera ignorar.

¿Y las luchas acérrimas del hombre que trae mensaje de lo alto, con el medio sórdido? “Si no le comprendía su madre, ¿quién había de comprenderle en aquella casa y en aquella aldea?” “Tal era el medio moral y mental en que se hallaba preso ese colibrí, agitado y vibrante, que sería entonces el pensamiento de Jesús, todavía no apaciguado por los años y por la experiencia de las cosas.”

Las figuras de la pasión discurren ante nuestros ojos en su condición de humanos, en un escenario que puede imaginar, sin esfuerzos, quien haya abierto los ojos ante cualquier paisaje de las tres zonas centrales de la esfera terrestre. “La mañana era luminosa y primaveral. La brisa removía los olivos en flor, atersaba el follaje de los terebintos, y desflecaba el plumaje de los mirlos, que laudaban al sol desde las altas ramas de los cedros.”

Y esta luminosa estampa de María: “Por el camino polvoriento iba la joven galilea, sueltos al viento los bucles de oro y seda, con más luz en los ojos que los zafiros del azul, más leve y grácil que las espigas del triguil, más jubilosa y cantarina que

los mirlos, más juguetona que la brisa, más extasiada que las alondras. Emergían de todo su ser la sonrisa y el canto, cual si la bienaventuranza de todas las cosas tuviera en ella su manantial; como si toda aquella claridad y aquella gracia fueran sólo el reflejo de su corazón.”

“Estudios y Figuraciones” no es un comentario bíblico más; es una novedosa, revolucionaria interpretación del Hijo del Hombre, al nivel de la cultura y la experiencia social del siglo XX.

## LA NOVELA

### “UNA VIDA EN EL CINE”

Un escritor de los recursos de Masferrer, que había alcanzado la visión universal de lo humano, no podía por menos que pensar en el género literario más integral y moderno, el que refleja con mayor amplitud la aventura del hombre: la novela.

Ensayó Masferrer ese género en “Una Vida en el Cine”, publicada en Guatemala, en 1929. Es la historia íntima de una mujer cuya vida transcurre señera y amargada por los prejuicios del ambiente aldeano y tropical. Contrasta esta pobreza espiritual de *gallinero* con la amplitud de ideas y la tolerancia de ambientes más evolucionados.

De haber contado Masferrer con la seguridad y los medios para desenvolver sus posibilidades, sin duda que habría realizado plenamente su ideal de novela psicológica y social de contenido americano y de valor universal.

En charlas amenas con amigos y discípulos —Masferrer era un gran conversador—, forma libre y amable en que derrochó no pequeña parte del oro de su cerebro privilegiado, contaba capítulos enteros de sus novelas y cuentos inéditos y a veces aún no confiados al papel. Algunos de sus afortunados oyentes conocieron así sus novelas no publicadas “El Naranja” y “Hombre o Vampiro”.

## EL POETA

En Masferrer se fundían admirablemente la docencia y la poesía. Por eso es difícil clasificar cualquiera de sus producciones dentro de las casillas establecidas por los preceptistas.

En el curso de una indagación o de un argumento, interfiere insensiblemente el poeta con sus imágenes, para deleite de finos catadores y para desesperación de críticos y catalogadores ineptos para seguir las sinuosidades en que demora y toma aliento el pensador artista. Detengámonos en este balcón maravilloso:

“Del agua totalizada en el mar, apenas si entrevemos los límites.

Porque, ¿dónde acaba el mar?

¿Es en la espuma que se petrifica y se arboriza y forma bosques diminutos de nevado ramaje?

¿Es en la arena que absorbe la sal y el yodo, y adquiere la movilidad de la onda?

¿Es en la nube, que le lleva en sus alas y le convierte en aire?

¿Es en la roca, que le rompe, destroza y desmenuza y a fuerza de recibir sus golpes, ella misma se esculpe como una ola de piedra?

¿Es en la concha, trocito de arco iris, que la espuma concreta, atersa y endurece?

¿Es en el escollo que le destrenza y echa al viento la verde cabellera disuelta en plumazón de nieve? . . .”

Pero a veces el pensador y el maestro se ocultaban voluntariamente y entonces manaba la vena lírica en prosas casi rítmicas, y en versos. De estos ocios nobles brotan sus “Páginas” publicadas en Costa Rica y luego refundidas con otras en “El Rosal Deshojado”.

De sus composiciones en verso, todas en más o en menos impregnadas de propósito docente, la más autobiográfica es “Blasón”, cuya estrofa final es un reto definitivo a la incompreensión y a la maledicencia aldeanas:



*“Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor;  
y lo que todavía me resta de ilusión,  
he de alzar un castillo, y en él como blasón,  
en un palo de escoba, y hecho un sucio jirón,  
haré flamear al viento mi enfermo corazón;  
y en este vil andrajo que será mi pendón,  
escribiré con sangre, menosprecio y rencor,  
este emblema del hombre que es su propio señor:  
para juzgarme, nadie; para acusarme, yo.”*

## EL PERIODISTA

Masferrer, pensador, poeta y escritor fino y castigado, no entendió nunca el aislamiento ni el preciosismo literario, que fueron proclamados y puestos de moda varias veces durante el decurso de su vida de publicista.

Inició su carrera en el periodismo; en ese campo adquirió agilidad y vigor y ese ejercicio maduró su pensamiento y lo hizo revolucionario, que es como llegó al final de su carrera.

Mas el periodismo de Masferrer tiene caracteres muy particulares que son reflejo y manifestación de su personalidad. En primer lugar, el escritor no cedió nunca su puesto al mero periodista, ni en cuanto dice a la forma, ni menos en lo que atañe al contenido y la actitud.

No aprendió jamás ese arte de hablar mucho y decir poco que practican con abundancia la gran mayoría de los editorialistas de nuestros países gárrulos y ardientes.

Ni cayó en la tentación de hablar de cosas que no entendía y que no tocaban su sensibilidad. No se dejaba arrastrar por los intereses efímeros de las masas y de los grupos.

Masferrer penetraba más hondo que el pueblo en las necesidades primordiales de éste. Y hallaba vías y maneras de llenar esas necesidades. Exponía sus hallazgos en formas originales y

novedosas, tocadas unas veces de poesía, y prestigiadas otras por la meditación filosófica, de manera que nunca aparecían pedantes ni vulgares. Era un don muy suyo de ennoblecir todos los temas y todos los asuntos.

Y si bien no cedía a los caprichos de las modas, no por eso dejaba de seguir, con apasionado interés y empeño persistente, aquellos aspectos de la realidad nacional y del mundo que juzgaba dignos de una o de cien batallas.

Es precisamente en el periodismo donde se formó y se afirmó la personalidad suya que hemos tratado de bosquejar en la primera parte de este prólogo, especialmente en los apartes que hemos subtítuloado "Lucha" y "Angustia".

Sus editoriales de "Patria" fueron surgiendo conforme a un plan admirablemente delineado en el primero de ellos, que define precisamente eso, lo que el autor concibe como *Patria*. Y se desenvuelven cual radios que parten todos de una idea central pero que se unen entre sí por líneas de ideas y de emociones fundamentales. Es tal la congruencia de esta obra periodística que no se puede leer un editorial sin pensar en los demás porque parecen contenerse unos a otros en germen o en comentario.

Y las series más afines de estos artículos vinieron a reunirse en haces que son algunos de los libros antes mencionados, especialmente los de contenido social: "El Dincro Maldito", "El Mínimum Vital", "Vida Nueva".

Los efectos sociales de semejante labor periodística los hemos explicado en varias partes al estudiar las obras a que nos hemos referido. No es este lugar apropiado para un estudio exhaustivo del periodista más original y más fermental de El Salvador. Sus compatriotas estamos en deuda con él.

Algún día surgirá el escritor digno y capaz de presentar en su marco justo y exacto la figura de Alberto Masferrer.

San Salvador, 11 de febrero de 1950.

## LA EDUCACION VITALISTA DE ALBERTO MASFERRER

Por Pedro DE ALBA.

*Al Escritor y Economista salvadoreño Alfonso Rochac.*

Después de la otra guerra aparecieron centenares de libros que proponían reformas educativas; se abrigaba la esperanza de que la escuela fuese un germen de transformación social y un foco de mejoramiento para las clases más necesitadas.

Maestros y escritores de vigorosa personalidad; equipados de doctrinas filosóficas, políticas y sociales unos y otros con preparación técnica y científica bien reconocida, acometieron la tarea de remover los cimientos de la escuela tradicional.

A tiempos nuevos, decían, debe corresponder una nueva educación. Al explorar los caminos por los que debían implantarse dichas reformas se iban dando cuenta de que los problemas educativos no se pueden desvincular de los problemas económicos, sociales y políticos. La escuela no era una “entelequia” que pudiera colocarse lejos de las realidades vitales.

En esa noble campaña para convertir a la escuela nueva en centro receptor y antena difusora se escucharon voces de altura que invitaban a pensar en los temas educativos con un nuevo sentido filosófico.

En los países desgarrados por la otra guerra se propiciaron reformas escolares con la ilusión de “construir un mundo mejor”, ni más ni menos que como se dice ahora cuando se habla de la

Post-Guerra de la década que corre. Así como se afirma que en Versalles se perdió la Paz y que los veinte años de 1919 a 1939 fueron una tregua más corta que la de “La Paz armada” de 1870 a 1914, del mismo modo se puede argüir que la conquista de un mundo mejor por medio de la nueva educación se volvió una siniestra derrota. No hubo tiempo para depurar el ambiente y las nuevas generaciones fueron envenenadas con los planes de revancha o enloquecidas con las más absurdas ideas racistas o de hegemonía universal.

De aquel naufragio se han salvado, por su auténtico valor humano, algunos autores; Dewey, Kerschensteiner, Decroly, Mmc. Montessori, Angelo Patri, Claparède, Ferrier, siguen en pie, maestros ejemplares, espíritus generosos, reformadores esforzados y clarividentes. Por todo el mundo se difundieron sus doctrinas y hasta el maestro de aldea tuvo fe en su misión. Aquellos ilustres pensadores fueron avanzada de un ejército de maestros contemporáneos. La escuela activa, la escuela del trabajo, la escuela socializada, la escuela funcional, la escuela proletaria iban a ser centros de irradiación saludable y a convertirse con el tiempo en “casas del pueblo”.

Parafraseando al Canciller teutón se podría decir que si los maestros de escuela ganan batalla a la larga pierden las guerras y también la paz. Hubo no se sabe qué confusión de valores al final de la otra guerra que no permitió ver claro los problemas ni poner en orden ciertas ideas fundamentales.

Los libros de aquellos ilustres maestros de fines del siglo XIX y principios del XX seguirán siendo obras de consulta sobre Filosofía de la Educación, técnica de enseñanza, historia de la pedagogía o de la sociología educativa; se tendrá que volver a esas fuentes con frecuencia, muchas de sus ideas están en pleno vigor y son generalmente aceptadas en la actualidad.

Entre tanto títulos que se pusieron en las portadas para hablar de la nueva educación hubo uno que dentro de su sencillez

encerraba profundas e ilimitadas sugerencias, el de "Escuela Vitalista". Vida como motivo de inspiración inicial y como último fin; movimiento, sensibilidad, reacciones biológicas, cambios nutritivos, nacimiento, desarrollo, muerte.

Dentro de su clara y obvia definición la escuela vitalista traía implícitos intrincados y evasivos problemas. La educación como fórmula vital se volvió cruzada apostólica en la mente de Alberto Masferrer, maestro salvadoreño a quien el Continente americano debe nobles enseñanzas. Pensador inquieto y generoso dio forma a su mensaje en la proclama sobre "El Minimum Vital", manifiesto revolucionario a despecho de su título de apariencia académica.

Cuaderno de cincuenta páginas del tamaño de una publicación de bolsillo en el que se encuentra la síntesis compacta de una doctrina de largo alcance y elementos materiales para construir un gran edificio. El autor meditó su teoría por seis meses, de agosto de 1928 a febrero de 1929. Durante ese tiempo macera sus ideas y las somete a la fermentación del buen vino. Las bases para establecer el "Minimum Vital" fueron como obsesión y ritornelo; las explica, las depura, vuelve sobre ellas, las repite, dice él mismo que las importa, según las palabras del Evangelio, que comprendan sus ideas los ignorantes aunque los sabios no las entiendan.

## I

### LA DOCTRINA DEL MINIMUM VITAL

*"Será necesario organizar en forma nueva la propiedad de la tierra y la finalidad de las industrias vitales; habrá que reorganizar la Escuela Primaria, el ejército, el presupuesto nacional, la legislación del trabajo, la administración de justicia, la asistencia pública. . ."*

Desde la primera página de su apelación a los hombres de

buena voluntad, Alberto Masferrer habla con lenguaje de “tribuno del pueblo”. Su programa tiene el alcance de una dilatada reforma social; para que el mundo se cure de tantos males se necesitan remedios heroicos. Al maestro de escuela parece decirle que el silabario, la escritura y las cuatro operaciones son muy poca cosa si se piensa en la urgente obligación de dar al pueblo un “Minimum Vital”. El salvadoreño sabía que la tarea era dificultosa y larga y pensaba que tenían que removerse los cimientos de la organización social de su tiempo.

Reformas aisladas y medidas circunstanciales no tendrían efecto alguno si no se ponen en movimiento los recursos materiales y los esfuerzos creadores de la nación entera.

¿Qué era en esencia la doctrina del Minimum Vital?

Concretamente dice el autor, “el Minimum Vital significa la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales. Necesidades primordiales son aquellas que si no se satisfacen acarrear la degeneración, la ruina, la muerte del individuo.”

“Sobrevienen la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos, ni para defender a la patria, ni para sostener a su familia.”

¿Cuáles son, reducidas a su esencia, esas necesidades vitales? He las aquí:

1ª—Trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia;

2ª—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;

3ª—Habitación amplia, seca, solcada y aireada;

4ª—Agua buena y bastante;

5ª—Vestido limpio, correcto y buen abrigo;

6ª—Asistencia médica y sanitaria;

7ª—Justicia pronta, fácil e igualmente accesible para todos;  
8ª—Educación primaria y completamente eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes de familia conscientes;

9ª—Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.”

Estas ideas de Masferrer son reveladoras de su afanoso empeño por el advenimiento de una generación de hombres sanos y fuertes y, si fuere posible también, cultos y alegres.

El pensamiento del maestro salvadoreño adquiere resonancia internacional; sus doctrinas se identifican con los más avanzados proyectos para la creación de un mundo futuro equilibrado y justiciero. Los economistas ingleses que hablaron en los años de gran peligro —1940-1942— de la democracia dinámica y del mínimo de derechos económicos para todo ciudadano de una verdadera democracia, parece como si hubieran leído el manifiesto del Minimum Vital, en algunas de sus conclusiones hasta usan las mismas palabras.

Hace tiempo que las organizaciones obreras denunciaron como engañosa la protección del “Salario Mínimo”, porque con frecuencia no resuelve las necesidades de la clase asalariada; debería tomarse como base el “salario vital”, algo que también está sobrentendido en la tesis de Masferrer.

Cuando se dice que el hombre del futuro debe verse libre de los estragos y humillaciones de la miseria, hay que pensar en el decálogo de Masferrer. Si Franklin Delano Roosevelt, campeón de las cuatro libertades, leyera el manifiesto del Minimum Vital, se sentiría jubiloso al darse cuenta de que en la mente de un maestro de América habían germinado desde hace diez o doce años las mismas ideas que él sostiene en la cláusula económica de las Cuatro Libertades.

El Seguro Social “de la cuna a la tumba” de Lord Beveridge, en el que se tienen cifradas tantas ilusiones para la organización

del mundo futuro, tiene afinidades manifiestas con el *Mínimum Vital*.

En los ensayos sobre la Escuela Democrática de la Post-Guerra se formulan conclusiones en las que se dice que la escuela de leer, escribir y contar es apenas un barniz y un compás de espera para las clases necesitadas, y se cita el viejo aforismo clásico que dice: "primero es vivir y después filosofar". Se puede comprobar fácilmente que muchas ideas sostenidas en la época actual por parlamentarios o jefes de Estado, economistas, revolucionarios, trabajadores organizados y educadores de vanguardia concuerdan con las doctrinas de Alberto Masferrer.

Esta concordancia le da validez y notoria potencialidad al ideario del *Mínimum Vital*. Su vigencia se explica porque los ideales de Masferrer corresponden a imperativos humanos y a condiciones biológicas permanentes. Nutrición, salud, vestido, alojamiento, recreación y cultura han sido preocupaciones del hombre desde la infancia de la historia hasta los días presentes.

La clarividencia y el espíritu humanitario de Masferrer le dan derecho a figurar entre los americanos de estatura continental.

El pensamiento de los grandes hombres de América tiene con frecuencia un sentido de universalidad; el Continente americano entró en el cuadro de la cultura de occidente en los momentos en que se completó el mapa del mundo.

Los ciudadanos de Centroamérica y de las repúblicas del Caribe, por su carácter ístmico e insular, aparecen muy bien dotados para sentir las palpitaciones del ancho mundo y para entender los problemas de los hombres de otras latitudes.

El cruzamiento de las rutas terrestres, aéreas y marítimas ha dado al centroamericano la simpatía humana con que se ocupa de los problemas de sus semejantes, al mismo tiempo que cierta humildad nativa para darse cuenta de lo pequeño que es el globo terrestre; de la inestabilidad de la grandeza y el poderío



y del inconsciente orgullo y aire de suficiencia de los grandes imperios.

El manifiesto del *Mínimum Vital* de Masferrer participa de la grandeza y de la sencillez, está inspirado por las preocupaciones eternas del género humano y por la humilde verdad del trabajo diario. Su tono de libro de horas un tanto místico se balancea con las realidades apremiantes de cada minuto, su estilo catequista y “pedagógico” está hablando de que él se dirigía a sus semejantes con la persuasiva dialéctica del maestro que está dando una clase objetiva. La Educación vitalista en función de un mínimo de derechos económicos que permitan al hombre de hoy, al de mañana, resolver su ecuación biológica y social fue la mejor cátedra que Masferrer ofreciera a sus contemporáneos. Los mejores discípulos suyos serán aquellos que consigan dar a la doctrina de “*El Mínimum Vital*” estricta vigencia y fecunda aplicación concreta.

## II

### EL MINIMUM VITAL Y EL NIÑO

*“El niño decimos, es el perdón de hoy y la purificación de mañana, sólo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad”.*

El poeta que acompañó a Masferrer en sus andanzas por este mundo le decía al oído palabras rebosantes de ternura y delicadeza. El maestro de escuela que ama su oficio hace obra de arte al modelar la arcilla primigenia de la especie.

Alberto Masferrer graba bellas sentencias en el telón de fondo del trabajo diario, su doctrina pedagógica lo acercaba al niño por las rutas del biólogo, del economista y del poeta.

El trato diario con los niños da al maestro una categoría moral de la que con frecuencia no se da cuenta el ciudadano indiferente o satisfecho. Se dice con frecuencia que el maestro debe

ser un hombre sin rencores ni resentimientos, de limpia conducta e inagotable generosidad. Para conseguir el tipo de educador equilibrado y benevolente es preciso que se le asegure una subsistencia digna y un rincón tranquilo en su propia casa.

Para que sus tareas rindan frutos se necesita que el niño de edad escolar sea un ser activo y pensante en el que se haya resuelto los problemas del *Mínimum Vital*. La vida del niño en sus múltiples aspectos debe ser preocupación constante del padre de familia, del maestro y de las autoridades.

Estos imperativos que parecen imponerse por su propia definición se olvidan con frecuencia; cuando esto sucede la escuela, el maestro, el niño y la sociedad entera se colocan en las nubes o en los dominios de la retórica.

El maestro salvadoreño llama a sus discípulos y colaboradores a la realidad moral a flor de tierra cuando les dice: "Por el simple hecho de ser traído a la existencia un niño, adquiere plenos derechos a la vida íntegra y todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra..."

En recientes congresos o conferencias de higiene y sanidad o educación se han aprobado decálogos sobre los derechos del niño; con ligeras variantes casi todos concuerdan en los mandamientos sobre salud, alimentación, vestido y alojamiento; Masferrer les da un sentido trascendental y obligatorio a esos buenos deseos que a veces no pasan del papel, él se adelantó a su tiempo en muchos sentidos y fue precursor también de la *Cartilla de los Derechos del Niño*.

Si en todos los países es de esperarse el reconocimiento público de los derechos del niño, tal obligación se impone de manera más categórica en aquellas naciones que son o se llaman a sí mismas democráticas. La democracia tiene que depurar el ambiente y corregir malos hábitos de discriminación o distingos raciales donde padezcan ese cáncer social, refrenar el afán de

atesoramiento en los que sean víctimas de la fiebre de lucro, sacudir la sordera moral en aquellos en que los vicios de organización económica son causa de que los niños padezcan hambre, desnudez y enfermedades.

Masferrer toca los resortes del instinto de conservación y trae a primer plano los imperativos del mejoramiento de la especie; parece decir entre líneas que por propia conveniencia, y hasta por egoísmo, las sociedades debieran proteger al niño como su mejor inversión para el mañana; su salud, bienestar y alegría son la mejor reserva y previsión que puede hacer un pueblo. He aquí lo que dice el maestro: "Pedir para el niño el *Mínimum Vital*, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed a quien posee el manantial y la nube."

Con el niño y con la escuela se ha hecho mucha literatura banal, se encuentran a cada paso páginas efectistas y se oyen discursos a los que se les descubren el falso o el convencionalismo.

Se habrá ganado mucho cuando los problemas del niño en su esencia vital se consideren antes que los que hablan de técnica de la enseñanza.

Al hablar de la educación se piensa en conducir bien a un ser en la vida, ésta debe ser por lo tanto múltiple, flexible y providentes sus planes y los medios de realizarlos han de descansar sobre una base sólida, esa base tiene que ver con el mejoramiento del medio físico, biológico, económico y social. El gran edificio de la educación en todos sus grados debe descansar sobre pilares consistentes y cimientos profundos, tal es la admonición que dirige Alberto Masferrer a los hombres de buena voluntad que quieran afiliarse en su cruzada. Si tanto se habla de justicia social hay que impartirla a tiempo para que los niños de las nuevas generaciones no malogren sus posibilidades.

Tratándose del niño, dice el maestro: "Asegurarle el *Mínimum Vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que es suyo;

toda situación que no le asegure siquiera ese *minimum*; es una afrenta para la familia, para la comuna y para la nación.”

### III

## EL MINIMUM VITAL Y LAS CLASES TRABAJADORAS

*“Cuando yo trabajo una hora, doy un valor que no puede ser ni sustituido ni atenuado: porque esa hora de trabajo es una hora de mi vida”.*

En “El *Minimum Vital*” figuran el niño y la escuela en función potencial de trabajo, no sólo en el aspecto técnico y material del esfuerzo, sino en su trascendencia filosófica.

La dignidad del obrero o del artesano y la del que realiza sus tareas con recursos intelectuales adquiere en Masferrer una categoría insustituible. El trabajo es acción palpable y también impulso anímico y cordial; es algo que se puede ejecutar con herramientas pesadas o con los recursos de la inteligencia. Espíritu, destreza manual y propósito determinado se subordinan a una fórmula de tiempo y espacio y en último término a una manifestación vital.

El que trabaja es, según Masferrer, el hombre más generoso, el que más da, el que entrega algo de sí mismo. Pregunta él “¿qué es lo que doy yo cuando trabajo?”, en seguida contesta sin titubos: “Doy mi vida”. Literal y esencialmente el que da su trabajo da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente un hecho complicado, trascendental, e incommensurable: dar uno la vida acumulada en sí. Es el mismo fenómeno de la tierra, que se da en forma de árbol y del árbol que se da en forma de fruto, del mar que se da en forma de nube, de la

nube que se da en forma de lluvia, de lluvia que se da en forma de manantial. . .”

Esta concepción del trabajo que para algunos puede parecer demasiado lírica, lleva dentro la idea vital de algo que brota, fluye, se transforma y se purifica con su propio aliento y su propia finalidad. La vida lo es todo, en esa “totalización” se evidencia un movimiento y en el movimiento una resultante de los fenómenos de la naturaleza y del esfuerzo del hombre.

Al diluirse el pensamiento y la voluntad del hombre dentro de un proceso cósmico, las obras más humildes del trabajador manual y las del hombre de genio se funden en una misma capa atmosférica; el gran hombre de pensamiento y el artesano y el obrero se identifican en esa ejecutoria de nobleza que se llama la dignidad del esfuerzo creador o productivo.

El hombre da su tiempo, sus ideas y su voluntad al acometer investigaciones intelectuales o humildes tareas de la vida sencilla, en todos los casos dice Masferrer: “El trabajador es el hombre que da su vida; la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en un tiempo determinado; la da como pensamiento en cuanto a ningún trabajo se puede efectuar sin atención, y finalmente la da como voluntad, como corazón si el trabajador infunde a la obra el anhelo de que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios y tendones y huesos, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que un trozo de la vida individual trasmutado en la vida total.”

El evangelio de Masferrer se identifica con el pensamiento de quienes colocan la partícula divina del hombre por encima de la riqueza y del poder; su postura es esencialmente humanista porque, según él, ser hombre cabal es lo primero. La buena voluntad del trabajador debe traducirse en simpatía para sus se-

mejantes y la conciencia de la tarea realizada considerarse como una dádiva en favor de la colectividad.

Pocas veces se encontrará un sentido más claro y elocuente a las frases “interés colectivo”, “esfuerzo colectivo”, “obra colectiva”, que el que aparece en el “Mínimum Vital”, cuando asienta: “El hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o realiza cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina, se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales...”

Cualquier hombre sensible entiende esta parábola que exalta el sudor del jornalero y consagra el alto empeño del pensador. Tal similitud se puede descubrir en los actos de la vida diaria: Vestirse, sentarse a la mesa, tomar un baño, hacer un viaje, asistir a la escuela, al teatro, a la iglesia, al taller o a la oficina son actos rutinarios que se pueden prestar a reflexiones trascendentes. Lo trascendental, que es concepto “manoseado”, adquiere en Masferrer su exacto valor cuando habla del encadenamiento de todo esfuerzo y de su proyección en beneficio colectivo. El pan de cada día trae a la memoria la silueta del sembrador, la ropa que nos cubre se asocia en la mente con el acompasado ruido del telar, el viaje lo enlazamos de manera natural con la atención vigilante, del maquinista o del conductor del tren de pasajeros.

Lejos de ser una doctrina hermética, la del Mínimum Vital invita a reconocer la interdependencia de todos los actos humanos. Aquellos que realizan las tareas más complicadas o manejan las cifras astronómicas están obligados a darle valor a los esfuerzos más humildes o sencillos. En las parábolas del Evangelio y en las páginas de Víctor Hugo el sembrador apa-

rece como símbolo del empeño creador por excelencia. La expresión final del colectivismo es esta que se encuentra en las páginas de Masferrer: “Toda obra es colectiva... todo lo hacemos entre todos y puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva siquiera una porción mínima en la del “Mínimum Vital”, aquello que hemos dado, nuestro trabajo, nuestro yo.”

La doctrina del Mínum Vital, al aplicarse a las clases trabajadoras, conduce a la fórmula expresada por economistas de esta época: “A cada quien según sus necesidades; de cada quien según sus recursos”, lo que en lenguaje llano quiere decir que el trabajador que tiene obligación de sostener una familia numerosa debe recibir un salario que le permita sostenerla decorosamente, y que los gastos públicos, los impuestos y las obras de asistencia social deben pagarlos los que más tienen y los que más ganan.





## INTRODUCCION A MASFERRER

*Por José Luis MARTINEZ*

### EL MAESTRO Y SU TIEMPO

Al grupo de aquellos a quienes llamamos Maestros de América, debe sumarse el nombre de un original y profundo pensador y apóstol salvadoreño, Alberto Masferrer, cuya obra, a pesar de haber dejado huella decisiva en su propio país y en toda Centroamérica, no es suficientemente conocida en el resto del Continente. En efecto, si aquello que constituye la armadura central de las empresas humanas de un Sarmiento, un Hostos, un Martí, un Sierra y un González Prada es su esfuerzo y su lección permanente para liberar y educar a sus pueblos, es decir, para procurar que la civilización sea un bien efectivo para todos, ese mismo esfuerzo y esa misma lección son los que, en función de las circunstancias y necesidades sociales de su propio ambiente, emprendió Alberto Masferrer. Su obra escrita y las tareas sociales que realizó no son sólo un diagnóstico valeroso o un recuerdo estimulante sino los cimientos de un programa civilizador cuya esencial justicia y cuyo imperativo no pueden ya ocultarse. Y su fuerza reside en el hecho de que en ellas se expresa la conciencia social del pueblo salvadoreño. (1)

Parece innecesario tratar de explicar —al fin fatalidad o mecánica propia de la historia— el porqué de la aparentemente tardía aparición de un maestro de la categoría de Masferrer

en la escena centroamericana. Los demás maestros de Hispanoamérica fueron una floración característica del período de luchas contra la anarquía, en la primera mitad del siglo XIX, y del siguiente período de organización de nuestras repúblicas, en el último tercio de aquel siglo. Y sus obras fueron expresión de las necesidades sociales y de los ideales culturales de su tiempo. También lo es la obra de Masferrer cuyo ámbito comprende la segunda y la tercera décadas de nuestro siglo, y dentro de su propio tiempo, ella va a coincidir y aun a anticiparse a las principales doctrinas sociales y jurídicas contemporáneas que han llegado a definir los objetivos de las formas de vida que llamamos civilización y cultura occidentales, la legislación del Salario Mínimo y los programas de Seguro Social, las campañas alfabetizadoras y aun la Carta del Atlántico y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre.

Pero si algunos escritores de la América hispánica han podido realizar su obra en ambientes propicios y que de alguna manera los condicionaban, Masferrer, por el contrario, tuvo que vencer enraizados prejuicios y luchar constantemente contra circunstancias hostiles. Y desde los principios de su carrera intelectual aprendió el difícil arte de adaptar sus escritos sin deformar sus pensamientos, a las condiciones y necesidades sociales que se le imponían. Julio R. Barcos, exagerando acaso las tintas oscuras, describía así en 1917, la situación que privaba en los pueblos en que debió actuar Masferrer: "Centroamérica —dice— está con respecto al resto del Continente como los Balkanes con respecto al resto de la Europa civilizada. Política, económica, social e intelectualmente, está en el siglo XVII. Aunque hasta los tiranos invocan allí la palabra democracia, en realidad lo que prevalece son las costumbres, las supercherías, las instituciones y las crueldades del régimen feudal español, pero afeadas por la desnudez, la mugre, el paludismo, la uncinariasis, la tuberculosis, la degeneración y el envilecimiento de la desgraciada raza autóctona, de la

cual gobernantes y potentados están haciendo étnica y moralmente una sub-raza mediante un sistema de regreso de la más degradante esclavitud humana.” (2)

Y más adelante concluye Barcos: “Pueblos de estas condiciones no son tierras propicias al genio, sino campos yermos de la inteligencia. El caso de un Rubén Darío es un hecho sorprendente en Nicaragua como el de Montalvo lo fue en el Ecuador. No es que el árbol de la raza no pueda dar frutos de oro lo mismo en la tierra fría como en la tierra caliente de América. Lo yermo es la indigencia espiritual colectiva: la falta de comprensión, de resonancia moral para las voces de los grandes pensadores y los grandes artistas.” (3)

Pero si hay que recoger la lección de verdad que contiene esta sombría estampa no hay que olvidar, al mismo tiempo, que si un hombre puede violentar el crecimiento de su pueblo, no por ello puede llegar a ser completamente extraño a su propia realidad: ésta puede no serle propicia, pero él parte de ella y es parte de ella. El hecho mismo de la conciencia social que Masferrer logró crear en El Salvador indica ya hasta qué punto era necesaria la aparición de un pensador revolucionario de su naturaleza, pues, como lo señala Francisco Morán, “ningún luchador sincero, ningún hombre puesto honradamente al servicio del pueblo puede desconocer, sin caer en contradicción consigo mismo, que las reservas humanas con que cuenta la revolución salvadoreña fueron puestas en marcha por el evangelio social de Masferrer.” (4)

## VIDA Y MAGISTERIO

Nació Alberto Masferrer, hacia 1870, en el pueblo de Alegría (Departamento de Usulután, República de El Salvador), lugar situado “en un repliegue de la cadena costera que, cortada por el

ría Lempa en su tercera jornada, se alza de nuevo en terrazas escalonadas en caracol y ofrece una sucesión ascendente de balconerías abiertas al paisaje circular." (5) Fue hijo de una serrana criolla y de un español inmigrante. En aquel poblado transcurrió su niñez y aprendió las primeras letras hasta que, ya adolescente, se le lleva a San Salvador donde se le inscribe como interno en el colegio que dirigía el profesor cubano Hildebrando Martí, al que mirará más tarde en sus recuerdos con el profesor José Angel Mendoza, también su maestro. Pero no va a conceder demasiada atención, ni entonces ni más tarde, a los estudios sistemáticos y preferirá siempre la escuela de la vida y las lecturas elegidas por sí mismo. Hacia los veinte años inicia su conocimiento del mundo con viaje a los países centroamericanos; primero Nicaragua y Honduras, luego Guatemala y Costa Rica. Y se inicia también en la literatura: escribe como tantos otros jóvenes, versos y descripciones de sus viajes. Pero si tiene el rigor de destruir todo sus escritos anteriores a los veintiún años, guardará de aquellas experiencias una conciencia cabal de la realidad en que habrá de concretarse su acción: Centroamérica.

Su segunda peregrinación, hacia puntos extremos del Continente, Chile y Nueva York, completarán, por comparación de afinidades y diferencias, la madurez de aquella conciencia. Escribe por estos años, 1910, el primero de sus grandes escritos doctrinales, las cartas a un obrero llamadas *¿Qué debemos saber?*, que contienen ya en germen los puntos principales de su doctrina Social.

El último de sus viajes será plausiblemente hacia la fuente aún viva de nuestra cultura, Europa, gracias a su nombramiento como cónsul de El Salvador en Amberes. Mas antes que aprovechar aquella estancia, según la costumbre, para su deleite personal o para descastarse, Masferrer, siempre fía su mente en su propio pueblo, la convierte en una lección, en una reacción. Y su empeño, de entonces en adelante, será el de fincar las bases para

que El Salvador y Centroamérica toda puedan crear una forma de convivencia humana que merezca llamarse civilización. La respuesta a aquel violento impacto que recibe su conciencia ante el espectáculo de los países cultos de Europa es el extraordinario programa alfabetizador y educativo que se llama *Leer y Escribir* (1915). “Todo cuanto escribió en adelante —apunta Francisco Morán—, al menos en cuanto a contenido social, tuvo auge de su reacción ante la antítesis de dos realidades tan diferentes.” (6)

Entonces, ya aclarada su misión esencial, inicia su lucha y su apostolado: “contra la rutina, el dogma y el estatuto; contra las ideas estancadas, la codicia multiforme y los sistemas de explotación del hombre por el hombre; contra la ignorancia en todos sus grados, formas y matices; contra la mentira convencional y la conformidad acordada. Concitó la enemistad y el odio de todos los hombres que se amparan y regocijan y se crecen en el fango y el miasma de esa podredumbre. Su crítica, unas veces serena y acariciante y otras veces irónica hasta el sarcasmo, pero siempre impregnada de docencia, se expresaba con acentos entrañables, plenos de amor y de piedad.” (7)

Entonces, ya de retorno a su patria o en largas visitas a los demás países centroamericanos, se sucederán sus escritos sociales, filosóficos y literarios y sus grandes campañas periodísticas, entre las que sobresale la de 1928-1929 en el diario “Patria”, de San Salvador. Y todo será un largo e ingrato esfuerzo por conducir a su pueblo hacia la luz, con una intrepidez semejante a la que, años atrás, había alentado a los maestros civilizadores de nuestra América. Mas si no hubo tal vez en la lucha de Masferrer la pasión o el heroísmo que movieron a un Sarmiento, a un Bolívar o a un Martí, (8) su empresa humana, no por más humilde, fue menos generosa y menos alta. Si no tuvo el brillo de la espada o de la palabra, ni dispuso del poder para convertir en realidades sus sueños y si no le fue dado luchar por grandes conceptos de timbre épico; luchó, en cambio, contra enemigos tan

poderosos como los que afrontaron aquellos libertadores, y con el arma persistente de la doctrina lenta y orgánica cuya eficacia reside en la consistencia de su articulación y en su serena evidencia, pues dijérase que no hacía más que revelar lo obvio, más que proyectar una lúcida conciencia hacia la miseria y la ignominia que la costumbre había vuelto invisibles.

Murió Alberto Masferrer el 4 de septiembre de 1932, en San Salvador. “No conoció el reposo en la vida; y en la muerte, su palabra es grito de batalla, y quienes la llevan por lema, no reposarán jamás”, (9) ha dicho, con bellas palabras, Francisco Morán, en el mejor estudio consagrado a la memoria del gran salvadoreño.

## LA OBRA ESCRITA

La obra publicada de Alberto Masferrer puede clasificarse en las siguientes secciones, de muy diversa calidad y significación: a) *doctrina social o programas civilizadores*; b) *escritos filosófico-religiosos*; c) *obras literarias*, y d) *artículos misceláneos*. Sus escritos más importantes, y a los que debe Masferrer su prestigio intelectual, son los de carácter social. El primero de ellos, *¿Qué debemos hacer?* (1910), es también el primer esbozo de la doctrina social y cultural que desarrollará en su obra posterior, penetrado —como ha señalado Morán— de las ideas tolstoyanas acerca de la justicia social, de la educación y del sentido religioso de la vida. (10) Es particularmente notable en este ensayo, por cuanto coincide con el programa que hacia los mismos años perseguía la Revolución Mexicana (1910) y se anticipa a un objetivo que ha venido a intentarse en otros países años más tarde, la afirmación que formula Masferrer de la urgencia que existe de emancipar la tierra, ya que “esta liberación vendrá a complementar la abolición de la esclavitud, infecunda hasta ahora y mientras

no sea abolida la esclavitud de la tierra.” (11) Y por su dignidad literaria y su emoción se destacan las páginas que dedicó Masferrer al hijo, para él, la obra más trascendental e importante que el hombre puede emprender.

*Leer y Escribir* (1915) inicia el desarrollo de aquel primer esbozo formulando un programa de educación básica para el pueblo. Tiene una excepción importante histórica la denuncia con que Masferrer principia su alegato: “La mitad de los salvadoreños no saben leer ni escribir”, (12) denuncia que luego tuvieron que reconocer muchos otros pueblos del Continente y que ha sido precursora de los esfuerzos alfabetizadores de algunos gobiernos.

En efecto, aquel programa de Masferrer, formulado en 1915, desgraciadamente no va a ser escuchado desde luego y sólo comenzará a convertirse en tarea nacional para varios países hispanoamericanos a partir de la iniciativa mexicana de Jaime Torres Bodet (1944), y aun será adoptado, posteriormente, como uno de los objetivos educacionales básicos de la Unesco. Masferrer advirtió toda la magnitud y todos los aspectos del gran problema, insistiendo, sobre todo, en que no será posible la regeneración y la justicia sociales de los pueblos hispanoamericanos —y especialmente de El Salvador— mientras no se dé al pueblo el *minimum* del pan y la letra.

Más la resolución del problema de la tierra y del problema de la ignorancia no puede emprenderse aisladamente. Es preciso atacar el mal en su raíz que no es otra que la discordia que impera entre los hombres, la injusticia social que el hombre ha echado para su hermano. Es preciso encontrar, piensa Masferrer, “un camino de reconciliación, una fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre, entre hermano y hermano, y sobre la cual con sentido vivo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra.” (13) Ese camino y esa fórmula, son los que trató de concretar Masferrer en su *Doctrina del Minimum Vital* que

define como “la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales”. “¿Cuáles son —se pregunta más adelante—, reducidas al *mínimum*, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento?

“Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

1ª—Trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia;

2ª—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;

3ª—Habitación amplia, seca, solcada y aireada;

4ª—Agua buena y bastante;

5ª—Vestido limpio, correcto y de buen abrigo;

6ª—Asistencia médica y sanitaria;

7ª—Justicia pronta, fácil, e igualmente accesible a todos;

8ª—Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes de familia conscientes.

9ª—Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.” (14)

He aquí, ya articulada y madurada totalmente, aquella doctrina civilizadora que había comenzado a esbozarse en las *Cartas a un Obrero*. Aquí está ya, en su forma más pura, el mensaje de Masferrer cuya originalidad y cuya verdad no reside en otra cosa más que en su eternidad pues, como apunta Morán, su doctrina se inspira, como toda la literatura social del mundo, en el Sermón de la Montaña. (15) Pero es necesario recordar siempre de nuevo a los hombres aquella antigua verdad, “hay que traducir las palabras eternas al lenguaje de cada grupo humano y explicarlas en términos del momento que viven los pueblos, y hay que dar al mensaje eterno la vibración de la voz del prójimo y hacer que la luz ofuscante de lo alto se humanice a través del cristal “medianero de la luz”, ideal del poeta y del escritor que tiene sentido de su misión entre los hombres.” (16)



Es admirable, dentro de este ensayo, el pensamiento de Masferrer acerca de los derechos del niño y la dignidad y trascendencia del trabajo, pues éste, en cualquiera de sus formas, es siempre un “dar la vida” para una colectividad. Y puesto que “todo lo hacemos entre todos” y “puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva, siquiera en porción mínima, en la del *Mínimum Vital*, aquello que hemos dado: nuestro trabajo, nuestro YO.”<sup>(17)</sup>

“Si Franklin Delano Roosevelt, campeón de las cuatro libertades —comentaba Pedro de Alba—, leyera el manifiesto del *Mínimum Vital*, se sentiría jubiloso al darse cuenta de que en la mente de un maestro de América habían germinado desde hace diez o doce años las mismas ideas que él sostiene en la cláusula económica de las Cuatro Libertades.”<sup>(18)</sup>

*La cultura por medio del libro* (1929), el último de los programas civilizadores de Masferrer, es un alegato en favor de la fundación de una biblioteca municipal en cada población de la república de El Salvador. No tiene la importancia de los textos anteriores, sobre todo porque limita la consideración del problema a sus perspectivas nacionales y porque su argumentación, trivial a menudo, carece de la noble altura que alcanza en sus escritos antes comentados.

Integran la segunda sección de los escritos de Alberto Masferrer los de índole filosófica-religiosa siguientes: *Ensayo sobre el Destino* (1926), *Las Siete Cuerdas de la Lira* (1926), *Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús* (1932) y *Caminos de Paz* (s. f.). Fueron compuestos todos ellos en los últimos años de la vida de Masferrer y cuando aquel impulso apostólico que en los primeros años de su magisterio se había concretado en el problema social y humano parecía diluirse en meditaciones místicas y en vagas teorías religiosas y espiritualistas. Todos estos opúsculos contienen ciertamente el noble impulso de un espíritu

por ascender hacia las cumbres del conocimiento y hacia la intuición de las realidades trascendentes, y aun alguno de ellos aspira a conformar una nueva religión, la del Sol, cuya adoración, como lo saben los antropólogos, pertenece a las religiones primitivas. Ninguno de ellos, sin embargo, me parece de los escritos memorables y afortunados de Masferrer, mas no porque carezcan de experiencia humanas auténticas —que sí las hay en el *Ensayo sobre el Destino* y en *El Libro de la Vida*—, o de esfuerzos de comprensión psicológica de las grandes figuras bíblicas —como las que contienen los fragmentos de los *Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús*—, sino porque, en última instancia, carecen de consistencia y de profundidad, porque no hay en ellos ese testimonio directo y patético, ese vivo sentido y percepción de los hechos, que ilumina los programas civilizadores de Masferrer.

Las obras propiamente literarias de Masferrer son ejercicios de juventud o meros ocios marginales de su actividad principal. Parece haber sido, en los comienzos de su carrera, “escritos de mucha sonoridad y pompa”, (19) a la sombra de Hugo, Montalvo, Esquilo, Lucrecio y algo de la Biblia. Y antes de descubrir el mensaje de Tolstoi escribió versos impregnados de propósito docente, (20) y más tarde, recuerdos de infancia y juventud —*Niñerías* (1916)—, relatos de viaje —*Pensamientos y Formas. Notas de Viaje* (1921)—, impresiones de ciudades —*En Costa Rica* (s. f.)— y aun novelas —*Una vida en el Cine* (1922)— y las inéditas *El Alma del Naranja* y *Hombre o Vampiro*—, todos ellos escritos de escaso interés y al fin obra de quien tenía más afinado el sentimiento para los problemas humanitarios y civilizadores que para la corporización de los fantasmas verbales y psicológicos que requiere la creación literaria.

La sección final, de artículos misceláneos, de la obra de Masferrer pertenece, en su mayor parte, a aquel campo de las cuestiones sociales que parecía el más adecuado a su espíritu luchador y apostólico. Los más antiguos, como el del breve volu-

men titulado *Las Nuevas Ideas* (1913) fueron escritos en los años de su permanencia europea, pero todos los demás —*El Dinero Maldito* (1929), *Hombres, Ciudades y Paisajes* (s. f.), *Páginas* (s. f.), *Mosaico* (s. f.) y artículos sobre vitalismo— se escribieron para periódicos salvadoreños o centroamericanos y se ocupan, por ello, de personajes locales, de acontecimientos o problemas inmediatos y circunstanciales o de exponer, divulgar o defender las convicciones de Masferrer y particularmente las de su doctrina vitalista. Fue en su tiempo una de las conciencias más lúcidas y generosas, el hombre de la doctrina civilizadora y el defensor constante de todas las causas nobles. “Masferrer —escribe Francisco Morán— penetraba más hondo que el pueblo en las necesidades primordiales de éste. Y hallaba vías y maneras de llenar esas necesidades. Exponía sus hallazgos en formas originales y novedosas, tocadas unas veces de poesía, y prestigiadas otras por la meditación filosófica, de manera que nunca aparecían pedantes ni vulgares. Era un don muy suyo de ennoblecer todos los temas y todos los asuntos.” (21)

“Sus editoriales de “Patria” —añade más adelante— fueron surgiendo conforme a un plan admirablemente delineado en el primero de ellos, que define precisamente eso, lo que el autor concibe como Patria. Y se desenvuelven cual radios que parten todos de una idea central pero que se unen entre sí por líneas de ideas y de emociones fundamentales. Es tal la congruencia de esta obra periodística que no se puede leer un editorial sin pensar en los demás porque parecen contenerse unos a otros en germen o en comentario.” (22)

Pero si varias de estas series contienen artículos notables por el rigor y penetración de su doctrina, ningunos más intensos e impresionantes que algunos del opúsculo *El Dinero Maldito* (1929), que se refieren a problemas sociales como la embriaguez y el revólver. *El Mínium Vital* es ciertamente la obra fundamental del pensamiento de Masferrer, pero las páginas más

hermosas que escribió —por el feliz concierto de doctrina y emoción que supo infundirles— son acaso el pasaje sobre “el hijo”, de aquellas iniciadas *Cartas a un Obrero*, y los artículos “La Calle de la Muerte” y “Pan y Revólver” de *El Dinero Maldito*. “Sí, esta calle —escribe en el primero de ellos—, donde hace cinco años veo desfilar, domingo a domingo, una caravana de hombres ensangrentados: esta calle que va del Estanco al Hospital, bordeando la Penitenciaría y ramificándose por un lado hacia el Volcán, que es el trabajo y la sencillez, y extendiéndose por el otro hacia la Ciudad, que es la mentira y la rapiña... esta calle por donde bajan por la mañana la alegría y la vida, y suben por la tarde cambiadas en tristeza y en muerte... esta calle que debiera ser toda ella roja, tanta es la sangre que ha empapado su suelo... es, de veras, Calle de la Muerte.

“Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno.

“Sí, ésta debe llamarse Calle de la Sangre, *Nuestra Calle*; pues nosotros vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esta sangre cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros los privilegiados.

“Con esa sangre vamos a Europa, a divertirnos y a corrompernos, si todavía nos falta corrupción; con esa sangre se paga el diploma del médico y del jurisperito; con esa sangre nos costeamos las fiestas diplomáticas y los banquetes patrióticos; con esa sangre cubrimos los gastos de mil cosas superfluas, dañosas, tontas e inútiles; con esa sangre sostenemos la vida y monerías que imaginamos civilización y progreso.

“Y con esa sangre, nosotros los señores de la Tierra y del Comercio y de la Banca; vosotras las nobles matronas, vosotras las señoritas gentiles y nosotros los caballeritos apuestos; con esa sangre se pagan nuestros ocios, nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa

y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito!” (32)

Así, con esta fuerza patética y fermentadora de rebeliones, con esta sobria eficacia de la palabra a la que no estremece el arte sino la verdad y la tortura de la cotidiana ignominia, sólo pudo escribir un hombre que, como Masferrer, sentía en carne viva el dolor de su pueblo y sabía convertir esta compasión en denuncia contra la iniquidad y en impulso justiciero.

## MASFERRER, ESCRITOR

Aquel escritor que en los comienzos de su carrera gustaba de adornos y sonoridades pareció haber comprendido muy pronto la incongruencia y aun la impertinencia de una literatura refinada para minorías cuando el pueblo, su pueblo, carecía del mínimo de cultura, de educación y aun de alimentación. Conscrósc, pues, a procurar fundamentalmente éstas y ya no se preocupó más que de la eficacia de sus palabras. Pero si muchas veces acertó en páginas de sobria justeza y elegancia, otras tantas naufragó en lirismos de incierta calidad y ejemplificaciones vulgares. Fue desde luego la necesidad que advirtió Masferrer de que sus doctrinas sociales fuesen cabalmente expresivas para el pueblo y sus gobernantes a quienes se dirigían la que lo llevó a descender a menudo a minucias demasiado localistas y triviales o a argumentaciones no exentas de ingenuidad, mas, a pesar de que el concepto que Masferrer tenía de civilización se exponga —en *¿Qué debemos saber?*— con ideas confusas y superficiales; a pesar de que en *Leer y Escribir* haya argumentos más pintorescos que sólidos; a pesar de que en *La Cultura por medio del Libro* abundan las digresiones chuscas y puedan formularse serias objeciones a la selección que propone para integrar las Bibliotecas Municipales, tales reparos no hacen perder su valor, su oportunidad y su importancia a los programas civilizadores de Alberto Masferrer.

El era un escritor con un instrumento casi siempre eficaz y con una viva percepción de los hechos sociales y aun con una penetrante visión de los caminos para la resolución de los problemas que denunciaba, mas no pudo ser, al mismo tiempo, un teorizador consistente y un hombre de letras que se moviese con entera seguridad entre los laberintos de las doctrinas y las ideas o de las más sutiles cuestiones de gusto y proporción. Y sin embargo, su mensaje esencial de civilizador no sufre mella ni pierde vigor por los tropiezos de su pluma y aun con ellos nos hace admirar más al hombre que, haciendo violencia a sus propios recursos y a su tiempo, pudo legarnos un fermento de justicia social y un impulso educativo que constituyen una lección perdurable para nuestra América. “Tenía —escribió Julio R. Barcos— algunas gotas de la sangre de Jesucristo”.<sup>(24)</sup> Y Pedro de Alba afirmó con justicia: “La clarividencia y el espíritu humanitario de Masferrer le dan derecho a figurar entre los americanos de estatura continental.”<sup>(25)</sup>

La obra de Masferrer fue publicada originalmente en libros y folletos, algunos de los cuales han sido reimpresos varias veces, y en diversos periódicos de los cuales sólo se han coleccionado y reimpresso algunas series de artículos. Un primer intento para publicar sus *Obras Completas* (Tipografía La Unión, San Salvador, 1935) sólo logró la aparición de dos volúmenes, el primero, con los escritos de juventud de Masferrer, y el segundo, *Misión de América*, apenas un breve folleto. En 1948 la Universidad Autónoma de El Salvador inició una nueva edición de las obras completas del maestro de las cuales van publicados tres volúmenes (1948, 1949 y 1951) que contienen la parte fundamental de su obra. Se anuncia que la edición constará de nueve volúmenes, que ya se encuentran preparados, y en los cuales, además de reunir los materiales publicadas en folletos que se han vuelto raros o que andan dispersos en periódicos y revistas, quizá se publiquen los escritos inéditos de Masferrer. Francisco Morán, junto con el

excelente estudio que ha dedicado a la personalidad y a la obra del gran salvadoreño (San Salvador, 1951) publica una bibliografía que da cuenta detallada de sus escritos.

La presente antología aspira a ofrecer un repertorio representativo del pensamiento de Masferrer, y por ello, más que una antología de las mejores páginas literarias lo es de la doctrina humanitaria, social y pedagógica de Alberto Masferrer.

San Salvador, 1951.

- (1).—Cf. Francisco Morán, *Alberto Masferrer o la Conciencia Social de un Pueblo*. Publicaciones del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1951, p. 5. Este mismo estudio aparece al frente del volumen: *Alberto Masferrer. El Mínimum Vital y otras obras de carácter sociológico*. Colección "Los Clásicos del Istmo", Ediciones del Gobierno de Guatemala, Guatemala, 1950, pp. XV-LIX.
- (2).—Julio R. Barcos, "Alberto Masferrer" (1917), en *Obras de Alberto Masferrer*, Universidad Autónoma de El Salvador, 1948, Tomo I, pp. 5-6. La edición original de este ensayo se encuentra en el libro de J. R. Barcos, *Profesores de idealismo en América*, San Salvador, s.f., pp. 52-63.
- (3).—J. R. Barcos, *Ibidem*, p. 8.
- (4).—F. Morán, *Opus cit.*, p. 7.
- (5).—*Opus cit.*, p. 9.
- (6).—*Op. cit.* p. 15.
- (7).—*Op. cit.* p. 17.
- (8).—Cf. *Op. cit.*, p. 18.
- (9).—*Op. cit.*, p. 20.
- (10).—*Op. cit.*, p. 23.
- (11).—Masferrer, *Obras*, Universidad Autónoma de El Salvador, 1948. Tomo I. p. 102.
- (13).—Masferrer, *Obras*, I. p. 18.

- (14).—Masferrer, *Ibidem*, I. pp. 20-21.
- (15).—F. Morán, *Opus cit.*, p. 28.
- (16).—*Op. cit.*, p. 28.
- (17).—Masferrer, *Obras*, I, p. 26.
- (18).—Pedro de Alba, “La educación vitalista de Alberto Masferrer”, *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril de 1945, año IV, Vol. XX, número 2. p. 172.
- (19).—Expresión de Román Mayorga Rivas, citada por F. Morán, *Op. cit.*, p. 22.
- (20).—F. Morán, *Op. cit.*, p. 40.
- (21).—*Op. cit.*, p. 41.
- (22).—*Op. cit.*, p. 42.
- (23).—Masferrer, *Obras*, I, pp. 64-65.
- (24).—J. R. Barcos, *Opus cit.*, p. 10.
- (25).—Pedro de Alba, *Opus. cit.*, p. 173.



## MASFERRER, CREADOR DEL ALMA NACIONAL

Por Salvador CAÑAS.

(Revista Universidad de San Carlos.—XXIII.—Guatemala.  
Abril, Mayo, Junio, 1951).

*“No nos queda otra alternativa que elegir nuestro puesto en la contienda. De las teorías podemos prescindir; la acción se impone siempre. Al principio fue la acción. No al principio de las cosas, sino al principio de la redención humana. Por la acción la especie ha forjado su cultura, técnica, humana y espiritual; por la cultura persigue su emancipación de toda servidumbre. La cultura es la obra de la voluntad, la voluntad quiere la libertad. Que sea libertad creadora”.*

Alejandro KORN.

### I

En El Salvador —pequeño en extensión y densamente poblado— los hombres son más dinámicos que contemplativos, más inclinados a la acción que al ensueño. ¿Causas? Algunas de ellas las dejamos apuntadas en ocasión anterior. Condiciones geográficas, idiosincrásicas y vitales propician el surgimiento de pensadores de la talla de Alberto Masferrer. Desde los comienzos de su obra se advierte la preocupación fija que despiertan en él las situaciones de miseria de los desafortunados y la poca o nula cultura del ambiente en total. El sociólogo y el pensador se juntan para la mayor eficacia en la tarea constructiva. Si conquistó

belleza de estilo —Masferrer fue un artífice de la palabra— lo hizo en razón de la claridad para hacerse entender de los demás, no por gozar voluptuosidad narcisista.

Alberto Masferrer puso su talento al servicio de las causas colectivas. El escritor es guía. Se adentra en el alma, en la ideología, en los sueños y costumbres de los pueblos, para conocer a éstos integralmente y orientarlos con seguridad y energía. Masferrer vivió por y para el pueblo. Se le entregó sin reticencias ni cobardes inhibiciones. ¿Que no fue comprendido? ¿Que le negaron y vilipendiaron? No importa. Su obra resplandece y resplandecerá indefinidamente. Masferrer comprendía que el escritor puede ser cómplice de los retrocesos o extravíos de un pueblo. Que el escritor aflora como producto de escondidas fuerzas pugnando por quintaesenciarse en milagrosa alquimia... Será el representativo de un pueblo escarnecido por injusticias y vejámenes... O el crucificado exponente de falaces organizaciones sociales. El escritor de hoy se sabe elegido para misión altísima. O la cumple con sinceridad de miras, o se acomoda a circunstancias de boato y de engaño.

Transmútase el alma de los pueblos. Transmútase también su expresión. El escritor y el poeta cambiarán de actitud ante la palabra. ¿Dirá el escritor la verdad de esta hora? ¿Cantará el poeta el dolor de la masa sufriente? Entonces la palabra tendrá valor distinto. No será la palabra vacía, aunque sonora; ni el giro cabalístico, aunque novedoso, los elementos de la expresión avanzada.

Como el escritor debe penetrar la psicología del momento, captará las voces prometedoras, como las voces lúgubres. Ahondará en los problemas espirituales, como en los problemas económico-sociales del medio, en conexión con los de otros lugares que no por lejanos, dejan de tener entre ellos alguna similitud. Lograda la verdad, el escritor la dirá claramente. Si no la expone, traiciona sus convicciones y su mensaje. Masferrer

dijo su verdad con valentía y entereza. Fue negado sin duda ninguna, negado por los réprobos y mercachifles. En cambio, se siente todavía y ha de sentirse por un tiempo más, su influencia de hombre de pensamiento y de lucha cruenta.

El escritor debe tomar su puesto en el combate cotidiano. El escritor ataca y orienta; destruye y edifica. Pero al destruir debe ser radical. El respeto pueril y el sentimentalismo no deben poner diques al pensamiento iconoclasta. El escritor conocerá la estructura falsa de las sociedades y convencido de la tragedia de los más, levantará su voz ardida de dolor.

No puede ser neutral el escritor. Necesita definirse. Hay dos corrientes. Hay dos fuerzas. De acuerdo con su conciencia se decidirá por cualesquiera de esas dos corrientes o fuerzas. No puede permanecer neutral el escritor. Lo neutro nunca fue índice de carácter. O está con los retrógrados por ignorancia o conveniencia, o con los nuevos que no están conformes con nada ni con nadie. Si con los primeros, defenderá la mentira en todo; en lo social, en lo político, en lo educativo, en lo artístico; si con los segundos, expresará la verdad sin eufemismos ni cobardías.

Esa lógica de los hechos, a la cual ninguno puede sustraerse, agudiza la lucha. Y cada día, más se definen los dos frentes. Los dos demuestran fuerza. Pero triunfará por esa misma lógica de los hechos y por el ritmo de los tiempos, el frente que posea la verdad.

El caso de Alberto Masferrer confirma en América la posición e influencia del hombre de letras en estos momentos de responsabilidad histórica.

A propósito del mismo Masferrer en su carácter de guía luminoso, transcribimos por considerarlo oportuno, los siguientes párrafos de Keyserling:

“Yo no creo que una literatura nacional cualquiera, esta o aquella, participe en forma apreciable en los acontecimientos

de los siglos futuros. El período propiamente literario ha pasado. Es verdad, siempre habrá escritores que desempeñarán un gran papel, pero no en su carácter de tales. Rabindranath Tagore tiene para la India una importancia como jamás poeta alguno la alcanzó en Europa, después de Orfeo; pero no a causa de sus poemas, sino porque su verbo ha creado un alma nacional. Heriberto G. Wells y Aldous Huxley representan dos grandes influencias, pero no tanto como escritores, sino como utopistas y profetas. D'Annunzio se sobrevive a despecho de su valor literario, podría decirse, y fue el heraldo de una nueva Italia muy joven y en muchos sentidos bárbara. En España, entre los escritores de calidad, sólo Unamuno representó una fuerza perdurable, porque fue la expresión de las entrañas de su país. Ortega y Gasset, cuyas cualidades nadie aprecia más que yo, vive ya al margen de la vida, no sólo española, sino europea. Inútil insistir y multiplicar los ejemplos. En resumen, casi no implica una exageración al afirmarse que, cuanto más grande es en nuestros días el mérito exclusivamente literario de un gran espíritu, menor es su influencia nacional y mundial. Considerada desde este ángulo, la gloria de Paul Valéry aparece como trágica, y ella lo es en efecto. Jamás, que yo sepa, ningún escritor ha sido tan citado en vida, como mi caro amigo francés. Pero instintivamente, no se citan más que a los muertos. Las influencias vivas, fecundan; raramente son perceptibles; las ideas vitalizantes mueren ejerciendo su acción, como muere el espermatozoide después de haber fecundado.

“Así las cosas, la literatura propiamente dicha, no podrá desempeñar en el curso de las próximas décadas, y probablemente en los próximos siglos otro papel que el que tuvieron los conventos de los comienzos de la Edad Media, es decir, que su cometido será el de conservar y perpetuar la tradición de los pequeños círculos cerrados. Si ahora, pues, intento formular una proposición sintética, ella no será sino la siguiente: la influencia

intelectual, moral y espiritual que las dos Américas podrán tener sobre los países europeos, no dependerá absolutamente de la calidad de las literaturas nacionales en sí; ella dependerá exclusivamente de la profundidad y convergadura de los espíritus de uno y otro lado del Atlántico, quienes, por lo demás, podrán ser buenos o malos escritores. Es más probable que los espíritus más influyentes del porvenir serán malos escritores, porque la necesidad de obrar rápidamente, nunca fue favorable al desarrollo del estilo escrito. Pero ello no implicará para que el espíritu en sí cuente menos que nunca. Si, desde el punto de vista político, hemos entrado en el período nacionalista de la historia, desde el punto de vista del espíritu, hemos entrado en la era más universalista que jamás se ha conocido. Todo espíritu de gran potencia, inevitablemente influenciará al planeta entero. Pero, por otra parte, en lo sucesivo, o un gran espíritu tendrá influencia mundial, o bien no alcanzará sino una escasa influencia perdurable sólo en su país.”

Otro sentido tendrá la literatura. Sentido propulsor. A la otra no le negamos su importancia por su sedimento humano y filosófico, como no se la negaba el mismo Masferrer. Esta ansia de renovarlo todo, para levantar organizaciones fundamentales en la ciencia, la justicia, la belleza, y el amor, no se estimula en las fuentes de quietud. Son un factor esas fuentes, pero no toda la cultura.

El escritor debe participar en esta lucha. Rezagarse es renunciar a los imperativos del momento. La literatura tendrá otro sentido si responde a las inquietudes de la hora actual. Se necesita esclarecer, destruir, edificar. Los problemas sociales, como el pensamiento nuevo y fuerte, exigen también al hombre fuerte y nuevo.

¿Tendrá otro sentido la literatura? Sí. Y muy trascendental. A una ideología distinta, a una sensibilidad distinta, conviene una expresión distinta. Ya no satisface la palabra rítmica, y sin

contenido. La palabra poseerá todo el dolor de una época intensa de idealidades y conquistas.

Desde el punto de vista de Keyserling, Alberto Masferrer fue creador del alma de un pueblo. Todas sus energías mentales, psíquicas y volitivas, tenían un cauce único: crear esa alma. Pudo Masferrer, porque su mente hubiese perdido agilidad y penetración, no haber incorporado a su equipo intelectual, nuevos conceptos en filosofía y frescas doctrinas en lo social y político. Pero sí fue, indiscutiblemente, un precursor en la lucha por las grandes reivindicaciones colectivas y un atisbador sagaz en el campo filosófico. A Masferrer se le respeta por el conocimiento que tuvo de las realidades sociales, políticas y culturales, y por la intuición lúcida de abruptas realidades que advendrían en época cercana. El cumplió con su destino de guía y de combatiente hasta el día en que alentó vida. Otros completarán su obra con el aporte de actuales conquistas científicas y con el aporte de la capacidad fragante del hombre en potencia biológica y mental. Pero en los lineamientos fundamentales de su obra constructiva, realizada en El Salvador y en el resto de Centroamérica, él será durante mucho tiempo el clarividente maestro.

Su "Mínimum Vital", si cierto es que no expresa una teoría avanzada en lo filosófico y en lo económico social, sí encierra una fórmula viable para resolver los graves problemas que aquejan a la colectividad salvadoreña. Además en su tiempo, y aún hoy, esta colectividad no tiene la preparación necesaria como para asimilar y practicar métodos de vida que conduzcan a una revalorización y reajuste, o mejor dicho, a una creación de la vida ética, social y política, puesto que previamente no ha pasado por las primeras etapas en su evolución ascendente. Que la última guerra ha precipitado esta evolución, es una verdad irrefutable; que aceleró fuerzas que marchaban lentamente, no se discute tampoco; pero reconozcamos, no en alarde sentimental, que pensadores y luchadores como Masferrer, sentaron las bases

sólidas para la edificación de instituciones libres. En el país sentimos, cada día, el soplo grandioso del Maestro, ya sea en la medida adecuada, ya en el paso oportuno, ya en la ley justa; ya sea en el error, ya en la deficiencia, ya en la desviación, porque él los había concebido y propugnado a la vez para su realización; porque él se adelantó señalándolos vívida y certeramente. Mínium de vida pedía para los salvadoreños y para los centroamericanos. Pedía para el humilde su vivienda higiénica y barata, su pan infaltable, su traje decente y también su mínium de cultura.

“Pan y Luz”, decía, clamorosa y proféticamente, Masferrer. Pan para el cuerpo y luz para la mente. ¿Por qué sólo la clase privilegiada tiene derecho a la mesa abundante y nutritiva y a la cultura bienhechora? Por estas desigualdades tremendas luchó sin fatigarse nunca. Y por esta lucha sufrió calumnias y vilezas. Cuanto más le zaherían, cuanto más le golpeaban con despiadado encarnizamiento, más crecían su fe y lealtad en los principios universales de justicia y de equidad. En medio de cierto simplismo, que a veces informa su “Mínium Vital”, se advierte, invívita y clara, la esperanza en la culminación de aquellos principios para bien de los hombres.

“Pan y Luz” exigía Masferrer como cimiento de una lucha que él intuía angustiada en sus ensoñaciones y vigiliias. Si estas bases no se lograban, imposible sería la conquista del individuo en función de la colectividad. El pan no lo pedía para el humilde como si fuese una dádiva. Lo pedía como resultado de una justa organización del trabajo y de obligaciones a cumplir. De una organización sobre fundamentos de ciencia y conciencia. Donde el humilde fuera colaborador importante en la producción. Donde el humilde dejara su condición degradante de paria, a fin de convertirse en ser digno y respetable por su calidad humana. Le llamaron “comunista”, cuando tal doctrina no la conocía a fondo, y cuando por temperamento o ideas estereoti-

padas, no se consideraba así. Las autoridades le cercaron y estrecharon por creerle extremista, y los otros, o sean los propiamente comunistas o le adversaban con acritud, o aceptaban sus teorías mínimum vitalistas como las clucubraciones seráficas de un apóstol. Masferrer, convencido de la verdad de su credo filosófico-social, tenía, para los primeros, serenidad y entereza para rechazar sus amenazas o ataques, y para los segundos, comprensión para atemperar sus exigencias inapropiadas al momento.

Masferrer pedía luz para todos. Su “Leer y Escribir” y su “Cultura por medio del Libro”, revelan el afán nobilísimo de este espíritu. Alfabeto y más alfabeto para la redención de la generalidad de los salvadoreños. Alfabeto para el niño y para el adulto; para la mujer y para el hombre; para el potentado y para el pobre. No excluía a nadie de su sueño de alfabetizar a sus compatriotas. Convencido estaba de la alteza y bondad de su campaña que a ella redujo, en un principio, toda la vasta obra de cultura y de justicia social. Como el mal es endémico en Centroamérica, en Honduras y Guatemala se hicieron nuevas ediciones de su “Leer y Escribir”. La ignorancia, la miseria y el alcoholismo —pensaba con dolor Masferrer— son males que exigen remedio pronto. Pero él sabía que esta obra de extirpación de semejantes males, no estaba confiada sólo a los Gobiernos. En Centroamérica ha existido y existe el equívoco de que éstos son los únicos que pueden y deben realizar las tareas que atañen a la cultura y al desarrollo espiritual. Colaboran, desde luego, pero son incapaces por muchas razones atendibles, de emprender y resolver por sí solos tales tareas. Para destruir aquellas lacras se hará conforme a un plan científico. Se ha difundido mucha literatura plañidera al respecto. ¿Cómo organizar la escuela y cómo extender sus proyecciones en función docente hacia la colectividad? ¿Cómo viabilizar, en una palabra, la pedagogía social? ¿Qué sistemas económicos solucionarán la miseria nulficante? ¿Cuáles las bases éticas, no sólo económicas, para el



esclarecimiento del problema de la miseria? ¿Cómo acabar con el alcoholismo? El maestro señalaba un camino único: la cultura. Ahora, la ciencia económico-social abrió otras rutas, inéditas en aquel entonces, para la solución de esta clase de problemas. Para el doctor Roberto Agramonte son problemas sociales el sordo, el mudo, el inválido, el vago. Nosotros, los salvadoreños, además de los ya indicados por Agramonte, sufrimos otros en forma inquietadora. La ignorancia, la miseria y el alcoholismo, son problemas de cultura, pero también lo son en parte muy apreciable y directa, problemas económico-sociales, es decir, de planteamiento y realización científicos.

Rabindranath Tagore fue grande —opina Keyserling— no sólo por sus poemas, sino porque fue el creador del alma de la India; Unamuno trascendió el tiempo, porque le nació en la propia entraña al pueblo español; así Masferrer —visionario y luchador— forjó el alma del pueblo salvadoreño. Masferrer, escritor; Masferrer, maestro; Masferrer, periodista; Masferrer, filósofo, se entregó a su pueblo con sinceridad. Puede discutírsele su ideología; quizá no se situó justamente en la hora crucial por razones explicables; pero jamás se le podrá disputar su preocupación generosa por las causas del pueblo. Aun sus mismos errores en política se deben a la incipiencia del ambiente, a la presión de fuerzas exteriores indomestables, nunca al deliberado e insano propósito de traicionar los principios de la vida colectiva. Pensaron algunos en el país que uno de esos errores fue el haber participado en política, cuando su posición era la del orientador del pueblo. Sobre todo, en la política nuestra en la cual privan la falacia, el hartazgo, el dolo, que no la intención plausible, hombres como Masferrer se retiran desilusionados y pesimistas por no haber realizado sus ideales. El entró en beligerancia por amor a su pueblo. Creyó, ilusamente, ver convertidos en cosa concreta los postulados de su “Mínimum Vital”; pero en la escena política se subvertían los valores y se estimulaban los

apetitos. Hombres como él se apartan desgarrados, porque no poseen habilidad para el engaño y el asalto, ni tampoco la capacidad del estadista que les permita gobernar con sabiduría y vigor. Muy bien desde su cátedra de creador del alma de un pueblo, pero riesgosa su situación en el campo político. Algunos de sus admiradores decían de él, lo que un ex-alumno exclamaba de José Vasconcelos: “que lo prefería en su sitial de conductor sereno de juventudes, que no en el terreno apasionado de la política.” Masferrer hacía patria, y patria perdurable, en la tribuna, en la cátedra, en el libro, en el folleto, en el periódico.

Humberto Díaz Casanueva, de quien nos dijera en El Salvador, León Felipe: “que era uno de los más grandes poetas chilenos actualmente”, expresó este juicio acerca de nuestro apóstol: “De Masferrer puede decirse que aspira al profundo conocimiento, verificando la continuidad que existe entre la verdad y la plenitud de sí mismo. La verdad es frágil e inútil si el hombre la capta con su intelecto nada más que para darse el lujo de la constatación. La verdad sirve al hombre si la utiliza con criterio vital. Para ello la verdad requiere ser captada en dirección a la vida práctica y moral, confluyendo en su búsqueda, la luz de la inteligencia, el fuego de la emoción y el hierro de la voluntad. Masferrer es un apasionado a la vez que un lógico. Define, examina, enciende, actúa. Hay algo de sublime ética terrestre en toda su obra. El dice: “desprenderse, renunciar, es el camino de toda verdad”. Masferrer afirma el Yo, pero no se deslumbra con él, ni se mantiene encerrado en sus manos como en las del avaro el trozo de oro, y vence a su seducción y hace que el Yo orgulloso desemboque en la vida, el prójimo, la nación. Domador de sí mismo, a fuerza de grave silencio y de honda preocupación por los problemas de afuera, supera Masferrer al individualista que se contenta con ideas generales, imágenes o dogmas, y se arriesga a caer en el error y la contradicción a trueque de actividad responsable y participación enérgica en el

drama de la existencia real. Su obra brota inspirada por la lección del idealismo y del humanismo que hacían de la personalidad una realización interior; pero el fuerte llamado de Emerson, la generosidad activa de Guyau y el vitalismo tremendo de Nietzsche, se condensan, profética e instintivamente en él, al proclamar la realización concreta y social de la personalidad. Las leyes de la vocación individual y la necesidad de la libertad interior son puro reflejo, si no se resuelven en el amor, la responsabilidad y el desprendimiento. El cultivo del Yo no es para aislarlo todavía más, sino para superarlo en la expansión y la viculación. Masferrer nos enseña que el juego particular de la inteligencia se decide en la adquisición de fuerzas, para que podamos cumplir mejor en última instancia los deberes de la existencia. Espíritu de viejo cristiano, lleno de vivencias primordiales, su pensamiento está vivo, porque no fue premeditado, sino gravitado en contacto con su realidad, espontáneo, veraz y transparente.”

Esto expresó Díaz Casanueva en un párrafo de un trabajo dedicado a Masferrer. Poseía éste el concepto vitalizador, dinámico de la verdad. No concebía ni entendía la verdad en forma estática, sino creadora, en función de sí misma y en función de los demás. Evangelio palpitante de actividades esenciales en la vida del individuo, como en la vida de los pueblos, fue Masferrer. Ni por temperamento, ni por convicción, ni por enfoque mental, el maestro, no podía ser individualista, al contrario, rebasaba impetuoso todo molde estrecho, todo límite obstruccionista o convencional. “La verdad es como la sombra de una nube; si alzamos los ojos, ya no hay nube; si los bajamos, ya no hay sombra”. El concepto huidor, trascendente, móvil, tenía de la verdad. No poseía el concepto pétreo de la misma. Por esta inestabilidad ideológica a veces se le juzgó adversamente. Comprendió que la verdad se hace todos los días a base de conocimiento doloroso, o de atisbo logrado o de experiencia madura.

En conversaciones amables con Díaz Casanueva, nos ma-

nifestaba su repudio contra los “ariclistas” por considerarlos inadaptados a la época. Díaz Casanueva no cree en el narcisista, en el que vive enamorado de sí mismo. Por esta razón admiraba y confiaba en Masferrer, porque su personalidad dual— idealista y pragmática— se desplazaba cgregiamente por todos los ámbitos y rumbos de la vida colectiva. Decía el pensador chileno, a propósito de Masferrer: “Para ello la verdad requiere ser captada en dirección a la vida práctica y moral, confluyendo en su búsqueda, la luz de la inteligencia, el fuego de la emoción y el hierro de la voluntad.” Según el criterio de Díaz Casanueva, Masferrer no era “ariclista”. Alcanzó la eximia condición de creador del alma de un pueblo. Conoció, examinó, constató, discriminó, para conducir con sabiduría. “Espíritu de viejo cristiano”, de belleza anímica, fue el apóstol encendido. “Tenemos los salvadoreños que repasar mucho su lección, excavarlo para recoger su aliento primordial, inspirarnos en su integridad y en su mensaje de fe. Su vida y su obra constituyen cantera inagotable para extraer de ella tesoros de verdad y de enaltecimiento.” Es un espíritu en vigencia, tanto en el triunfo como en el destino. El pueblo salvadoreño lo siente vibrar a cada instante y a cada instante le invoca como a su creador y guía.

## II

No sólo como escritor y sociólogo colaboró Masferrer en la orientación y grandeza del pueblo salvadoreño, sino también como pensador. Capaz de elevarse a la abstracción absoluta, como capaz asimismo de penetrar y dominar la realidad indócil. Si intentó auscultar esa fuerza inmensa llamada Destino, lo hizo con el propósito de explicarse y de explicar a los otros las causas determinantes de las desdichas o venturas, taras o excelencias, errores o aciertos de los individuos y colectividades. Se encontrarán vacíos y deficiencias en algunas de sus elucubraciones

filosóficas, pero es innegable que son de un gran valor intuitivo y sugerente. En Biología se ha ahondado tanto y en psicología explorado recónditamente, que el Destino de seres y cosas, de hombres e instituciones, se palpa, se acepta y sujeta con eficacia. Con energía inapelable puede admitirse, siempre que la sustenten leyes científicas y ético-filosóficas. Lo abstruso lo convirtió Masferrer en accesible y claro. Lo que le pareció demasiado esotérico lo aligeró para alimento de la mente inquisidora.

A Masferrer, antes y después de la guerra del 14, le inquietó la posición del hombre frente a la vida y frente a la naturaleza. Ahora, esta última, le habría desolado más intensamente por las formas terribles que cobró por el caos e incertidumbre prevalientes hoy. Si preocupan las bases económico-sociales sobre las cuales descansará la paz, mayormente debe preocupar el hombre, como opinan los filósofos y los maestros. Precisa averiguar qué actitud tomará éste después de la prueba apocalíptica; cuáles sus principios ético-filosóficos ante el desconcierto mundial; cómo se encontrará en seguida si ha perdido la fe en lo que consideró verdad y sostén; cuál la razón de su lucha, si todo aliciente para ella lo perdió. Este es el problema fundamental: el hombre. El hombre como entidad biológica, como entidad social, como entidad psicológica, como entidad mental. Formar y orientar al hombre, edificando en él una personalidad nueva, entendida ésta como grupo orgánico de ideas, principios, afectos y voliciones, es la obra de trascendencia futura. Forjada la personalidad del hombre, en sus fundamentos filosóficos, los pueblos y las instituciones crecerán y se desarrollarán vigorosos por lógica ineluctable. Masferrer no perdió de vista al hombre, al hombre en relación de sí mismo, como en relación a la vida social y universal. Al hombre nunca lo juzgó aislado ni egoísta. La guerra le dolía porque la consideraba la negación de todo lo grande, de todo lo valioso, como construcción humana. ¿Qué habían hecho entonces la ciencia, la educación, la religión, el arte, la filosofía?

El hombre se había perdido a sí mismo, y ahora más; los pueblos se habían destrozado bárbaramente, y ahora con más técnica diabólica. El clamor de un Romain Rolland, de un Tomás Mann, ante la tragedia del hombre perdido, fue el de Masferrer, pensador y vidente. Imaginaba los mundos de desgarramiento y dolor. Y los imaginaba así, no porque fuese propenso al pesimismo y a la desesperanza. Conociendo la realidad del hombre, la realidad de los pueblos, la realidad de las instituciones, fácilmente los suponía próximos a destruirse otra vez como regresión a la caverna. Se reía unas veces, pero más se irritaba, cuando opinaban que las guerras son necesarias, como desfogue de fuerzas maléficas o como para que la humanidad se lave de escorias y lastres. Masferrer —evangélico siempre— no concebía a los hombres que propugnasen y realisasen las guerras por intereses comerciales, o por credos políticos o ideológicos, ni por ninguna otra razón de mayor o menor magnitud. Idealista, sin despegarse demasiado de la tierra, rechazaba aquéllas con energía y valor. Era el hombre el que le preocupaba. El hombre —repetimos— en función de sí mismo y en función de humanidad. El hombre caldeado con los nuevos fuegos, o reconstruido o reeducado, mejor dicho, le enardecía la mente para evitar esas matanzas horrendas. Es decir, a Masferrer le preocupaba que el hombre se erigiera en enemigo del hombre.

En artículos periodísticos, en folletos, en libros, en la cátedra, en la tribuna, ejerció el ministerio de pacifista o en términos más justos, de idealista sincero. Jamás fue tráfuga de su causa o sea de la causa que comprende la justicia, la libertad, el derecho, el respeto. Ya lo dejamos expresado; se equivocó tal vez, pero no se traicionó a sí mismo, traicionando a los otros hombres. Se equivocó al juzgar y tratar a algunos de ellos, atribuyéndoles la suma de bondad que él poseía; se equivocó, creyéndoles capaces de ponerse al servicio de los ideales, como él lo hacía con benplácito y entrega absoluta; se equivocó, porque todo soñador, en

razón de tal, deifica a los seres y exagera la importancia de las instituciones. Nosotros mismos, en algún caso, le reprochamos sus yerros y caídas en política. Mas, estudiando las causas colectivas que determinan la conducta humana, hemos rectificado el juicio, pero doliéndonos siempre del error del maestro por la proyección confusionista en el conglomerado social. La contradicción o el equívoco, surge en estos grandes espíritus, debido al exceso de vida interior, o al tumultuoso agitarse en la acción plasmante de los destinos históricos de los pueblos.

De uno de sus libros fundamentales, el "Ensayo sobre el Destino", copiaremos la página que nítidamente refleja el pensamiento masferreriano:

"La forma humana es, de por sí, una cárcel. El espíritu de la especie, está en ella encarnado, preso. La forma de cada hombre, con sus peculiares idiosincrasias, es la celda particular en la que cada reo se agita y cumple su condena."

"La forma, dijimos, es una creación del espíritu, una creación que no termina, ni adquiere jamás contornos definitivos; la modificamos en cada una de nuestras vidas; la modificamos cada día de nuestra vida social, pues todo acto, emoción, pensamiento, volición, afectan las raíces de nuestro ser, influyendo en los caracteres de nuestro espíritu. El hombre viene a ser, así, el albañil que derriba y edifica incesantemente su propia cárcel.

"Pero así, también nuestro Destino, en apariencia inexorable, intransformable, se halla, en realidad, bajo el predominio de nuestra perfección, se opera con extremada lentitud. Y esto, porque muy rara vez actuamos consciente y honradamente con el propósito de mejorarnos. El pensamiento fervoroso, el anhelo vehemente de purificación y de enaltecimiento —que constituyen la verdadera oración— rarísima vez conmueven nuestro ser, el cual, de ordinario, sólo se agita fuertemente en pos de apetitos, vanidades y odios. Y además, porque la misma red de las vidas pasadas nos entraba o anula, imponiendo a nuestra voluntad

una manera de actuar lenta, débil, inconsciente, confusa y contradictoria; semejante al flujo y reflujo de la marea, que tras de mil encontrados vaivenes, deja sobre la arena de la playa las mismas huellas imprecisas.

“Así va y viene, en sucesión fatal, esta marca de nuestras existencias, imponiéndonos la continuación de lo que fuimos; preparándonos para la reanudación futura de lo que ahora somos.

“Continuación, ésta es la palabra reveladora de todos los misterios de nuestra vida; la que explica los fenómenos de nuestra conciencia y de nuestros instintos; los triunfos y derrotas de nuestras luchas; la que forja y mantiene atadas a nuestro cuello, las cadenas de hierro de nuestro Destino.”

“El fondo trabaja la forma” —decía Masferrer—. La fuerza del Destino la hacía consistir el maestro en la propia estructura biológica, en la acción volitiva de nuestro ser, como en el vigor de nuestro pensamiento. Aunque lento el recorrido hacia la perfectibilidad espiritual y mental del individuo, tiene que verificarse si se propone efectuarlo. La fuerza del Destino radica en él mismo, y según se acrecienta y expanda esta fuerza, así se desarrollará, funesta o felizmente, en relación a la vida.

Como obra inicial, los antepasados forjan nuestro Destino, esplendoroso y opaco, amplio o reducido, fuerte o débil. La educación modificará la personalidad deficiente, enderezándola a base de ciencia y de estímulos, para que no surjan los factores negativos. Pero el Destino, no solamente es fuerza invisible, sino fuerza proveniente de las energías concretas y palpitantes del ser.

Terminaremos este intento de ensayo sobre la personalidad y obra de Alberto Masferrer, transcribiendo estos párrafos de nuestra poetisa Claudia Lars:

“Salió el Maestro hacia tierras vecinas con el espíritu abatido y con la enfermedad en acecho. Gente extraña le brindó el cuidado que nosotros le debíamos. Errante en la vejez, como lo



fue en la primera juventud, sufrió hondamente la ausencia de la patria, y más que todo la ceguera de su gente.

“Volvió, por fin, a la ingratitude de los suyos, ya con la sombra de la muerte en los ojos, pero señalando en la línea del horizonte el deseado brote de la aurora . . .

“Han pasado los años, y el que fue negado en vida, es alabado en la muerte. Sus libros han salido de las fronteras centroamericanas, y ya se leen por todo el Continente. Su misión más alta —a la que dedicó lo mejor de su existencia— sigue adelante con invencible empuje, y la cumplen y la superan cada mañana, los que tienen hambre y sed de justicia”.



## MI ALBERTO MASFERRER

Por Pedro Geoffroy RIVAS

*Sembradores de ideas: ¡El pueblo es el terreno de la siembra!*

MASFERRER.

Nace Masferrer en una aldea perdida entre montañas, junto a una laguna de encantamiento. *Alegría*, es su paradójico nombre. ¿Su estirpe? ¿Su genealogía? ¡Qué pueden importarle a nadie! Bástenos saber que fue un hijo del pueblo, un moreno e hirsuto producto de la tierra, un duro mestizo de ardorosa sangre. Parido con dolor y con tristeza, acaso en una destartalada choza, donde la miseria fue la única partera que ayudó a la madre solitaria; quizá en el inhóspito cuarto de un mesón, ausente el responsable de su nacimiento. “Hijo ilegítimo de Leonor Mónico”, escribió en el Registro un indiferente secretario municipal.

Nada sabemos de sus primeros años. Crecería a la buena de Dios, como crecen los hijos de los pobres. Subsistiría de milagro, desnudo, mocos, lombriciente. Jugaría con piedras y con palos mientras la madre proletaria se prepara para ganar el sustento. Daría sus primeros pasos sin que nadie celebrase la hazaña. Comería frijoles y chuparía tortilla ticsa desde los cuatro meses... ¡Quién sabe!

Años más tarde lo encontramos en la casa del padre, un criollo acomodado, casado y con familia. Don Enrique Masferrer ha recogido al fruto de sus veleidades de conquistador. Sería un muchachito flaco y triste, de ojos soñadores, de despejada frente,

que se pasaba las horas inmóvil, mirando hacia ninguna parte, cohibido, entre hermanos con mayores derechos que él en aquel hogar que no era suyo, en el que no había nacido y al cual seguramente le estaba vedado el acceso a su madre. Ya se alzaría un día —implacable y condenador— contra esta diferenciación entre hijos *legítimos* e *ilegítimos*, contra esta injusta división en la que los niños sufren castigo por faltas que no han cometido. “No hay hijos *ilegítimos*” —ha de clamar en EL LIBRO DE LA VIDA— no los hubo nunca, no los habrá jamás. Sin duda que hay uniones ilegítimas: todas aquellas que determinaron el orgullo, la vanidad, la ambición, la sensualidad, el dinero; todas aquellas que ayuntasen a cónyuges sifilíticos, alcohólicos, leprosos, alienados, contagiados de cualquier enfermedad grave, incurable o hereditaria; todas aquellas en que la degeneración física o mental extrema de quienes se aparean, no puede originar más que frutos podridos, que vendrán seguramente, a envenenar y corromper la vida”... “Son los padres los *ilegítimos*, los responsables, los culpables, no el niño; tal como no es responsable de su fealdad la estatua, sino quien la esculpió”... “El niño es de necesidad legítimo, total y permanentemente legítimo”.

No decimos —ni queremos suponer siquiera— que Masferrer fuese maltratado en aquel hogar. Pero necesariamente tuvo que sentir que había una diferencia entre él y sus hermanos, que éstos eran plenamente hijos de aquel hogar, mientras él sólo lo era a medias —el recogido, el natural, el arrimado—, que aquéllos tenían padre y madre en la casa, en tanto que él sólo tenía allí padre y una madre lejana, afuera, que no compartía el hogar.

Quiso el padre educarlo debidamente, darle una carrera, y fue así cómo una mañana el muchachito de *Alegría* abandonó los verdeantes cerros y la azul laguna y se metió entre las cuatro paredes de un colegio capitalino. Nadie lo recuerda como estudiante destacado. ¿Cómo podría serlo un soñador de sus tamaños? ¿Qué tenía que ver con la Gramática un poeta de su

empuje? ¿Qué le importaba la Historia a un apasionado del cuento y la leyenda? ¿Cómo iba a interesarse por la árida geografía de los textos quien conocía mejor que nadie los senderos del monte, las piedras que bordean el río y cada amate, cada *maquilihue*, cada *tempisque* de las sierras? Se pasaría las aburridas horas de clase mirando a la ventana, tan azul en verano, tan cambiante de nubes en invierno, inundada de luz —¡de luz!— a todas horas.

Una carrera académica... ¿Qué especie de monstruo antediluviano habría sido —por ejemplo— un Masferrer abogado? ¿Qué pequeño y ridículo un don Alberto bachiller? No. No eran para él las aulas donde un dómine rellena cabezas con inútiles conocimientos, no eran para él los libros plagados de fórmulas vacuas y de sentencias rimbombantes. No eran para él los títulos, ni los chalecos de fantasía, ni las levas fastuosas, ni los bastones de dorada empuñadura, ni los pretensiosos boleros... Para él eran el espacio abierto y sin límites, los sombreados caminos que no llevan a ninguna parte, la grata sombra de los árboles, la canción de los ríos, la tierra húmeda contra el pie desnudo... “Si somos hermanos carnales del pájaro, del árbol, del musgo y de la flor...” “Somos la misma sangre con el pez y la roca, con la nieve y el viento, con el arroyo y con la nube, con el zafiro y el carbón...” “Somos la escama del caimán y la sedosidad del armiño; la bronca cerviz del hipopótamo y el undívago cuello del cisne; el fulgor del diamante y la opacidad de la arcilla” —exclamó en LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA. Ya lo sentía entonces seguramente. Lo había sentido siempre desde antes de nacer. Lo traía en la sangre de sus recios antepasados *pipiles*. Le quemaba el alma un ansia irrefrenable de identificarse con la naturaleza, de fundirse en el violento paisaje, del cual se consideraba un elemento más.

Y así principió el conflicto, el tremendo conflicto interior que habría de atormentarlo siempre. ¿Cuál era el porvenir, si seguía el camino escogido por el padre? Magistralmente nos lo

describe en ese tremendo examen de conciencia que tituló ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS: ser buen hijo, obediente, sumiso; estudiar, estudiar mucho, obtener brillantes notas en los exámenes y llevar a casa certificados llenos de sobresalientes que el padre pudiera mostrar con orgullo en todas las tertulias; seguir una carrera, doctorarse, trabajar... “Hasta el momento en que escogemos honorablemente una esposa honorable, tenemos hijos honorables, pagamos honorablemente nuestros impuestos, servimos a la patria mediante retribuciones honorables, cubrimos nuestros vicios y nuestra sordidez con formas honorables, y por fin nos pudrimos honorablemente, dejando un ejemplo de honorabilidad a los que vienen tras de nosotros”. ¡Ah, no! ¿Qué haría él con semejante porvenir? El había escuchado el llamado y su alma se agitaba, conmovida por tremendas luchas. La voz del medio familiar lo reclamaba, mas la voz interior decía una cosa distinta. “La vida, la justicia, el amor, necesitan ser comprendidos y realizados de distinta manera”, gritaba la íntima voz.

¿Cuál era la voz válida? ¿Qué llamado obedecer? ¿A dónde ir? Dolorosa y tremenda depuración, entre vacilaciones, entre huracanadas idas y vueltas del entusiasmo al desaliento, entre oscilaciones de la claridad de la idea a la obscuridad de la tradición. ¿Y si él estuviese equivocado? ¿Si el poderoso llamado que estremecía su alma fuese tan sólo una alucinación, un calenturiento desvarío? ¿Iba a causar un dolor a su padre, iba a decepcionar a sus hermanos, por seguir una vana ilusión? ¿Y si seguía su inspiración, qué provocaría con su doctrina y con su empresa? “Dolor, sangre, muerte quizá”.

La vida interior se ha vuelto una tragedia, insospechada para quienes en él ven solamente al pálido y desgalichado estudiante, en cuya libreta abundan los ceros. Pero adentro... ¡Ah! “Un corazón que se está desangrando, una cabeza que se está enloqueciendo; una pobre alma agitada como mar tempestuoso, en

que las olas furiosas, desatadas, se amontonan golpeándose en aquella cárcel de su pecho” . . .

Y un día regresó al luminoso pueblo de la sierra como estudiante fracasado. El padre, adusto, apenas le dirigía la palabra. Los hermanos hablarían de sus éxitos estudiantiles. Los vecinos lo verían con compasión, moviendo la cabeza o llevándose el índice a las sienes. Y él seguiría encerrado dentro de sí, rumiando resignadamente su conflicto interior, soportando —“por no chocar, por no escandalizar”— todo aquello que le repugnaba, degustando la hedionda pócima de la paz cotidiana, ahogándose en el ambiente de aquel pueblo “de suelo corrompido donde el error y el vicio y la ignorancia y la estulticia han estado por siglos, infiltrándose e inficionando hasta la raíz de la vida y el alma de todas las cosas”. Y un día sintió que de continuar así acabaría idiota, amargado, sumido en el pesimismo y en el odio, que tendría que renunciar para siempre a la luz —¡él, que llevaba en el corazón un lucero!—, que debería sepultar para siempre todo cuanto de inmortal y divino sentía bullir en su interior.

Pero “nadie —le había enseñado Pitágoras—, nadie debe sacrificar su alma por salvar el alma de los demás”. No. El no podía quedarse en el pueblo. “En el pueblo no puede quedarse nadie que lleve una luz que debe hacer brillar para socorro y elevación de los hombres. . .” “En el pueblo reinan y tiranizan el prejuicio, la frase hecha, la idea rancia, la creencia apolillada, el refrán estúpido, el cuento resobado. . .” “No, ahí las almas tienen moho y las mentes duermen bajo una costra de orín petrificado”. Tenía que huir de todo aquello, tenía que irse lejos. A andar, andar y más andar. A recorrer todos los caminos de la Tierra, conociendo el mal, penetrando la miseria, apoderándose del dolor, escudriñando las almas de los hombres, de aquellos pobres hombres a quienes —impotente— veía sufrir y a los que sentía que era necesario salvar. El había oído el llamado, poderoso, subyugador, y ya nada en el pueblo podía retenerlo. ¿La voluntad

del padre? ¿La dura pobreza de la madre? ¿La bondad de la madrastra? ¿El cariño de los hermanos? Sufriría acaso con su huída, les causaría dolor su alejamiento... ¿Pero qué podía hacer él, un romántico atormentado a quien la lucha llamaba con imponentes voces? Él pertenecía a esa "clase desventurada y luminosa" de la que "no suelen salir hijos modelos, esposos ejemplares y distinguidos ciudadanos, sino hombres extraños, dolorosos, contradictorios, punzantes, que trastornan las cosas, entristecen los hogares, escandalizan al vecindario, hieren las creencias establecidas y faltan a las buenas costumbres".

Y se fue. Los ásperos caminos de Centro América vieron pasar su enteca figura, con el *achín* al hombro. Los bulliciosos mercados de los pueblos miraron con asombro a aquel moreno adolescente que extendía meticulosamente, con aire distante, su ingenua mercancía de buhonero. Lo sintieron llegar los caseríos misérrimos, de perros escandalosos y tristes mujeres sentadas a las puertas. Los valles luminosos lo contemplaron descansando en los tórridos mediodías a la sombra de un árbol acogedor o junto al murmullo encantado de los arroyos. Los hombres lo oyeron detenerse al lado de los barbechos y mirar fijamente los primitivos arados que hendían la buena tierra, como erectos miembros que violaran vientres ansiosos. Lo rodearon los niños, en las acogedoras veladas de una casucha campesina, para oír los cuentos maravillosos que sabía inventar. Las mujeres escucharon incrédulas sus sencillos consejos higiénicos. El viento y la lluvia y los relámpagos fueron sus amigos y lo amaron. Lo cobijaron las noches coruscantes del trópico y la dura tierra palpitante durmió con él como una amante acogedora y buena.

## II

Identificado con el violento paisaje del trópico, heredero de una tradición de lucha, de opresión, de odio y amores extremos,



con una sangre en que la tragedia del mestizaje seguía librando su enconada batalla, Masferrer fue necesariamente un hombre contradictorio, de internas pugnas agotadoras, enemigo de sí mismo, dulce y terrible, áspero y acariciador, conmovido hasta las lágrimas por todos los dolores humanos y odiando furiosamente a los hombres que no sabían librarse del verdugo que cada quien lleva en su alma. Anhelando con todas sus fuerzas redimir a la humanidad y gritando desaforadamente contra el género humano que cerraba sus puertas a la luz. Poeta intenso, de profundas raíces emocionales que a toda hora agitaba hasta lo más recóndito de su ser y pésimo versificador. Maestro por vocación sin una sola regla didáctica en su haber cultural. Disparatado autodidacto, con anchas y hondas lagunas de ignorancia que su inmenso talento salvaba con gracia sin igual. Revolucionario nato y tolstoyano a la hora de la acción. Hoy iconoclasta, destructor de mitos, que trata de borrar hasta la más remota huella de milagro en la leyenda de Jesús, y mañana ocultista obcecado, viendo misterio hasta en el acto más simple, descubriendo destinos pre-concebidos y preparados por los siglos de los siglos hasta para la más elemental ameba.

En 1920, anda ya metido en los vericuetos del orientalismo. Escribe entonces su ENSAYO SOBRE EL DESTINO, libro en el que —como siempre— el enorme poeta que hay en él lo salva de la tontería ridícula y del absurdo filosófico. Acepta y afirma rotundamente la transmigración y la predestinación. “Cada uno, como dicen las gentes, trae lo que ha de ser”. ¿De dónde? “De los abismos de la Vida. De los viajes y peregrinaciones a través de mil existencias diversas...” Todo está sometido a una férrea ley determinante, en la que cada vida es la continuación esencial de una vida anterior. El agente continuador de la vida es para él la forma; el agente liberador es la aspiración. ¿Y a qué se imagina Masferrer que aspira el hombre a través de todas sus transmigraciones? “A volver a entrar en la fuente, en la Unidad, en

Dios”. ¿El medio? La renunciación, predicada por Sidhartha Gautama. Renunciar al deseo, a la voluntad, para anular el poder del Destino, para alcanzar el Nirvana. Viejas y resobadas teorías ocultistas cobran en él un acento nuevo, un candoroso y encantador acento poético, en el que la fuerza de la expresión, la magia de la palabra, la cautivadora imagen, nos hacen olvidar las incongruencias filosóficas y su palpable ignorancia hasta el más simple clasicismo griego.

Pero el hombrecillo primitivo y rural que hay dentro de él lo llama constantemente a la realidad, lo arrastra a la Tierra, lo planta en medio de los hombres y le grita rudamente la verdad humana. “Esta Ley, que rige la creación actual y regirá toda creación futura, quiere que **TODA CAUSA PRODUZCA EFECTOS ESENCIALMENTE SEMEJANTES A LA CAUSA GENERADORA**”, exclama de pronto el hombrecillo, haciendo contrapunto al vuelo fantasioso del poeta. Se ha derribado el soñador, las alas han rozado la tierra, ha tomado la palabra el hombre. “¿Qué dará la espiga del triguero? Trigo. ¿Qué dará el pantano? Miasmas. El fuego consumirá, el agua quitará sed, la sal purificará, la luz habrá de alumbrar y el virus de emponzoñar, hoy, mañana, eternamente”. Masferrer ignoraba seguramente que 26 siglos antes que él, Heráclito había proclamado: “El mundo forma una unidad por sí mismo y no ha sido creado por ningún Dios ni por ningún hombre, sino que ha sido, es y será eternamente con arreglo a leyes”. Pero si ignoraba a Heráclito, Masferrer conocía suficientemente al hombre y poseía la profunda intuición de los poetas; “pues en último análisis, no hay mundo físico, anímico y mental, sino **UNO SOLO**, cuya unidad no percibimos por la limitación de nuestro entendimiento. El Universo, la palabra lo dice, es lo **UNO, DIVERSIFICADO**; lo **UNO** que se presenta como vario: uno en esencia y múltiple en aspectos. Y, necesariamente, regido por una sola e inmutable ley”. Y aquí tenemos ya al ocultista, al

orientalista que acepta el misterio, la predestinación y la me-tempsicosis, hundido hasta el cuello en el más puro y absoluto materialismo.

Las alas recobran su vigor y el soñador remonta nuevamente el vuelo: la ley de la causalidad es una manifestación de la voluntad divina. La relación de causa a efecto es, en el plano de la responsabilidad, justicia. "Justicia, en cuanto rige las formas de la vida consciente, en la esfera total del Cosmos; Destino, en cuanto se cumple, de peculiar manera, en el plano de mi existencia personal". Las alas suben, elevan la visión onírica hasta los planos de la más pura poesía y cuando ya no encuentran una salida lógica, cuando se impone el descenso, dejan caer al poeta empujándolo hasta las profundidades del "hombre-abismo", donde descubre, ennegrecida, que "nadie comprende a nadie y el alma de cada uno es una fortaleza sin ventanas, que circunda un foso de tinieblas". Pero allí está, esperándolo y pronto a salvarlo, el terco hombrecillo de la Tierra: "El Destino —le dice— no anda fuera de nosotros sino en nosotros; que lo lleva cada uno consigo y que, como aquella túnica de Neso, que abrasaba con fuego invisible, no podemos arrancarlo de nosotros sin que se nos lleve la carne a pedazos". Una vez repuesto del golpe, el poeta se enfurece contra el hombrecillo burlón y sarcástico. Se siente descontento del prosaico mundo que lo rodea y se evade afirmando que el hombre es aquí un inadaptado, un descontento eterno, porque no pertenece a la Tierra, que es para él un medio extraño. En el hombre predomina lo anímico y es natural que no logre encontrar en la Tierra —tan material, tan llena de plantas y de piedras— una plena y satisfactoria felicidad. El hombre ansía paz, pero el mundo es lucha; es cambio violento y constante, y el pensamiento y la conciencia reclaman perennidad y armonía.

Hemos dicho que escribía en 1920. Acaba de concluir la primera guerra mundial. Su fino espíritu, su exquisita sensibilidad,

han sido duramente lastimados por el espectáculo de la lucha, “la más bárbara, desastrosa, mezquina y cruel que ha visto el mundo”. El, que abrevó en las fuentes de la literatura europea, ve el Continente dilecto desgarrado, sangrante, feroz, vuelto al primitivo. ¿Qué han podido la cultura, el arte, la filosofía, la ciencia? Se hunde en un confuso mar de terribles interrogaciones. ¿Qué es lo que puede salvar a la humanidad, qué elementos habría que aportar para convertir al lobo en oveja? Todo se ha ensayado ya, todo se ha discutido, todo ha fracasado. “¿Qué levadura, qué influencia benéfica, qué sugestión, qué leyes, qué creación artística, qué instituciones, qué doctrinas, qué ejemplos pueden imaginarse que no hayan sido ya empleados, y siempre con los mismos frutos, estrechos y efímeros...?” No encuentra salida para su confusa y trastornada indignación... ¡Esa Europa...! El la ha visto, culta, suave, limpia, amable. Ahí aparecería un libro de hora en hora; las universidades, donde la ciencia era como lluvia perenne; los niños liberando a los pájaros cautivos; los municipios construyendo nidos para las cigüeñas... Pintores, escultores, sacerdotes, socialistas, teósofos, profesores, espiritistas, novelistas, poetas... “¡a quien más suave, a quien más generoso, a quien más fraternal, a quien más ansioso de paz, de belleza, de unión y comunión y unificación...!” “¡Y toda esa gente era caníbal...!” No puede haber paz entre los pueblos, como no sea la paz impuesta por una nueva Roma. Porque los hombres son fieras y lo que necesitan es un domador, un hombre de látigo y hierro candente que imponga concordia en la casa de fieras... ¡Aunque se llame Nerón!

Bueno, la verdad es que hay un sistema que se llama “Capitalismo”, a cuya sombra castas imperialistas “han sorbido tanta savia y tanta sangre de los indios, de los negros, de los chinos, de los hindúes, de los moros, de los armenios, de los egipcios, de los australianos, de todos los que son débiles e inermes...” Hay que hacer desaparecer esas castas, hay que destruir ese inicuo sistema.

Pero, ¿de qué nos está hablando ahora el poeta amargado? ¿Hay, pues, una esperanza, hay una salida, hay una solución? No. El que ha hablado ha sido el entrometido hombrecillo de allá abajo, que aún se aferra a la bondad del hombre y cree en una posibilidad de humana superación. El poeta no cree en esas cosas; aunque desaparezcan esas castas y esos sistemas, no tendremos paz porque el hombre es un extranjero en la Tierra... Los animales viven en ella a gusto porque de ella son nativos, porque están en su medio, se organizan cómodamente, hacen vida en común, trabajan todos y disfrutan todos del trabajo colectivo... Pero el hombre... “¿Qué pasa en las sociedades humanas?” Esto, sencillamente: buen número de los asociados no trabajan o trabajan muy poco. Y la gran mayoría de los que trabajan no disfrutan del Haber Social, sino en la cantidad indispensable para no perecer violentamente. Una minoría, en todo el mundo, se apodera del producto del trabajo común y lo gasta y derrocha sin medida, o lo atesora y guarda para sus descendientes, obligando a una considerable porción de los asociados a vivir en la escasez y en las privaciones, y a los restantes, a consumirse en la abyección, en la estrechez, la suciedad y el hambre”. ¡Ah, malvado y terco hombrecillo de la Tierra! Ha terminado por dominar al poeta, por atar sus alas, por extinguir su sueño. Este suspira y acaba por aceptar: “En suma, el Destino, cuyas apariencias de arbitrariedad y fatalidad han desconcertado siempre a los hombres... no es sino una fuerza que nosotros mismos creamos...” “ahora soy víctima de esta pantera que me ha derribado por el suelo, destroza mi pecho con sus uñas de hierro y con su áspera lengua sorbe mi sangre. Pero YO SÉ que no habrá de matarme, si YO NO QUIERO; y que un día vendrá en que, cerradas mis heridas, recobradas mis fuerzas y confortado mi valor, domaré y amansaré a esta fiera, y su cabeza, que es ahora mi espanto, servirá de escabel a mis pies”.

En LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA, su obra de ma-

yor aliento poético, volvemos a encontrar esta enconada pugna entre el soñador inveterado y el hombrecillo de la eterna vigilia. El poeta lucha por desasirse de lo humano, niega al hombre, abomina de él. Trata de escapar de su terrestre condición por el camino de la incomprensión: “Si no comprendo a otro hombre, que es mi semejante, casi una reproducción de mí mismo; si no comprendo la mayor parte de los fenómenos que se operan en mi propio ser, ¿cómo voy a comprender a la Tierra, tan amplia, tan varia, tan silenciosa y concentrada en su trabajo, y de la cual no sé, a conciencia, sino que me lleva pacientemente en su regazo...?” Nadie puede explicarse nada. Mienten los sabios en sus teorías, mienten los investigadores en sus experimentos, mienten los maestros en sus enseñanzas... “Los sabios, con sus feos anteojos y sus calvas odiosas, se levantan a proclamar que todo es ciego y sordo, *menos ellos*; que la ley es la lucha y que es científico que unos hombres perezcan de necesidad y otros de hartura... a lo cual, los pueblos, tan bestias como ellos, responden echándose unos contra otros, a despojarse y a devorarse... La ciencia... Los sabios...”

Mas el terrestre hombrecillo de la vigilia se aferra a los pies del soñador, lo lastra pesadamente y lo ancla definitivamente en la Tierra... Despierta iluso —parece decirle irónico—, ¿cómo no vas a comprenderla si eres uno con ella, si estás dentro de ella, identificado con ella, como uno de sus tantos elementos! Si todos nosotros, “con las plantas, los animales y las piedras, con todo lo que vive sobre nuestro planeta, *respirando el mismo aire, confortados por las mismas aguas, reanimados por el mismo calor, nutridos por la misma tierra, impulsados por la misma energía, mantenidos por la misma atracción e iluminados por la misma luz*, somos distintos y extraños en apariencia; mas, en realidad, somos y vivimos *una sola vida*. Como las notas de un mismo acorde, como las ondas de una misma ola, como las olas de un mismo mar...” El poeta comprende entonces y canta jubilosamente:

“Somos hermanos carnales del pájaro, del árbol, del musgo y de la flor. . . Somos garra en el águila, canto en el ruiseñor, plumaje en la oropéndola, llama en las flores del granado, raíces en la cciba, relámpago en la nube, dardo en el escorpión, fragancia en el jazmín y espuma de muerte en la víbora”.

El poeta se ha quedado por fin sobre la Tierra, ha afirmado el pie en el planeta, comprendiéndolo, amándolo, descubriendo el mundo con infantil alborozo y proclamando a gritos cada uno de sus descubrimientos. Sí, todas aquellas cosas en las que no había reparado nunca, con las cuales tropezaban sus pies mientras anduvo con la vista en el ciclo, eran bellas y amables; todos aquellos seres entre los cuales había deambulado hasta entonces y que le parecían torpes, despreciables e indignos, eran semejantes a él, sufrían, amaban, soñaban también y merecían ser redimidos. . .

### III

A Masferrer le repugna el institucionalismo religioso. El lleva en su carne y en su espíritu un Cristo humano y acongojado, cargado con toda la flaqueza del género y duro como diamante en bruto. Un Cristo siempre desfalleciente, agobiado por la tarca que se ha echado sobre los hombros, pero sostenido a toda hora —en el largo y doloroso vía crucis de la vida— por una idea galvanizante. Y aborrece con toda su alma la tesis del origen divino, en un afán de reconocer a la raza humana la posibilidad de crear excelstitud sin metafísicas intervenciones. Y lo concibe así, como un hombre más entre los hombres, engendrado por hombres, como una ruda herencia humana, acrecentada a través de innúmeras generaciones por siglos y más siglos de sufrimiento, en posesión de un pensamiento que se ha ido acumulando y potencializando y enriqueciendo y que en él se concentra y concreta y se hace verbo y luz,

pan y vino, para los ciegos y los hambrientos y los que no han podido gritar, fuerza para los débiles, sostén para el caído, resurrección para los muertos. Todo en su Cristo se empeña en ser humano, divinamente humano, desde su nacimiento hasta su muerte.

Como lo hemos dicho ya, más que un relato histórico, más que una interpretación de hechos, Masferrer nos dice cómo es que él siente el cristianismo, cuál es el Jesús que a él le desgarran las entrañas. Así, cuando trata de pintarnos la situación del pueblo judío, lo que hace es reflejar el ambiente que a él lo rodea, pintar crudamente, con sus líneas y colores exactos, la situación del pueblo suyo, el *pipil*, al cual él anhela redimir. El mesianismo de que nos habla es el de una masa desesperada, hambrienta, explotada, enferma, miserable, sobre cuyo dolor descansan la opulencia y el placer de una casta de expoliadores y detentadores de la riqueza. El ansia de liberación que palpita en las páginas de sus *ESTUDIOS Y FIGURACIONES*, no es sino la que él ha recogido en sus peregrinaciones por las tierras centroamericanas. La fe que exalta es su propia fe. La esperanza que enarbola es la que siente palpar en todos los pechos a los cuales se acerca. “Entonces, como antes y ahora —dice— al hambre del hambriento se le engañaba con derechos; al frío del desnudo, con verdades científicas; al peregrino que no tenía techo, se le ofrecían por abrigo sistemas económicos; a toda forma de miseria, el espejismo de un progreso que jamás acaba de cumplirse y que no apaga la sed ni quita el hambre”. Su estudio de Jesús y del cristianismo no es, pues, en realidad, sino un pretexto, una manera de gritar su verdad, una forma de acusar implacablemente a los vampiros que se alimentan con la sangre de su pueblo. El, sutil observador, había auscultado el corazón de las muchedumbres. El las había visto recorrer las calles de las ciudades y arremolinarse amenazadoras como mar tempestuoso. El había presenciado cómo —un 25 de diciembre que aún no se



castiga— la multitud había sido asesinada fríamente, mientras gritaba en las calles su desesperación: “¡Queremos comer! ¡Queremos vestirnos! ¡Queremos tener como los pájaros un nido y como las raposas una cueva! ¡Queremos vivir! ¡Queremos ya, para hoy, para todos los días, para siempre, esto que es nuestro y se nos está robando siempre: el pan!” Y sabía también que “millares de miserables y oprimidos comenzaban a decirse que el pan y el agua son antes que la patria; que un cobertizo abriga de la lluvia mejor que el atrio de un templo, y que una túnica libra mejor del frío que una sentencia de la ley y que una verdad de la ciencia”. Nadie podía saberlo mejor que él. Nadie había convivido las hambres y miserias del pueblo como él. Nadie había pulsado el sentir de las muchedumbres como lo había hecho él. Sabía ya que el derecho a comer no pueden darlo las leyes sino ese formidable título que se llama HAMBRE, y que el derecho a vestirse se funda en la buena y total razón de encontrarse desnudo.

Es entonces quizá cuando su espíritu fino y sensible de poeta sufre su más tremenda crisis. Es entonces quizá cuando entre agonías y vacilaciones, entre entusiasmos y decaimientos —los que tan magistralmente describe, atribuyéndolos a Jesús— percibe claramente el llamado y acepta su misión. De estos ESTUDIOS Y FIGURACIONES surge el Masferrer luchador, el terrible profeta imprecador y justiciero. En estos ESTUDIOS Y FIGURACIONES encontramos los embriones de EL DINERO MALDITO, EL LIBRO DE LA VIDA, LEER Y ESCRIBIR, LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO y de todo el resto de su formidable labor como director de PATRIA, el primer gran periódico de aliento social que conoció Centro América.

Pero más que un Jesús redentor y dispuesto al sacrificio, Masferrer es un tremendo San Juan que fustiga fieramente a fariscos y escribas, príncipes y sacerdotes, que arrastra a las multitudes tras su verbo encendido, que pone al rojo al horno

de la ira popular, en el que —a una señal suya— “todas aquellas víboras que andaban por la casa del Señor, revestidas de sacerdotes y doctores”, habrían ardidido como paja seca. Pero Masferrer nunca se decidió a dar la señal. El conflicto interior suyo se tradujo siempre en su posición frente a los problemas sociales. Los planteó con toda claridad, encontró los males, señaló las lacras, sentó las premisas justas, pero a la hora de sacar conclusiones, su otro yo se interpuso, lo detuvo, lo hizo tragarse la consigna que ya asomaba a sus labios.

Examinemos —por ejemplo— DINERO MALDITO. Comienza Masferrer por estudiar el problema del alcoholismo del pueblo. Por la calle donde él vive bajan los campesinos a la capital, a dejar en estancos y cantinas sus miserables salarios. Por esa misma calle regresan, algunos en un lamentable estado de embriaguez, conducidos por sus amigos; otros, camino de la cárcel; otros hacia el hospital... “Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno”... Calle de la Sangre... Sí, “vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esa sangre, cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en la mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros, los privilegiados”... Esa sangre de la posibilidad de viajar por Europa, de celebrar fiestas diplomáticas y banquetes patrióticos, de sostener una vida de monerías que imaginamos civilización y cultura... “Con esa sangre se pagan nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito...!”

“El dinero maldito... Esa es nuestra vida... Esa también será nuestra ruina...”, clama San Juan, adusto y admonitorio.

Le sigue así su libro tremendo, relatando la vida miserable del ebrio, la tragedia de los hogares humildes, presas del alcohol, las tribulaciones de las madres, las angustias de las esposas, la desesperación de los hijos... Se alza contra los hombres del

revólver y predica el pan, la vida limpia, humana, para que “los hombres, en vez de abominables demonios, sean hombres, o siquiera merezcan ser hombres”. Pero Masferrer ha descubierto la verdad que hay en el fondo del alcoholismo del pueblo. “¡Hay tanto dolor! ¡Hay tanta opresión! ¡Hay tanta soledad!” “¡Hambre y sed de justicia hay a veces en la copa de licor que apuramos, hambre y sed de amor, de compasión, de comprensión, de perdón, de reposo...” Y hay también la horrenda corrupción patrocinada por el Estado, que vive a costa de la embriaguez, que se interesa en que se venda cada día más alcohol para acrecentar sus rentas. “En verdad, tales naciones apenas merecen vivir. Y de las clases directoras de tales pueblos, lo más caritativo es suponer que su mentalidad es tan nebulosa e incipiente que todavía no alcanza a ser verdadera mentalidad de hombres...” Y describe al lucrador, al explotador del vicio, al bebedor de sangre del pueblo, tal como lo ve, sin entrañas, sin capacidad alguna para comprender, sin posibilidad de ser alterado en su estructura pensante. “Son ciegos guiando a ciegos y mudos enseñando a hablar a sordos”. Y el sañudo San Juan lo señala a la furia popular con índice de fuego y grita su sentencia apocalíptica: “Sembrasteis vientos... No esperéis sino tempestades...” Todo está listo ya para que sus labios lancen la consigna que aniquilará a los verdugos. La multitud, electrizada, aguarda la señal de luminoso guía. Está arado el campo y húmedo y ansioso y el sembrador tiene en la mano la semilla... ¿Qué pasa? ¿Por qué no grita la palabra que todo el mundo espera? ¿Por qué detiene el brazo en el aire? Es que Masferrer odia la violencia, aborrece la sangre, detesta la venganza. Cuando el horno está listo y sólo falta la chispa de una palabra suya para que en él ardan como secos sarmientos los fariseos y los escribas, se le oye murmurar: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Y les desea paz y prosperidad a los fabricantes del demoníaco brebaje, a los lucradores, a los miserables explotadores, a los estadistas cómplices, a todos los

que hacen el mal “por ignorancia”. “Pasemos una esponja sobre el ayer, y que nadie os cuente la sangre vertida, ni las prisiones desastrosas, ni los hogares deshechos, ni los niños abandonados, ni las madres desamparadas, ni las tranquilas heredades vendidas para el vicio, ni la salud perdida, ni el alma caída en tinieblas, ni el fracaso total de las vidas, a que llevó el tóxico fatal que vosotros vertisteis en la copa insaciable del lucro”. “Paz a vosotros”. Ante semejante retroceso del líder, ante semejante desfallecimiento del guía, ante el perdón otorgado por el terrible acusador, dan ganas de gritar, con las mismas palabras con que él apostrofa a San Juan: ¡Ah, Masferrer, Masferrer! ¿Por qué no dijiste la palabra ni diste la señal?

La misma contradicción encontramos en EL LIBRO DE LA VIDA, en su campaña de PATRIA, en todas sus obras de acusación social y de agitación popular. Su sangre *pipil* se rebela ante las tremendas injusticias que se cometen con su raza, pero el *gachupín* ambicioso y calculador que se esconde en un pliegue de su espíritu, frena sus impulsos, inhibe su acción, lo vuelve temeroso y le obstaculiza la victoria. Presiente que el abismo entre uno y otro es insalvable, pero busca ansiosamente un puente que le ayude a cruzarlo. Sabe que no hay reconciliación posible entre explotadores y explotados, pero se estrecha febrilmente las manos, soñando con una unión que ni en su propio ser ha podido realizar. Presiente ya por dónde ha de desatarse la tormenta: “La separación profunda entre la clase campesina, indios los más, o semi-indios, que forman los tres cuartos de la población, y la otra cuarta parte de privilegiados, que ven con la indiferencia más cruel y absurda la suerte de quienes son, podemos decirlo, el nervio del país”. “Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian... Este país, tal como se halla ahora constituido, es un monstruo”. ¿Y qué remedio propone

Masferrer contra semejante monstruosidad? “Ama a tu prójimo, trabaja por tu prójimo”, es todo cuanto se le ocurre, como una solución para el tremendo problema que ha planteado.

Pero la espantosa tensión a que lo somete su conflicto interior no puede durar mucho tiempo. O encuentra la manera de reconciliar a los dos rivales que lo habitan o estallará de un momento a otro; o su contradicción se resuelve dialécticamente en una síntesis armoniosa, o los elementos antagónicos que lo forman acabarán por destruirse. Es así como llega al MINIMUM VITAL, pacto de amistad, armisticio que celebran su *gachupín* y su *pipil*: que el de abajo trabaje y se pliegue a los caprichos del de arriba, pero que el de arriba tenga un poco de misericordia para el de abajo. Que se dé a todo el mundo la posibilidad de llevar una vida humana, que cada habitante de la República tenga asegurado un *mínimum* de recursos para subsistir; que el niño, por el solo hecho de nacer, adquiera el derecho a ser protegido y cuidado por la comunidad, que haya paz, por encima de todo y a pesar de todo, que haya paz, paz, paz... La paz con que ha soñado toda la vida y que jamás ha logrado alcanzar.

Así se embarca en su última aventura política, a sabiendas de que comete un error. En efecto, mucho tiempo antes había expresado: “No será difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos rodeados y seguidos por los hombres de mejor intención. Ardorosos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad”.

A sabiendas pues del resultado único que obtendría, Masfe-

rrer se liga a uno de los candidatos a la Presidencia en la campaña electoral de 1930. Lo prestigia con su nombre y da a la propaganda un programa —su *MINIMUM VITAL*— y un sentido social y reivindicador de los oprimidos. El pueblo lo sigue —no al candidato sino a Masferrer— y determina el triunfo de su planilla por una abrumadora mayoría de votos. El candidato era un pobre señor ignaro, terrateniente fracasado que había disipado su fortuna y eterno pretendiente a la primera magistratura. Nada podía esperarse de él, ni siquiera que comprendiera en sus más elementales lincaamientos el programa masferrereano. Sólo su temor a la revolución popular, sólo sus dudas acerca de la capacidad del pueblo, pueden haber empujado a Masferrer a semejante suicidio. Si mucho tiempo antes había escrito: “Una mejora social, toda reforma que tienda a elevar la cultura y la felicidad del pueblo, no es ni más ni menos que una semilla, la cual, por escogida y vigorosa que sea, no dará fruto si se la siembra en un terreno estéril. . . Sembradores de ideas, el pueblo es el terreno de la siembra”. Su duda acerca de la comprensión del pueblo fue lo que perdió a Masferrer como líder, lo que hizo imposible el triunfo de su idea, lo que proclamó irrealizable su programa. Quiso hacerlo todo desde arriba, gracias a la magnanimidad de los señores, aliándose al explotador para tratar de humanizarlo. Predicó el amor donde existía un odio de siglos, abogó por la comprensión donde sólo había obcecación y ceguera, luchó por la fraternidad entre las ovejas y los lobos y, naturalmente, fracasó en forma lamentable. Su *gachupín* y su *pipil* jamás pudieron darse el abrazo con el cual soñó toda su vida y la pugna feroz que libraban en su espíritu acabó con su flaca envoltura corporal.

Cuando los modernos *teules* se lanzaron a la sangrienta orgía de 1932, ya Masferrer vivía en un exilio voluntario, amargo y desolado. La matanza sin precedente a que la raza *pipil* fue sometida en aquellas trágicas jornadas, debe haber sido devastadora para

aquel hombre que amó al pueblo con todas las fuerzas de su espíritu, que buscó afanosamente una solución para sus problemas, que por luchar por él, renunció a los honores y a la fácil gloria que su impulso poético habría conquistado sin mayor esfuerzo.

Cometió indudablemente graves y serios errores como político, como pensador, como maestro y como líder. Pero lo valdero de su obra, lo noble de su gesto, el gran aliento profético de su palabra, quedarán para siempre y a medida que pase el tiempo cobrarán mayor valor y un más depurado brillo.

\* \* \*

Lo vi por última vez a fines de 1931. Vencido, derrotado, escarnecido, vino a refugiarse a Guatemala. Se le vía viejo, enfermo, sin fuerzas ya para iniciar nuevamente la batalla. Estaba solo. La mujer que iluminó su madurez con un amor esplendente, estaba lejos y no podía suavizarle el instante. Comprendía que se había equivocado, que —siendo justas sus premisas— el camino escogido para llegar a una conclusión no había sido el apropiado. Creyó que su palabra de luz, su verbo fulgurante, su encendido acento, serían capaces de ablandar los corazones de piedra y taladrar los espesos cerebros de alcornoque. Se lanzó lleno de fe, seguro de realizar el ideal que había atormentado su vida, urgido por el anhelo de ver cristalizar su doctrina antes de que llegase la noche. Se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Pero su impulso se estrelló contra una tupida muralla de incompreensión, se hundieron sus pies en la ciénaga de las más bajas ambiciones y de los más rastroseros designios. Fue mentira la promesa del falso candidato. Mentira la oferta de acaudalados irresponsables. Mentira la propaganda de intelectuales sin escrúpulos. . .

Meses antes, a raíz del triunfo electoral de su partido, lo vi recorrer las calles de San Salvador, clamando como un iluminado: “¡Ha triunfado el pueblo, ha triunfado el pueblo!” Estaba seguro

de que inmediatamente se pondría en práctica su MINIMUM VITAL; de que la tierra sería nuevamente la tierra la Santa Madre de todos, la fiel compañera del hombre que se esfuerza sobre ella y libra la batalla de la siembra y la cosecha; de que su apostolado de tantos años llegaba a un glorioso Pentecostés. Con esta fe fue a la Cámara de Diputados como Representante del Pueblo. Con esta certidumbre se entregó a la tarea. Pero pronto descubrió que todo era mentira, que se le había engañado miserablemente, que se le había usado como instrumento de fraude y opresión, que se hacía irrisión de su prédica. Y entonces huyó. Huyó aterrorizado. Se alejó con asco de la plaga de ignoras que no le comprendían y se resignó a morir, no esperando ya ver a su pueblo iluminado por la LUZ, la eterna LUZ por la que había clamado siempre. Pero no perdió la fe.

Mi juvenil incomprensión lo apostrofó en aquel frío noviembre de 1931:

—Usted —le dije—, usted es el culpable. Por usted siguió el pueblo a Araujo. Por usted los campesinos han sido engañados y escarnecidos... Usted fue quien sembró vientos... Responda de la tempestad que se avecina.

Mi estupidez —mercedora apenas de su desprecio— fue acogida bondadosamente:

—No —me respondió—. Yo no engañé, yo no mentí... He sido yo el engañado, el burlado, el estafado... He cometido MI ULTIMO ERROR. Creí sinceramente que era posible convencerlos. Me engañé. No son hombres. Son fieras, son alimañas sanguinarias... Es preciso destruirlos, destruirlos... Pero yo ya no puedo. Estoy enfermo, viejo... Ya no puedo... A ustedes, los jóvenes, les toca seguir en el empeño... Que mis errores les sirvan de lección... No he arado en el mar. Dejé buena semilla en tierra noble y fecunda... Cuídenla, cultivenla, riéguenla... A su tiempo brotará, fructificará, y ustedes recogerán la cosecha.



Las lágrimas lo transfiguraban. Yo comprendí entonces y lo vi tal cual era, tal cual había sido siempre, en toda su pequeñez y en toda su grandeza, en toda su miseria y en toda su excelcitud. Humano, noble y profundamente humano, entregado en todo momento, con su inmenso afán de ser luz en las tinieblas, amor en medio de todos los odios, bálsamo en todos los dolores, cayendo y levantándose, con los pies hundidos en los lógamos de las humanas pasiones y la frente perdida en las alturas de un sueño sin fronteras... Y me di cuenta de que en realidad él había sido el Cristo de que habla en sus ESTUDIOS Y FIGURACIONES, de que aquél no era sino un autorretrato, una entrega de sí mismo, una explicación de lo que él sentía y de lo que para él debía ser el hombre:

“El Jesús nuestro, el real, el que nos dio su cuerpo y su sangre, es un hombre que sabe de dudas, de vacilaciones y de tentaciones; de gritos en el interior de su alma; de sombras en el abismo de su conciencia; de desfallecimientos que le hacen prorumpir en aquella queja desesperada, cuando dice: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”; que sabe de insomnios, de rebeldías y de exasperaciones; que sin hablar, sin indicio ninguno de su tempestad interior, sirve, a veces, de campo de batalla en que luchan unas contra otras todas las potencias del cielo y del infierno... A ti es a quien yo venero, adoro y reverencio; a ti a quien yo compadezco desde lo íntimo de mi alma con toda la ternura de mi corazón; no por la cruz, no por los azotes, ni por los clavos desgarrando tus pies, ni por la lanzada en el costado... sino por el otro calvario... el otro, largo, callado, tremendo, pavoroso, que recorriste desde que comenzaste a tener conciencia de la vida y del dolor, hasta el día en que aceptaste beber en el cáliz de ser tú el que nos redimiera... El esfuerzo inaudito, inconcebible, de transformar al hombre en Cristo, el carbón en diamante, la sangre en aurora, y el nervio y el músculo en cordaje milagroso para himnos y plegarias; el ímpetu del corazón tras la belleza, el amor

sereno y paternal para todo el que sufre... esa es la verdadera pasión, el verdadero martirio, el que te hizo superhombre, Hijo del Hombre, Hijo de Dios, Cristo y Redentor”.

Sí. Así había sido él siempre y tal había sido su pasión y así concluía su martirio.

Yo he aceptado, humildemente, la mínima parte que me corresponde de aquella excelsa herencia y he vivido en el afán de realizar el cuidado y el riego que él me encomendó. Y así, humano y transfigurado por la pasión, lo he llevado desde entonces en lo más entrañable de mi alma. Aquel viejo triste, enfermo, derrotado, vencido, sin fuerzas ya para luchar, pero lleno de fe y alentando una esperanza sin límites, irradiando luz —mucho más luz que nunca— ha sido desde entonces MI ALBERTO MASFERRER.

(De “Diario Latino”, San Salvador).

## MASFERRER O LA ANGUSTIA ILUMINADA

Por Gilberto GONZALEZ Y CONTRERAS.

### EL QUE FUE UNA VOZ

Este es un hombre de pie. Un hombre que nació para hacerse y ser una voz. Su misión fue la de expresar una de las caras de América. Libro a libro, página a página, fue quemando la escoria hasta hacerse limpio y puro como un cristal. Su vida fue un crecimiento interior, una lucha con el espíritu, un vencer cotidianamente al demonio de la materia, un rehacerse el semblante, hasta hacérselo enteramente ojos y oídos, ojos y oídos al servicio de su voz, de su mensaje. Muerto para lo aparente, para la consideración de la máscara, para las gentes zoológicamente serias, don Alberto Masferrer tuvo la conciencia de ser un portador de luz, un alma que iba juntando resplandores.

Ni practicó vicios por deporte, ni fue un exquisito, ni le placía el gusto por la exhibición de las virtudes. En los comienzos de su carrera literaria, en la última década del siglo XIX, amó la pompa y fue escritor de mucha sonoridad. Era lo propio del movimiento modernista. Todo él se estremecía y se iba cubriendo de imágenes, como árbol de exuberante florecencia. Después fue madurando en la zozobra y su espíritu debutó en la preocupación de los cuatro puntos cardinales del mapa salvadoreño. El acto de botar las flores y de cargarse de frutos, lo perfilan dos pequeños libros, dos agavillamientos de notas rápidas: "En Costa

Rica” —1900— y “Ensayo sobre el desenvolvimiento político de El Salvador” —1901—, en los que indaga las raíces hondas de las garantías para la vida e intenta mostrar el engranaje y la acción de los factores sociales que explican el desenvolvimiento político salvadoreño. De esa fecha en adelante, ya no buscará el matiz singular ni la frase que deslumbra, sino la esencia de la idea en sazón.

Manejó la sencillez en el habla, como para dirigirse a los niños, pero bajo ese estilo sin atucendo se iba colmando de savia y ponía a fermentar el vigor del pensamiento. Se esforzó en ser claro y sencillo y en llevar a las azoteas lo que antes se murmuraba sólo en los subterráneos. Su tentativa fue de conducir a los más, lo que era patrimonio de los menos, y en manchar el bisturí de la intuición, que al ser razonada, iba a clavarse como una jabalina en personajes que funcionaban de poderosos.

Conoció las debilidades de los hombres, y porque supo darles su peso y su valor, fue que no vaciló en exponer ideas y formas de expresión, de esas que sólo se encuentran bajando a los infiernos del dolor físico, en el desgarramiento de la duda, o ascendiendo a las luminosas cimas en donde porque se ama mucho, se corrige en la consolación y el deleite. Sus años los puso a meditar y del coloquio con la pasión meditabunda fueron disparándose sus enseñanzas. Masferrer fue un hombre que se disparó en la fe, en la esperanza y en un compartir el don de caridad con los corazones más dolientes.

En vida cursó la validez del sufrimiento y a su muerte sufrió la desventura de sus ideas trituradas por el odio y de su memoria corroída por los ácidos de la mendacidad. Aunque lo han negado muchos de los que se llamaron sus discípulos, a medida que los años pasan, se va afianzando su posición de ser el único entre los escritores centroamericanos que, en el constante meditar y la cotidiana reflexión, en el heroico aprendizaje, el estudio constante y la observación directa de la vida, logró formarse un

ideario, una arquitectura sintética y sincretista de lo que hombre y mundo son y significan, y de las formas en que pueden plantearse y resolverse todos los problemas, encarando en términos de justicia, la deslumbrante gama de matices diferenciales.

Vino al mundo para escribir en salud y para moldear pensamientos y formas con sabor a miel y leche. Solamente su corazón no pudo nunca ser un saldo, porque desde la mocedad lozana a la parálisis progresiva de su cuerpo y a su muerte en la angustia tremenda de la disolución, lo llevó al descampado, lejos de los sensatos que se largan muy sueltos de cuerpo a desvalijar la salud espiritual del pueblo, moldeándolo en eficacia, dándole a veces a sus sentencias una travesura irónica, para concluir ejercitando la piedad, porque la piedad es el arma de los buenos.

Resuelto a no esconderse de los que desdeñan el género potable del disconformismo, don Alberto Masferrer, al través de sus más fértiles ensayos y disquisiciones, brindó la oportunidad erguida de ser siempre un inconforme, de mantenerse firme y sincero, rindiéndole culto a la verdad —a su verdad que tenazmente contradujo hábitos y costumbres predominantes en el medio en que le tocó vivir—, y a mantenerse, desangrado y agónico, arrojando al viento y al surco mucha rica simiente, que apenas ahora recién germina, y florecerá, fructificando en no lejana estación de los años venideros.

La presencia de Masferrer —el que nació para ser una voz— sorprende en tan espesa atmósfera de egoísmo como la salvadoreña, y sorprende porque en tierra de duplicidades fue hombre sin dobleces, y en clima de apariencias y entre gentes que se refugian en la mejor máscara, tuvo el goce de la humildad, encontrando su orgullo en decir. En decir su mensaje y en valorarlo con el gesto afirmativo de su generosidad y de sus ideas con destino de llama para encender antorchas.

En él, aun en las páginas escritas improvisadamente, en las que nacieron como crónicas de periódico y ahora se agavillan en

“Pensamientos y Formas”, “La Misión de América”, “El Rosal Deshojado”, “El Libro de la Vida”, etc., hombre y estilo no se forjaron en la impaciencia y el tedio, sino en el corazón oprimido por la congoja, en el ejercicio cotidiano de la responsabilidad, hasta convertirse el hombre y su tarea en espejo de tres faces, en el que con valiente y confiada camaradería se fue recogiendo y concentrando lo bondadoso, lo verídico y lo bello. Varón sin dobleces, cálculos ni disimulos, don Alberto fue el dueño de sus errores, a los que puso firma y cuño como boleto de tren, y no renegó de nada, por lo mismo que cuanto dijo o escribió, no se alambicaba en encubrimiento de irremediables vacíos, sino que daba el tono a las desazones y a los imperceptibles gemidos de las criaturas tristes, de los seres que no acaban de salir del pozo del alma, porque carecen de voz y porque no saben expresarse.

A cada cosa Masferrer le otorgó el necesario ámbito vital, el espacio que le era preciso, y porque supo dárselo en diamantino estilo y en conducta que fue sufrimiento y gracia, es por lo que se dio a recoger en notas, ensayos y meditaciones, la acariciante experiencia de los viajes bien hechos, la constante difusión de los libros sabios, y el ejercicio, arriscado y silencioso de la enseñanza. Señor de sí mismo, amplio y tolerante, de vida simple y casi ascética, don Alberto alimentó sentires y pensamientos en las corrientes espirituales de su ser, resumiendo y divulgando la ciencia de la vida humana y la divina, en forma tal, que se hizo entender de los sencillos y hasta de los ignorantes.

## EL DE LOS LIMPIOS OJOS

Conocí a don Alberto Masferrer hará unos veintiséis años, cuando yo aún estudiaba en los bancos de un colegio. Sus artículos de periódico y sus folletos tuvieron la virtud de alterarme, de removerme hasta la cal de los huesos. No era un ideólogo revolucionario, uno de esos que profesan la revolución como quien

profesa un oficio, sino un hombre preocupado por indagar caminos que llevasen a resolver los problemas de la miseria y la incultura, de la superstición y el vicio. Su voz era la de un ser inconforme, la de un hombre en desacuerdo con la organización del régimen social de su pueblo. Su mensaje no era un trasplante de las soluciones europeas al medio americano, sino una manera de ver la verdad con ojos limpios. Al correr de los años me cupo la suerte de tratarlo íntimamente, casi con familiaridad. Era visita diaria en su casa modesta, en los alrededores de San Salvador, una casa donde se abrían con las rosas las páginas del último libro llegado de Europa o América, y en la que se debatían problemas de justicia y amor.

Después del de don Alberto, nunca he visto un rostro que con tanta cabalidad fuese la expresión de un alma. Llevaba el cabello cano partido por el medio, como dos alas sobre la frente. Esta era amplia, arrebatadora, con surcos que labraron no la edad sino la angustia y la preocupación. En el óvalo de la cara —un óvalo casi perfecto— y bajo el doble puente de las cejas, anchas y casi negras, brillaban los ojos almendrados, dulces, diáfanos como agua de ventisquero, la bien modelada nariz sobre el bigote cuidado y la boca que sabía encontrar palabras de confortación, abriéndose para la sonrisa o el consejo sobre el mentón enérgico. Hablaba despacio, pausadamente, como para no deformar las palabras hondas. Era un conversador que subyugaba por su sencillez y un conferencista que atraía por su constante aspiración a ser útil y por su entrañable amor a los jóvenes, en los que su ojo perspicuo adivinaba la espiritualidad latente.

Lo vi en un sillón de ruedas, atezado por la parálisis, moviendo apenas penosamente el cuello y con pesadez los párpados, padeciendo en vida su disolución y de ella teniendo conciencia, disconforme con la sentencia de los médicos de que nunca recobraría el movimiento, para salir al sol y al aire campestres. Sobreponiéndose a la vida corporal escasa, mientras a

Rosario, su mujer, le dictaba las páginas desgarradoras de “Ensayo sobre el Destino”, enlazando la mente con el alma y el cuerpo, después de calar en lo profundo la doctrina de los yoguis, lo oí afirmar, una tarde: ¡Voy a demostrar a los médicos que el espíritu puede más que la materia! Y semanas más tarde, re-vitalizando la fuerza corporal que aún le restaba, pudo mover un dedo, una mano, luego los brazos, y a los pocos meses, insuflándole a la materia la eficiencia espiritual, se puso de pie, dio los primeros pasos y pudo satisfacer su “hambre y sed de movimiento”. Años más tarde, enérgico, limpio y sin vacilaciones, con absoluto dominio de sí mismo, en íntima y perenne unión del alma y el cuerpo, enaltecida la mente y purificado el corazón, organizaba el más poderoso e íntegro movimiento de masas que ha tenido El Salvador: el movimiento laborista, la que llevó a la victoria, porque el pueblo veía en él al pionero, al que iba abriendo la trocha segura para los hombres nuevos.

Esta del Partido Laborista —como todas sus luchas— se desarrolló en torno a la cuestión de la justicia, pues la palabra de Masferrer guiaba hacia una doctrina sintética de la vida, hacia un modo de vivir en el que todos hubiesen la posibilidad segura “de disfrutar de un *mínimum* de vida íntima”. Con base en una reforma económica, política y educacional, incitó a no obedecer sino a uno mismo, es decir, a optar por una manera aquiescente, sólo después de incorporar el mensaje a la propia vida, y de incorporarlo, porque se comprende y se vive ese mensaje.

Libertad y pan fue su consigna; libertad, pan y desobediencia pronta a quienes ordenan persecuciones, encarcelamientos o torturas con ánimo de sofrenar la idea que planta la simiente de una vida más justa, digna y cordial para todos los hombres. Anhelaba una democracia donde el derecho no fuese una palabra vacía, donde la justicia no estuviese reñida con la ley, donde estilo y hombre caminasen a la par, y su voz era convincente,



porque era la voz de uno que era filósofo sin dejar de ser artista, de uno que primero sentía y después pensaba para expresar su pensamiento. Sus ideas no fueron nunca de visión mental escasa, porque antes que nada supo vivirlas y padecerlas y porque eran el producto de una existencia austera, de contorno ascético, dedicada a estudiar el mundo y a estudiarse a sí mismo, sin permitir que lo avasallase la deletérea influencia de un medio ambiente hecho a corromper la serenidad del juicio y lo bondadoso del carácter.

Masferrer tuvo siempre la resolución de quien conoce sus fuerzas, de quien le place permanecer con los ojos bien abiertos sobre el análisis del medio social en que vive. Fue sensible, generoso y sincero, sin concederle nada a la moda ni ceder sino ante la verdad trascendente y la belleza. Convenció desde sus primeros libros, de “Niñerías” y “Una vida en el cine” a “El buitre que se tornó calandria” y “El rosal deshojado”, sus obras de tendencia novelesca o de prosa lírica, en las que no deja que lo empañen nieblas, porque se mantiene como el que media con la luz. Ante todo su prédica, aun la soterrada en la parábola o la ficción literaria, era de contención en la forma, porque siempre realizó el esfuerzo heroico de no dejarle libre el paso sino a ideas cuya madurez era indudable. Esforzándose por mostrar a los demás sólo su pensamiento sereno, aun en sus prosas líricas, tendió a descubrir una excelencia en la criatura humana, a abogar por una patria sin explotación ni ignorancia, a extasiarse con la dicha natural —vislumbre del mediodía, canción del pájaro, coloración maravillosa y múltiple del lago, espumas de la onda, coloquio con la nube—, a señalarle rutas a una niña que deseaba ser poeta, a meditar ante el retrato de un abogado, a poner la mente en orden y a purificársela, a deslindar los campos del buen y del mal dolor, a inquirir el sentido del descanso, del instante suave y de la melancolía, y sobre todo, a conducir a los ánimos la necesidad de ser un reflejo, de irse desvaneciendo en la sencillez, por encima

de apetencias y egoísmos, porque sólo se comprende lo que libera, es decir, aquello que amamos.

No fue don Alberto Masferrer de los que daban vueltas en torno a sí mismos, faltos de contenido en donde volcarse, inmersos en una atmósfera enrarecida, sino de los que ejercitaron el afán de escogitamiento, de los que a fuerza de voluntad se hacen simples y puros, de los que se desprenden de la más asequible opulencia, de los tesoros más obvios, porque han alcanzado un auténtico y radical sacrificio, un disciplinado esfuerzo de elección y una voluntad siempre dispuesta a la poda de lo más doloroso por querido, en aras de un anhelo de recepción y esparcimiento de la luz, confiando en el don de llegar a ser verdadero y transparente.

## VARIACIONES POETICO-FILOSOFICAS

Don Alberto Masferrer, el hombre que ardía y que de tanto arder, acabó por hacerse transparente, fue ante todo, poeta, poeta en sus libros “Páginas”, “Helios”, “Las Siete Cuerdas de la Lira”, “El Rosal Deshojado”, es decir, en lo más cristalino de su prosa lírica y en lo más puro de su pensamiento filosófico, y poeta en sus versos, en ese puñado de “Poemas Escogidos”, que van de 1900 a 1927. Poesía hay en su fuerte prosa, a la que llegó por la senda de la humildad, la sencillez y la alegría, y la que en su perfecta pureza trabajó como esos escultores que conforman directamente sus materiales, a rudo batallar de la herramienta.

Es la poesía de Masferrer, desterramiento de todo lo que no sea voluntad de recibir y esparcir la luz, palpitación entrañable, zozobra humilde de quien ha logrado mantenerse simple, jadear de varonía acongojada, que pide no diseminar ansias y pensamientos, sino revestirlas del vocablo exacto, de la palabra justa, de la lengua sin adornos, desnuda en el solo esplendor de la diaphanidad. Y he ahí el problema. No ha ambicionado nunca

Masferrer la neblina ni la tiniebla, sino subir a purificarse y hacerse diáfano en los primeros resplandores del alba. Hombre de alba, de raíz y brote, supo hacer un iris de sus lágrimas y acrisolarse en el olvido de su propio dolor. El acertó siempre en la proyección alborozada de las reminiscencias vagas que el subconsciente almacena, y esa proyección supo conducirla al plano de la conciencia. Lo que buscaba no eran expresiones bizantinas, sino el hondón de los sentimientos, la raíz de los instintos, y para que se manifestase lo oculto, usó la palabra desnuda, en su prístina significación, conteniéndose, no por pruritos de técnica literaria o finalismo estético, sino como herramienta de dirección, como meta nunca enteramente alcanzada, como camino para conseguir la expresión humana, una expresión en cueros y con ansia de comprender y realizar algunos aspectos de la vida.

Hizo don Alberto, de la brevedad una norma, no por mera política literaria, sino porque siempre mantuvo el decoro de las palabras y consideró perjudicial extender a veinte páginas lo que no requería más de una. No fue, pues, la concisa brevedad lo primero en que reparó, sino lo último, porque concebía el estilo como un medio de ascender a la perfecta cumbre o un trampolín para aumentar el ímpetu del salto. Lo breve, en él, fue actitud afectiva, medio de llegar directamente a lo que la palabra tiene dentro, timbre logrado en virtud de una esforzada experiencia.

Ojos limpios requiere la poesía, que es angustia y alborozo, y ojos más limpios aún requiere el filosofar, porque la filosofía es zozobante serenidad, que el dolor transforma en demanda de conocimiento, y la temerosa pena cura con la luz.

Su misión fue la de hacerse una voz, una voz, una voz poética y filosófica que emancipase las ideas de todo acartonamiento, de toda petrificación, para devenirlas cristalinas, en una mayor infancia de la que es dable sospechar.

Canta Masferrer a su mundo íntimo en versos de gran temple y concentración:

*“Nadie en la vida —ni aun la madre—,  
nos llega nunca a contemplar  
en el secreto inexpresable  
de nuestra íntima verdad.*

*Y es porque nadie se desprende  
para internarse en nuestro yo  
de su interés ni de su orgullo,  
de su amistad ni su rencor. . .”*

Versos de duro perfil, versos en los que el idioma resuena con clara reciedumbre. No fue nunca expresante de nebuloso sentimentalismo, sino gozoso y humilde, aun en sus errores, como cuando afirma en “Blasón”: —“¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo. . .! —¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó. . .! —Porque fui humilde y simple, porque en toda ocasión, —creí que quien me amaba tenía sed de Dios!”

*Sed de Dios*, mantuvo en su soledad, sed de penetrar en el corazón del Arcano, de ver lúcidamente y de sentir con intensidad su increíble vida poética. Poética y filosófica. Y su angustia por decir, su azoro por expresarse, lo lleva tan adentro, que el ser humilde lo hace confinar con el ser orgulloso. Humilde para con el milagro del universo; orgulloso para consigo mismo y para con los demás. Así en este emblema de hombre que se sabía su propio dueño:

*“¡Para juzgarme, nadie; para acusarme, yo!”*

Ser su propio acusador significa una aceptación austera de la vida, un reconocimiento de los mil imperceptibles gemidos con que el alma se debate en la angustia. No aceptar el juzgamiento de nadie, es actitud propia de poeta, y de poeta estoico. Y entregarse plenamente a la aceptación de la culpa, es actitud de filósofo. Y de filósofo estoico. Por donde Masferrer, más que

escribirla, vivió la poesía. La vivió no en calidad de forma, no en continente, sino en tono, en contenido, en timbre que consiste en no lacerar, herir y aprovecharse de las cosas, hallándose entre ellas, sino en elevarse por su medio hasta esa cumbre en que la creación poética es la colindante de la filosofía, hasta ahí donde el hombre, palpitante de emoción y de experiencias, se encuentra con esa sorprendente urdimbre de luces y de sombras, en la que aún no reconoce la luz, porque no acaba de libertarse de las oscuridades de la cueva, a que se refiere el mito de Platón.

Para comprender un poco de este misterio, de esta verdad que por intuída en el hondón del alma, enaltece y purifica, hay que referirse a la unidad que existe entre el poeta y el filósofo, a esa unidad en que uno y otro afirman que la vida es una, y que su valor supremo, su esencia eficaz y trascendente, consiste en el éxtasis y comprensión de las cosas, en aceptarlas en lo rico de su multiplicidad, en mantenerse en vigilia y pasmo ante el universo entero, y en saber que no es ajeno nada de lo viviente, porque el ser es uno con el Universo y nada de lo que le rodea le es extraño.

Masferrer, filósofo y poeta, fue un embriagado, un hombre que veía visiones, un sér que se preguntaba si éstas eran auténticas y si por su camino podía alcanzarse la verdad, su verdad, para usarla de guía en el rastreo de hechos y emociones, alcanzando la esencia de lo aparente, la almendra que está debajo de la mentira de las cosas. En esta búsqueda de la verdadera palabra, de la legitimidad de su mensaje, sintió la brisa que le oreaba la frente atormentada, y aleteando la esperanza en su corazón inquieto, le puso el sello a su renuncia de todo, excepto a la razón misma de su existencia, a su angustiarse por la verdad, a la desazón que consiste en ver qué hay detrás de las cosas desnudas, sintiendo que algo nuevo va a nacer en la conciencia, una semilla de renovación, que haga permisible el acto de encararse a lo más entrañable, al propio sér y al propio mandamiento.

## CONDUCTOR DE LA VERDAD

Desde que leí sus primeros artículos, luego de empapar-me de sus ensayos maestros, después de haberlo conocido y tratado personalmente, profesé y profeso una entrañable devoción por Masferrer. Su vida y su obra fueron las de quien vive avivando su agonía, las de quien padece hambre de eternidad, y por padecerla, mantiene la hoguera encendida en el corazón. Fue don Alberto de los que buscaron no la gloria, pero sí el deber. Cuanto dijo o realizó, lo dijo o realizó buscando en la vida el camino de la verdad, haciendo ofrenda de orientaciones para cumplir con el deber y de normas para buscar la justicia. Aun cuando cayese en error, lo vivía de tal manera, que siempre del error aparente acabó sacando una verdad.

Desde 1902, su faena literaria fue poniendo los hitos de una orientación vitalista. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida el 4 de septiembre de 1932, en todo puso la huella de su lucha, el hervidero de sus pasiones. Entre lágrimas y sangre le fue abriendo paso a la ciencia, al arte, a la justicia, y les abrió paso en un constante obrar conforme a su ley interior, en busca siempre de no ser la “nota disonante en la sinfonía de Dios”. Don Alberto, como Quevedo, pudo bien afirmar: “Dióme el cielo dolor, y dióme vida”. Lo vital: eso fue su preocupación constante. Todas sus actividades en la enseñanza, desde 1905, en que predominó en él la tendencia vitalista, no hicieron sino teñirse e ir acentuando los matices de esa doctrina, cuyos antecedentes se encuentran en “Cartas a un obrero”, “Las Nuevas Ideas” y “Pensamientos y Formas”. De la insinuación doctrinaria, cuyas raíces están en Tolstoy, Henry George, Ramakrishna y Vivekananda, pasó a las exposiciones parciales en “El Dinero Maldito”, “Helios”, “Las Siete Cuerdas de la Lira” y “La Religión Universal”, y a su aplicación al régimen social y a la cultura en “Leer y Escribir”, “El Minimum Vital”, “La misión de América” y “El libro de la vida”.

La extensión del mensaje masferreriano es doble: exige de una parte la indagación de la psicología humana, el conocimiento del hombre; y de la otra, el estudio de uno mismo, el autoanálisis de cada uno, encaminando su voluntad a la comprensión de la historia, la política y el arte de gobernar, e igualmente el soterrado contenido y las tendencias sociales del arte y de las letras en cada tiempo y lugar, así como el medio de trascenderlos, alcanzando ese picacho donde aprendemos el dominio de nosotros mismos y la ruta de nuestra salvación, que no es ni puede ser otra que la salvación de la humanidad.

Si como se afirma en el Evangelio, nadie vio jamás a Dios, también podría afirmarse que nadie vio jamás la verdad. Y sin embargo, todos estamos buscando a Dios y a la verdad, porque uno y otra se manifiestan y son parte de cuanto vemos. Ver más claro fue la misión de don Alberto Masferrer. Y porque veía claro se pronunció contra la cultura de unos pocos, abogando por que los instrumentos de cultura se pusiesen al alcance de la inmensa mayoría. En el principio de su doctrina está la elevación del bajísimo nivel mental mayoritario. Para eso, lo primero por que abogó fue por enseñar a “Leer y Escribir”, no en la simple letra sino en su sentido entrañable, en el de contestar a la pregunta: —¿Qué habéis hecho de los niños? No un ladrón, un ascino, una prostituta, un ebrio, un jugador, un verdugo, sino un sér útil, “nada menos que todo un hombre”. A lo que atendía, antes que a nada, era al cultivo del hombre, sabiendo que donde no hay hombría, es decir, donde no hay humanidad, es mentido todo progreso, inútil toda ley y deleznable toda institución.

A lo que atendía Masferrer era al desarrollo continuo de nuestra conciencia, a sacar a luz los caudales latentes, a irse haciendo un alma en el anhelo de vivir en los demás. Y no vivir como el animal o la planta, sino afirmando el valor supremo de la propia vida, la aspiración a la vida íntegra, porque la vida es una, y esa tendencia unitaria sólo se encuentra en el Todo, en

“la universalidad, que es la manifestación de Dios”. De ahí que considerase todo mejoramiento político, social, individual, del cuerpo, de la mente o del espíritu, como un proceso de purificación. Lo verídico, lo bondadoso y lo bello, son los peldaños de la escala que ha de ascender el hombre para libertarse. A lo que aspiraba no era a derribar muros, sino a diafanizarlos. Esta voluntad de diafanizarlo todo, condujo a don Alberto a plantearse los problemas del Estado corruptor y del Estado como herramienta de la dignidad humana, del “Pan o Revólver”, es decir, de lo que nutre, amasa o fertiliza, y de lo que amenaza, disuelve, corrompe o pone en peligro de muerte.

Lo importante, en la doctrina vitalista, no es la disposición o la cosa en potencia, sino los medios para sublimarla: lo que se hace. Para conseguirlo fue que incitó a no tener miedo a pensar, a encararnos con todas las dudas que se nos presenten y ser leales para con nosotros mismos. La ley de la lealtad para con uno mismo lo condujo a examinar las cuestiones fundamentales de la vida frente al dinero; del hombre frente a la máquina, que en la sociedad actual se ha vuelto “el diente y la garra de la fiera”; del “terraje”, que en América es un subsistente derecho feudal, en el que se origina la sujeción de los más, como acontece en donde quiera que la tierra es el privilegio de unos pocos; de la tierra monopolizada por unos cuantos, y que debe ser “tierra libre, y libre también cuanto sea necesario para trabajarla”; del niño, que tiene todos los derechos y al que todos somos deudores, no agradeciéndole con ellos, sino pagándole, porque es el que continúa y mantiene la raza; de la vivienda, a la que estamos obligados a socializarla, porque de nada le sirve al hombre la sociedad, si no puede garantizarle ni siquiera un techo para vivir y morir; y de la desobediencia, la que predicó en todas las circunstancias y tonos, advirtiendo que no debe obedecerse cuando ordenan matar, azotar, atormentar, perseguir, porque es un daño la obediencia pasiva, ciega, sin sentimiento ninguno de responsabilidad,



es decir, la obediencia que brota de una mal comprendida disciplina. De ahí su grito, la nueva ley que enuncia: —“¡No obedecerás! Tú, hombre, si en verdad eres hombre ya, no obedecerás sino A TI MISMO. Cuando obedezcas a otro, será porque has incorporado su mandamiento a tu propia vida; porque comprendes y vives ese mandamiento”.

Creía en el hombre y en la vida una con toda el alma, con toda la razón y aun con toda la sangre de sus venas. Cuando la fe y la omnipotencia de la aspiración le sacudía el espíritu, impulsándole a buscar y hallar, a pedir y a recibir, fue cuando trazó los grandes lineamientos de su “Mínimum Vital”, no como un dogma frío, como un tópico de política vulgar o un motivo de haraganería acomodaticia, sino como un ordenar el pensamiento, como una cristalización sintética de la vida desde el punto de vista económico. Al proclamar esta doctrina, como era de esperarse de parte de quienes amasaron grandes fortunas usurpando la mayor parte del trabajo ajeno, y de quienes, con el mismo arbitrio, van en camino del enriquecimiento, sobre su cabeza se desencadenó un huracán de diatribas. Con igual o más enconada saña lo combatieron, y contra él se alzaron iracundos, los servidores de una poderosa y adinerada clase social, cegados por la ira no hacia una doctrina, sino hacia una convicción que limita o cercena todo privilegio. En esa coyuntura, su serenidad voló muy alto sobre los denigradores y sobre los que lo escarnecían confundiendo su propósito con doctrina tan diferente y hasta opuesta como el Comunismo. La validez de su pensamiento, estriba tanto en que saturó el ambiente salvadoreño con nuevas ideas, dotando de emoción profunda a los anhelos populares, como en el hecho de que el suyo era un pensamiento a la jineta, una fe actuante, algo nacido del crecimiento mismo de su alma, no puro gesto ni simple espectáculo.

Masferrer, en el “Mínimum Vital” fue llevado a la afirmación de la vida; de ahí que la exposición de sus doctrinas deje

colmada el alma. El problema de la vida y del hombre lo planteó en su totalidad y su síntesis cabe en una estrella de cinco puntas:

1º—Todo hombre tiene derecho a la satisfacción de sus necesidades primordiales, a un mínimo de vida íntegra, es decir, a que la colectividad le asegure pan, libertad y justicia, mediante una equilibrada y sabia organización del trabajo, la producción y el consumo.

2º—Las sustancias comunes, materia prima del trabajo y de la vida, deben ser patrimonio de todos, para que todos extraigan de ellas lo necesario para el sustento del individuo y de la colectividad.

3º—Sustancias comunes, herencia y propiedad de todos, son la tierra, el agua, el aire, la luz, el calor solar, con todas sus modalidades y potencia, y por lo mismo, no apropiables por usurpación o título perenne que nada justifica. Nadie es dueño de ninguna común sustancia, pudiendo sólo usar de ellas en cuanto se lo permitan normas y costumbres de la Colectividad; que es la sola y legítima poseedora.

4º—En cuanto el hombre realiza su voluntad de trabajo, es dueño de los instrumentos del mismo, manteniendo su imprescriptible derecho a un mínimo de vida íntegra.

5º—De ahí, que el deber primario, anterior y por encima de todo, sea la organización de la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo, lo mismo que las relaciones entre hombre y hombre, de tal manera que todos encuentren siempre, y en toda circunstancia, las condiciones precisas para alcanzar su mínimo de vida íntegra.

Esta doctrina la clamó a voz en grito, por todos los caminos de nuestra congoja, en la convicción de que aplicándola se resolverían muchas cosas, siempre y cuando en ella se pusiese la luz de nuestras penas, que en el hondón del alma resultan una

pena común. Rastreando hechos y emociones, don Alberto Masferrer, fortalecido en la esperanza de una era de justicia y cordialidad, buscando la aplicación del vitalismo a la vida social, política, educativa y económica de nuestro Continente, trazó las páginas encendidas, los postulados ardientes de “La Misión de América”, de esa misión que es un sufrimiento en que nos sentimos a nosotros mismos, robustecidos en la lucha, viviendo la fe actuante en los grandes ideales, sacrificándonos voluntariamente por los demás hombres.

Yo veo en Masferrer al generador de una América nueva y por eso la amo. Su doctrina es vida y manantial de plenitudes del alma. Lo que ofrece son orientaciones y rumbos. Esa orientación y ese rumbo los afirma así: “Nace un alma nueva. Un espíritu nuevo se ha infundido en la humanidad, y busca una organización que le sirva para expresarse. Y Europa no puede ofrecérsela, porque su régimen, es precisamente, contrario a lo que ansía creer y desenvolver ese nuevo espíritu. Este nuevo espíritu quiere establecer la cooperación internacional, y Europa es la rivalidad y la lucha; quiere suprimir la miseria —ya que no la pobreza— y Europa es la miseria inevitable, porque le faltan tierras y le sobran gentes; quiere establecer la paz, y Europa es, por temperamento e historia y necesidad, guerrera y conquistadora; quiere suprimir las fronteras artificiales, y Europa es una maraña de fronteras artificiales; quiere facilitar los cambios por medio de una moneda de vasta y estable circulación, y Europa tiene veinte monedas inseguras, que se devoran unas a otras; quiere reducir al mínimo la diversidad de los idiomas y Europa es una Babel, con sus quince o más lenguas y sus dialectos estorbosos, que impiden concordarse a los pueblos”.

La misión de América es, pues, la de ser la expresión de la anti-Europa, tomando Europa en el sentido de rivalidad, lucha, miseria, espíritu de conquista, concentración del capital, imperialismo e inseguridad económica. En este sentido, quien dice

Europa, dice Estados Unidos, en quienes se prolongan todos sus defectos y todas sus incapacidades, y en los que está creciendo una nueva posibilidad de expansionismo imperial, con toda su escuela de orgullo étnico y nación privilegiada.

Despertando inquietudes, anhelos y hambres implacables que conducen al crecimiento interior, Masferrer impele a la conciencia viva de un destino común; a procurar a todos los hombres la satisfacción íntegra de sus necesidades primordiales; a darle impulso a una economía de cooperación, que sustituya a la economía individualista; a sostener el principio de que la tierra no es propiedad privada, sino de la colectividad, de la Nación, que puede modificar su sistema de usufructo; a suscitar por todos los medios posibles la convicción de que el derecho al trabajo debe primar sobre todos los demás derechos e intereses, y que quienes bien y largamente lo desempeñan, adquieren destino de continuidad y de mejor remuneración; a promover el mejoramiento de la raza, mediante prácticas científicamente demostradas, de biología, eugenesia e higiene; a subordinar al derecho del niño todas las relaciones conyugales; a asegurar a la infancia desvalida la paternidad del municipio y del Estado, como complemento de la paternidad natural; a establecer entre los pueblos de América el arbitraje absoluto y obligatorio; a crear una alianza perpetua que garantice la autonomía, independencia e integridad territorial; a llegar a un acuerdo con los habitantes de raza indígena, reconociéndoles en una medida amplia, sus necesidades y sus anhelos, manifestados libremente; a sostener la nulidad, como fuente de derecho, de toda intervención extranjera; a abolir el sistema de contratación de empréstitos extranjeros, por incompatible con la autonomía del Estado deudor; a sostener la doctrina de que en la reconstrucción de uno o más Estados iberoamericanos, debe tomarse en cuenta la unidad geográfica, el libre asentimiento de los nativos, la necesidad económica y la similitud de lenguaje; a proclamar y sostener la conveniencia de que todos

los estados tengan salida directa al mar, o libre comunicación de tránsito al mismo; a darle un firme respaldo al desenvolvimiento y continuidad del patrimonio familiar; a organizar la jurisprudencia y la medicina, como funciones sociales del municipio o del Estado; al aseguramiento de la independencia de los municipios, mediante posesión, trabajo y usufructo de tierras comunales y a asegurarle la propiedad del suelo necesario para edificación de casas urbanas y rurales, que sustraigan del acaparamiento la necesidad vital de la vivienda; a liberar de todo gravamen los artículos vitales y a instituir el derecho de los inmigrantes, a no sufrir rechazos por motivaciones de nacionalidad o de raza.

Esta es, a grandes rasgos, la aplicación político-social del Vitalismo, tal como Masferrer lo concibió y que en el pensamiento iberoamericano representa una soterrada tradición, el punto de partida de una trayectoria nueva y el cumplimiento de una obra que vino a decir su mensaje, su palabra nueva que es la de quebrantar instituciones y costumbres ya vacías o muertas, sustituyéndolas por la fe actuante y combatiente en el hombre y en la vida.

## EL HOMBRE INTEGRAL

Masferrer es uno de los grandes pensadores iberoamericanos; antes que pensador fue poeta, sér angustiado que buscó expresarse en las meditaciones filosóficas, y ante todo un hombre, que no es poco ser. Nunca árido ni con sequedad de desierto, su cabeza no estuvo aislada, y por no estarlo, sus doctrinas son un camino hacia la plenitud. Como en él combatían amor y duda, mente y voluntad, el problema de la vida humana se lo planteó integralmente, siendo, brotando de su sentimiento respecto al mundo mismo. Sus raíces se meten profundas en el subconsciente, tal vez en la inconsciencia, y algunas de sus maneras de pensar, de las formas necesarias para su expresión, le brotaron de la duda, del dolor físico o el desgarramiento del corazón. Así

las páginas tremendas y abisales de su “Ensayo sobre el Destino”, indagación vivida y padecida antes de expresada, y padecida en el más infernal de los modos: la parálisis.

Aquello a que don Alberto aspiraba, aquello que anheló ser: un hombre cristalino, una mente diáfana, a eso se fue acercando en idefectible devenir. Su aspiración era como un movimiento sinfónico del espíritu en busca de armonía y de paz. Meditación tras meditación, ensayo tras ensayo, le sirvieron para crear una fuerza; una fuerza para el bien, que aun muerto su impulsador, no ha dejado de actuar, porque no se ha consumido su energía. Sus ideas de la continuación de la existencia y de la vida una, comenzaron a fertilizar en “Pensamientos y Formas” sobre todo en el capítulo “Una punta del velo” en la que actúa en el sentido de tomar conciencia de la ley, de las claves de la existencia y de la perfección, de la salud y la fuerza que están en lo puro, de la energía y la gracia que están en el ritmo, del amor y la paz que están en la unificación. Buscando el camino para liberarse, pone el cuerpo al servicio del espíritu e intuye el problema de la Forma, no sólo de lo material y visible, sino también de la sustancia invisible, del alma que la envuelve, y de la mente que penetra y circunda a las dos.

La mayor eficacia de este meditar masferreriano se origina en que opera con el lenguaje de la imaginación, único en que es dable expresar sublimes ideas que están muy por encima de lo racional. A lo que incita es a vivir, no a conocer; a vivir el vitalizado conocimiento del mundo, y a vivirlo con pasión y pasmo lírico, que es la única manera de sublimar el conocer petrificado transformándolo en sabiduría viviente. El conducto de que usa Masferrer para transformar la vida y cargarla de destino liberador, es la aspiración “a entrar en la fuente, en la unidad, en Dios”. Se entra a la fuente por la renuncia, por el acatamiento a la ley, al Destino que nosotros mismos creamos; al Destino que es una fuerza que, ya creada, sobre nosotros mismos reacciona. Lo que

fue germen en “Pensamientos y Formas”, es brote dramático en “Ensayo sobre el Destino”, y flor, con todas las voces del aire agraciada, en “Las Siete Cuerdas de la Lira” y “Helios”.

El “Vitalismo”, siendo a la vez filosofía, religión, arte, ciencia, moral, economía y derecho, es obra de integración, de conciencia, en la que lo importante es llegar a leer, con sangre y alma, las cifras de luz del Universo. Para leerlas, parte de la Nada, de la única y total substancia metafísica, y como quien va de una a otra morada, va ascendiendo de la materia a la vida emocional y la vida intelectual, y de estos dos lados del problema a la cuestión de las formas, al flujo y reflujo rítmico, o sea al devenir de la historia; a la interpretación de los símbolos celestes e infernales, o sea a indagar la armonía y la áspera violación del orden, a encararse con el Espíritu o acuerdo de la propia virtualidad; a plantearse las cuestiones capitales de Ciencia y Sabiduría, que en su raíz última advienen a la verdad de que “todas las cosas son idénticas en esencia y que se rigen por una sola ley”; a buscar las claves para mandar en la mente, señoreando y dominando nuestros pensamientos y emociones; a tener fe en la palabra, que es la cosa vivida, y en el pensamiento, que es simpatía radiante; a ir extrayendo de nosotros mismos la Verdad, en un vivir sufriendo todas las adversidades, hasta sublimarlas en un comportamiento de tal índole que, a lo menos, pueda afirmarse de nosotros que somos hombres; a hacer uso del poder vitalizador, determinante de la estructura, tendencias, maneras y posibilidades de cada ser; a compenetrarse con el principio de la Espiritualidad o conciencia unitaria y a ir acreciendo la eurtmia del Espíritu, único camino por el que se llega a la plenitud y a la santidad.

La meta de Masferrer es lo pleno, lo Santo, lo Absoluto, lo Inefable, cuyos únicos resortes son el amor y la verdad. Y es en el dominio amoroso de los espíritus solares, en donde transcurre la aventura de “Helios”, la tentativa, consciente y valerosa de irse

haciendo hombre de eternidad, hombre que vence lo vano y transitorio, en aras de la ciencia de amor que es unión, herramienta para penetrar en los altos misterios de las cosas y descubrir sus virtudes ignoradas.

Es por este amor que le crece sin término, aumentando cada vez más el círculo de su personalidad, que don Alberto Masferrer, aprendiendo con su corazón, intenta comprender y abarcar al Maestro en “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”, estampas colmadas de poesía, en las que deja jirones de su alma, y en las cuales el Apóstol del “Sermón de la Montaña”, es siempre Dios, sin dejar de ser hombre, hombre que absorbe y se absorbe en el Universo, en lo que necesita de la eternidad del Tiempo para abrir el vislumbre de otro mundo; del invisible mundo en que vencido el destino, sea Ley la libertad. He ahí los primeros —¿o los últimos?— chispazos del alba, el anuncio para Masferrer de que está terminando su noche espiritual, esa noche cuyos caminos entrevé, en un desvanecerse de falsos conceptos y un irse convirtiendo a diario en peregrino que otea la sonora y refulgente estrella, y cuya expresión justa —expresión cruzada de hambres implacables, de inquietudes y anhelos— es la esencia de todas las religiones, es el reconocimiento y el padecer, viviendo en congoja del espíritu, la afirmación de que “la vida es una”.

Cerrado está el círculo y abiertas las claves que descifran el Arcano. Para Masferrer como para don Miguel de Unamuno, la cifra que interpreta el sentido del Universo, es la vida.

La vida es el dintel de la verdad sustancial. En espanto, azoro y alumbramiento, Masferrer descubre que hay una ruta en que la razón no es guía. Lo que guía es la verdad vivida, lo que nos hace participantes de Dios, lo que tocándonos en el corazón, nos obliga a ser buenos, sean cual fueren las formas y sueños de la vida. Estas sombras y estos sueños se originan en la embriaguez máxima, en la embriaguez no del poeta ni del filósofo, sino del



místico, del hombre libre por excelencia, del que no sólo se liberta de la tiranía externa, sino de la tiranía de sí mismo. Por donde la interrogación masferreriana es la implacable interrogación del hombre a sí mismo, del hombre que ha conseguido el ayuntamiento de un gran desconfiar y una inaudita confianza; la confianza del hombre en sus propias fuerzas; la confianza de que en el hondón del alma podría responder, por la luz de la intuición, a sus preguntas.

Buscando dentro de sí mismo “el camino, la verdad y la vida”, don Alberto Masferrer que alcanzó la serenidad, porque supo indignarse mucho, fue el hombre en cotidiana indagación de la verdad, o sea en cotidiana búsqueda de las cosas, de lo que está oculto e indicado por las formas, de lo que está soterrado y necesita descubrimiento, más que revelación. El místico quiere la eternidad de las cosas, es un poseso del hambre de eternidad, de lo que no acaba nunca, de lo que es siempre fiel a sí mismo. Lo que rastrea Masferrer, de punta a punta de su obra, es la noche del tiempo, el camino de lo Eterno, y lo que persigue es una existencia que no acabe nunca, una existencia que sea esencial, un esencialismo que exista, una existencialidad que posca más existencia que la existencia misma. Paradoja de la que es difícil encontrar la explicación fuera de la doble y convergente órbita de lo trágico o lo lírico, de lo sin tregua trabajado por el fuego, de lo que metafísicamente solidariza los comienzos legendarios a los movimientos actuales de un socialismo univversalista, absorbiendo por turno, para incorporar las innumerables tendencias y los diversos matices a su voluntad de síntesis, el arte, la religión, la filosofía, la ciencia, lo económico, lo político, lo social, que en su sangre y en su alma se ha depositado como tierras de aluvión, profundas, fertilizantes, arrastrando un mundo de posibilidades, incrustando en su “humos” gérmenes y larvas, con un vaivén de marca que sólo descende para tomar más amplio impulso, mayor altitud y profundidad.

Es que don Alberto Masferrer, en el mapa espiritual de América, no marca una tendencia, un “ismo”, porque contiene todas las tendencias y todos los ismos, en su levadura y su vertebración de hombre integral, de hombre que tenía el alma viva y el pensamiento claro, de hombre que supo hacerse una conciencia serena, iluminada, expansionante. Por eso —y no por ningún otro motivo— la paz la buscó en la guerra, y al goce de una existencia plácida, de una acomodación respetada y respetuosa, optó por la otra cara, por la del disconformismo y la indignación sociales, por adelantarse al riesgo sin perder el equilibrio interior, por mantenerse en vilo y en zozobra, a la jineta y con la lanza pronta, bien seguro de lo que iba a combatir y de la justicia de su causa, que no era sólo suya, sino la causa de todos los hombres. Había en él un insaciable ímpetu, un incolmable anhelo. Era un obsesionado del amor al hombre. El hombre eterno de que nos habla Chesterton, el angustiado y agonal más importante desde el punto de vista americano, el que supo ser, antes que poeta, pensador, filósofo o místico, a la manera unamunesca, “nada menos que todo un hombre”.

*(Del libro “Hombres entre lavas y pinos”, México, D. F. 1946.)*

## MASFERRER ALTO PENSADOR DE CENTROAMERICA

### ELEMENTOS PARA SU BIOGRAFIA (fragmento)

*Por Matilde Elena LOPEZ*

En las noches profundas, envueltas en ebrias armonías luminosas, Masferrer, deambulando solo y pensativo, meditaba en cosas de la vida y de la muerte. Murmuraba palabras que expresaban una idea o una música aprendida allá dentro, más allá del alma. Meditaba en el destino de los hombres que a veces parece gravitar como una fuerza desconocida sobre las cabezas y emocionado bajo el ritmo de sus propios pensamientos, humedecidos los ojos, aspiraba aquel minuto de indescifrable dicha, que sólo pueden haber alcanzado quienes sienten el arte desangrarse en su vida, quienes saben vivir plenamente. Quienes sienten latir dentro de su alma, como algo vibrante y vivo, las armonías de una música intensa, y sienten deshacerse por dentro una ternura recóndita. Una música sobrenatural que como la *Apassionata* de Beethoven, exprese el drama de las vidas humanas, dolorosas a veces y frustradas, pero siempre aspirando a la luz, siempre buscando elevarse hacia las más altas esferas: ¡Hay que saber vivir y hay que saber luchar para alcanzar el ideal superior!

Y Masferrer, artista de inmensas resonancias humanas, ¡cuántas veces meditó en la dicha de crear, en la ventura del arte que purifica e inicia a los espíritus! Cuando tropezara con la hostilidad de las gentes, con la deslealtad y la falsedad de quienes

recibieron lo mejor de su vida, con la mentira y el engaño, con todas esas derrotas que recibimos todos los días y que nos van minando y corrompiendo las fuentes de la vida, Masferrer debía sentir la necesidad de refugiarse en el arte y expresar aquella conclusión de amargura:

*“Porque fui humilde y simple  
y porque en toda ocasión  
creí que quien me hablaba  
tenía sed de Dios.”*

El también debe haber meditado como O'Neill, que sólo el arte es venturoso, que todo lo que no es arte, es desventurado. Pero ¿qué importa la conspiración mediocre contra la inteligencia? La luz brilla siempre por encima de la ciénaga y esclarece la obscuridad y la sombra. Hay gentes que padecen y hay que salvarlas, aunque olvidemos la propia salvación. Aunque Pitágoras le había enseñado que nadie debe sacrificar su alma por salvar el alma de los demás, cuando el dilema se presenta, Masferrer resuelve su conflicto interno y acepta el sacrificio.

Nada hay más noble que esta figura de Masferrer enfrentando su destino, y todas aquellas reflexiones nacidas al filo de la noche, resolviéndose en tormentas internas, son las que genialmente expone en sus *Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús*. El drama de Jesús, es el drama de su propia vida, las luchas de Jesús son sus propias luchas, las multitudes harapientas y desdichadas que describe, son las abrumadas masas salvadoreñas.

Alguien nos hará su biografía alguna vez, diciendo cuándo nació, cuándo lo bautizaron, quiénes fueron sus padres, con quién se casó y cuántos hijos tuvo. Y hablarán seguramente de sus aventuras amorosas para que la biografía tenga el interés picante de las novelas. Pero nada estará tan cerca de su propia vida, como la biografía que él mismo dejó escrita en las impresionantes páginas sobre Jesús.

La gente sabe tan poco de nosotros, casi nada. Aun viviendo en la misma casa, es difícil penetrar el secreto de una vida, el drama interior que a veces pasa inadvertido para los demás. Esas aspiraciones dobladas sin haber alcanzado la flor, esas corrientes encontradas que a veces nos dominan y parece que van a romper el alma, esa lucha interna en que nos debatimos contra nosotros mismos. Todo eso que en psicología se llama inhibiciones y que alcanza después formas sublimadas, el proceso doloroso de un hombre antes de madurar la decisión esencial de su vida, no puede revelarse más que en las páginas escritas bajo el puño agitado en que la sangre se trasmuta en emoción.

La biografía de Masferrer está ya escrita en ese libro punzante que es también un examen de conciencia, una autocritica y una confesión dicha en voz alta antes de decidirse a entrar en la lucha.

Es el proceso de la preparación del héroe descrito magistralmente, después de haberse forjado en la sombra, sobrio, vigilante, sufrido y tenaz. Para entender a Masferrer hay que buscarle en ese libro, que es también su leyenda. Porque “no se ha de prescindir de su leyenda si se quiere comprender a un grande hombre, como no se ha de prescindir de su aroma si se quiere comprender a una flor; la fragancia es lo que en la flor rebosa de virtud recóndita, de riqueza esencial, y la leyenda, es lo que en el hombre se extravasa y esparce, de intensa y secreta virtud”. Y la leyenda la hace “el pueblo agradecido cuando un hombre de grande inteligencia y corazón, batalla por él desprendidamente. No admite que pueda ser como todos; su intuición le dice que se halla en presencia de un ser más alto, de un espíritu superior; y llevado de su imaginación y de su amor, encuadra la figura del héroe en un marco digno de su heroísmo y de su grandeza”. Masferrer también tiene su leyenda, que embelleciendo sus actos, sigue los pasos de su vida.

\* \* \*

Ved cómo al pintar a Jesús, Masferrer se estaba describiendo a sí mismo. “Un hombre que sabe de dudas, de vacilaciones y de tentaciones; de gritos en el interior de su alma; de sombras en el abismo de su conciencia; de desfallecimientos que le hacen prorrumper en aquella queja desesperada, cuando dice: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, que sabe de insomnios, de rebeldías y de exasperaciones; que sin hablar, sin indicio ninguno de su tempestad interior, sirve, a veces, de campo de batalla en que luchan unas contra otras todas las potencias del cielo y del infierno”. Tal es el retrato espiritual del pensador de *Alegría*, pagando sus virtudes con sudores de sangre, sus gracias con insospechadas coronas de espinas; su sabiduría con meditaciones de días y de meses, con soledad y silencio de años.

“A ti es a quien yo venero, adoro y reverencio; a ti —le dice a Jesús— a quien yo compadezco desde lo íntimo de mi alma y con toda la ternura de mi corazón: no por la cruz, ni por los azotes, ni por los clavos desgarrando tus pies, ni por la lanzada en el costado . . . , sino por el otro calvario . . . , el otro, largo, callado, tremendo, pavoroso, que recorriste desde que comenzaste a tener conciencia de la vida y del dolor, hasta el día en que aceptaste beber en el cáliz de ser tú el que nos redimiera . . .

“Tu pasión ignorada, tus veinte años de lucha, de peregrinar y de ver, de vencerte día y noche, de labrar en tu carne viva de hombre joven y fuerte la vestidura para encarnar a un dios . . . : el esfuerzo inaudito, inconcebible, de transformar al hombre en Cristo, el carbón en diamante, la sangre en aurora”. ¿De qué habla Masferrer al referirse a Jesús, sino es de su propia vida? ¿Para qué escribir la ficción de su vida, cuando tenemos la realidad de su pasión?

También él, como Cristo, hubo de pasar años de años preparándose en el silencio, como la perla que vive de soledad y de sombra hasta que al fin es hallada en su relicario de nácar. Obscuro, ignorado y anhelante, primero fué crisálida para vol-

verse mariposa de alas brillantes y finas. ¡Callar! ¡Callar!  
¡Callar!... “¡Qué secreto maravilloso... qué fuerza tan grande,  
en esa sencilla actitud!...”

(De “Masferrer alto pensador de Centroamérica”. *Ensayo Biográfico*.  
Editorial del Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1954.)





## MASFERRER Y LOS PAJAROS

Por QUINO CASO.

La ciudad de San Vicente de Lorenzana, Marquesado de un Marqués que ya no existe, es una de las más encantadoras ciudades cuscatlecas. Después de haber leído una glosa de Azorín o la página de un escritor español del siglo XVI o XVII, la imagen de esta señorial ciudad de San Vicente nos parece idéntica a una de aquellas españolas, en cuyas callejuelas —bajo la penumbra de la medianoche— los espadachines, envueltos en negras y amplias capas que flotaban al viento, se atravesaban por la sola mirada de una dama.

La visión, ya lo hemos dicho, es idéntica. ¿Toledo? ¿Sevilla? ¿Granada? ¿Cuál la ciudad que nos evoca? No sabríamos decirlo, porque este San Vicente tiene tanto de una ciudad como de otra, ya por la fisonomía, ya por el espíritu. Amplias casonas, de paredes enormes, pisos enlosados y cielos de madera u olán, encalados, son éstas. En ellas la voz se multiplica en ecos, y a veces, cuando no es la voz humana, martiriza el silencio un zumbido creciente de moscardones. Vistas desde la calle, las casas semejan claustros. No comunican con la calle sino por medio de un zaguán ancho, de cuyos goznes, al abrir y cerrar, emerge un chirrido áspero que se escucha a muchas cuerdas de distancia y cuando más, ostentan una que otra puerta, cargada de gruesos al-

dabones. Después, una serie de ventanales elevados en cuyos marcos se enredan los bejucos o asoman las macetas de arcilla sonriendo en la frescura de sus flores. Por la noche, aunque no con la capa ni el estoque, pero sí con la guitarra o la mandolina bajo el brazo, el vicentino estará al pie del muro, como un perfecto sevillano, entonando su cndecha de amor a cambio de la cual habrán de darle una fragante rosa, aureolada por un suspiro o por un beso.

En esa ciudad hay un “Kindergarten” que dirige la señorita Nela Mónico, hermana menor del maestro Masferrer. Y a ese “Jardín de Niños”, de tarde en tarde va el maestro a estarse sus largas temporadas, huyendo del “mundanal ruido” para encontrarse consigo mismo. En aquel ambiente de paz, don Alberto escribe sus páginas luminosas. Y aun estoy creyendo que ese maravilloso Jesús y esa grácil criatura, esa azucena de Israel que se llama María en sus “Figuraciones”, conocen la cumbre del Apas-tepeque, se han extasiado ante nuestro sol, han descendido a la laguna para hundir en sus cristales sus plantas peregrinas y han jugado, a su regreso, con los pequeñuclos del “Jardín de Niños”.

La casona del “Kindergarten” es como todas las casonas de San Vicente. Una puerta a la esquina, un zaguán al centro y una serie interminable de ventanales, por entre cuyos balcones herumbrosos asoman uno que otro tiesto con geranios o con rosas. En entrando, la fisonomía de la casa aumenta en austeridad. Aparecen largos corredores en cuyo cielo las péndolas blanqueadas se suceden en un desconcertante amontonamiento; pilares que proyectan sobre el pavimento sus semi-sombras, al mortecino reflejo de la luz que muy apenas se cuele por entre el espeso bosquecillo del patio, y luego, un bullicio inacorde de los pájaros que en ese bosquecillo se arrebuja. Nos parece que, de entre la sombra de esos árboles va a salirnos al encuentro un monje, encapuchado, con el libro de Job entre las manos exangües y entre los labios lívidos estos versos:

*“¡Qué descansada vida  
La del que huye del mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido”.*

O bien, a una monja que aspirando el aroma desvaído de una flor seca que lleva entre el breviario, nos recitará muy quedo:

*“Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero,  
Que muero, porque no muero”.*

Mas no, que quien al encuentro nos sale, es un hombrecillo encorvado por la parálisis, que anda a pasos lentos y que, bajo las cejas crespas, frunciendo el ceño, nos clava su mirada indefinible, vivaz y enérgica, para sonreirnos luego, **tendiéndonos las manos.**

—¡Ah, es usted, mi amigo! . . .

Luego, el maestro apoyará su dicstra en nuestro hombro y nos mostrará la casa.

—¿No le parece a usted un claustro, amigo Caso?

Nos dirá. Nosotros asentiremos, mientras él nos enseñará maravillado el patio y nos hablará del bosquecillo y de los pájaros.

—¡Ah, si usted los viera! . . . Muy de mañanita están en mi dormitorio a decirme que es hora de dejar la cama . . . ¡Y vaya si tengo que levantarme! Saltan de la mesa a la silla, de la silla al balcón, del balcón a la cama . . . ¡Son unos diablillos! . . .

Yo sonreiré, mientras él continuará:

—Recién venido de San Salvador, los niños los apedrecaban. Mi hermana no podía evitarlo, pero yo hube de llevarles al convencimiento de que no es concebible, en el corazón del niño, semejante crueldad para con los pajaritos. Los niños así lo

comprendieron y desde entonces trocaron las piedras por migas de pan y ahora ellos y los pájaros son buenos camaradas. . .

Cuando fuéramos a hablar de literatura, hará irrupción en la casa una chiquilla como de nueve años. Llevará entre las manos una rosa y en la boquirritica linda una sonrisa. Al verla el maestro se iluminará y nos dirá, con la serenidad más grande del mundo:

—Esta es mi novia. . . Se la presento. . .

Yo tomaré entre mis brazos a la pequeñuela, en tanto que el maestro, olvidando la literatura, me hablará de niños y de pájaros.

---

Pues allá, en ese San Vicente de que hablo, Masferrer ha lanzado a la circulación una hoja volante en la que llama al pueblo salvadoreño a la formación de una Liga Nacional Defensora del Pájaro.

Al leer la hoja en cuestión, yo me digo:

—No podía ser otro el que lanzara este grito. Se necesita un espíritu de niño, como el del Maestro, y vivir en un ambiente de paz, entre pájaros y niños, como el de San Vicente, para haber podido olvidar, en un minuto de ausencia, lo cruel que es este positivismo que priva entre nosotros y que cada día va tornando a los seres más huraños a estos ejercicios de la piedad y el amor.

Que esta iniciativa la recojan los maestros de escuelas y colegios de la República; que en el corazón del niño salvadoreño se cultive el amor a esa criatura alada, gracia para la vista y arrullo para el oído, y que en honor de Masferrer, esta positiva gloria de América, sean los niños los primeros en fundar la “Liga Nacional Defensora del Pájaro”.

Ningún honor mejor puede tributarse a quien ha llegado a la madurez con el espíritu de la infancia, a quien ha logrado —en el “Jardín de Niños” de San Vicente— confundir su espíritu entre la risa de los niños y el canto de los pájaros! . . .

San Salvador, 1928.

## EL PENSAMIENTO VIVO DE MASFERRER

*Dr. Humberto DIAZ CASANUEVA.*

Participo gustoso en este homenaje a un gran salvadoreño y americano y al mismo tiempo que deposito mi corona de silencio junto a su augusta sombra, golpeo en su sueño con la veneración y la angustia del discípulo cuyo corazón azorado vive entre preguntas y dudas, decepciones y esperanzas. Pocas veces ha pasado por la tierra una generación más atribulada y confusa que la nuestra y de ahí la urgencia con que honramos a nuestros grandes muertos pidiéndoles su luz profunda. Masferrer es de aquellos que arrancamos al tiempo y al olvido situándolo a nuestro lado porque su obra todavía está ardiendo y su ejemplo nos dirige y nos conforta. Lo recordamos, no para llorarlo, sino para honrarlo conociéndolo más y recibiendo las normas de su espíritu vidente.

Junto a Rodó y su generación de "arielistas" hay en América otros hombres dilectos menos elegantes pero más esenciales. Puedo citar entre ellos a Carlos Vaz Ferreira, Alejandro Korn, Alberto Masferrer. Todos ellos están identificados por una común aspiración ética, ordenados por la misma independencia de espíritu, obsedidos por los múltiples problemas de su medio. Más que un gran ingenio filosófico, frío y precavido, denotan una preocupación vital particularmente práctica, un moralismo

creador, y disposición a darse que los hace empederadamente humanos. Todos ellos son cabezillas, prototipos, maestros. No se mueven entre postulados sino entre motivos. La idea más abstracta la juzgan de acuerdo con la experiencia más inmediata. No son sedentarios del espíritu ni están demasiado encerrados dentro de sí mismos, por lo cual resultan ardientes, auténticos y actuales.

De Masferrer puede decirse que aspira al profundo conocimiento verificando la continuidad que existe entre la verdad y la plenitud de sí mismo. La verdad es frágil e inútil si el hombre la capta con su intelecto nada más que para darse el lujo de la constatación. La verdad sirve al hombre si la utiliza con criterio vital. Para ello la verdad requiere ser captada en dirección a la vida práctica y moral, confluyendo en su búsqueda la luz de la inteligencia, el fuego de la emoción y el hierro de la voluntad. Masferrer es un apasionado a la vez que un lógico. Define, examina, enciende, actúa. Hay algo de sublime ética terrestre en toda su obra. El dice “desprenderse, renunciar, es el camino en toda verdad”. Masferrer afirma el Yo pero no se deslumbra con él ni lo mantiene encerrado en sus manos como el avaro el trozo de oro y vence a su seducción y hace que el Yo orgulloso desemboque en la vida, el prójimo, la nación. Domador de sí mismo, a fuerza de grave silencio y de honda preocupación por los problemas de afuera, supera Masferrer al individualista que se contenta con ideas generales, imágenes o dogmas y se arriesga a caer en el error y la contradicción a trueque de actividad responsable y participación enérgica en el drama de la existencia real. Su obra brota inspirada por la lección del idealismo y del humanismo que hacían de la personalidad una realización interior, pero el fuerte llamado de Emerson, la generosidad activa de Guyau y el vitalismo tremendo de Nietzsche se condensan proféticamente e instintivamente en él al proclamar la realización concreta y social de la personalidad. Las leyes de la vocación indi-

vidual y la necesidad de la libertad interior son puro reflejo si no se resuelven en el amor, la responsabilidad y el desprendimiento. El cultivo del Yo no es para aislarlo todavía más, sino para superarlo en la expansión y la vinculación. Masferrer nos enseña que el juego particular de la inteligencia se decide en la adquisición de fuerzas para que podamos cumplir mejor en última instancia los deberes de la existencia. Espíritu de viejo cristiano, lleno de vivencias primordiales, su pensamiento está vivo porque no fue premeditado sino gravitado en contacto con su realidad, espontáneo, veraz, y transparente.

Tenemos todavía que repasar su lección, excavarlo para recoger su primordial aliento, inspirarnos en su integralidad y en su mensaje de fe. Representa Masferrer en América junto a muy pocos pensadores, ¡ay! muy pocos, la unión activa del espíritu con la vida. Su “ciencia insegura”, su “cadena de anhelos y tristezas”, su “serenidad” y su “verdad divina” están dirigidos al mundo, a la realidad, al hombre. Mucho nos hemos preocupado por la ciencia, la belleza, la verdad. Comencemos ahora a preocuparnos del hombre que vale tanto como los más altos valores, que es la raíz misma del espíritu y que en esta hora de sangre y de sombra siente a pesar de todo que la estrella de la esperanza le quema las entrañas.

(Discurso pronunciado la noche del 4 de Septiembre de 1942, en la Radiodifusora Nacional “Y.S.S.” El doctor Díaz Casanueva era, en aquel entonces, Encargado de Negocios de Chile ante el Gobierno de El Salvador).





## PERSONALIDAD POETICA DE ALBERTO MASFERRER, MAESTRO Y APOSTOL

Por *Serafín QUITENO*.

He aquí una de las figuras más humildes y más apasionantes de los últimos tiempos, en las letras y en la vida: Alberto Maferrer.

No cometeré la irreverencia de presentarlo. Quien más, quien menos, todos hemos leído algo de Maferrer y sabemos quién es, tanto en el plano del escritor como en su personalidad de hombre.

Maferrer fue maestro, en el sentido de orientador y civilizador. Fue apóstol, por su consagración y respeto a los valores eternos. Fue luchador infatigable en el terreno de lo social.

Sin embargo, todas estas actividades y fases tienen un denominador común. Este denominador común es el POETA.

En Maferrer, cualesquiera sea su rol de escritor o de luchador, el POETA es una presencia permanente, invariable, fatal. Lo mismo cuando desciende a la plaza pública que cuando se recoge en su propia soledad, frente a la inmensidad blanca de las cuartillas. Lo mismo cuando recorre las estancias bíblicas, hechizado por las mañanas claras del evangelio, que cuando acude al pueblo para decir su voz humana o cuando eleva su clamor de justicia frente a las puertas ferradas del poder ciego o de la comprensión sórdida.

En cada una de estas ocasiones pudo variar el gesto; pudo

ser una u otra la inflexión de la voz, pero nunca faltó aquella presencia de poesía; aquel hálito de intuición profética que le acompañó siempre como la sombra al cuerpo.

En el clamor, en la protesta, en la oración y aun en sus actitudes cotidianas, Masferrer fue siempre un poeta.

En su obra de escritor, el poeta va sugiriéndole las ideas, no en conceptos ya hechos o en reminiscencias de letra muerta, sino en vivas imágenes que reproducen fielmente lo que el hombre HA VISTO Y SENTIDO en una incursión por sus propias tierras interiores.

Expresión vital, entrañable, de hombre que se quema por dentro. Tal era la expresión de Masferrer. Tal es la genuina expresión de todo poeta de verdad.

Vivió en peligro, como exigía Nietzsche, porque él, hombre sólo era el instrumento del verbo.

Bien pudo ser consigna de su vida este grito confiado precisamente por otro poeta a los vientos de la pasión:

*“¿No adviertes mi humareda?  
Me quemo y me consumo. . .  
¡Que nunca sea fuego  
quien tiemble de ser humo!”*

Su vida fue agonía. Su ejercicio, arder y consumirse en su propia llama. Su lema: servir y prodigarse con eficacia y humildad.

Por eso, lo que algunos han llamado *estilo* en Masferrer, es algo más trascendental y profundo que la simple aptitud de expresarse con claridad. Es —¿cómo decirlo?— el milagro de sacar peces vivos.

En otros términos: una facultad personalísima de penetrar en los demás y de atraerlos al centro de sus propias ideas y sentimientos.

No era el hombre que hacía frases. No. Era más bien un descubridor de estados de *alma*. Tenía, por lo demás pesquizando

en los predios de la razón, un empuje de cazador a quien no se le va la presa fácilmente. Su juicio es firme y recto. Su palabra, llena de encanto y sencillez.

Un trabajo como el de Masferrer, realizado con todo el SER y no sólo con las manos o con el intelecto, no era cosa de estilo. Era más bien magia y misterio.

Era nada menos que la voz de un poeta, y por ello adviene en forma de cosa viva y palpitante.

Ya se comprenderá que al decir POETA, no significamos necesariamente una aptitud para hacer versos. En realidad, poco tiene que ver esta aptitud con el fenómeno poético.

Más bien nos referimos al don de profecía, que no es por cierto el simple manejo de las ideas y los vocablos con la maestría que un auriga experimentado dirige sus corceles.

Hay algo más importante y más hondo; lo que nosotros llamaríamos CONCIENCIA POETICA. Lo que otros llaman hechizo, inspiración —en un sentido de acatamiento a las voces de lo alto. Y no sólo en el instante de ponerse a la obra, sino en todos y cada uno de los actos del vivir.

En este sentido Masferrer fue, ES, un auténtico POETA. Hay señales que lo identifican plenamente con esta condición:

En primer lugar, su voz advierte bajo el signo de la palabra viva.

En segundo, usa de preferencia los recursos del sentimiento.

En tercero: Masferrer siempre dice algo. Esto es fundamental. Nunca se puso a escribir para ser glorioso ni con esa ambición infantil de dejar obra.

Escribir para él fue un acto tan necesario y tan fácil como respirar, precisamente porque el expresarse le era una necesidad entrañable, y siempre tenía algo que decir.

Luego, lo que dice, no lo dice para hoy ni para mañana, sino para la eternidad. En esto se diferencia sustancialmente de aquellos escritores que hablan HOY para que los entiendan en el siglo pasado.

Su palabra no es opio ni bordado. No es gala ni adorno. Es llamado y mensaje. Va abriendo puertas y ventanas en la noche profunda, en la noche a veces hostil como una selva poblada de terrores y riesgos.

No aspira a ser brillante, sino eficaz. Por eso, su voz es como el pan de cada día. Humilde y simple, pero con todos los poderes y misterios que contiene la vida.

Masferrer ama la sencillez porque es el camino más corto entre su soledad y los hombres. Fiel a esta consigna, renuncia voluntariamente a lo superfluo, a lo pomposo, a lo meramente ornamental o decorativo. Tanto así en su vida como en su obra.

Luego, siente la Belleza como la presencia del bien y del Orden. Intuye que donde la Justicia falta, la Belleza deviene en un artículo de lujo. Un solo niño que carezca de leche, un solo ser inocente humillado, ofendido o desposeído sin piedad, son capaces por sí solos de negar toda la poesía del mundo.

Masferrer no canta como los juglares ni busca sus motivos en los dominios de lo abstracto. Aun sus ensayos filosóficos como “Las Siete Cuerdas de la Lira” y el “Ensayo sobre el Destino”, fueron escritos con una intención de servicio. Posee, por otra parte, la condición de actualizar la historia y la leyenda, extrayendo de ellas su valor ético para aplicarlo a la realidad de su tiempo. Así fueron escritos, por ejemplo, sus “Estudios y Figuras sobre la vida de Jesús”. Un libro del cual escribió únicamente los primeros capítulos, es, a pesar de ello, una de las versiones poéticas más bellas y sutiles que conocemos acerca de la vida del Cristo.

Gracias a su profundo sentido de lo terreno, de lo cotidiano, de lo humano, Masferrer nos ofrece un Jesús tan actual para nuestro siglo, como lo fuera para las multitudes alucinadas que oyeron sus parábolas.

Revive los pasajes del Evangelio no para ser vistos como imágenes de un remoto mundo, sino para proyectarlos en des-

lumbradores relámpagos y claras advertencias sobre la ceguera y la impiedad de su tiempo.

Así fue siempre Masferrer. Esta es precisamente la característica de su actitud como escritor: hablar para los hombres, congregarlos alrededor de su lámpara, ponerlos valientemente frente al error o la injusticia. He aquí uno de sus lemas, el cual es también una profesión de fe:

“Las palabras *soberanía, independencia, autonomía*, carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, son las fuentes de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos reales. Cuando se tiene vida se es independiente, se es libre, se es soberano, y se tiene aliento para luchar y para morir, defendiendo la libertad, la independencia, la soberanía y todo lo demás.”

Y he aquí otro de sus atributos esencialmente poéticos: con el mismo fervor que amó a los pájaros, a los niños, a todas las cosas bellas y misteriosas de la tierra... con ese mismo fervor amó a su pueblo.

Lo sintió —al pueblo— en su grandeza y en su miseria; en su luz y en su mugre; en sumo, en todo el aliento de dolorosa y palpitante humanidad que es el pueblo.

Y amándolo así, descendió, más bien dicho subió, para identificarse plenamente con él.

Y desde esa altura dijo lo que tenía que decir. A veces con desesperación. A veces con tristeza y desencanto. Siempre con calor y con un profundo sentimiento de solidaridad.

De ahí le viene a Masferrer ese aliento de universalidad que tiene su obra sobre la de casi todos los escritores de Centroamérica.

Se preocupó del hombre; y aun cuando ese hombre era el de su país y de su tiempo, como él llegó en su búsqueda hasta lo sustancial y entrañable, de ahí que sus observaciones y conclusio-

nes tengan vigencia permanente y sean valdecras en cualquier parte.

Hablar en imágenes, hemos dicho, es también uno de sus signos más distintivos, en el plano de la poesía.

Aun sus obras de menos intención poética como el "Mínimum Vital", están escritas en las formas figurativas en que se expresaba Jesús: a metáforas plenas de encanto y de gracia, a parábolas, a claves de emoción que iluminan con la luz del relámpago y llevan al plano de las verdades eternas.

Todo le viene de su gran amor por el Próximo y de su alto sentido de justicia.

Su palabra posee la clave de traer aun los conceptos más abstractos y difíciles, al plano del vivir diario y para usufructo del hombre de la calle.

Así, cuando pide un *mínimum* de vida para el que trabaja, no recurre a jergas demagógicas, ni se engalana con términos aprendidos en libros o consignas de grupo. Expresa su verdad con palabras domésticas, simples, y se sirve de comparaciones que nada tienen de extraordinarias, cuando no sean la eficacia para convencer y la fuerza de una lógica irrefragable.

He aquí un trozo que resume buena parte de su teoría cristiana, la misma que ahora está defendiendo oficialmente la Iglesia, y que en vida de Masferrer y en el medio centroamericano aún tenía el carácter de un credo heterodoxo:

"Un límite para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama órbita para el sol y playa para el océano. **DE AQUI NO PASARAS** es la ley divina impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, degenera o perece.

"Y para el que trabaja, para el que carece, **UN MINIMUM**: la vida irreductible, lo elemental que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, recreo, luz y pan."

Esta no es la voz del político. Es la sensibilidad de un poeta puesta al servicio de los hombres. Ni siquiera expresa la tendencia de esta o aquella ideología, sino que es la advertencia de un hombre a favor de todos: tanto de los que abundan en bienes terrenales como de aquellos que nada tienen.

Por eso —insistimos— su MINIMUM VITAL y todas aquellas de sus obras en que abordó problemas sociales, más que intención de sistemas o de panfletos, tienen calidad de mensajes. Y son mensajes apasionados porque le vienen del propio corazón ardiente. Habla, no desde una barricada, sino desde el propio dolor íntimo, del propio desierto en que el hombre es apenas un oído abierto ante un vasto espacio poblado de músicas y de lágrimas.

Humano, demasiado humano, como decía Nietzsche. ¡Hay razón para que la gran mayoría de sus contemporáneos no le reconocieran!

Para unos fue el enemigo. Para otros, una pequeña sombra fugaz. Para unos pocos fue y sigue siendo la presencia del Bien. Y el pueblo que lo intuye lo va paulatinamente descubriendo.

Ya él no pide nada. ¿Qué podría pedirnos Masferrer, cuando todo él es una dádiva?

Si reclamo pudiera hacer, sería la de las vidas nobles. Un aroma de huerto anochecido, una brisa balsámica que se levanta desde la otra orilla del misterio. Reclama sí, no para él, sino para nosotros mismos, en este poema que más que de palabras está hecho de incienso y de ternura.

### HAZME SUAVE EL INSTANTE

Hazme suave el instante. Mañana, esta noche, talvez he de partir.

Y será para ya no volver. Para ya no volver, ¡jamás! ¡jamás!  
¡Pasarán milenios, y edades y eternidades y yo no volveré!

Rodaremos de mundo en mundo, por toda la eternidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quien soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran; los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron y sacrificaron, uno en aras del otro, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante; porque una vez yo muera; una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que te lamentos de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora. Ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar AMOR. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir.

Después, ¿qué?... ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contristado? ¿De qué me servirá que suspires y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprensivo? FUI... ya no soy. Ahora no soy más que una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando aún yo existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de



la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmos y vanidad, andaremos extraños el uno junto al otro. Y ya nunca sabremos quién es ni a dónde fué aquel a quien no supimos amar.

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la Eternidad.

Sí. Hazme suave el instante”.

Esta expresión es humana, y por humana es eterna. Por lo demás, el clima del poema es diáfano y puro.

Y he aquí otra clave poética de Masferrer: su aptitud de convaleciente.

Puede bajar a la sima de la desesperación y la angustia. Puede retornar limpio y lavado como en el primer día del mundo.

Ya se sabe. Hay muchas formas de caer. La del fruto podrido es una. La del arcángel rebelde es otra. Siempre estará ennoblecida por la grandeza y esplendor de la tragedia.

Así Masferrer no se niega a los reclamos de la vida. Conoce el ciclo y el infierno de la pasión. En cada experiencia crucifica su alma. Cada minuto de dicha sabe pagarlo con aceite de dolorosas lámparas.

Le toca a veces regresar a sí mismo por un camino de espinas. Un poco el sabor de la ceniza en los labios. Tristes y plegadas las velas que un día partieron henchidas de brisa en la mañana resplandeciente.

Está desamparado. Pequeño. Solo.

Pero nunca maldice.

Las heridas de su alma no supuran. Están hechas en corteza

de sándalo. Son apenas el camino del canto y el cauce de nuevos y desconocidos aromas.

Y ahí un hombre corriente habría proferido una blasfemia. Ahí donde otros habrían hallado la morada del desaliento y la herejía, Alberto Masferrer descubre la escala de Jacob.

Y se hace el milagro; la sangre se convierte en bálsamo, el dolor en plegaria, la amargura en piedad.

También desciende frecuentemente al valle de los lobos, para decir su trémulo evangelio de reparación y esperanza.

Una y mil veces le hieren en desigual combate. Una y mil veces torna para reponerse del daño y resurgir con nuevos ánimos.

A ratos desfallece en la lucha. Se siente abandonado, reducido, cercado.

Vuelve a su soledad, a su convalecencia. Quiere aislarse y disfrutar el gozo de una existencia quieta.

Pero su naturaleza no es para los descansos prolongados. Apenas van apagándose los últimos fuegos de la trinchera, Masferrer vuelve. Otra vez brilla su palabra con el resplandor de la espada.

Nunca contradice lo que afirmó el poeta. Rectifica, sí, siempre que viene al caso, sus creencias de hombre, su fe en ciertos valores temporales.

—¿Qué me contradigo? Sí. ¿Acaso soy Dios para que mis juicios sean eternos?

En cambio Masferrer poeta es firme como el amor y alto como las banderas del día.

Cuando le falta la fe en los otros, le queda la fe en sí mismo.

Cuando en su redor todo es tiniebla, le asiste su propia luz.

Es humilde frente a la verdad; pero no cede un adarme frente al error, la grosería o la injusticia.

“PARA JUZGARME, NADIE. PARA ACUSARME, YO”.

Pocas veces Masferrer usó este modo amargo y violento.

Justicia es decir que el fariseísmo imperante lo merecía. Era en sus últimos tiempos y la tempestad de la incomprensión y la ingratitud había golpeado inmisericorde en su vida.

A poco regresaba enfermo y triste para descansar en el suelo que tanto amó. Su muerte no fue precisamente un término. Fue el comienzo de su verdad, ella sola abriéndose paso ya para siempre, en la conciencia de los hombres.

No fue vida feliz la de Masferrer. Fue vida bella. Es decir vida de poeta.

Su pecado y su gloria fue robar el fuego de los Dioses.

En su honor nada podría ensayar nuestra voz. SE SIENTE QUE FALTA. ESO ES TODO.

Desde lejos, más allá de la ausencia y de la muerte, su palabra humilde nos previene amorosamente contra el riesgo:

“La verdad es como la sombra de una nube que el viento arrebat... Si bajamos los ojos, ¡ya no hay sombra!... Y si los levantamos, ¡ya no hay nube!”



## EL RETRATO QUE YO ME HE HECHO DE DON ALBERTO MASFERRER

(fragmentos)

Por Carmen LYRA.

No conocí personalmente a don Alberto Masferrer. La primera vez que él estuvo en Costa Rica de profesor en el Colegio de Señoritas, era yo una chiquilla y cuando volvió en 1921, andaba yo fuera del país. Pero me sentía amiga suya y él se sentía amigo mío. De cuando en vez nos escribíamos y siempre que publicaba un libro me lo enviaba con una dedicatoria cariñosa.

Me lo describen así: un hombrccito pequeñito, delgado, de apariencia débil. Daba la impresión —me dicen— de que casi no pesaba. Sin embargo, cuando pienso en él, no veo una figura de líneas que se diluyen en la luz, sino un perfil de trazos que tratan de imponerse, sobre el fondo centroamericano. En mi imaginación hay algo parecido al retrato del poeta belga Rodenbach de Levy Dhurmer que está en el Musco de Luxemburgo. Siento que no debería traer aquí a colación este retrato de Rodenbach... Lo hago para explicarme a mí misma, mi manera de contemplar la memoria del noble varón salvadoreño que acaba de morir. En el cuadro de Dhurmer se ve: en el frente, la hermosa cabeza del poeta flamenco, y en el fondo Brujas la ciudad abandonada por el mar, cuya tristeza de amante despreciada, cantó Rodenbach en sus libros. Sí, es algo semejante lo que hay en mi imaginación, semejante en la disposición y en la suavidad

con que está tratada la cabeza. La de mi retrato que me he hecho de Masferrer, es también una cabeza que quisiera irse para las nubes, como la del Rodenbach de Dhurmer, pero que antes de emprender el vuelo no desdeña mirar hacia abajo y comprende que la fuerza de gravedad que atrae hacia el suelo, no es menos maravillosa que el anhelo de ir hacia arriba. Me doy cuenta de que todos los ensueños imprecisos, vagarosos, todas las filosofías forjadas detrás de esa frente honrada, se humanizan al ponerse en contacto con la fuerte realidad que los rodea. Cambian sus alas por unos tímidos pies de niño que se echan a andar sensibles sobre las piedras del camino. Pero ya es una gran victoria el que tengan pies y no solamente alas, como pasa la mayor parte de las veces con los ensueños de los idealistas. ¡Y cuánta falta han hecho los pies a los ensueños de los hombres!... Ellos han creído que las alas son cosa más noble y bella que los pies y han descuidado el piso por donde éstos tienen que transitar. A menudo el idealista disimula su flaqueza bajo el deseo de las alas. Así rehuye con decencia tantas responsabilidades!...

Si Masferrer hubiese sido un literato nada más o un versificador hábil o un intelectual snob o diletanti, se habría puesto sus alas de metáfora y habría volado a la altura para librarse de la lucha de aquí abajo y no arriesgar su bienestar.

.....  
.....

Bien diferente es el paisaje que sirve de fondo a mi retrato de Masferrer de aquel que se ve en el cuadro de Dhurmer, con sus canales de aguas inmóviles, sus torres místicas y su música de carillones en el aire. No, no, que el mío es de esfuerzo humano y de tragedia.

.....  
.....

Allí van por las vegas del centro del territorio salvadoreño, los plantadores de tabaco; conocen secretos para que la hoja se

ponga rubia y extraiga de la tierra y del aire aromas y nepentes para goce del hombre. Aquellos son los alfareros de Ilobasco con sus vasos y sus figuras artísticas de arcilla fina. Pasan los músicos y cantores de Cacaopera y de Sensembrera y los tejedores de fibra de palma, de San Pedro y San Juan Nonualco y los tejedores de Occidente, descendientes de aquellos que en época menos civilizada sacaban de sus telares unos rebozos de seda maravillosos; eran unos lindos rebozos con los que se ponían bonitas las muchachas del pueblo en Costa Rica, una tela a listas alegres, coruscante, que sonaba como si la luz se estuviera friendo, con unos originales dibujos en las barbas o flecos de los extremos. Aquí vienen los que elaboran las arcillas de Ahuachapán para sacar el verde, el rojo, el amarillo con que se iluminan las cosas apagadas de la vida; los que obtienen el añil de Chalatenango y los que sacan al henequén sus fibras resistentes. "Por el camino, al borde indeciso del desfiladero, van y vienen las mujeres de Panchimalco con sus grandes cargas a la cabeza, rápidas y rítmicas, alceando los brazos, la cara inexpresiva, concentrando todas las fuerzas en el fin único de caminar pronto y seguro" (1). Pasan también los tipos de los cuentos de Salarrué: Pablo Melara, Goyo Cuestas y su zipote, José Pashaca; pasan con esa humilde naturalidad que hay en las piedras y en los vegetales y que tanto impresiona cuando se medita en ella; dejan su huella conmovedora y sin esperanza en el polvo que brilla bajo la pesada indiferencia de nuestro cielo tropical.

.....

.....

Aquí, dentro de mi pensamiento queda el retrato que yo misma me he hecho del noble varón salvadoreño que acaba de morir, quien supo en su vejez ser fuerte como no saben serlo la mayor parte de los hombres jóvenes del istmo. Una cabeza que

---

(1)—Alberto Masferrer: *Notas de Viaje*.

pudo haber sido solamente la de un intelectual, pero que tuvo el valor de ser también la de un rebelde. De fondo le sirve el pueblo más trabajador y viril de Centro América.

San José de Costa Rica, Septiembre de 1932.



## ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS

Por Julio Enrique AVILA

La labor literaria de Alberto Masferrer es ya ventajosamente apreciada en Hispanoamérica para agregar algunas palabras más sobre ella. Me referiré aquí únicamente a su última obra: "Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús".

No se vaya a suponer que este volumen, por el tema que trata, tan sugestivo y por lo mismo tan explotado, sea un libro más sobre Cristo, no; "Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús" es un libro nuevo sobre el Mesías. La divina tragedia, y el escenario, mago de evocaciones, siempre serán los mismos; pero hay una definida personalidad en las apreciaciones, en el concepto filosófico, y, sobre todo, en el estilo. Virtuoso estilo que sabe ofrendarnos lo profundo, y aun lo turbio, con la fresca y diáfana sencillez de un sorbo de agua.

El libro, antes que todo, es una obra de amor. La metafísica no ha entumecido la agilidad de su pensamiento, hondo a fuerza de comprensiva simpatía.

En él, las citas y referencias no agobian el espíritu. Artista, el autor ha comprendido que sabe más la leyenda que la historia, y sobre todo, que enseña más. Que la leyenda, si no más verdadera, es más justa y bondadosa. La historia ha sido cómplice de los poderosos, que se han servido de ella para glorificar la

epopeya de sus crímenes; mientras que la leyenda ha sido vivida y escrita por los mansos y los ingenuos, por los derrotados y los indefensos, por los creyentes y los ilusos. Si la historia fue, la leyenda *debería haber sido*. Y así, con esta norma de justicia, su obra de amor, por la forma y por el fondo, es una admirable creación de belleza.

¿Quién duda que la belleza urge una filosofía especial, más alta que la realidad y más en concordancia con el espíritu?

Para aspirar la vida de aquel que fue como una florecida vara de azucenas, ¿quién mejor que el alma regocijada del poeta?

Para sentir las palabras de aquel que fue como un jarro de miel en un eterno darse y en un no agotarse nunca, ¿quién mejor que el paladar apercebido del artista?

Para comprender la verdad de aquel que fulguró como una lámpara votiva, luz que ilumina intensamente, pero que no ciega ni ofusca, ¿quién mejor que los ojos del vidente, hechos a percibir los pliegues más hondos del espíritu?

Para decir de aquel cuya vida fue un cántico, ¿quién mejor que la cítara o el laúd?

Si el autor no nos dice toda la verdad de Jesús, nos dice todo su divino sueño. Y, si amar es comprender, ¿quién pudo comprenderlo mejor que quien tan bella y noblemente sabe amarlo?

En esta primera parte de la obra, el ambiente y los personajes lo llenan todo. Jesús no ha tenido tiempo todavía de plasmar su doctrina, es decir, no ha encontrado la expresión definitiva de su espíritu, con la que va, a escribir más tarde el más maravilloso de los poemas.

Alberto Masferrer, cicerone exquisito, nos lleva de la mano bajo los olivos en flor, los terebintos, y los altos cedros de Nazareth. Y allí conocemos a María, “con más luz en los ojos que los zafiros del azul, más leve y grácil que las espigas del

trigal, más jubilosa y cantarina que los mirlos, más juguctona que la brisa, más extasiada que las alondras”.

Conocemos el mísero establo de Belén, lleno de luz. Y sentimos palpar sobre nuestras cabezas la divina estrella que guió a los Reyes Magos hasta las plantas del Hijo de Dios.

Nos habla luego, amargamente, de aquel Herodes el Grande, podrido de vicios y con el alma náufraga en la sangre de los niños judíos. De la huida de Jesús a Egipto, en el lomo de un asnillo, de su infancia de nardo y de su juventud con alas, comiendo y durmiendo bajo las enramadas de los caminos, como un pájaro. . .

Después de sus largos viajes, Jesús, iniciado en las prácticas de los Escenios y empapado en la sabiduría egipcia, en las doctrinas de los profetas y en las enseñanzas de Buda, va afirmándose en el sentido grandioso de su misión: “establecer sobre los reinos de la opresión y la separación, el Reino de Dios regido por la libertad y el amor”.

Así preparado, llega a la presencia de Juan, hurraño profeta de una rara virtud. Al decir de Jesús, “Juan era el más grande entre los nacidos de mujer”.

En las márgenes del Jordán “se encuentra con el áspero asceta que predicaba penitencia, prescribía la repartición de los bienes y amenazaba con el exterminio a quien no se purificara”.

Interesante contraste presentaban aquellos dos seres, Jesús y Juan, unidos por el mismo afán de justicia, por el mismo ensueño de redimir al hombre por la pureza y la humildad, y ambos dispuestos al sacrificio de sus vidas; y sin embargo tan distintos en sus maneras.

Imaginémonos a un hombre recio, de palabra dura y tonante, de mirada que carboniza como un rayo, de melenas y barbas ásperas como un zarzal, que al predicar ruge y al aconsejar castiga. Cuya voz es una torpeta de combate que fulmina

contra los poderosos corrompidos. Que pide castidad y ayuno. Que amenaza: “La segur ya está puesta a la raíz del árbol”.

Y a un dulce adolescente, alto, delgado, sereno. De melancólico mirar de paloma. Cuyas manos se tienden en un ademán de ir regalando rosas o limpiando dolores... Con una voz que canta y refresca como un riachuelo. Que al aconsejar acaricia y arrulla y al predicar siembra esperanzas y perdones.

Juan o convencía o se imponía. Jesús fascinaba simplemente.

El Nazareno y Juan vivieron juntos por unos meses. “Como se amistarían y vivirían juntos un roble y una rosa; como se amarían un león y una alondra”.

Uno maestro del otro, se enseñaron mutuamente “hasta que la comunión completa del corazón y de la mente se hubo realizado en ellos”.

Entonces Jesús pidió recibir el bautismo, y Juan, reverente, buscó para bautizar al Mesías las aguas más cristalinas del Jordán.

Ya seguro de sí mismo, convencido de su misión, dispuesto al sacrificio, Jesús se despide del Bautista y marcha para el desierto. Allí elevará su espíritu en la oración y flagelará su cuerpo con el ayuno y la penitencia. Allí se verificará la transformación del hombre en Cristo, la maravillosa transfiguración del hombre en Dios.

\* \* \*

Hasta aquí alcanza la parte de la obra publicada. No es por cierto esta parte la que presta al investigador y al filósofo mayor campo para levantar su edificio.

Sin embargo, el matiz celeste, el aroma de la flor mañanera, es decir la infancia y la juventud de Jesús, se nos da tan fluida, tan plácida, tan aterciopeladamente, que el espíritu se siente transportado. Es el toque de las primeras campanas matinales, todavía mojadas de neblina, anunciadoras de la luz.

Este primer tomo es el alba, que nos ha dejado embelesados. Pero el alba es promesa. Promesa de luz meridiana que fecundará las siembras. Promesa de crepúsculo que llevará a las almas al recogimiento. Promesa de maduración y de elevación. Así esperamos con ansia el resto de la obra que, con “Ensayo Sobre el Destino” y “Las Siete Cuerdas de la Lira”, consagra a Alberto Masferrer, maestro de la juventud de América.

En mi concepto “Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús” es una obra notable, cuya vida pienso que se contará por centurias.

¡Que la estrella que guió a los Reyes Magos lo conduzca por todos los rincones del mundo, como un presente valioso para los espíritus nobles, para los corazones ávidos de belleza y de justicia!  
1927.



## ESTAMPAS

### UN FILOSOFO DEL ORDEN SOCIAL MASFERRER, ALMA EN LLAMA

*Juan DEL CAMINO*

Nacen algunos para ser llamas y prodigarse. Don Alberto Maferrer fue llama que iluminó a su país. Ha muerto y se percibe con claridad la luz en la tiniebla de que va deshaciéndose El Salvador. Tiniebla recia e igual a la que penetra todos nuestros países.

Aparecen estas almas y el ambiente sufre cambios. Traen inquietudes, las riegan sobre las conciencias para que trabajen. En los sucesos de la antigüedad histórica narrados por Plutarco hay un episodio revelador del poder de esas almas. Se viven los días de la Roma de Catón y llegan de Atenas dos embajadores, Carneades el Académico y Diógenes el Estoico. Traen por misión el reclamo contra cierta sentencia injusta. Son dos hombres grandes y cuando Roma se entera de que los tiene en su propia entraña, acuden ciertos espíritus a visitarlos. Plutarco refiere lo que pasó así: "Al punto, pues, pasaron a visitar a estos personajes los jóvenes más aficionados a la literatura, y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente, la gracia de Carneades, a la que no le faltaba poder ni la fama que a este poder es consiguiente, logró atraerse los más ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre; corrió, en efecto, la voz

de que un varón griego, admirable hasta el asombro, agitándolo y conmoviéndolo todo, había inspirado a los jóvenes un ardor extraordinario, que, apartándolos de todas las demás ocupaciones y placeres, los había entusiasmado por la filosofía. Estos sucesos fueron agradables a los demás romanos, que veían con gusto que los jóvenes se aplicasen a la instrucción griega y comunicasen con tan admirables varones; pero Catón, a quien desde el principio había sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiración de la elocuencia, por temor de que los jóvenes, convirtiendo a ella su afición, prefiriesen la gloria de hablar bien a la de las obras y hechos militares, cuando llegó a tan alto punto en la ciudad la fama de aquellos filósofos y se enteró de sus primeros discursos, que a solicitud e instancia suya tradujo ante el Senado Cayo Acilio, varón muy respetable, tomó ya la resolución de hacer que con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad.”

Trastornan la rutina de un país estas almas que vinieron con menesteres de llama. Traen noticias, las difunden con el aliento constructivo que hay en ellas y surge la inquietud en las conciencias. De una antigüedad grande es la narración dejada por Plutarco. En Roma fueron los filósofos los que agruparon a los jóvenes. En nuestros tiempos también es el filósofo el que anima, pero con una filosofía que pertenece a la transformación social que el mundo sufre. Don Alberto Masferrer es uno de estos filósofos del orden social. En su patria quiso el cambio que armonizara la vida del hombre quitándole tanta miseria y aflicción. Habló, es decir, iluminó con su llama fuerte y acudió el trabajador manual y el trabajador intelectual. Lo oyeron y le creyeron. Estaba hecha de verdad su prédica. El ambiente cambió, la tiniebla perdió penetración y un avance notable en el rumbo de la redención social se vio luego. El Salvador tenía ya el espíritu constructivo que aplicaba su saber a la obra grande de exterminar la tiniebla. Creyó don Alberto Masferrer que podía



llevar su alianza a los políticos de su tierra y buscó aquel que prometía ser honrado. Con él se alió para darle el gobierno. Cometió el pecado grande de no ver en el político a cuya mesa se sentaba, el catoncillo enemigo del filósofo. Puso su prestigio para que el político creciera y cogiera mando. Habló honradamente pidiendo apoyo para el candidato. Y el candidato obtuvo ese apoyo y llegó al gobierno. Pero una vez en él la máscara ya no hacía falta y la arrancó para mostrar el rostro de engaño y de perfidia. Don Alberto Masferrer que había prometido y que había aspirado a grandes cosas en su patria con el gobierno puesto en aquellas manos, se murió de vergüenza. Avergonzado tomó el camino del sacrificio. El catoncillo se erguía clamando contra las doctrinas renovadoras por las cuales don Alberto había ido a llamar a la masa sufragante. Como el mando estaba ya en sus manos podía atropellar. Pero don Alberto no era político, era hombre nacido para ser llama. Del político infeliz venía hacia él la bocanada que quería apagarlo y consumirlo. La llama estaba formada para luchar contra la tiniebla. Por eso don Alberto avergonzado se fue de su patria.

Vienen luego sucesos de una barbarie posesionada del mando y los catoncillos afirman que son la consecuencia funesta de las ideas de don Alberto Masferrer. Siguen las bocanadas de la tiniebla desatadas contra la llama y consiguen arrojar a don Alberto de Guatemala. La barbarie ha hecho matanzas espantosas inventando peligros comunistas. Y como don Alberto quiere que su país no padezca la humillación de regímenes cavernarios, contra él va la persecución hasta conseguir matarlo. La llama ha sido extinguida para la percepción torpe y corta de la barbarie.

Pero esa llama dio su iluminación y barrió tiniebla salvadoreña. Desató inmensas fuerzas contra sí. Malas fuerzas, idénticas en todos los países. Todo el que nació para ser llama la desata en cuanto no más ha emprendido la obra contra la tiniebla. En el

caso narrado por Plutarco se sorprende el lector reflexivo de que el gobernante expulse a dos hombres que cultivan la inteligencia de los jóvenes. Pero no encuentra este lector el crimen en daño de los mentores. Lo terrible ahora es la ferocidad desatada por los gobernantes contra toda alma que trabaje por redimir conciencias. Pensamos en don Alberto Masferrer, pensamos en muchos otros que como él nacieron para ser llamas. No han tenido vida tranquila. Por todos lados ha llegado hacia ellos hasta ahogarlos la persecución. Pero si es sensible el suceso, no es desalentador. Los países necesitan de tales almas. Sin ellas la tiniebla continuaría intensa. Lo que conquistan los pueblos para crecer es obra de sacrificio de quienes nacieron para ser llamas.

Y la llama crece así en la lucha. Sólo sintiendo el soplo huracanado que trata de matarla, puede levantarse con vigor y penetración. Mentira que en la blandura adquiere fuerza. Porque no hay que confundir lo que ciertas vidas dan a un pueblo sin exponerse, sin luchar, reclusas en el estudio silencioso y cómodo, con lo que hacen aquellos nacidos con menesteres de llama. Queremos decir que la llama barre la tiniebla luchando dentro de la entraña misma de esa tiniebla. Subir a la nube que está por sobre la tiniebla y hacer desde allí obra grande o pequeña, no es crear una patria. En don Alberto Masferrer encontramos al luchador recio, al que no se queja de que va poniendo el pie en el suelo agresivo. Es el luchador que ayuda a crear una patria desde la patria misma, en el torbellino que ella produce. No pretendió hacer otra cosa que trabajar en su puesto, sin suspirar porque estuviera en condiciones de inferioridad. Su inteligencia vivió al servicio de su país, en su país mismo, sintiéndolo palpitar. No se alejó a disfrutar de blanduras que no le daban el pulso de su nación. Había que guiar y él guió de muy cerca, padeciendo todos los quebrantos de la proximidad.

Vemos en don Alberto Masferrer al espíritu que va haciendo falta en la América nuestra. Dijimos que su llama había estado

desterrando tiniebla salvadoreña, pero como esa tiniebla es idéntica a la tiniebla costarricense, y a la colombiana y a la peruana, no hemos reducido el juicio a proporciones aldeanas. Necesitan estos pueblos almas que se sacrifiquen por ellos. No que se maten por ellos. Sacrificio es otra cosa. Es estudio para luchar contra la barbarie que acecha y pide destrucción. Es vigilancia que no se abate. Es también ejercicio de varonilidad. Sin sacrificio no esperamos redenciones. Meditamos en don Alberto Masferrer y su sacrificio aparece iluminándolo. Nació don Alberto para ser llama y cuando lo fue se prodigó. Las generaciones nuevas lo buscarán para inspirarse en su inteligencia y en su corazón. Los catoncillos prohibirán a esas generaciones que se inspiren en una vida con tan gran sentido creador. Los catoncillos siempre son sensibles al poder de la inteligencia. Pero la llama penetra en la posteridad y de allí no es abatida.

Costa Rica, y setiembre de 1932.



## MASFERRER HUMORISTA

*Conferencia dictada por el señor Ingeniero don José María Peralta Lagos, Correspondiente de la Academia Española de la Lengua.*

Señor Subsecretario de Instrucción Pública;  
Señor Rector de la Universidad;  
Distinguida Concurrencia:

He sido altamente honrado por la Universidad al encomendarme un número en la ceremonia que nuestro primer centro docente celebra hoy en homenaje a la figura esclarecida del más alto de nuestros pensadores y apóstol de la cultura nacional, el talentoso escritor don Alberto Masferrer.

Sin capacidad ni merecimientos para juzgar, ni para encomiar siquiera la labor proficua del maestro, no solicité el difícil encargo, pero tampoco podía rechusarlo.

Conocí a Masferrer en el Licco, siendo ambos niños, y jamás mis ojos perdieron de vista su estela luminosa, ya que fui siempre uno de sus constantes admiradores, aun en aquellas ocasiones en que intereses secundarios y hasta mezquinos nos distanciaron en apariencia, mas no en ideología. La suya encarnó cuanto de noble cabe en lo humano, y todo hombre en cuyo corazón pueda prender una chispa de las doctrinas inefables de Jesús o del amor en que ardía Francisco de Asís, había de sentirse

atraído por la palabra dulce, convincente y profunda de nuestro pensador eximio.

Alberto Masferrer, por lo mucho que valía ha sido discutido, a veces agriamente, como bien lo sabéis; pero en esta casa no se le discutió y se le hizo justicia.

Nuestra Universidad, templo donde se rinde culto a la razón, abrió sus puertas al modesto educador al mismo tiempo que le concedía el máximo honor: el título de Doctor honoris causa.

Desde hace un mes el nombre de Masferrer aparece en la primera plana de nuestros diarios, y últimamente, distinguidos admiradores suyos difundieron por la radio diversos estudios sobre los distintos aspectos de la vida y actividades del ilustre ensayista.

Además, por encima de cuanto pudiera decirse en su honor está su obra impresa, unos modestos volúmenes, no muy numerosos y pobres en apariencia, pero cuyo contenido es oro, no de ley sino de veinticuatro quilates.

Con menos ejecutorias que algunos de sus muchos admiradores, ¿qué podré decirles que no sepáis ya?

Masferrer educador, Masferrer apóstol, Masferrer periodista, Masferrer poeta, Masferrer y los niños. . .

Desde todos esos puntos de vista y en cualesquiera de aquellos planos, la figura de Alberto se agiganta en su serenidad augusta, marcada con el sello de tristeza que acompañó siempre a los grandes pensadores.

Sin embargo, hay un aspecto en el Masferrer escritor que no ha sido tratado de un modo especial, su humorismo.

No me siento con fuerzas para profundizar en este tema ni para tratarlo siquiera someramente; mas ha de servirme de pretexto para refrescar vuestra memoria leyéndoos páginas cuyas que algunos saboreamos ya, pero que muchos de mis oyentes no conocen porque son muy jóvenes y aquéllas fueron escritas quince años ha.

¿Masferrer humorista?

Sí, y nada hay de extraño... Tenía que serlo como lo fueron otros grandes decepcionados —Cervantes, Quevedo— y los atormentados de todos los tiempos, al comprender que es utópica por ahora, y acaso lo sea siempre, la realización de su ideal o sea el bien colectivo.

No hace mucho, en un pobre elogio al amigo cuya pérdida lloramos, escribí esta frase: “Y amable supiste esgrimir la burla fina y la ironía sutil contra el poderoso egoísta y engreído, y manejaste con tu maestría habitual el género festivo ennobleciéndolo.”

Masferrer, escritor completo, dotado de un talento especial, cultivó todos los géneros con igual habilidad, discreción y elegancia, y las musas, subyugadas por sus nobles sentimientos, digno corolario de aquellas cualidades, le favorecieron a manos llenas...

Por no haberseme advertido sino hace pocos días que os dirigiría la palabra en esta solemne ocasión, no he podido documentarme, y faltándome arrestos para lucubrar sobre un tema tan difícil, en vez de exponer sólo ideas propias pobremente vestidas, que otra cosa no me sería dado hacer, prefiero traer a cuento las de autores de indiscutible mérito, que éstas, sí, vienen vestidas con la opulencia de riquísimo lenguaje.

\* \* \*

El humorismo es UNO, pero hay cuatro modos de expresarlo: con la palabra, con el lápiz, con la pluma y con la mímica. Esta forma es nueva y no es otra cosa que el humorismo llevado a la pantalla. El rey, hoy día, es el inglés Carlos Chaplin.

El humorismo en la oratoria es arma formidable que usan con éxito los más prominentes políticos en asambleas, mítines y congresos.

Una burla oportuna o una frase irónica soltada a tiempo, a veces producen más efecto que un discurso sesudo y erudito. Por eso la sátira es un arma tan temible, y como su manejo no es dado sino a quienes reúnen el gracejo al talento, muchos abominan de ella y piden que sea declarada fuera de la ley, lo mismo que si se tratara de gases venenosos o de bombas cargadas con mortíferos microbios.

Pero, ¿qué es el humorismo?

No es cosa nueva, indudablemente, que algo de ello encontramos ya entre los satíricos griegos y latinos.

Del humorismo en pintura, o sea la caricatura, el ilustre crítico de arte don José Francés se expresa así:

“Porque la caricatura, además de ser como es en otros países y empieza a serlo en España, piqueta y tea incendiaria y florete que busca el corazón, es un elemento decorativo extraordinario.”

Es cierto. No podré olvidar nunca el efecto que me hizo la sala de redactores de “A. B. C.”, con aquel maravilloso friso pintado por Bagaría, el genial caricaturista de “El Sol”.

De Thackeray es esta frase: “El humorista no sólo pone de relieve el ridículo de las cosas, sino que, además, evoca la piedad, la ternura y la compasión en pro de los que sufren. El humorista es una especie de predicador laico. El humor es una manera especial y singularísima de ver y sentir las cosas, es una anticipación, un paso adelante —a veces dado en falso— para romper el ritmo de lo normal.”

¡Predicador laico! ¿No lo fue siempre Alberto Masferrer?

Pasemos ahora al humorismo literario, que es el que atañe particularmente a nuestro dilecto escritor.

Lestrangle ha dicho: “Los más profundos filósofos han declarado que una definición del humor era cosa humanamente imposible.”

“El humor fue introducido en el vocabulario de la crítica



por los ingleses, según algunos, y entre ellos hay que buscar los más grandes humoristas.”

El diccionario de la Universidad de Oxford lo define así: “una imaginación jocosa, menos intelectual, pero más simpática que el ingenio.”

Según el gran Menéndez y Pelayo, gloria de las letras españolas, “el humorista no se fija en una locura o extravagancia individual; para él no hay necios sino un mundo de necedad, una necedad infinita.”

“Rebaja lo grande o exalta lo pequeño, pero no a la manera que lo verifican la parodia y la ironía, sino aniquilándolos el uno por el otro, ya que delante del infinito todo es igual y todo es nada. Esta *universalidad* del humor puede expresarse simbólicamente y por partes, como lo han hecho Rabelais, Sterne y otros, o bien, y es procedimiento más elevado, presentando totalmente las grandes antítesis de la vida como las presentan Shakespeare y Cervantes. El verdadero humorista es dulce y tolerante con las flaquezas particulares que tanto excitan la bilis del satírico, porque el humorista empieza por reconocerse afín con la humanidad y partícipe de su miseria.”

“En el fondo el humorismo es cosa muy seria, como que entraña la idea aniquiladora e infinita... El humorista divide su yo en dos factores, finito e infinito, y hace salir el segundo del primero. *El humor nunca es involuntario ni se ignora a sí mismo.*”

“EL VERDADERO HUMORISTA ES DULCE Y TOLERANTE CON LAS FLAQUEZAS PARTICULARES...” dice el gran montañés.

¿No es éste uno de los aspectos más simpáticos de Masferrer?

Cejador, otro erudito español, dijo: “El humorismo es la ironía filosófica del sabio desengañado, que, cansado de buscar lo que su alma ansía, cae desfallecido y se sonríe de todo para consolarse; es el epifonema del escéptico...”

En España fue don Ramón de Campoamor, el poeta filósofo de los “Pequeños Poemas”, el portavoz del escepticismo de su tiempo.

Ya es hora de que os regale, y al hacerlo comprobaré mis asertos con los párrafos que he entresacado de aquellos ocho artículos maravillosos que Masferrer escribió ahora 14 años, pocos días después del terremoto del 28 de abril de 1919.

Vais a permitir una pequeña digresión.

El año 16 puse a mis hijos en el Colegio de Masferrer.

Fui a los exámenes de fin de año, como era mi deber, y recuerdo este detalle que referiré para que os convenzáis de que Alberto era humorista, y de los finos.

Notando que los pupitres no tenían candado, le dije:

—¡Cómo! ¿Usted ha logrado evitar los robos entre los alumnos?

—No —me respondió bajando la voz—; pero he logrado que el delito sea menor... Así no hay robo con fractura: sólo hurto...

\* \* \*

El terremoto de junio del año 17 le obligó a ausentarse de la capital y a refugiarse en Alegría, su pueblo natal.

Y desde aquellas remotas alturas continuó incausable su obra redentora, publicando al efecto un semanario minúsculo.

Como yo le instara a regresar y a reanudar su labor docente, en una carta me expuso las mil dificultades con que tropezaba, y me refirió que acababa de recibir proposiciones del Presidente de Honduras para fundar un Colegio en Tegucigalpa.

Apenado con la noticia, pensé que no debíamos permitir que aquel gran maestro se ausentara del patrio suelo para llevar la luz a otros países, y le hablé del caso a don Carlos Meléndez,

quien, de acuerdo conmigo, me pidió que escribiera a Masferrer ofreciéndole su apoyo.

Y así fue como Alberto permaneció en su patria y tuvo motivos de gratitud para aquel mandatario.

No habían pasado dos años cuando la capital fue víctima del terrible sismo del 28 de abril del 19.

A raíz de este nuevo desastre fue cuando Masferrer escribió los ocho bellísimos artículos que publicó en un diario local con el título colectivo de "En Busca del Epicentro".

Voy a leer una parte del primer artículo, seguro de que os regocijaréis agradeciéndomelo, y luego añadiré a los vuestros algún comentario de mi cosecha.

## "EN BUSCA DEL EPICENTRO"

### I

"Tarea agradable, a lo que parece."

"Mas no fácil."

"Ahí tienen ustedes que todavía no estamos de acuerdo sobre cuál fue el epicentro de aquellos del 7 de junio hace apenas dos años, y ya nos vemos obligados a correr y husmear y bucear y hablar jerigonza, para llegar, si llegamos, a la conclusión de que, "en nuestro concepto humilde podría sospecharse con algunas probabilidades de acierto, que el foco se halla, tal vez por ahí, debajo del suelo, a más o menos profundidad de la superficie, y a una distancia imprecisa, no demasiado lejos ni cerca en demasía, con intenciones más o menos aviesas, según lo manifestarán los sucesos que vengan; a menos que el tal foco se haya mudado de habitación y ya no esté ahí sino en otra parte."

"Confesemos que para llamarle a esto ciencia, se necesita una gran dosis de humildad, y para correr desalados por esos

cerros, con estos calores, en caballejos de alquiler y con las tortillas tan escasas, en busca de semejantes resultados científicos, se necesita de veras, amor a la ciencia, a una ciencia que, por supuesto, algún día lo será de cierto y merecerá llamarse así; pero que, entre tanto, es un rompe-cabezas que nos está quitando a los profanos el poco juicio que nos dejaron los terremotos de hace dos años y los de hace diez días.”

“Naturalmente, no censuramos a los tres o cuatro hombres sinceramente estudiosos que se vienen consagrando a sismologizar en tan difíciles condiciones. Al contrario, los admiramos y aun les envidiamos: se necesita corazón, entendimiento, desinterés, fortaleza moral y física para entregarse a investigaciones que no pueden hacerse en el escritorio, con la taza de café a un lado y la cigarrera del otro lado, sino entre peligros y fatigas e incomodidades de todo género. Y, todavía más, se necesita paciencia de santo para confiar los escasos resultados de esas fatigas y peligros a un público que, o casi no sabe leer, o lee con arrebato, sin comprender apenas los términos y entiende las cosas a la diablo, cogiéndolas siempre al revés, mirándolas por su aspecto desfavorable, o simplemente censurándolas, por hábito, sin haberlas siquiera leído.”

“Antójasenos que nuestros jóvenes sismólogos son, pues, casi unos héroes, dignos de respeto, admiración y ayuda, y la única tacha que ponemos a sus esforzadas labores es... que nos están causando bastante daño actual a cambio del grande y seguro provecho venidero que nos traerán sus investigaciones, cuando, al andar de los años, hayan visto y revisto, compilado y comparado, examinado y vuelto a examinar, refutado o confirmado, rectificado o ratificado, repetido y vuelto a repetir la observación, una, diez, cien y mil veces, hasta que los fenómenos se vean obligados a entrar en el molde sereno de las series, y éstas se armonicen y unifiquen hasta cristalizarse en leyes.”

“Tal manera de trabajar, digámoslo de una vez —único método que conviene al trabajo científico— tal sistema de trabajar, reposado, asiduo, sereno, vigilante, paciente y minucioso, no sólo no puede encontrar una atmósfera conveniente en la prensa diaria, sino que, precisamente los diarios son su peor enemigo. Los diarios, leídos de carrera, escritos de carrera, concu- tados de carrera, no son, absolutamente, el campo de acción para hombres que necesitan tratar sus cosas con entera serenidad; discutir fríamente, imparcialmente, acuciosamente; examinando todos los matices, de las palabras y de las ideas, todas las circums- tancias de cada hecho, todas las variantes de cada fenómeno.”

“Positivamente, los diarios no son campo adecuado para los trabajos científicos.”

“Si todavía se tratara de cosas ante las cuales los lectores pudiéramos permanecer tranquilos, no tan malo: por ejemplo, poco daño habría en que nuestros astrónomos discutieran en la prensa diaria sobre los anillos de Saturno, o sobre el espacio de cuatro dimensiones. Seguirán la discusión únicamente los ini- ciados, y la gran masa de lectores pasaría sobre ella, indiferente o simplemente curiosa, entendiéndolo mal, adquiriendo retazos de nociones, que, por ser retazos, aumentarían un tanto su pedantería.”

“Pero en el caso actual, casi no hay un solo lector que no esté agitado por la tristeza, por el miedo, por la zozobra, por la ruina: unos quedaron sin trabajo, otros sin bienes, otros sin hogar, otros sin padres o sin hijos, otros inválidos, otros afligidos en infinita forma. La psicología de todas estas gentes es de dolor, de inquietud, de temor, de pesimismo, en fin. Si pudiera mos- trárseles algo cierto, seguro, evidente, algo en fin, que fuera verdad, eso les confortaría o por lo menos, les llevaría al campo de la certidumbre, que siempre vale más que el de la oscuridad y de la duda. Dígasenos, por ejemplo: demuéstrenos que dentro de ocho días nos vamos a hundir, o que mañana, mañana no más,

volaremos por el aire o pereceremos asfixiados, y por tremenda que sea la noticia, nos servirá siquiera para arreglar nuestras cuentas con Dios, que no es poco arreglar.”

“Pero todo esc hablar incierto, contradictorio, arrebatado, impreciso, nervioso, a un público trastornado por el miedo y por la tristeza, no sirve sino para aumentar nuestros males, para rematar nuestro desorden moral, y llevarnos el poco dominio de nosotros mismos que todavía nos queda.”

“En un segundo artículo de esta serie, concretaremos y detallaremos algunos de los daños causados por este sistema de hacer sismología, y procuraremos también indicar lo que en justicia les debemos a nuestros sismólogos, indudablemente esforzados y bien intencionados.”

\* \* \*

En lo que acabo de leeros habréis notado la solidez de los conocimientos generales de Masferrer, y la suavidad con que se burla de la incipiente sismología y de sus ingenuos sacerdotes criollos.

La lógica de su crítica no puede ser más simple, y el estilo, reposado o fogoso, sin chocarrerías ni exageraciones, corresponde al humorismo de buena ley.

En los capítulos siguientes priva la seriedad, aunque no faltan las observaciones picarescas y donaires del mejor gusto.

Trata a fondo el criminal error de haberse empleado los adobes en nuestras construcciones después de la severa lección del año 17, y su crítica fue tan contundente que, el Gobierno, inspirándose en las ideas del maestro, dictaba poco después las reglas básicas de la construcción en San Salvador, y prohibía en absoluto el empleo de los adobes.

Porque Masferrer, a esc respecto escribió este párrafo: “Corresponde a las autoridades, antes que todo, reglamentar y

*controlar la edificación, a fin de que ésta ofrezca el máximo de seguridad, para reducir así y de antemano, los daños de la catástrofe inmediata, a su expresión mínima.”*

Cuando se habla así, los que escuchan, por altos que se hallen, no tienen más remedio que inclinarse.

Tratando del mismo asunto y refiriéndose a los que cumplirían difícilmente las nuevas ordenanzas, escribió este párrafo en el capítulo IV:

“Parece duro esto, y en algunos casos lo sería, sin duda; pero en otros, en la mayor parte quizá, sería de visible provecho para todos. Tal casero —y son muchos— que apenas dispone de recursos para edificar una ratonera, matadero de cristianos, húmeda, estrecha, con patio que se salva de un paso, con ventanas supuestas, con excusado que casi se mete a la cocina, con agua que se vierte a seis gotas por hora, con dos piezucas que sirven de sala, dormitorio, comedor, gallinero y cuarto de telengues; tal propietario exangüe, vendería muy bien su mansión por mil o dos mil pesos, se iría a Zaragoza, a Sensuntepeque, a Ozatlán, a San Cristóbal, a cualquier parte; con doscientos pesos compraría un terreno, con otros tantos tendría buena casa; y con los seiscientos restantes se haría director de la cosa pública. Al año siguiente fuera alcalde, o vendría en forma de diputado, al Salón Azul, a resolver problemas o a timonear la nave del Estado.”

“Ocasión es ésta de que digamos que vive en San Salvador mucha gente, pero mucha, que nunca debió vivir aquí: que nunca hubiera venido acá si estadistas entendidos y serios hubieran a tiempo, emprendido el trabajo de evitar la despoblación de los campos. Este mal grandísimo, fecundo en toda clase de calamidades, que se llama despoblación rural y que produce inmediatamente la saturación urbana, la superpoblación de las ciudades, aqueja gravemente a nuestro país, según puede verlo todo el que quiera observar las cosas atentamente.”

“En 1879, San Salvador tenía 25,000 habitantes; hoy, a los cuarenta años justos, alcanza a 100.000, por lo menos. La población se ha cuadruplicado, y a primera vista, el hecho es muy satisfactorio.”

“Pero ¿vergiúe usted de dónde provino la mayor parte de la población nueva? No fue del aumento de natalidad de los aborígenes, de los oriundos capitalinos, porque San Salvador carece —y antes era peor—, de régimen sanitario y condiciones físicas, morales y mentales para dar origen y sostener ese aumento de natalidad. Una ciudad que en cuarenta años ha sufrido cinco terremotos, dos o tres epidemias de fiebre y de influenza, y una de viruela, una batalla en sus calles, varias veces el estado de sitio, luchas electorales mortíferas, rencillas políticas que duran años, incendio de sus mejores edificios públicos, escasez de agua, zancudos a pasto, caballerizas y jabonerías, paludismo constante, falta casi absoluta de baños públicos tolerables y un sistema de barrido que casi se limita a cambiar las basuras de un lado a otro de la calle; una ciudad, así, decimos —aunque día por día ha ido mejorando—, no ofrece ni remotamente las condiciones necesarias para originar y sostener un aumento considerable de natalidad.”

“No; lo que ha pasado es otra cosa; es que se han venido a centenares, a millares, los campesinos de Chalatenango, de Usulután, de Morazán, de La Unión, de todos los departamentos; las familias pobres de una infinidad de poblaciones pequeñas y medianas, que perdieron allá su modesto pasar, su manera humilde pero suficiente de ganarse la vida, y han invadido la capital en busca de lances de fortuna o de míseros expedientes que les permiten vegetar mientras les llega el día de acabar sus días.”

“Aquí están viviendo de empleillos innecesarios, creados caritativamente para ellos; de vender billetes de la lotería, de lustrar zapatos, de enseñar lo que no saben, de agentes electorales, de



vender novelillas tontas e indecentes; de la proxenecia, de pequeños oficios de tan escaso lucro, que no les da sino para vivir en cuchitriles y nutrirse de queso podrido; clientela perenne de mesones y de montepíos, que viven sin vivir, hambreado, mendigando, corrompiéndose y corrompiendo.”

“A cuántas, ¡ay!, a cuántas de esas gentes conocimos, en nuestra niñez allá en sus aldeas, sencillas, sanas, alegres con su pobreza y su trabajo...”

“¿Pero dónde nos ha traído la pluma? ¿No era de los epicentros de lo que estamos tratando? Justamente, pero es que los epicentros, las causas de los estragos, de los terremotos; aquéllas por lo menos, sobre las cuales podemos influir; aquéllas que nos es dable únicamente modificar en favor nuestro, no se hallan debajo de la tierra, sino encima: en nosotros, en nuestra manera de vivir; en nuestro régimen social, político e individual; en nuestro concepto de la vida; en la manera que tenemos de realizar ese concepto.”

\* \* \*

¿Quién ha tratado entre nosotros estos problemas con tan buen criterio y descnfado igual?

En el capítulo V trata del *segundo epicentro* o sea de *nuestra actitud familiar e individual en presencia de los terremotos*.

Tampoco aquí hay nada desperdiciable.

Hablando de la necesidad de adaptarse al medio, escribe esto:

“¿Llegó uno a Liverpool, a San José de Costa Rica? Guarda el revólver, para que no se lo quite la policía. ¿Regresó a San Salvador? Saca los revólveres y se mete uno en cada bolsillo, para que no digan que uno es miedoso y para que la sociedad elegante no le cierre las puertas. En lo moral y en lo físico nuestra inclinación, nuestro interés, nos lleva a ponernos de acuerdo con el

medio. En lo moral se paga la falta de adaptación con grandes disgustos, con enojos constantes, y a veces con la vida; en lo físico se paga con la pérdida de la salud; hartas veces con la pérdida de la vida.”

“Herrar o quitar el banco”, dice el proverbio: adaptarse al medio, o irse del país o irse de este mundo.”

\* \* \*

¿Puede concebirse una ironía más cruel?

En ese *brochazo* el maestro no empleó el pincel sino el látigo.

“Adaptarse al medio o irse del país”. Esto fue lo que hizo Alberto muchas veces. “Pero volvía” —dirán ustedes—. Es verdad: más adelante daré la penosa explicación.

El capítulo VI lo dedica al “arte de salir corriendo”, que es el medio más elemental de evitar que la casa nos aplaste en caso de terremoto.

Bien quisiera leer el capítulo entero, mas no es posible. Sin embargo, apelo a vuestra benevolencia y me permito regalaros con estos párrafos:

“Con seguridad a nadie le ocurrió jamás la idea, menos la obligación de escribir sobre un tema cual éste que me toca desarrollar: *el arte de salir corriendo*. Se necesitaba ser muy miedoso y además un tanto loco, para imaginarse que en el acto instintivo, y no muy elegante, de echarse a correr, podía esconderse una filosofía, una norma de conducta y hasta una virtud.”

“Así es, sin embargo, y hasta se me antoja que al andar de los tiempos, este descubrimiento mío, que yo aplico únicamente a la defensa contra los terremotos, se hallará ser una verdad fecunda, trascendental, capaz de aplicaciones infinitas; una levadura que dará sabor y contextura nuevos a la moral y a la ciencia, al trabajo y a la política.”

“Como todas las grandes invenciones, que acaban por atri-

buírsele a un descubridor único, ésta contó con numerosos precursores: el instinto de las multitudes había presentido la grande eficacia de la fuga y habían expresado su presentimiento en diversos refranes, de los cuales estos dos, son gráficos: “ojos que no ven, corazón que no siente”, medicina para todos los males del sentimiento, y “poner tierra de por medio”, infalible contra una infinidad de dolencias, especialmente las de carácter financiero, en su forma aguda. Entre los grandes políticos de la Historia, hubo quienes, como Enrique IV, debieron la mayor parte de sus éxitos al talento de huir a tiempo, y en estos días, los Imperios Centrales acaban de mostrarnos cómo una derrota definitiva y total se puede convertir en una semi-victoria, en una paz bastante aceptable, con sólo tener miedo en el instante preciso.”

“Quede, pues, sentado que en la frase “tomar las de Villadiego”, entendida generalmente como despreciativa, puede esconderse, y se esconde una profunda filosofía, una regla de prudencia, una seguridad de éxito.”

“La religión, en fin, nos enseña que el principio y el resumen de toda sabiduría se halla en el temor de Dios. Delante de Dios, nada de bravatas, ni de argumentos, ni de citas científicas, ni de sismología; si Dios se nos muestra irritado y nos patentiza su cólera en forma de terremoto, a causa de nuestra sempiterna bellaquería, lo prudente, lo cristiano, lo provechoso, no será quedarse ahí esperanzados en el microsismógrafo, mientras la casa se derrumba y nos mata, sino echar a correr a toda vela, con todas nuestras piernas, arrojando de nosotros durante la carrera, la costumbre de escribir mentiras, de hacer pan de bicarbonato, de sacar aguardiente, de vivir del póker, y del *cuchumbo*; de no remunerar debidamente el trabajo de nadie, así nos maten; de no difamar a los mismos a quienes diariamente les pedimos favores; de no confundir la patria con nuestro depósito en el Banco; de, de, de, de, de...”

“Pero señor —contesta usted— ¿y los mañosos? Si dejo las sillas de par en par ¿no se van a meter los mañosos?”

“La objeción es seria y merece capítulo aparte.”

\* \* \*

Este “capítulo aparte” con que nos obsequió puntual al día siguiente, es de los más hondos y regocijantes.

No me perdonaría si no os robara otros minutos para que saboreéis lo más sustancioso. Helo aquí.

“La dificultad, pues, consiste en los mañosos. Si no fuera el miedo a los mañosos, no habría inconveniente en dormir con las puertas abiertas.”

“Pero, ¿hay mañosos en San Salvador? Si se les pregunta a nuestros detectives, dirán que sí, que hay muchos y muy atrevidos. Si se toman en serio los relatos bombásticos e interminables de algunos diarios, llegará uno a creer que esta ciudad es una ciudad de ladrones, donde si no nos quitan cada noche la sobrefunda de la almohada y la camisa de dormir, es únicamente porque nos guarda una policía más lista que un regimiento de Rocamboles.”

“Sin embargo, hay motivos para dudar que así sea. Cuando el terremoto de junio, ha dos años, muchas casas aportilladas gravemente, quedaron solas, una, dos, tres semanas; sin vigilancia de ningún género; con las sillas, mesas, lavatorios y otros muebles portátiles tirados en los patios, con los tapiales enteramente derruidos, de tal manera que no había sino alargar la mano para llevarse algo. Sin embargo, nadie se llevó nada. Por darnos facha, corría la voz de que el Gobierno, para hacer respetar la propiedad, había fusilado a una infinidad de ladrones; y la decepción fue grande en los pueblos, cuando gentes bien informadas que llegaban de San Salvador, aseguraron que no se había podido comprobar un solo caso fusilable y que los mañosos no se habían

dignado dar a la policía ni la ocasión de estirar las piernas en una carrera de velocidad.”

“Quien haya visto cómo guardan las gentes en Italia y en Chile sus casas y sus cosas, lo mismo que en otros muchos países de Europa y de América, se reirá al recordar que se habla tanto de ladrones en una ciudad como ésta, donde los patios, en cantidad tan grande, se hallan circundados y defendidos por *acapetates*, costales viejos varas de caña brava ya decrépitas, pedazos de latón oxidado y otras defensas similares, tan inexpugnables como éstas. Lo único que podría infundir algún respeto son los *chuchos*; pero como en vez de uno, fuerte y bien cuidado, tienen en una casa diez y siete descuidados y convalescientes, resulta que no se les alcanza a oír los ladridos, y que los mañosos, provistos de sendos semitones, en un instante podrían atraerles a todos a su partido.”

“No; eso de mañosos en San Salvador, son meras imaginaciones. ¿Para qué habían de robar, exponiéndose a ir a la cárcel, lo que amigablemente se puede obtener, y se obtiene, con sólo pedirlo en las calles, en los parques y en los teatros, a toda hora?”

“Mendigos y pedigüeños, sí, a nubadas; ladrones, no. Naturalmente, allá muy de tarde en tarde, se presenta algún caso, para que no se oxide la Sección de Pesquisas, y para sacar de apuros a los diaristas, agotados de tanto pensar y discurrir; pero, justamente, esos rarísimos ejemplos confirman la incapacidad del salvadoreño para el robo. Es una inhabilidad tan grande, que no sólo no logran nunca quedarse con lo hurtado, sino que ni siquiera lo ocultan y defienden lo bastante para que se luzcan los detectives.”

“Así es la mañosería en San Salvador; a menos que no haya sido el joven primogénito, que se sacó los argollones de oro de mamá, o la gargantilla de coral de la tía Dominga, para venderlos y llevar con el precio una hora de marimba a Juanita.”

“Esto en cuanto a la supuesta abundancia de los mañosos y

a su habilidad pasmosa. Ahora, en cuanto a la posibilidad de ser robado, haremos otra clase de consideraciones. Luis Lagos, de grata memoria nos enseñó y demostró en Santiago de Chile, en la Calle Nueva Valdez, donde él fundó y dirigía una casa de pensionistas, esta doctrina que yo profeso desde entonces. “Un ladrón que merzca el nombre de tal, jamás se meterá en una casa en donde no haya nada que robar, ni se robará nada que no pueda serle útil.”

“Ahora bien, dos tercios de las casas de San Salvador, se hallan en ese caso: no hay en ellas nada que robar, nada que pueda servir de tentación a un ladrón que se estime.”

“Del otro tercio, la mitad son las mansiones de don Ricardo, de don David, de don Emeterio, de don Salvador, de don Ramón y otros demócratas que tienen su dinero en el Banco y no en casa. Lo que tienen en casa es un par de mastines, grandes como toros, capaces de hacer polvo a un mañoso de cada mordisco; además, el teléfono, para llamar inmediatamente al Jefe Blanco, y dos pistolas automáticas, de esas de a cinco tiros por segundo, para entretener a los mañosos mientras llega el apreciable Jefe.”

“La otra mitad se compone de los ciudadanos que guardan en casa a más de sus interesantes personas, un lazo de mecapalero, o una sartén de freír nuégados, o una batea de lavar, o un violín de aplanchadora, y raramente y muy raramente alguna boleta del montepío, valor de un rebozo o unos zapatos. Suma, veintidós reales, sin contar la persona.”

“Los mañosos conocen bien la situación financiera de estas dos categorías de ciudadanos, y se dicen muy justamente: a casa de los primeros no nos conviene entrar, porque hay demasiado; a casa de los segundos, tampoco, porque no hay nada.”

“Así, no les queda otro campo de acción que las casas de que hablamos primero; de los dos tercios de familias que, en realidad, no tienen nada que merzca robarse; pero en las cuales hay una infinidad de cosas, de todas edades y estilos, que sus

dueños llaman sus bienes, que estiman y guardan más que a las niñas de los ojos.”

\* \* \*

El capítulo VIII y último lo dedica a hablarnos de los *chunches* y *telengues*, o sea de esa cantidad enorme de chunches que conservamos amorosamente por diversos motivos y a los que tienen particular apego las amas de casa, sean pobres o ricas.

Esta vez habla con las señoras, y entre otras cosas les dice:

“Chunche, chinche. La palabra misma es repulsiva y talapatosa, y una señora como usted, que sin duda es joven, elegante y bonita, no debiera ponerse a riesgo de que sus labios pronunciaran tan vulgar y roñoso vocablo.”

“La palabreja esa, lo mismo que la cosa, han nacido, aunque de ello usted no se haya percatado, del egoísmo y de la mezquindad más acendrados que cabe imaginarnos.”

\* \* \*

Y para terminar con el jocundo ensayo que tituló Masferrer: “En Busca del Epicentro”, vais a escuchar la despedida del Maestro:

Escribió esto:

“Señora, lo he reflexionado mejor, y... francamente... no se puede.”

“No se puede, y le voy a decir por qué: la serenidad del ánimo, esa que demuestran los niños cuando encuentran motivos de juego en los terremotos, y las calandrias, inermes y mínimas, que sueltan el canto apenas entreasoma la Aurora, sin detenerse un instante a pensar en las infinitas fuerzas hostiles de la Naturaleza: la serenidad del ánimo es no sólo una virtud suprema, sino la flor de las virtudes conjuntas. “No se pueden contar —decía

Nietzsche— las virtudes que se necesitan para dormir bien”. Dormir bien, largamente, profundamente, serenamente, eso quiere decir que no tenemos envidia, ni rencor, ni despecho, ni avaricia, ni concupiscencia, ni odio, ni ambición, ni melancolía, ni pereza, ni gula, ni contaminación ninguna que nos ensombrezca el alma o nos oprima el corazón.”

“Para dormir tranquilamente, sin miedo a los mañosos, dejando las puertas abiertas, se necesita por lo menos alguna levadura de virtudes, y si usted tiembla por sus chunches, usted no puede tener esa levadura.”

“¿Guarda usted, y cuida y vigila y acrece su tesoro de chunches?”

“Pues acabará usted por amarlos, y su corazón estará en ellos, y no podrá dormir si cree que se los pueden robar. Y para que no se los roben, preferirá cerrar todas las puertas, y exponerse a que la maten los adobes”. “Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.”

\* \* \*

Masferrer, como otros muchos, se volvió escéptico a fuerza de recibir golpes y desengaños.

En su juventud fue optimista y creyó que con leyes alcanzaríamos la soñada meta. Y allá por los años 95 y 96 se hizo parlamentarista, en unión del Maestro Gavidia, Víctor Jerez, José B. Navarro, Alonso Reyes Guerra y otros soñadores.

Años después nos refirió en festivo estilo la odisea de los que intentaron el generoso ensayo.

¿No recordáis el cómico relato que nos hizo de cuando se presentó diputado de la oposición; de su triunfo en las elecciones de la capital y de su oprobiosa derrota en Panchimalco?

Porque fueron los humildes inditos come-cuétanos los que pusieron el veto al exótico parlamentarismo. “Nada de reformas



—dijeron— así estamos bien”. (Quizás conocía la fábula de “Las Ranas pidiendo Rey”).

¡Qué triste es nuestra historia! . . .

Posteriormente, y de esto hará unos ocho años, un diputado ganadero pidió que se gravara con derechos prohibitivos el queso duro importado.

Masferrer saltó a la palestra defendiendo a los consumidores de queso, que aquí estamos en abrumadora mayoría, y manejando la lógica y la burla con el donaire acostumbrado, infligió una sonada derrota a los queseros *proteccionistas*.

Pasados cuatro años, se planteó en España idéntico problema, y allá fue Fernández Flórez, el sutil humorista, quien usando las mismas armas y argumentos que nuestro Masferrer, se apuntó señalada victoria en contra de las pretensiones exageradas de montañeses, manchegos, asturianos y gallegos —es de advertir que los últimos son sus paisanos— logrando que por esa vez triunfaran la razón y el buen sentido.

Si no supiera que ello era imposible, yo habría creído que el feliz autor de “Las Siete Columnas”, copiaba al autor incomparable de “Las Siete Cuerdas de la Lira”.

\* \* \*

Prometí explicaros el porqué de los frecuentes viajes de Alberto Masferrer y de aquel su continuo retornar al patrio suelo.

Poseído por la más sublime de las inquietudes —el ideal de justicia— Alberto tuvo que huir a menudo de esta tierra de ciegos.

¿Por qué regresaba?

¿Acaso se sentía inadaptado en otras partes? . . .

Probablemente . . .

Cierto es que vivió en Chile, en Nicaragua, en Honduras, en Costa Rica y en otros lugares de América, ganando el pan noblemente, con su pluma.

Residió luego en Bélgica y en New York, en muy distintas condiciones...

Lo que por allá vio de novedades en organización social, muy superior a lo nuestro, tampoco podía satisfacerle... ¡falta tanto!

¿Dominaba en él el amor al terruño y nos lo devolvía la morriña?

Tal vez...

Masferrer amaba a los hombres por igual y a la tierra toda y sus criaturas; pero... siempre sintió predilección por este rinconcito amable a pesar de ser tan castigado, y un amor especial por los infelices parias aquí nacidos y que no tuvieron la dicha de morir cuando eran niños...

Alberto sabía que en su patria hacía falta, y volvía para confortarnos con palabras de esperanza...

La política, las formas de Gobierno, para él fueron cosas secundarias... Su obsesión era el problema social, la consecución de la justicia y como consecuencia el reinado de la paz...

Por otra parte, Masferrer no estaba armado para la lucha moderna, que es combate encarnizado en el que se usan todas las armas, más las ruines que las nobles, desde la garra y los dientes hasta el veneno y la calumnia...

Como suelen serlo los hombres de intelecto y de valor moral, él era modesto, casi tímido; odiaba la intriga y prefirió sufrir privaciones antes que codearse con aduladores en las antesalas de los poderosos, o que empuñar el incensario para zahumar figuras ridículas, que no otra cosa fueron los más de nuestros políticos de pacotilla.

Para triunfar, sobre todo en un país extraño, más que méritos hacen falta un espíritu aventurero, mucha audacia y sobre todo no tener ningún escrúpulo: mentir o fingir siempre; prestarse a todo.

Alberto no podía hacer eso: estaba incorme.

El valor que le sobró siempre fue el más noble: el cívico, el del cumplimiento del deber, y desafió a los poderosos y privilegiados con sus prédicas de neocristiano, al pedir justicia para el desvalido y un poco de amor entre los hombres.

Falto, para dicha suya, de las cualidades que distinguen al logrero y el caballero de industria, sólo vio abrirse a su paso las puertas de las redacciones y cenáculos literarios, donde el ayuno suele ser la recompensa del trabajo; pero las puertas doradas de los palacios que habitan los explotadores modernos o las medianías que la Fortuna loca encumbró, permanecieron herméticas.

Verdad es que él no quiso llamar, porque siendo hombre digno no mancjó la adulación, ni habría ensuciado sus labios poniendo un sésamo infamante.

Su altruismo le condujo a veces a la exageración, que no otra cosa fue aquello de “Cabemos, hermano”, tratándose de nuestro país.

Y no es que Masferrer transigiera con el aventurero vulgar, porque todo hombre honrado está en el deber de repudiarlos, como se desprecia al soplón y al espía. Alberto temía hacer excepciones y pedía que nuestras puertas se abrican para todo el que llamara, sin saber ni averiguar quién era.

¡Error! . . .

Nuestro país cuenta con 80 habitantes por kilómetro cuadrado, y no necesitamos de brazos extraños, y menos de gente maleante o indeseable por otros conceptos.

Más de 100,000 salvadoreños se han visto obligados a buscar el pan al otro lado de las fronteras, en tierras donde los brazos hacen falta.

¿Por qué con población de sobra hemos de abrir nuestras puertas, si el pan escasea para los de casa y cuando tantos países se han visto obligados a cerrarlas? ¿Por qué acoger al elemento nocivo de otras razas o los desechos de la nuestra?

En Costa Rica, el país más libre de América, pero previsor también, acaba de negársele la entrada a un grupo de profesionales israelitas, de los expatriados de Alemania.

Sí... basta ya. Ha llegado la hora de escoger, o por lo menos de entornar la puerta.

Mas si en aras de un altruismo sin límites pudo Alberto Masferrer equivocarse en ocasiones, no por ello amenguó su grandeza, que nunca fue tan grande como al escribir desde el negro abismo del máximo desengaño y casi al borde del sepulcro, aquella magistral imprecación en verso, digna del bronce y que tituló "BLASON".

Sí... tuvo razón. "Para juzgarlo, ¡nadie! Para acusarlo... ¡sólo su conciencia!"

¡Su figura de apóstol será más luminosa con el tiempo, y no se borrará del corazón de los salvadoreños que lo tengan bien puesto!

HE DICHO.

San Salvador, septiembre 7 de 1933.

## MASFERRER EL APOSTOL

Por Alberto VELAZQUEZ.

Nunca se hablará bastante de Alberto Masferrer, el apóstol salvadoreño, abogado de los seres sin fortuna, profeta amoroso y doliente cuyo verbo encendido perdura en nuestros ámbitos para edificación de las conciencias.

Como Juan, clamó en el desierto Masferrer, con profecía de fuego, en horas del advenimiento de albas de redención. Apenas se le escuchara en vida porque en torno a su voz alzaba su vocinglería la plural banalidad de los hombres.

¿Cómo iba a ser grato en su ambiente quien enderezaba sus diatribas en contra de la sensualidad regalada, de la concupiscencia en auge, del egoísmo victorioso, de la falta de probidad y de los ojos nublados por la ambición bastarda y la codicia culpable?

Pero en la actualidad los salvadoreños han aprendido a difundir el evangelio masferreriano, de igual manera que los hijos de Cuba difunden el de Martí, para que el espíritu de los hombres comulgue con sus saludables apotegmas.

Como Martí y como otros adalides del desasosiego espiritual cuyo acento ha resonado y sigue resonando en los confines de la América indohispana, el forjador de la doctrina del *Mínimum Vital* tuvo el acento del clarín que convoca a la batalla.

Como Martí fue poeta y soñador, y como él se vio precisado muchas veces a posponer la lira y el ensueño a las prédicas de la justicia social, de la que fue propugnador infatigable, siempre adosado al conflicto perenne de los sin pan ni lumbre de cultura.

También Masferrer tuvo el sentido justo y verdadero de lo que es la patria: fenómeno y problema, responsabilidad y servidumbre, agonía y deber frente a parias que aspiran a ser hombres.

“Nunca ha sido más necesario soñar que ahora —escribía a su hermana Teresa—, no sólo en estos tristes países, sino en todas partes. Se puede decir que la alternativa es ahora soñar o podrirse. Se entiendo, soñar haciendo.”

Soñar haciendo, sí; porque estamos en la época de la acción, de las urgencias colectivas, de la virtud militante, de la verdad que se abre paso y de la justicia que pide, no dogmas abstractos, no fórmulas teóricas, sino transformación social definitiva.

Los comunistas, que ya llevaron a Moscú la efigie de José Martí para proclamarlo, junto a Lenin y Stalin, un capitán de su causa y un precursor de su credo, llevarían también de buena gana a Masferrer hasta su estrado como correligionario conspicuo.

Pero Martí y Masferrer, sobre ser predicadores de un idealismo cristiano, creían en Dios y anteponían los fueros del espíritu a los imperativos económicos. El impulso de ambos era amoroso, amoroso por excelencia y no materialista. Y detestaron por igual la demagogia y la violencia.

No; Masferrer amó con amor profético a su pueblo, a todos los pueblos que padecen hambre y sed de justicia. Su angustia fue la del perpetuo desequilibrio en que vegetan las muchedumbres; pero para ejercer una misión apostólica tan espontánea, le bastaba la brasa de su corazón.

La herencia de Masferrer, preciosa y de perenne actualidad está hoy en plena ebullición y es como una levadura imprescindible porque las masas necesitan organizarse, dignificarse y

redimirse. Mientras más despierten los de abajo, mayor vigencia cobrarán los mandamientos masferrerianos.

Tanto como a otras eximias figuras de la raza, los hombres de la América del Centro y del Sur debemos hacer entrañablemente nuestro al apóstol de El Salvador, amarlo con hondísima ternura, recordarlo con el mejor de los orgullos.

Y una forma segura de probar nuestro centroamericanismo es llevar a Masferrer en nuestra sangre y en nuestro espíritu, proclamar sus excelentes virtudes de maestro, hacerlo definitivamente nuestro profeta: el que más padeció por nuestros males y el que produjo la mejor lumbré de esperanza.

En estos días en que el afán supremo de la conciencia es elevar todo lo humanamente posible el nivel de vida de las colectividades menesterosas, y combatir de modo racional la miseria circundante, la figura de Masferrer cobra lumínicos relieves.

La vida de este apóstol combativo, caballero andante de los parias, fue de doloroso deber, de espinosas vigiliás, de lucha amarga por la redención de los desheredados. Mojó su pluma en lágrimas, cuando no la mojó en sangre, y Jesucristo posábale la diestra sobre la frente.

Los centroamericanos hemos sentido que por la boca de Masferrer hablaba nuestra tragedia. Era el idioma de nuestros vicios, de nuestras lepras, de la agonía de nuestros hermanos el que se expresaba en su acento, el que traducía la vergüenza de nuestras llagas.

Masferrer tuvo una ardorosa devoción por Gandhi, el santo cívico de la India. Era para él uno de los héroes magnos de la Historia, uno de los titanes del espíritu. Y en ese paradigma, como en fuente lustral, hacía sus abluciones de voluntad y de fe.

Y murió un día, pero murió en su ley. Con su visión de nuestra realidad y con el presentimiento de una remota epifanía de justicia social y de edificación del espíritu de las masas, cerró

los ojos el apóstol fatigado, que exigió en vida de su pobre materia mucho más energía de la que suelen gastar los próceres y los estadistas.

Pero ¿por qué evoco hoy a Masferrer? No lo sé. Acaso por una simple asociación de ideas, la figura del ínclito salvadoreño se levanta en mi corazón con toda la excelsitud de su intención redentora. Y lo reverencio como a guía de espíritus solventes, que lleva una brasa en el espíritu y un instrumento de siete cuerdas bajo el brazo.

*“El Imparcial”*, 6 de noviembre de 1954. (Guatemala).



## FIGURA Y MEMORIA DEL PENSADOR ALBERTO MASFERRER

En una pequeña aldea del departamento de Usulután, República de El Salvador, nació Alberto Masferrer, el 24 de julio de 1868.

Muy joven reveló sus aptitudes literarias, como poeta y articulista en los periódicos de San Salvador, donde cursó sus estudios. Huérfano de indispensables recursos que le permitieran terminar su bachillerato, debió prepararse por su propia cuenta, al amparo de humildes menesteres que apenas le brindaban una vida sosegada. Su niñez, su juventud, no tienen nada de extraordinario. Alejado de los centros literarios y sociales, fue como un hombre sin destino y sin fortuna, que recorría las aldeas de su patria y de los países vecinos en vía de estudio y en busca de trabajo.

De todos los oficios que desempeñó, quizás el que le dio mayores experiencias fue el de maestro de escuela, que le permitió conocer a fondo los problemas sociales e informarse del lamentable estado cultural del pueblo, de su pobreza, de su ignominiosa situación política. No le preocupaba tanto el problema político en sí mismo, que el pueblo fuera explotado por avarientos e ignorantes dictadores, ni que la patria estuviera a punto

de convertirse en bocado de ambiciosas potencias extranjeras que por los contornos de Centro América merodeaban como hambrientos piratas. Para él, ésta era una consecuencia. La causa era otra, simplemente la ignorancia, porque solamente a pueblos de esta condición es que se puede sojuzgar. Tampoco se preocupó de la cultura en sí misma, sino de su función en beneficio del pueblo.

Compadecido de tan tremenda situación, quiso vivirla más, compenetrarse de ella, y, como quien se adentra a explorar un laberinto, salió a recorrer todos los caminos para poder vivir la tragedia de cada habitante.

Éstos fueron los principios que informaron su pensamiento político y social, que dieron calor a sus ideas, ánimo a su alma de redentor, de apóstol, que le dieron fuerza moral para combatir contra los prejuicios, leyes y normas causantes de la miseria espiritual y económica de su pueblo.

Después de visitar los países centroamericanos, vientos favorables lo llevaron a Chile, y por último, a manera de recompensa y premio a sus esfuerzos, su gobierno lo designó cónsul en Amberes; es decir, cónsul para toda Europa, porque su infatigable deseo de estudiar pueblos, su afán de trashumante, no le permitía la sumisión dentro del límite. Sobrepasó todas las fronteras, y de estos viajes maravillosos por los caminos de lo moderno y de lo antiguo, pensando siempre en función e interés de su patria, extrajo la conclusión de que sólo era posible la civilización de los pueblos indoamericanos educándolos, culturi-zando sus fuerzas, corrigiendo y atenuando sus vicios, en una palabra, libertándolos del azote de la ignorancia, causa de su servilismo y todos sus males.

Comparando los dos pueblos, el europeo y el indoamericano, fijó la estructura de sus teorías sociales. Masferrer no podía comprender cómo pueblos potencialmente más ricos, jóvenes

y valerosos, aparecían inferiores a Europa, soportaban una triste situación, combatían en la barbarie y la pobreza y se anulaban espiritualmente.

Esta fue su tragedia íntima, el acicate que lo impulsó a escribir con entereza y valentía sus obras, positivistas y polémicas, porque no argüía sino mediante hechos evidentes y con la finalidad de combatir a los que enseñoreaban en ese viejo orden de injusticias sociales, contrario y mortal a las naturales aspiraciones de progreso y bienestar individual y colectivo.

Sus ensayos “El Dinero Maldito”, “Minimum Vital” y “Leer y Escribir”, cayeron como un latigazo sobre la conciencia enmascarada de los gobiernos que patrocinaban el comercio de los pueblos en su beneficio particular. Fueron una voz de alerta para despertar de su inconsciencia a las nuevas juventudes que lograban levantarse al margen de la desgracia colectiva.

Sociólogo alguno había penetrado tanto en el meollo de nuestra realidad político-social, ni había erigido en bandera de redención un ideal tan sincero y honrado como el de la educación del pueblo.

Lo más admirable en Masferrer es el desinterés con que se hizo caudillo de sus propias ideas, la firmeza con que las sostuvo, la actitud independiente que asumió como censor de una civilización estropeada y corrompida por la politiquería de sus gobiernos y la fatalidad de su herencia feudal. Alma demasiado grande la suya, no podía apasionarse por mezquinos ideales. Su doctrina, que tal puede llamarse el conjunto de sus teorías, constituye la base sobre la cual habrá de construirse la futura civilización de estos pueblos, dada la vigencia permanente de sus postulados y la vigencia de los problemas que analizó.

Con Rodó y Vasconcelos forma la trilogía de los grandes pensadores de la América nueva, que se interesaron por su destino y fijaron en su oriente estrellas que los guían hacia un futuro mejor.

Un día, cansado por los años y su infatigable trajinar, volvió sus ojos a la patria, y de nuevo en ella, la muerte lo cobijó con el manto de los inmortales, el 4 de septiembre de 1932.

(Selección de Roberto Velandía, Cali, Colombia).

## EL PATRIOTISMO INCONFORME DE ALBERTO MASFERRER

*Conferencia de Manuel BARBA SALINAS.*

Los grandes hombres encarnan las aspiraciones, las posibilidades, el espíritu de su pueblo en un momento dado de la historia. Ellos son los condensadores de los anhelos informes e inconscientes de las multitudes. Viven al ritmo de su tiempo y representan la parte noble y espiritual, la levadura superior del pueblo de donde surgen.

Son el fruto maduro y selecto en medio de la inmensa cosecha de frutos en agraz que es la masa. Preparan el camino y siembran la simiente del progreso, y donde quiera que laboren, en la política, en la literatura, en la economía, son los que dan valor a un país, los que, con el aporte de su luz al tesoro común de la cultura humana, adquieren para su patria el respeto de los hombres.

Los pueblos que no escuchan, que no honran, que no siguen a sus hombres superiores, se pierden en la noche del tiempo y no dejan marcadas las huellas de sus pies en las arenas de la historia.

Es por eso que no hay nada tan consolador para el salvadoreño reflexivo como el homenaje de reconocimiento que se está haciendo en el país a la memoria ilustre de Don Alberto Masferrer.

Masferrer fue uno de esos grandes hombres de que he hablado. Fue un constructor. Su obra literaria y apostólica, que rebasó las fronteras y es por su trascendencia una obra continental, está impregnada de un patriotismo ejemplar, inconforme y doloroso como es el patriotismo constructivo que carece de egoísmos y se afirma en hechos de generosa entrega espiritual, de sacrificio, de olvido de sí mismo, y sobre todo que se cristaliza en obra orientadora, en antorcha que guíe los pasos de nuestros coterráneos.

Masferrer fue, indudablemente, un gran patriota de ese tipo. En su obra, en sus luchas, en su propia alma, repercutían los dolores, las miserias, los problemas, las inquietudes de su patria salvadoreña, y sin descanso se daba a la tarea de meditar en nuestra vida, en nuestro destino como pueblo, en el porvenir de la raza.

Yo quiero proponer a la meditación de nuestros hombres de pensamiento y de nuestros jóvenes, el aspecto constructivo del patriotismo inconforme y doliente de aquel hombre que parecía siempre descontento y que en realidad estuvo siempre insatisfecho, porque amaba demasiado a su patria.

Yo creo que sólo ese tipo de patriotismo es el fecundo. Cuando uno vive en anhelo constante de superación es cuando llega a realizar su destino. Cuando uno comprende los errores, las miserias, las pequeñeces de su patria, es cuando principia en el alma el anhelo fervoroso de hacer algo por mejorarla y engrandecerla. Nunca fue otro el espíritu de los constructores de pueblos, de los próceres, de los guías de las conciencias humanas.

Así fue cómo Masferrer, poseído del espíritu de patriotismo fecundo, gritó siempre desde la tribuna y desde las columnas de la prensa los errores y las miserias nuestros. Pero también fue así cómo Masferrer produjo tres libros fundamentales para la vida de nuestro país que por sí solos lo acreditan como un gran constructor social y como el más iluminado pensador

salvadoreño en cuanto atañe al estudio hondo de nuestros problemas nacionales.

Me refiero a “Leer y Escribir”, “El Dinero Maldito” y “El Minimum Vital”. En estos tres libros, joyas literarias, cuyo valor no pretendo glosar en esta breve plática, el Maestro Masferrer plantea los tres problemas esenciales de la nacionalidad salvadoreña, problemas que —al fin y al cabo— constituyen uno solo, el de llegar a constituirnos en un pueblo auténticamente civilizado.

“Desanalfabetización, Desalcoholización, Mejoramiento Social, Justicia y Cultura”. He aquí sintetizado en dos palabras los problemas que Masferrer aborda en los libros mencionados. Aparte de su extraordinario valor como obras literarias, escritas en un estilo magistral, pongámonos a pensar lo que la solución de estos problemas significaría para nuestra vida de nación independiente, para nuestro porvenir en el rol de los países americanos, para nuestra salud física y espiritual. Estoy seguro que no hay un solo salvadoreño de mentalidad normal que crea que es bueno y justo que se mantenga la ignorancia en el pueblo y no se hagan esfuerzos para alejarlo de la barbarie por medio de la cultura. Estoy seguro que no hay un solo salvadoreño, ni aun de los que están reclusos en el manicomio que afirme que no es problema pavoroso el del embrutecimiento de la raza por el alcohol. Y aun cuando haya muchos ciegos y sordos que no quieren que se procure al pueblo un mejoramiento mínimo en lo económico, en lo sanitario, en lo cultural como pretende el Minimum Vital, no creo que haya uno solo que se atreva públicamente a decir que no conviene incorporar al pueblo a la civilización, que es lo único a que tiende en resumidas cuentas la calumniada doctrina del Minimum Vital, tan comentada y vilipendiada por aquellos que jamás la han leído y que por otra parte no la leerán nunca porque son analfabetos en espíritu aun cuando conozcan más o menos el abecedario.

Yo quisiera pensar un momento en lo que sería El Salvador

si se hubiesen resuelto ya esos problemas según Masferrer. Quisiera dar vuelo a la imaginación y formar me un cuadro del porvenir. Imaginad que no hay analfabetos. Imaginad que siguiendo el consejo del Maestro nos hemos dedicado por veinte años a extirpar el analfabetismo y hemos hecho ya la tarea de enseñar a todos a leer y a escribir. Hemos pues reducido a cero la cifra estadística de los analfabetos. ¿Es esto un sueño? ¿Es esto una cosa imposible? ¿Una locura? Un pueblo tan práctico y casi tan pequeño como el nuestro lo ha realizado. En Dinamarca no hay un solo analfabeto y los sociólogos atribuyen este triunfo de los daneses a la circunstancia de que constituyen una nación pequeña. Esto lo han logrado ellos con sus propios esfuerzos y las consecuencias que la desanalfabetización ha tenido en su desarrollo son sumamente halagadoras. Se atribuye a ese estado de cultura el hecho de que Dinamarca es la segunda nación de Europa en cuanto a riqueza per cápita. He aquí pues cómo los sueños de Masferrer tenían un aspecto eminentemente práctico. La verdad es que a la larga, los únicos hombres prácticos son los soñadores porque son capaces de ver de lejos, de apreciar el porvenir, de calcular el alcance de los hechos, en tanto que los que comúnmente llamamos prácticos son hombres vulgares que no ven a tres pasos de su egoísmo.

Pensemos ahora en nuestra barbarie alcohólica. Recordemos los cuadros patéticos que con mano maestra nos pinta Masferrer en el "Dinero Maldito" y pongámonos un instante a contemplar el cuadro de crimen, de idiotez, de tristeza y de miseria, que nos ofrece el pueblo embrutecido por el aguardiente. Este instante de meditación nos hacía admirar al Maestro Imaginémosnos por otra parte que ya hemos atacado este problema según Masferrer y tendremos en cambio la visión de un pueblo sobrio y limpio, educado y próspero, alegre y sano. ¿Será esto posible? ¿No será éste otro sueño absurdo? De ningún modo. Pongámonos a desalcoholizar al pueblo poco a poco y a través de dos generaciones



tendremos un país distinto. Y no olvidemos que se trata de cosas prácticas, no es difícil calcular el aumento de riqueza, de trabajo y de bienestar que podría crearse en el país, aboliendo la barbarie alcohólica. Barbarie ni más ni menos porque el alcohol es en parte responsable del crimen y de la miseria.

Un país sin analfabetos, un país donde el dominio del alcohol no hiciera tantos estragos, un país donde el pueblo estuviese auténticamente incorporado a la civilización, un país donde hubiese un mínimo de bienestar para todos, un pueblo sin paludismo y sin explotación era el sueño de Masferrer.

Era éste, pues, un sueño tangible si así pudiese decirse. Es todo un programa para la forja de la nacionalidad salvadoreña. El día que nos empeñáramos en construirnos una patria así concebida, estaríamos definitivamente salvados.

He aquí, pues, el fruto del patriotismo atormentado e inconforme del Maestro. Aquella actitud de hombre insatisfecho y dolido, de patriota descontento, floreció en una obra que debe servirnos de guía para la construcción definitiva de la República.

Nuestra generación ha de encaminar sus pasos a fin de lograr que se materialice el plan de Masferrer. A veces sorprende cómo fue de incomprometido un hombre que sólo quería civilizar a su país. Queda uno desconcertado al pensar cómo fueron tergiversadas sus enseñanzas y cómo fue su persona de maltratada y humillada, de calumniada y ofendida. Pero esta sorpresa desaparece cuando recordamos que ese ha sido el destino de todos los constructores de pueblos, sobre todo de aquellos que no adulaban a su tierra sino que querían construirla y mejorarla, en la búsqueda eterna e inalcanzable de la felicidad.

Tenemos una patria que construir y un programa mínimo en que todos estamos de acuerdo. Encaminémonos pacientemente, inteligentemente, laboriosamente a realizar ese programa de educación popular, de salud pública, de mejoramiento social. Paso a paso aminoremos el analfabetismo, paso a paso desalcoho-

licemos higienizando y civilizando al pueblo, paso a paso busquemos un bienestar mínimo, un poco de justicia, un grano de cultura para todos y no tardará en formarse el cuadro de ventura que imaginó Masferrer.

Todo lo demás vendrá después. Como en Dinamarca aumentará la riqueza, florecerán las industrias, crecerá la importancia del país en el concierto de las naciones y ya desbarbarizados será la patria productora, fecunda de arte, de ciencia y de armonía entre sus habitantes. Entonces la memoria de Masferrer se volverá luminosa y paternal y las generaciones del futuro verán que tenía razón.

(De *Patria*. San Salvador Septiembre 4 de 1935).

## ALBERTO MASFERRER

Por Graciela BOGRAN

Si buscara un símbolo para la vida de don Alberto Masferrer, al punto escogería el diamante. Por el dolor que le calcinó la entraña hasta cristalizar en luz. Por su don de pulir almas. Por la convicción profunda de sus ideas y por sus múltiples facetas, siempre luminosas.

¿Dónde podríamos catalogar a don Alberto Masferrer? ¿Escritor, periodista, novelista, sociólogo, poeta o filósofo? El fue todo eso y fue también mucho más que eso. Esos adjetivos se prodigan, a vuela pluma, a tantos!... Y él pertenece al grupo mínimo de los grandes Maestros de Sabiduría. Los diversos aspectos literarios que él cultivó le sirvieron únicamente como medios difusores de su Verdad. En todos ellos demostró superioridad, pero más que todo, reflejó su luz, con el ansia de llevar claridad a tanta conciencia oscura.

Mas, si lo contemplamos únicamente desde su aspecto de hombre de letras lo encontramos en el más alto sitio entre la intelectualidad hispanoamericana. Su estilo claro fluye como el agua del manantial, espontáneo y sonoro. Los conceptos más profundos los expresa con tal sencillez que pueden comprenderlos hasta las personas que carecen de cultivo mental. Su lectura deja sabor de pan y miel. Nutre y dulcifica.

Como periodista se significó en altos relieves de sinceridad y honradez y clara visión de los problemas de su pueblo. Desde muy joven colaboró en diferentes órganos de la prensa, pero su capacidad encontró el más amplio campo cuando ocupó su propia tribuna. El diario "Patria" es una creación de don Alberto. Actualmente lo pilota con honor Alberto Guerra Trigueros, y orgulloso proclama su ilustre abolengo.

Masferrer infundió a ese diario su aliento vital. Lo enfiló por senderos limpios hacia rumbos elevados. Suerte grande ha sido que al dejarlo sus manos, cayera en otras manos también seguras, las de Guerra Trigueros y las de su colaborador Salarrucé, auténticos valores intelectuales y morales de la tierra de Cuscatlán. "Patria" es el hogar espiritual de la juventud libre que tiene fe en la realización de altos ideales. Avance intelectual, rebeldía, florecimiento poético y anhelo de mejoramiento, se reflejan en sus páginas.

Aun la veta del humorismo fue explotada por Masferrer en oportunas ocasiones en su actuación de periodista. En su conversación amena y gratísima sacaba a relucir su humorismo fino y delicado, y en los ratos de expansión familiar, olvidando los problemas de importancia se entregaba al goce de las pláticas sencillas salpicadas de risas y chistes. En sus "Niñerías", precioso relato de sus recuerdos infantiles, desgrana con finura la sal de su ingenio.

Masferrer, un niño grande, a los sesenta y cuatro años se delcitaba oyendo el canto de los pájaros e identificando a cada especie por sus trinos y por la forma de sus nidos. Cuando en la fronda de algún árbol solariego escuchaba un arpegio desconocido, lleno de curiosidad infantil salía al patio a buscar entre las ramas al cantor misterioso. Y es que antes que escritor y periodista Masferrer fue un poeta. Por eso su dicción, hablada o escrita, en prosa o en verso, en la tribuna o en la plática corriente, fue siempre armoniosa y alada.

Rendía un culto fervoroso a la palabra. “La palabra es sagrada” —solía decir con unción mística. “En el principio fue el Verbo”. Y consciente de la fuerza maravillosa de la palabra, convirtió la suya en soplo renovador, en impulso hacia lo alto.

Diáfana y precisa, reflejo de su claridad interior, su palabra fue destello de la Verdad.

Alma de poeta la suya, vibraba al influjo de la belleza. Con ojos de artista contemplaba un paisaje, una pintura o unos ojos de niño. Con oídos de artista escuchaba una sonata de Beethoven y la musicalidad de un verso. Y en su sensibilidad de artista acogió el dolor de la humanidad irredenta.

Su producción intelectual, muy extensa, incluye novelas, cuentos, versos, conferencias, estudios filosóficos y ensayos sociológicos. Lástima grande que mucho de lo suyo no lo escribió nunca. A la manera de los Grandes Maestros, en conferencias verbales prodigaba sus enseñanzas y esparcía las simientes de su ideología.

Sus cuentos maravillosos, como las parábolas cristianas, merecen la perpetuidad de las cosas. Ojalá que sus discípulos no dejen perder, arrastradas por el olvido, esas joyas, herencia del Maestro, y se apresuren a hacer una versión escrita. “Clara Luz”, “El Mercader de Espadas”, “La Religión de las Hojas”, “Pierpont Tercero”, y muchos otros, tejidos con fibras de su sentir, los obsequió en veladas familiares, y en reuniones de amigos, envueltos en la seda de su palabra.

Su “Vida de Jesús”, un estudio profundo en que nos lleva de la mano hasta penetrar el misterio de las leyendas cristianas, quedó trunco. Apenas escribió y publicó la primera parte. El relato conmovedor queda suspenso con el bautizo por Juan el Bautista, a las orillas del Jordán. Y deja en el ánimo, ansioso de llegar al fin, la angustia de haber perdido la luz a mitad del camino.

¡Cuál no sería su propio dolor al ver su sueño defraudado, in-

completa su obra más amada, escrita con sangre de su corazón! Nos puede dar una idea de su amargura, la nota puesta al final de la obra, que dice: “El autor ha soñado veinte años con escribir una “Vida de Jesús” en la cual el Maestro, sin dejar de ser hombre, fuera siempre Dios. Pobreza, tristeza y enfermedad no lo consintieron y apenas ha logrado escribir la primera parte, fragmentaria y semicoherente. Las otras dos, parecen destinadas a ser la flor que muere sin abrirse.”

“Pobreza, tristeza y enfermedad no lo consintieron”. ¡Qué pena tan honda revelan estas palabras! A mitad del vuelo, las alas doblegadas por la fuerza ciega del huracán, el sol oscurecido por las nubes antes de llegar al cenit.

Ese fue el resultado de la pobreza que lo obligó a suspender el trabajo, porque entre nosotros, la pluma aunque sea como la de él, de diamante, no da de comer. Fue el resultado de la tristeza, producto de nuestro ambiente, que anula el esfuerzo, y fue también la consecuencia de la debilidad de su organismo, en pugna siempre con su potencia espiritual.

Pero si su “Vida de Jesús”, no quedó completa, en cambio nos dejó una visión clara de “Iteios”, nos descubre una punta del velo que envuelve los misterios cósmicos en “Las Siete Cuerdas de la Lira”, nos muestra el camino de nuestra propia redención en el “Ensayo sobre el Destino”, y nos enseña a vivir en justicia, con limpieza, sencillez y alegría en “El Dinero Maldito”, “El Minimum Vital” y “El Libro de la Vida”.

En estos dos últimos libros condensa su doctrina social, conciliadora, amplia, redentora. Sus ideas han sido bastardeadas por la malicia y la incompreensión; se ha querido torcer lo que es rectilíneo y empañar lo que es limpio.

El egoísmo de los hombres vampiros se ha sentido amenazado cuando Masferrer desplegó en sus banderas el lema: VIDA PARA TODOS.

Los mejores de la humanidad actual se conforman con vivir

y dejar vivir. “Eso no basta —dice el Maestro—. Nuestro deber es servir. Nuestra norma, vivir y hacer vivir.”

Los opresores, los segadores de vidas, los que se refocilan con el dinero maldito, ven en Masferrer un enemigo de su holgura de criminales parásitos y lanzan contra él acusaciones torpes y malintencionadas. ¡Comunista! ¡Perturbador del orden social!

¿Comunista? Sí, si aceptamos el vocablo en su esencia etimológica, si lo desconectamos de la interpretación actual de violencia, despojo, dictadura soviética, bolcheviquismo, en una palabra. Pero si empeñarse por el bien de la comunidad humana es ser comunista, Masferrer era comunista. Si pedir agua, aire, luz, tierra y abrigo, para todos, es ser comunista, no protestamos de la acusación hecha a Masferrer. Comunista fue también, en ese caso, Aquél, que ante la codicia y el egoísmo humanos, lanzó esta queja: “Los pájaros del cielo tienen su nido y las raposas del campo su madriguera. Sólo el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza”.

“El Mínimum Vital”, una doctrina profundamente humana y de liberal amplitud, lo que pide es que la opulencia de unos no se base en la asfixia de los más. Que el que más da de sí mismo, más reciba en recompensa, es lógico y es justo. ¿Pero será igualmente justo que los zánganos de la colmena acaparen el alimento mientras mueren de hambre los que construyeron el panal y acarrearón la miel?

Estas terribles cosas que están sucediendo en la actual organización social son las que combate Masferrer.

Los problemas sociales del momento tienen su origen en esa terrible paradoja que es un baldón a los fueros humanos: la miseria más grande en medio de la abundancia más grande. El Maestro cuscatleco, con visión clarísima y con palabra apostólica nos muestra la solución sencilla de lo que se ha vuelto un laberinto.

¡Y éste es el perturbador del orden social, del maravilloso orden social que reina en el mundo!

El, que nos habla de fraternidad y de justicia, él, que quiere como el Divino Galileo que el reino de Dios sea una verdad sobre la tierra. Tienen oídos y no quieren oír los crujidos que anuncian el desmoronamiento, el cataclismo de lo que está construido con arena movediza. La doctrina vitalista es un puntal salvador, un puente de armonía para allanar el camino hacia un orden efectivo y estable.

Pero... quise solamente musitar un recuerdo de don Alberto Masferrer y me está resultando un grito de rebeldía. El día llegará en que se le haga justicia. El homenaje que un grupo de salvadoreños le hará en este primer aniversario de su muerte, es ya un principio de reconocimiento.

Su espíritu, libre de las opacidades de la materia, está adquiriendo la magnitud de un sol cuya luz no podrán negar ni los ciegos de la conciencia.

San Pedro Sula, Honduras, septiembre de 1933.



## MASFERRER Y EL MINIMUM VITAL

*Por Humberto TEJERA.*

El maestro salvadoreño Alberto Masferrer fue el apóstol en América del movimiento para asegurar a todo trabajador un *minimum vital*. Ahora se dice que este movimiento progresaba en Francia, en vísperas del derrumbe de ignominias y traiciones que simboliza la Línea Maginot; mas ciertamente, hace ya un cuarto de siglo que el poeta-maestro de Cuscatlán, iba por los pueblos centroamericanos proponiendo su bella utopía. Ante la situación exasperada y deshonrosa de nuestra población trabajadora en los países hispanoamericanos, como en las épocas más sombrías del feudalismo, sometida a una serie de explotaciones, cargas, gabelas y tributos que no se agotan enumerando a los trusts concesionarios extranjeros, al cúmulo de intermediarios comerciales, al patrón criollo, a los fiscos exactores, al clero, y a los expendidores de alcohol y vicios; ante la miseria que le hacía escribir: "En las grandes plantaciones de café —y lo mismo podría decirse de las de caña, tabaco, y en las minas—, hombres y mujeres viven como animales, entregados a una promiscuidad tan grosera como si en doscientas leguas a la redonda no hubiera trazas de civilización. La vida ordinaria del peón, tal como yo la he visto por más de diez años, se reduce a esto: de martes a sábado, "tarear", o hacer sus tareas; el domingo, emborracharse,





mas y cuentos, sobrecargados de intención redentora y de atisbos de psicología infantil y popular, como “El Dinero Maldito”, “Una Vida en el Cine”, “Pensamientos y Formas”, “El Buitre que se volvió Calandria”, “Las Siete Cuerdas de la Lira”, cuentos y poemas que reunidos ebulen con una de las más virtuales y fragantes emanaciones de la época de Tolstoi, de Barbusse y de Rolland. A los cuarenta años viajó Masferrer a Bélgica, y como alumno libre de las escuelas de Ferriere y Decroly, trajo de regreso a su tierra la Escuela Racionalista, queriendo sembrar cultura donde predominaban el Ripalda y las varas de membrillo. Siente, con Carlyle, que “la tierra, de ser de alguien, sería del trabajador que la cultiva”. Lucha como Tolstoi, por la satisfacción “del derecho más indiscutible y esencial, el derecho de vivir sobre la tierra, que tiene todo ser, y sacar de ésta su alimento, sin pedir permiso a los demás hombres”. Cuando habla del problema de la vivienda, en nuestros países de pocilgas, cuevas y chozas para los que trabajan, dice: “Alguna maldición pesa sobre el hombre para que, después de tanta filosofía y tanta ciencia, y tanto dar su sangre para hacer la vida tolerable, aún esté con incertidumbre y zozobra de no hallar un techo que lo abrigue”. Y piensa que nuestra América India, la de sangre dulce incontaminada de avaricias, es la llamada a “realizar las nuevas formas de vida que la humanidad necesita y quiere”. Por ello, vive alerta sobre el sentido educador, agrario y social de la Revolución Mexicana, al igual que sobre los movimientos indigenistas y sociales desde Perú hasta la Argentina, sumándose fervorosamente a ellos. Luchaba por el patrimonio familiar de los humildes. Creía factible una alianza defensiva perpetua, contra el imperialismo, entre las repúblicas democráticas. Intentaba fundar la Unión Vitalista, para conseguir el reconocimiento del seguro educativo y de trabajo.

Una mujer que pertenece a la gloria centroamericana, Carmen Lyra, dice de Masferrer: “No fue sólo un intelectual, sino un hombre de honor, y por eso no se hizo el desentendido ante la explotación de los amos y el hambre de su pueblo”. “Supo en su vejez ser fuerte como no saben serlo la mayor parte de los jóvenes”. Frases espartanas de una costarricense. El maestro Masferrer enseñaba una doctrina de salvación: “La dinámica misteriosa que hizo de un oscuro reptil un pájaro señor del color y del canto; de un bloque de granito una palmera del desierto; de un hongo triste y venenoso, una orquídea resplandeciente; de una oruga, una mariposa . . . cada uno según la pureza, la intensidad, la perennidad de su aspiración”.



## UNA VOZ

(Algo sobre el Autor de "Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús").

Por SALARRUE

He visto hoy a Masferrer. La atracción que este gran espíritu ejerce sobre mí es enorme. Voy donde Masferrer porque estoy triste. Y no se piense por ello, que acudo al ilustre amigo para buscar la alegría. Sí y no, en la casa del escritor no hay pianola ni cosa parecida, cualquiera pensaría que es la casa más triste de la ciudad. En ella vive un enfermo. Masferrer casi siempre está en cama. Su cuerpecillo un poco encorvado pasa en reposo largas horas, enfundado en las mantas tibias. Dentro de este cuerpecillo claudicante vive Masferrer y para llegar a él hay que acercarse a su lecho, sentarse a la cabecera de este lecho donde el enfermo reposa y medita. Y yo busco a Masferrer porque estoy triste, ya lo he dicho, el que está triste se siente enfermo, llego a él como llegaría al médico. El gran escritor sabe curar las dolencias del alma y aunque parezca paradójico, en aquella cama reposa el hombre más sano de la ciudad, Masferrer, cuya robustez de espíritu llena las almas de esperanza y contagia de juventud y de belleza.

Sonríe el apostólico artista y en la vivacidad de sus ojos, en su palabra vibrante y juvenil se siente la generosa acogida que toda gran alma tiene para quien se acerca a ella.

Hablamos de arte, de amor, y por asociación divagamos sobre asuntos de orden espiritualista y religioso.

Francamente, yo ignoro y no me interesa saber si Masferrer profesa una religión cualquiera establecida —lo que pongo muy en duda— o si —como prefiero creer— su fe es una fe nueva o por lo menos tallada en el bloque multiforme de los dogmas clásicos y las aspiraciones y prácticas ocultistas y no ocultistas legadas a la Humanidad por el místico Oriente. Sólo sé que es de los pocos hombres que hablan como yo quisiera que los hombres se hablaran entre sí y que su palabra sencilla y sugerente, convence a veces y a veces inquieta.

Pienso: “¡Cuánto debe este hombre a su mala salud!” y recuerdo al momento las frases despectivas oídas al acaso sobre su personalidad: “¡Masferrer escribe así porque es un enfermo!” Y es verdad. Lo que no quiere decir que si él gozara de buena salud corporal pensaría de modo diferente, y tampoco que sólo los enfermos piensen y luchen en el campo del espíritu y por la depuración del mismo, pues yo, que estoy joven y tengo un cuerpo completamente sano, puedo ofrecerme como ejemplo. Siempre he creído, sin embargo, que entre la salud del cuerpo y la del espíritu hay la misma relación que entre los platos de una balanza: a una marcada depresión de cuerpo corresponde una marcada expansión de espíritu y viceversa. Nunca he esperado al Mesías en el cuerpo de un Dempsey.

A propósito de esto, la vida de Mahatma Gandhi ha interesado mucho a Masferrer, quien admira a este Mesías hindú tanto o más que Romain Rolland, el autor de Clerambault, quien relata la vida de Gandhi en un libro reciente. “Un hombrecito débil de cara flaca, con grandes orejas separadas: Tocado con un bonete blanco, vestido de ruda tela blanda, desnudos los pies. Este es el hombre que ha levantado trescientos millones de hombres, conmocionado el Imperio Británico, e inaugurado en la política



humana el más poderoso movimiento moral desde hace alrededor de 2,000 años”

A menudo, la palabra de Masferrer se hace dolorida. ¡Cuán lejos está el hombre de ser el hombre! La Humanidad sorda y ciega, bulle a su redor esclavizada por su propia maldad y su sistema no-fe. Pesa mucho, huele mal. Masferrer siente a ratos impulsos apostólicos y hasta proféticos y hay días para él de completo “*asanprajnata*”, el estado supraconsciente más elevado, según el lenguaje de los Yoguiés.

¡Qué luchas internas habrá tenido que sostener este hombre y cuáles sostendrá por la unificación del Yo, que es el ideal de los que han visto brillar claramente la estrella de la sencilla verdad! Unificación, visión del Yo como uno con Dios, unión del Yo inferior con el Yo superior. Es esta unificación la que hace al hombre y le da derecho a llevar un nombre. Porque, ¿cómo dominar a un ser en cuyas regiones íntimas se agitan dos y a veces más espíritus distintos? Cuántas veces —¡y cuán a menudo!— dejamos a nuestro cuerpo obrar en contradicción con nuestra mente. Somos muy falsos. Tratamos de engañarnos por amor al mal y sostenemos en nuestro cuerpo, luchas encarnizadas en las que más a menudo triunfa la bestia sobre el espíritu.

Alguien me ha dicho: “Masferrer es un poeta, un artista y nada más. En el fondo de sus escritos no se encuentra nada más que belleza y palabras de lamentación, este siglo no quiere hombres así, es siglo de la materia y sólo se buscan los profesores de energía y no los místicos pesimistas.”

Fácilmente se comprende que quien habló así no entiende ni remotamente quién es Alberto Masferrer, por lo menos el Masferrer que yo conozco, cuál su campaña, cuáles sus ideales, ni ha tenido la más rápida visión de lo que es el misticismo de sus obras y mucho menos la relación que entre el místico y el artista existe. Tampoco ha podido discernir en la mayoría de los casos,

dónde el moderno profesor de energía y optimismo, lo es de imbecilidad y esclavitud.

La belleza y sencillez de la prosa de Masferrer se origina precisamente de la sinceridad que la integra. Sinceridad es belleza. Cuando el gran Rodó aconseja hablar bellamente, quiere que seamos sinceros con los otros y con nosotros. La palabra de amor es siempre bella. La risa del niño es siempre bella porque expresa alegría real. El canto de los pájaros es bello porque es fruición de libertad y amor a la generosa naturaleza o dolor de esclavitud. Todo lo convencional es falso y confuso y por ende áspero, desabrido, feo. Lo que se siente no se puede decir con la entonación y la forma convencional, late en la sinceridad una sencilla majestad intrínseca. Toda desnudez es bella y desde la desnuda dulzura de Jesús hasta la desnuda rabia del tigre, y es por eso que el Arte es amoral, porque es la expresión gráfica de la sinceridad.

¿Qué más se le puede pedir a Masferrer, si es poeta y es artista? Acaso no enseña energía quien enseña amor? Amor es energía y su poder pasivo es más fuerte que todas las actividades del mal. ¿No nos da un ejemplo Gandhi en la India con la poderosa revolución moral a que alude Rolland y en la cual el arma única se llama no-resistencia? El profesor de energía, real, es aquel que enseña a dominar con la voluntad —que es la suprema energía— la inmunda rebeldía de los instintos y el olcaje arrollador de la materia enseñoreada. No es el profesor de energía quien te aconseja el trabajo esclavizante para el logro del oro codiciado. Sí, el que te enseña que el trabajo noble es el que se hace por necesidad de espíritu y no por necesidad de estómago. Sí, el que te enseña que en el trabajo se goza y que la obligación es yugo vil. Sí, el que te dice que más vale matar de hambre al cuerpo que al espíritu. Sí, el que te enseña que la patria es la Tierra de los hombres y no el retazo de suelo que puedes medir con tus míseros ojos y tu pobre lengua. Sí, el que ha que-

mado los barcos dorados del convencionalismo y del engaño para luchar valiente y definitivamente por la conquista del Paraíso perdido, que no se gana con oro y hierro, sino con miel y agua. Agua: símbolo de pureza, suprema sencillez, que se da para todas las sedes, porque el agua es amor y el amor la síntesis del dolor que se torna júbilo. Llanto de serenidad de las montañas, gozoso e inmaculado después de pasar por las presiones más crueles, tamizándose entre tinieblas y arrancando así, a fuerza de sufrir, el lodo inmundo que al contacto con el suelo recogiera.

Una voz se ha alzado en este rincón del mundo, una voz en el silencio del desierto y es de esas voces evocadoras, dulcificadas en el diapasón de la esperanza que no deja de gritar llamándonos aquí y allá por el mundo. Gárgara húmeda de una fuente por brotar para nuestra sed en el desierto implacable de la justicia y de la farsa.

El hombre que vio arder la zarza, el que ayuda a la lenta amanecida, borrando con su poco de luminosidad divina un poco de noche. Ramas precoces surgen del bosque, trémulas de júbilo en el presentimiento de la primavera del hombre. Un perfume de sutiles caricias vaga impreciso en la atmósfera y la bestia recogida y turbada se torna indecisa en el advenimiento de la razón.

¡Serás hombre, pobre bestia, cuando los pájaros vengán a comer en tu mano!



## EL SILENCIO SOBRE MASFERRER

Por Arturo AMBROGI

Ni la publicación, en Guatemala, de “Las Siete Cuerdas de la Lira”, ni la del primer tomo de las “Obras Completas”, en San Salvador, han logrado prestarle momentánea actualidad a la figura de Alberto Masferrer. El polvo del olvido comienza a cernirse y a caer sobre su nombre. Ya no hay flores para su tumba, ni en los diarios, los guardianes del santo sepulcro renuevan el aceite que anima la llama que arde en su lámpara votiva.

Ambos libros, que tengo sobre mi mesa esta mañana, tienen el poder sugestivo de hacerme evocar la figura del Masferrer de hace cuarenta y tantos años, del Masferrer que recién llegaba de su pueblucho de oriente y que, con el rudo pisotear de sus gruesos zapatonces de becerro creía, ingenuamente, poner sobre la ciudad indiferente el signo de su futura posesión.

Lo recuerdo como si le estuviese viendo, con su aire huraño de provinciano traído a la fuerza. Asustado, todo tembloroso dentro de la estrechez de su traje de mezclilla confeccionado por el sastre de Alegría, y queapestaba a tela nueva. Con el pelo parado, como crin de cepillo, y sus ojos, bien abiertos, como queriendo verlo y dominarlo todo de una vez. Lo conocí por alguien que no sé. Llegaba con su primer mujercita, una mujercita flaquita, paliducha, muy poquita cosa, que se llamaba Ro-









## MAESTROS SALVADOREÑOS

### ALBERTO MASFERRER, PERIODISTA

*Por el Doctor Raúl ANDINO*

Don Alberto Masferrer, hombre manso y de pocas “fobias”, tuvo un franco y sincero horror por el periodismo, sobre todo y especialmente, por el periodismo profesional, y sin embargo quizás a pesar suyo, como otros grandes escritores y pensadores de su talla, un gran periodista, pero un periodista ocasional, apostólico y romántico, que no conceptuaba a los periódicos como “empresas comerciales o políticas de publicidad”, que es lo que en realidad son en mayoría sino como tribunas para difundir ideales elevados y generosos o como radiodifusores de doctrinas justicieras y humanitarias, en favor de las clases indigentes y oprimidas, principalmente de los campesinos y los obreros de las ciudades, por cuya redención intelectual, moral y económica luchó siempre, denodada y virilmente, con todas las múltiples y admirables energías de su voluntad, de su corazón, de su inteligencia y de su espíritu.

Romántico, dije, y también apostólico siendo exactos y adecuados los dos términos porque no fue de otra índole el periodismo doctrinario y evangelizador del insigne Maestro salvadoreño, como fueron asimismo románticos y apostólicos su amor cristiano y profundo por los niños, su devoción por la juventud, su culto por los pájaros y por los árboles, su religión

por el arte y la cultura, su afán ejemplar y tenaz por la desbarbarización de El Salvador, su sed insaciable de justicia social y sus desinteresadas y fecundas actividades de político, de profesor, de ideólogo y de hombre de letras. No podía ser de otra manera, porque Masferrer nació para “servir”, es decir para “darse” a los demás, como diría Amado Nervo, para entregarse en cuerpo y alma al servicio altruista de la humanidad, sin pensar nunca que los hombres de todas las latitudes y de todos los tiempos pagan siempre en moneda de ingratitud, cuando no de martirio, a todos aquellos que, como él, se olvidan de sí mismos para consagrarse al amor, al mejoramiento y al bien de los otros.

Sin el muy positivista y muy terrestre sentido de las realidades económicas, sin bajos apetitos, sin ambición y sin codicia, sin nada de espíritu comercial o filisteo, incorregible “nefelibata” como diría Rabelais, Masferrer hizo periodismo accidental y temporal, algunas veces para subvenir a las muy pocas necesidades materiales de su subsistencia, mas sirviéndose siempre de los periódicos como de medios, instrumento o vehículo de difusión de sus ideas, teorías y doctrinas de pensador, de artista, de escritor, de patriota y maestro; pero nunca como escabeles o trampolines para trepar a las alturas de la Riqueza o el Poder, sus dos enemigos capitales, sus dos “bestias negras”, las dos omnipotencias contra las cuales quebró sus innumerables lanzas de Quijote.

Desinteresado, altruista, generoso, quizá excesivamente iluso y utopista, Masferrer no quiso ni pudo hacer nunca periodismo profesional ni de ninguna otra índole para lucro o provecho propio, así como tampoco ejerció el magisterio para medrar, ni escribió tantos libros admirables para hacer negocios editoriales, ni emprendió campañas eleccionarias para llenarse la bolsa y la andorga. El Maestro Masferrer hizo periodismo accidental e incidentalmente, por necesidad imperiosa y espiritual de comunicar y difundir sus ideas, los millares de ideas que le bullían en el ce-

rebbero como en un crisol maravilloso, y también, de tarde en tarde, para ganarse honradamente la vida, tanto aquí como en Santiago de Chile, Buenos Aires, Guatemala, Honduras, Costa Rica y otros países adonde lo llamó su inquieta y batalladora existencia, pero siempre animado de un nobilísimo afán de ser útil a los demás, de propagar y defender sus ideales y doctrinas, de exaltar las excelencias de la cultura, de infundir en los espíritus el amor al arte, a la belleza y al bien, de volver por los hollados fueros de la justicia, de redimir y libertar a los proletarios y los explotados, de suavizar los dolores silenciosos de todos los oprimidos, los espolcados y los tristes, de ablandar con sus prédicas y admoniciones las conciencias empedernidas de aquellos, ricos y dichosos, para quienes las palabras de conmiseración y bondad son palabras vacías.

Tuvo horror al periodismo profesional el Maestro, porque el periodismo profesional de hogaño, muy distinto del periodismo romántico e ingenuo de antaño, desvía, desnaturaliza, anula y hasta prostituye en el verdadero escritor, en el escritor digno y honesto, sus mejores, sus más vigorosas y sus más nobles facultades intelectuales y morales, convirtiéndole algunas veces en galeote, juglar, polichinela, fanteche o histrión, sobre todo, si el pobre escritor no es empresario o dueño de periódicos sino un simple peón o redactor a sueldo, que no puede ni debe escribir lo que piensa, siente y quiere, sino lo que piensan, sienten y quieren, su director, su público, sus correligionarios, sus colegas, los suscriptores y hasta los anunciantes del diario para el cual trabaja y escribe.

Para hacer periodismo profesional, lo que ahora se llama periodismo técnico de información, le faltó al Maestro Masferrer el “sentido de la actualidad”, sin el cual es completamente imposible hacer hoy un diario que guste al público, que atraiga a la masa, que interese y sugiera a la muchedumbre, que satisfaga a los suscriptores y complazca a los anunciantes. Al decir

“sentido de la actualidad”, quise decir, de los sucesos o acontecimientos sobre los cuales hay que informar al público a la mayor brevedad posible, con el máximo lujo de detalles, ya se trate de crímenes espeluznantes, eventos deportivos, películas cinematográficas truculentas, escándalos sociales, peculados, “planchas” gubernamentales o hechos diversos que emocionan y apasionan al público lector y por los cuales Masferrer no mostró nunca ningún interés, sintiendo al contrario, por ellos, una especie de horror o de repugnancia física y moral.

No tenía tampoco el Maestro Masferrer ninguna capacidad especial, vale decir técnica, para elaborar o hilvanar informaciones sugestivas, pintorescas o emocionantes sobre los sucesos reales de la vida diaria, o para inventarlos cuando no ocurrían, lo que constituye en la opinión de las autoridades en la materia, la facultad máxima del verdadero periodista actual cuya misión social ha cambiado, radicalmente, desde que los periódicos dejaron de ser tribunas de ideas o de doctrinas para convertirse, a compás con el ritmo acelerado y el mercantilismo del siglo, en empresas comerciales de publicidad, en instrumentos de propaganda industrial, agrícola o de otra índole, en organismos vivos de “réclame” de esto o de aquello, que es en realidad lo que son la mayoría de los diarios o periódicos de hoy en El Salvador y en todos los países del mundo.

No era capaz el Maestro Masferrer, por demasiado amor o devoción a las ideas y a las quimeras, de sacrificar un editorial enjundioso, un bello artículo sobre arte, religión o filosofía, una parábola o un cuento, por una noticia política, social o deportiva de palpitante actualidad, por un dato bursátil sensacional o las últimas cotizaciones del café en Nueva York, por el relato espeluznante de un crimen pasional, por un anuncio bien remunerado o por una información detallada del último match de boxeo, como lo haría sin vacilar cualquier periodista de aquí, de los Estados Unidos o de Europa, porque para los diaristas de hoy, la

noticia, el suceso de última hora y la información llamativa lo son todo, y si no todo, lo primero y principal. La literatura, el arte, la filosofía y las demás cosas en que se ocupan los soñadores y los ilusos sólo son y sólo pueden ser materiales de “relleno” para un diario que se respete, que quiera ser comprado, tener anuncios y ser leído.

Masferrer entendía el periodismo de otro modo, como lo dije al principio, romántica y apostólicamente, no para comunicar, difundir y comentar noticias, sucesos, hechos y acontecimientos sensacionales, sino para propagar doctrinas, pensamientos e ideales humanitarios, elevados y redentores, tal como se hace en una cátedra, en un púlpito o en una tribuna, y por eso fracasaron siempre, económica y materialmente hablando, todos los diarios, periódicos o revistas que fundó, redactó y dirigió dentro y fuera del país.

Masferrer periodista, fue iluso, así como fue educador ilustre, político iluso, patriota iluso, defensor iluso de las clases proletarias y todo lo que fue y quiso ser en su azarosa y fecunda existencia, que es ejemplo altísimo de bondad y de excelcitud, paradigma de desprendimiento y desinterés, modelo de amor a la patria y a la humanidad, de devoción por la Belleza, el Arte y la Cultura.

Masferrer en el periodismo, como en todas sus actividades de hombre y de escritor, sólo fue y sólo quiso ser un guía de conciencias, en fin, un “profesor de idealismo”, como diría don Francisco García Calderón quien no desdenaría hacer una semeblanza del Maestro salvadoreño para hacerle “pendant” a su estudio sobre Rodó, con quien Masferrer tuvo múltiples puntos de contacto, no sólo en su obra literaria, de un estilo diáfano e impecable como el del maestro uruguayo, sino hasta en la sañuda fatalidad de su destino de hombre, ya que los dos vivieron y murieron con la desoladora y triste pobreza en que pe-

recen todos o casi todos los grandes escritores y poetas, que pagan en su carne dolorida y martirizada la riqueza portentosa de su estilo, esa riqueza incoercible que no se acuña en moneda reluciente, pero que engrandece y perpetúa a los pueblos.

En estricto sentido, aplicando el criterio moderno del periodismo a la obra de Masferrer en la prensa centro y suramericana, el ilustre pensador salvadoreño no fue propiamente un "periodista", aunque haya hecho periodismo circunstancial y forzado, un periodismo sui generis como el que hace o se ven obligados a hacer todos los grandes escritores para satisfacer sus necesidades personales y por falta de otros medios más adecuados para irradiar en torno suyo su pensamiento, sea sobre cuestiones sociales u obreras, ora sobre arte, religión, literatura, ciencias o filosofía. Pero si no hizo en realidad periodismo profesional, informativo y cotidiano, Masferrer dejó en las hojas periódicas que se honraron con su colaboración, la huella resplandeciente y luminosa de su espíritu, de su corazón magnánimo y de su excelsa inteligencia, que penetró con hondura y certeza magistral en lo más abstruso y recóndito de los más graves y más complejos problemas sociales salvadoreños, sobre todo en los problemas relativos a las cuestiones del trabajo y la vida de las clases proletarias, las que fueron materia constante de su predilección, aun cuando se hayan tergiversado, por ignorancia o por malicia, las prácticas y sencillas soluciones que propuso, no sólo por los potentados y los gobiernos incomprensivos e imprevisores, sino que también hasta por los mismos obreros y campesinos por cuya redención trabajó tesonera, infatigable y desinteresadamente.

Debemos felicitarnos de que el Maestro Masferrer no haya sido en realidad un periodista profesional, porque ese periodismo agotador y absorbente, que es una especie de Moloch insaciable, habría anulado o amenguado sus altísimas dotes de escritor, de pensador, de maestro, de poeta y de artista; esas mismas dotes

extraordinarias que hicieron de él una de las personalidades más  
descollantes, dinámicas y múltiples de que puede enorgullecerse  
no sólo El Salvador y América Central, sino todo el Continente  
Americano.





## MASFERRER CONCILIADOR

*Por Miguel Angel ESPINO*

Ha llegado la hora de hacer criterio sobre la obra de Alberto Masferrer. Su vida fue una batalla, la pasión de sus enemigos confundió los términos, se equivocaron las intenciones, en una palabra, se adulteró su prédica. Mientras él vivía, la controversia encontraba amplia disculpa al considerar su formidable capacidad combativa. Pero estamos en el momento en que se impone una aquilatación noble de sus tendencias, vertidas en una copiosa labor que abarca toda su vida inquieta, repartida entre la cátedra, el libro, la conferencia, el periodismo, etc.

No queremos agregar adjetivos a toda la literatura fúnebre que sobre él se ha hecho. Queremos nada más analizar la confusa imagen que de su cosecha intelectual se tiene. Esto es un deber moral para la generación que recogió honradamente su propaganda sin mixtificarla ni alterarla con intonsos ribetes desorientados.

Masferrer tendrá que ser, cuando el odio de la comprensión termine, considerado como el apóstol de la armonía social en El Salvador. Provoca pena pensar que hay gente en nuestro pueblo que le tilde de bolchevique. La distancia entre las ideas de Masferrer, en materia social, y los sistemas marxistas, es tan grande, que se necesita de una ignorancia sistemática para ad-

mitir lo contrario. Masferrer es siempre expositivo. Apunta ideales sociales, pero no llega a construir un sistema político, ni una traza económica. Esto es, sencillamente, porque toda su renovación, de aspiración socialista, se desenvuelve sin embargo dentro de un espíritu capitalista. No hay en toda su obra revolución económica ni social. Su sistema de armonía social comprende los mismos métodos que en otras partes emplea el propio capital, como defensa contra las asechanzas proletarias. El maestro tuvo el valor de proclamarlas aquí, en un medio en donde impera el tono más inconsciente del capitalismo, de un capitalismo sin brújula, que ni siquiera intenta defenderse con inteligencia de las corrientes que contra él se promueven y toman cuerpo en las masas. La última sacudida roja ha venido a confirmar la verdadera posición de Masferrer. El resumen de las opiniones expresadas por la prensa es éste: “tenemos una campaña feudal; es cierto que en ocho mil kilómetros cuadrados productivos no pueden arraigarse latifundios, pero, en realidad, tomando en cuenta precisamente la asfixia territorial, sí existe concentración de producción; la vida campesina necesita garantías; se roba a los trabajadores; la culpa de este último fenómeno eruptivo la tienen los propietarios que mantienen en sus posesiones un verdadero sistema feudal”.

Masferrer dijo esto antes de los acontecimientos penosos que enlutaron la vida nacional. Su culpa es haberse adelantado. Su culpa es haber predicho. Y haber señalado el remedio para que los conflictos entre el capital y el trabajo no se decidieran en una forma tan cruel como la que los sucesos pasados arrojaron.

Bastaría preguntar a sus detractores si entienden remotamente lo que el sistema bolchevique representa en lo económico, y los medios que impone para lograr sus aspiraciones, y si se han tomado el trabajo de reflexionar un momento sobre las ideas del pensador salvadoreño, que en un porvenir más justo o menos

ignorante, tendrá que aparecer como el apóstol de la armonía social.

Es obligatorio para sus amigos y sus enemigos detenerse un instante, y con un poco de honradez en la cabeza y en el corazón, pesar las ideas del maestro extinto. Y además de honradez, digámoslo claramente, con un poquito de comprensión.



## “MASFERRER SE HA IDO . . .”

Por A. GUERRA TRIGUEROS

¡Mentira!

Mentira, muchachos.

Masferrer no se ha ido.

No se ha ido, porque no puede irse.

Porque, si bien no está —ni puede estar— todo Masferrer incluido en PATRIA, en cambio PATRIA es toda ella Masferrer. Está hecha de Masferrer. Amasada de Masferrer. Incubada por Masferrer. Y aun nos cobija el ala clara de su espíritu.

El está aquí, con nosotros.

Su pequeña sombra, sencilla y augusta, vive aquí, prisionera entre nosotros, en nosotros. Atada a nosotros. Encadenada al latir de nuestros corazones.

Alguna vez —en virtud de aquel aporte nuevo que cada generación va añadiendo a la anterior—, alguna vez puede un hijo renegar y distanciarse de su padre. Un hombre de su obra, un padre de su hijo, nunca. Porque en el hijo está encarnado, entregado a la suerte, todo su poder de eternidad; y esta resurrección de la carne constituye, para el hombre, su única probabilidad de sobrevivir.

Porque en el hijo alienta el hombre. En él palpita. En él vive

e irradia. Y por eso no podrá nunca Masferrer separarse de nosotros. Porque no puede un padre alejarse ni morir, mientras sus hijos vivan.

...Decís que Masferrer se ha ido?...

¡Cobardía!

De nosotros depende, muchachos, de nosotros depende que él no pueda irse; de nosotros, que no le dejemos ir. Porque en nosotros está el poder de crear a Masferrer, de resucitar a Masferrer, de engendrar un Masferrer más real que el verdadero.

—Que su cuerpo se ha ido, decís —frágil vaso de carne y hueso— a disolverse entre la sombra?

Su cuerpo se ha ido. Bien: ¿y qué? ¿No podemos acaso formarle aquí, entre todos, un nuevo cuerpo colectivo, hecho todo él de imaginación, y de cariño, y de recuerdo? Un cuerpo ilusorio, sí: un *mayavirupa* que dirían los indos; un maravilloso, iridescente cuerpo de ilusión, todo él luminoso de fe, resplandeciente de esperanza, cálido de amor y de eternidad? ¿No podemos crear, y mantener siempre vivo, siempre pronto a recibirle, un milagroso cuerpo emocional, que algún día volverá a habitar su espíritu, cuando a él así le plazca, cuando sea llegado el momento, cuando, a nuestro conjuro, haya él de resucitar en la aurora del Tercer Día?

Sí, muchachos. Podemos.

Yo quiero, desde hoy, organizar entre vosotros, una *resistencia pasiva* a la manera de Gandhi. Una resistencia que tenga la virtud perenne de creación que necesitamos para *no dejar ir* al Maestro. Para que su alma —ave del Paraíso— prisionera y libre a la vez en la frágil red de estas columnas, viva y labore siempre en cada uno de nosotros, hasta que sean dignos de él cada uno de nuestros pensamientos, cada una de nuestras obras, cada momento de nuestras vidas.

¿Resistencia Pasiva, he dicho? Sí. Y activa. Como en la

India, la verdadera lucha por el Ideal, antes que en el mundo, debe establecerse en nuestras almas. Debemos tener, espiritualmente, sacrificadas nuestras vidas. Debemos, Vitalistas, VIVIR antes que todo. VIVIR como si no existiese la muerte. VIVIR en el presente, dentro de la Eternidad.

Como en la India, debemos hacer caso omiso de la muerte y de la fuerza —llámese como se llame—. De todas las fuerzas negativas, de todas las fuerzas materiales de la inercia, de todas las fuerzas de sombra y descomposición.

¡Arriba, *Hombres en Pie!* Dejemos podrirse en paz, entre sus planillas y sus dividendos, a los *Hombres Sentados*. “Dejemos a los muertos enterrar a sus muertos”. Y nosotros, vivos, vivamos.

Por eso os propongo la Resistencia. Resistencia, sobre todo, al desmoronamiento interior. Resistencia al egoísmo, venga de donde viniere, de adentro o de afuera, del bando negro o del bando rojo, del capital enmascarado de proletario, o de los bajos apetitos disfrazados de abnegación revolucionaria. Resistencia, en fin, a toda influencia extraña —extraña aunque venga de adentro— que pretenda ejercer sobre nosotros su dominio. A toda influencia —exterior o interior— de la burguesía satisfecha. A toda influencia que no sea, como la del Maestro, absolutamente pura y diáfana. Que no responda, clara y cristalinamente, a la vibración de su espíritu evangélico.

Resistir, muchachos. De eso se trata. Que en PATRIA siga viviendo Masferrer. Que PATRIA siga SIENDO Masferrer. Que siga vibrando en nosotros el temblor estelar de su esperanza, que en nosotros siga ardiendo la viva llama de su fe, que fluya siempre en nuestras venas la roja sangre de su universal amor.

...Que Masferrer se ha ido, decís?...

No.

Pese a las apariencias, pese a sus enemigos, pese a sus amigos;

pese a nosotros mismos, y a Masferrer mismo, y a la muerte  
misma, Masferrer no se ha ido.

¡No se ha ido!

Mentira, muchachos.

Masferrer, somos nosotros.



## LOS QUE SE VAN. . .

(A Masferrer y a Lagos).

Por Vicente TRIGUEROS

De los cinco tropicales que hace dos años formábamos en Chile la francmasonería literaria, no queda ya en Santiago sino uno: yo.

Juan Coronel, Isaías Gamboa, Alberto Masferrer y Luis Lagos se han marchado.

Los dos primeros hacia el país de donde no se regresa, los otros al terruño nativo.

A veces la ausencia, como el sueño, se parece tanto a la muerte que los que se separan no vuelven jamás a encontrarse.

Los adioses que se pronuncian en la plataforma de un ferrocarril en marcha o a bordo de un vapor que parte, son en muchas ocasiones hermanos gemelos de aquellos con que a la orilla del lecho se despide a los moribundos.

Los viajeros como los enfermos están expuestos a perderse para siempre: el mundo es también como los cementerios, una gran tumba.

Por eso cuando fui a la Estación Central de los Ferrocarriles de Santiago, el año antepasado a despedir a Luis Lagos, como cuando este año en el mismo punto, di mi adiós a Masferrer, yo sentí un vago temor de no volverles a ver. . .

¡Qué adioses aquéllos! A Lagos no tuve valor de acompañarle

a su asiento del vagón. A Masferrer, por miedo de llorar, en medio del inmenso número de gentes extrañas que llenaba la estación, le dejé ahí, después de cambiar con él unas cuantas bromas con las cuales yo pretendía en vano dulcificar la amargura que me produjo la partida del que fue aquí amigo, compañero y guía.

Como a los dos anteriores, a Isaías tampoco pude despedirle en forma.

Dicen que cuando de verdad se estima a una persona no se le puede decir adiós con toda la formalidad con que se saluda a un transeúnte cualquiera.

Estuve al lado de Isaías, mañana y tarde todos los días de la semana final de su permanencia en Santiago: a la hora de su partida yo falté entre sus amigos.

Si tuve fuerzas para despedir a Masferrer y a Lagos que iban sanos y alegres persiguiendo uno las comodidades del hogar y el otro el esplendor de las grandes capitales, me faltaron ánimos para estrechar la mano de quien partía triste y enfermo, en busca de una tumba...

¿Para qué ir? Mis lágrimas saltándose de los ojos le habrían hecho llorar a él, que era sentimental como un niño, y ¡quién sabe! tal vez ellas le hubieran revelado la inmensa pena que me producía el estado de su salud ya irremediablemente perdida.

Cuando se despide a un amigo en el estilo de decirle “hasta luego” y no “hasta nunca”; y un “hasta luego” en los labios de quien como yo, que por haberle atendido en su última enfermedad sabía que ya no le volvería a ver, hubiera sido una de las más crueles ironías.

El Destino, que por lo que dicen es como las olas y las nubes caprichoso y voluble, hizo que aquí en el destierro, después de tratarnos con cariño, Coronel y yo rompieramos nuestra amistad. Creo ya haber dicho que el motivo de ello no fue otra cosa que un artículo violento tal vez, pero sincero y cierto que

yo escribiera en “El Chileno” en contra de ciertas ideas suyas en donde quería constituir en axioma la conquista de razas, a propósito del conflicto ruso-japonés.

Coronel como escritor de renombre continental cuidaba con orgullo de su fama.

Yo que he tenido siempre quién sabe si entre mis defectos o entre mis méritos la herencia de altivez indígena, digo o escribo siempre la verdad.

De aquí que habiéndome negado él el habla al día siguiente de la publicación de mi artículo y habiendo yo aceptado su mutismo como un rompimiento final de relaciones, no volviéramos a dirigirnos la palabra.

¡Y lo que son las vanidades de este mundo!

Tres, cuatro o cinco días después él ingresaba al Manicomio de Santiago con la razón perdida para siempre y yo deploraba amargamente con toda la potencia de mi alma el haberle atacado!

Y desde entonces tuve como un deber de los primeros el llegar al Manicomio en toda ocasión posible a informarme del estado de su salud hasta el día final de su vida.

Motivos independientes de mi voluntad me impidieron el acompañarle —ya cadáver— a la última morada.

La despedida postrera no pude dársela. Ni tampoco la necesitaba. Se va a decirles adiós a los viajeros de los muelles o a la estación de los trenes, porque los pañuelos que se agitan en el aire producen en el ánimo de los ausentes el consuelo de que su recuerdo perdurará en el alma de los que se quedan. ¿A los muertos para qué? El buque o el tren que se llevó a un amigo querido puede regresármolo un día, la barca sombría que llamamos ataúd, jamás. Ella parte una sola vez y los invisibles remeros que la guían no vuelven nunca hacia el puerto de donde salieron, llámese este lugar. . . ¡Y para qué habrían de volver! Harto saben ellos que aquí sobre la tierra cada hombre es un condenado al martirio y que librarse de ella es el mayor de los bienes.

¡Habría mucha ingratitud en la resurrección de la carne! . . .

¡Los que se fueron! En mis horas de tristeza suelo a veces recorrer las calles donde vivieron esos cuatro ausentes.

Sentado en los bancos de la Plaza de Armas mis ojos se van hacia el tercer piso del Hotel Francia, y creen encontrar detrás de los cristales de una pequeña pieza la silueta de Coronel, echado sobre su mesa de escribir, estrujando el cerebro para llevar a la prensa lo que debía proporcionarle el alimento diario en cambio de su futura salud. La calle del Estado me recuerda a Gamboa tanto como la Alameda. En las dos vivió el poeta con sus versos, sus ilusiones y sus dolencias y por las dos atravesé yo muchas veces en busca de él cuando su enfermedad final le arrojaba al lecho.

En Masferrer ¡cuántas veces he pensado con cariño, recorriendo las calles de Gálvez, San Diego y Santa Rosa y pasando enfrente de las seis u ocho casas donde él vivió!

Porque Masferrer casi podía decirse que no vivió aquí 24 horas en una misma casa.

Acostumbrado a la libertad de las habitaciones salvadoreñas parecíanle estos enormes caserones, con sus estrechas piezas llenas de lujo y faltas de horizonte, verdaderas jaulas doradas donde los hombres que también como las aves aborrecen la esclavitud, se mueren de fastidio.

¡La calle Valdés! ¡Oh! Si es cierto que como a los seres humanos también se les pone amor a las cosas, yo podría decir que he amado esa calle de todas veras.

Ahí encontré recién llegado, para mi pena negra, lista a todas horas la amable carcajada con que Lagos, con un cariño que he de agradecerle siempre, mató mi nostalgia. Bromas, chascarrillos, decires salados, pláticas llenas de humor, brotaban de los labios de ese camarada bohemio, resonando dentro de las cuatro paredes de una modesta casa de una calle.

Si a Masferrer le debo haber recibido sus atinados consejos en los instantes de duda, a Luis Lagos le debo el haberme ale-

grado cuando me martirizaba el recuerdo de la tierra lejana, los momentos de dolor.

¡Los ausentes! A dos de ellos —Coronel y Gamboa— no les encontraré ya jamás!

¿Me será dado volver a estrechar la mano de Masferrer y Lagos? ¡Quién sabe!

En Chile, año de 1905.



CARTA DEL POETA COSTARRICENSE, LIC.  
ROGELIO SOTELA, ANALIZANDO LA  
PERSONALIDAD DE DON  
ALBERTO MASFERRER

San José, agosto 25 de 1933.

Don Francisco Morán,  
Comité Pro-Homenaje a Masferrer,  
San Salvador.

Mi distinguido amigo y compañero:

Recibo su carta cuando estoy preparando viaje para Nueva York. Sin embargo, ha de hacerse a un lado la montaña de cosas banales en que me ocupó, y todo ha de darse en homenaje y holocausto de quien fue Maestro por excelencia.

Al recordar a Alberto Masferrer en este momento de mi viaje, siento como que su nombre me baña de luz y es feliz augurio de algo grande y noble.

Hace un año, por estos días, que de paso hacia México, tuve oportunidad de llevar flores de mi patria para la tumba del Maestro. Estaba aún removida la tierra y sobre ella caían con las flores mis palabras, dichas con devoción y con amor hasta entonces no sentido. Así comprenderá usted cómo descarta, en esta oportunidad del homenaje a su memoria, hacer un estudio digno de él, que iluminó a los jóvenes y honró a Centroamérica.

¡Qué poder de ternura y de comprensión y de amor hay

271

en sus libros! Leyendo de nuevo “La Vida de Jesús”, uno de los últimos suyos, me afirmo en el juicio que ya había expresado de parecerme ver en Masferrer a Rodó; a nuestro José Enrique Rodó, más cristiano, más puro si cabe.

Pasa por esta obra tan humanamente Jesús, tan noblemente, tan sencillamente, que se piensa en que él logró en pocas páginas lo que la Iglesia no ha logrado nunca en muchos siglos: hacer asequible la Verdad profunda, dejar entrever la razón de algunos misterios y, sobre todo, hacer amar esas figuras tan bellas de María, Isabel, José, Zacarías, Juan, y poner cerca del corazón de los hombres la figura divina del Rabí que le dio a Masferrer la flor de la Sabiduría para que se esponjara entre sus manos, y ha de darle ahora, en el reposo de la muerte, la gracia de la Paz.

¡Cuánto problema visto y resuelto alrededor de Jesús! El de la Unidad en el plan de evolución lo glosa bellamente:

*“Rabí, en verdad te digo, que cuando venga el Hijo del Hombre, habitará el lobo con el cordero y el tigre se acostará con el cabrito.” (Página 176).*

El de la Libertad lo trata en la única forma en que puede y debe tratarse, porque

*“no podrá ser un pueblo libre ni feliz si antes no limpia su alma.” (Página 181).*

El de la Renunciación, a través de Buda y de Platón, es de gran fuerza creadora y tiene la virtud de revelar que Cristo vive latente en cada hombre, y así es preciso verificar la visión de Isaías:

*“Hacer de las espadas rejas de arado y de las lanzas hoces para segar la mies.” (Página 175).*



¡El de la Reencarnación, con qué altura lo trata! Lo llena de interés y lo explica tan fácilmente en la afirmación valiente y honda de que, en realidad,

*“de nuestros padres no recibimos sino la carne, la primera vestidura con que aparecemos al mundo.”* (Página 131).

La idea del hombre superior que no es “buen padre de familia”, ni es “honorable patriota”, ni es “vecino tranquilo”, pero que un día será el rebelde que liberte a un pueblo, o el Santo que ilumine y perfume al mundo, cómo la recoge el Maestro de la vida de Jesús, para quien sus hermanos y su madre y todos sus parientes fueron todos los hombres de buena voluntad que lo seguían! Así Mahoma y así Buda y así Francisco de Asís y así todos los iluminados!

¡Qué visión más hermosa la que pone en Jesús cuando habla con su madre del Rey que ha de venir, no a matar ni a dominar; pero a curar, a aliviar, a compadecer! (Página 90).

Luego, qué pinturas las de Juan y Jesús que se amaron y vivieron como padre e hijo, como se amistarán y vivirán juntos un roble y una rosa; como se amarían un león y una alondra. . .

¡Y el Bautizo, qué eclosión de serena belleza y de suavidad! En ánfora leve que contenía el vino de Engadí en que bebieran ellos escanció sobre su pluma noble una esencia remota y eterna, pues que el estilo y todo en su libro tiene el hálito extraño de algo superior, caro a unos pocos en estos días de insolencia literaria. . .

\* \* \*

*“Piense una hora en mí, con su buena y dulce compañera, ojeando este libro, más que ninguno nacido de mi corazón”, dice el Maestro en la dedicatoria con que me envió este libro.*

Y yo respondo: no una hora. Quien conoce la obra de Masferrer le ama siempre, siempre!

Y cómo no ha de ser salido de su propio corazón este libro si en él palpita el mismo tremante corazón suyo, en él brilla el mismo espíritu del Maestro, como palpita y brilla un orto en la trémula página de un lago!

\* \* \*

Mi distinguido señor Morán: como lo dije en la prensa de aquí al día siguiente de haber muerto el Maestro, he sido yo uno de los más sinceros admiradores de Masferrer, un exaltador de su obra, de su vida. Cada libro suyo, que venía a ser como una ablución espiritual sobre la América, era para nosotros motivo de contento infinito, de salud interior. Yo los saludé todos con mi gran entusiasmo para las cosas esenciales.

Luego su obra ingente y preciosa en "Patria" y en "El Istmo", su otra labor de periodista, constante y profunda en todas partes, tiene toda un sello de dignidad, de elevación, de pureza —extraño en nuestra época—, que lo hace destacarse, a mi juicio, como el escritor más alto de la hora en Centro América, el más noble, el más desinteresado, y encima de eso, como para que tal obra tuviera un halo de perennidad, Masferrer puede ser considerado como el escritor de estilo más suave, más armonioso. A él se le puede dar un calificativo, un atributo singular, un nombre que hace tiempo no puede sonar: el de Apóstol. Eso fue el Maestro querido: un Apóstol de idealismo.

Su orientación espiritual, dirigida constantemente, valientemente a través de todas las vicisitudes de su enfermedad, de su pobreza y de la incompreensión ambiente; su carácter levantado como una bandera en medio de la desolación de sus compatriotas; su fe segura; su amor a la Verdad y a la *Renovación de la Socie-*

dad, todo eso lo hace, ante quienes lo hemos seguido, ser de verdad un Apóstol.

Los jóvenes deben conocer su vida y su obra, para que lo amen. Si, como decía Swedenborg, las cosas divinas las conocemos amándolas como las cosas humanas las amamos conociéndolas, debemos acercarnos a la obra profunda de este pensador generoso que fue un orto bajo el cielo del Istmo Centroamericano. Así verán las nuevas generaciones una vida de Héroe, no al estilo oficial; más de Héroe en el sentido único en que debe concebirse: que realiza con desinterés y con utilidad para los demás su vida, así él tenga el dolor más hondo.

Con su muerte, las letras hispanas han perdido a un estilista impecable, a un escritor consciente de su deber, a un predicador de idealismo, y para mí, en un orden superior de ideas, el primero entre los hombres de hoy en la Patria centroamericana que usan de la pluma para exaltar la Belleza o para difundir el Bien.

Cuando los jóvenes hayan asomado su corazón en estos libros y hayan sentido la altura de “Las Siete Cuerdas de la Lira”, del “Ensayo Sobre el Destino”, de “Estudios y Figuras Sobre la Vida de Jesús”, de “Formas”, de toda su obra, primigenia y madura; cuando ellos hayan conocido esos libros, sentirán impulsos de buscar

*“aquel Reino secreto e inaccesible donde pueda refugiarse el alma mientras pasa el reinado de César. . .”*

Le agradezco a usted, señor Morán, que me haya hecho participar en el homenaje que se prepara al Maestro y sólo me apena haberlo realizado en forma tan menguada para él, que merecía la dación más pura.

Rogelio SOTELA.



## LOS ULTIMOS DIAS DE MASFERRER

San Salvador, 1º de Septiembre de 1932.

Mi querido don Joaquín:

Malas noticias: Masferrer está en agonía. Dentro de breves instantes ya será hombre de la historia. Usted comprende lo que nos dolerá este trance!

Muere pobre, negado por los semejantes que le atribuyen todas las desdichas que otros apresuraron o planearon. Muere sin poderse expresar porque desde hace días la dolencia nerviosa lo privó de ese don que lo hizo luminoso y magnífico.

Estaba en San Pedro Sula en el destierro. Desde hace más de dos meses lo golpeó su vieja enfermedad. La señora Bográn lo asiló en su casa. Mejoró. Fué a Tela a unos baños de mar. En seguida empeoró. Su señora esposa fué a traérselo. La semana pasada se hizo el viaje por aire. Salieron por la mañana para Tegucigalpa. El viaje fué largo como para maltratar más al enfermo. Ese mismo día salieron en avión para San Salvador. El viaje fué más largo que de ordinario. El avión como que no quería llegar a San Salvador, envuelto en densa niebla. Aterrizaron forzosamente cerca del Río Lempa sin dificultad. Intentaron reanu-

dar el vuelo, pero entonces se rompió un ala. Como que el aparato se negara a traer al maestro a la capital. Entonces no hubo otro recurso que quedarse allí. Una frazada amarrada en palanca, sirvióle de hamaca y dos hombres lo sacaron del llano a buscar la tibieza de una pobre choza. Esa jornada fué pesada, hasta las rodillas se hundían en el lodo los cargadores y la señora del maestro. Pasó la noche en la pobre choza donde le brindaron la única cama que había.

Al día siguiente, en la misma hamaca, fué llevado a la estación de “San Marcos Lempa” a tomar el tren ordinario de pasajeros. El temporal se había comido los terraplenes y la línea estaba obstruída. Había que regresar para dar paso a un tren de trabajo. Esperar y esperar. Por fin llegaron a la capital con tres horas de retraso.

Pasó cinco días sin poder expresar, teniendo intactas sus facultades. Pocos de sus discípulos, dos o tres, lo vieron, le hablaron. Los conoció, les sonrió, quiso hablarles, pero la enfermedad le había quitado la memoria de las palabras. El viejo león, vencido, lloró, lloró. Prometheo estaba encadenado.

Hoy tarde, a un lado su madre, a otro su esposa, su hermano, un amigo, sólo uno, vigilaban su respiración acelerada. La fiebre le hacía sudar copiosamente. El enfermo en el delirio, en la desesperación movía los brazos; como que quería despojarse de las ropas mojadas. Así lo dejé, aún no ha muerto; pero de seguro cuando Ud. lea esta carta, Masferrer el visionario, será hombre de la historia.

Quizá el Repertorio le hará su homenaje. Por eso le mando algunos recortes de “Patria”. ¡Ah! don Joaquín, se nos muere Masferrer, y no nos parece que sea cierto. Yo también le doy a Ud. el pésame. Un abrazo.

*Alfonso ROCHAC.*

## ALBERTO MASFERRER

Por TRIGUEROS DE LEON

Sencillo. Sin complicaciones. Con espíritu como el de Tolstoi. Llano en el decir las cosas de la naturaleza; en el ver, con ojo desnudo, el pájaro que raudamente cruza la bóveda azul del cielo; o las flores de los madrecaos y maquilishuats que fingen nubes, levemente rosadas, prendidas en las ramas blancas de los árboles.

Alberto Masferrer cautó esas cosas sencillas: el alba de oro y el atardecer de cristal verde cuando una luz recién nacida, ya plata de estrella, comienza a suavizar las serranías.

Allí está Masferrer poeta. El Masferrer sociólogo que otros han visto no fue sino el hombre apolíneo que dejó un instante la lira para empuñar la tea. No hubo teoría escueta, numérica; cálculo seguro, estadística; ni otros materiales que ocupan los sociólogos en sus investigaciones.

Masferrer, a pesar de haber organizado campañas en favor del obrero y del campesino, no fue el hombre dueño de las masas, el conductor de rebaños humanos; fue siempre, a toda hora, el poeta que, olvidando su nube, puso los pies en tierra y vio, en torno, la realidad de sus semejantes.

Rostro sereno. Cabello cayendo en mitad sobre la frente. Mirada firme; mas no dura. Ancho bigote recortado en los extremos. Labios tristes.

José Mejía Vides lo pintó en tono gris mantenido en luz mate, interior. Al fondo se abre la ventana de Cuzcatlán —¡ah, los contrastes!— y otra luz cabrillea sobre las montañas.

Sin arrebató, melodiosamente, Alberto Masferrer pulsa una lira a la altura del corazón. . .

(Del libro *Labrando en Madera*, Imprenta Funes, San Salvador, 1947).



CONDOLENCIA DE LA REPUBLICA MEXICANA  
POR EL FALLECIMIENTO DE DON  
ALBERTO MASFERRER

NOTAS CRUZADAS ENTRE EL MINISTRO DE  
AQUEL PAIS Y EL DR. ARAUJO

San Salvador, 8 de septiembre de 1932.

Señor Ministro:

Tengo la honra de expresar a Vuestra Excelencia, por instrucciones especiales que acabo de recibir de mi Gobierno, los sentimientos de condolencia de México por el fallecimiento del ilustre salvadoreño señor don Alberto Masferrer, cuya desaparición tanto significa en los anales de la vida social de esta hermana República.

Al rogar a Vuestra Excelencia se digne aceptar estas manifestaciones de pésame, aprovecho la oportunidad para reiterarle las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

*Alfonso de Rosenzweig Díaz.*

Al excelentísimo señor doctor don Miguel Angel Araujo,  
Ministro de Relaciones Exteriores.

Presente.

PALACIO NACIONAL:

San Salvador, 9 de septiembre de 1932.

Excelentísimo señor:

He tenido la honra de recibir la atenta nota de Vuestra

Excelencia N° 446.321, 2., de 8 del corriente, en la que se sirve expresar, por instrucciones especiales de su Gobierno, los sentimientos de condolencia de México por el fallecimiento del salvadoreño señor don Alberto Masferrer.

Ruego a Vuestra Excelencia hacer presente a su Gobierno, que el Gobierno de El Salvador agradece sinceramente a la noble República Mexicana tan elocuente muestra de simpatía significada al pueblo salvadoreño en ocasión de la pérdida de uno de sus más ilustres hijos.

Válgome de la oportunidad para renovar a Vuestra Excelencia el testimonio de mi elevado aprecio.

*Miguel Angel Araujo.*

Excelentísimo señor Licenciado don Alfonso de Rosenzweig Díaz, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México.

Presente.

## BIBLIOGRAFIA DE ALBERTO MASFERRER

- Ensayo Sobre el Desenvolvimiento Político de El Salvador*.—San Salvador, Imp. La República, 1901. 41 p. 17 cms.
- Recortes*.—San Salvador, Imp. y Enc. de José B. Cisneros, 1908. 86 p. 17 cms.
- Las Nuevas Ideas*.—Ambres, C. Thibaut, 1913. 48 p. 16 cms.
- Las Nuevas Ideas. Artículos y Estudios*.—(s. e.) (s. f.)
- Niñerías*.—San José de Costa Rica, Colección Ariel, Imp. Grceñas, 1916. 72 p.
- Niñerías. Pensamientos y Formas. Notas de Viaje*.—San Salvador, Ediciones del Ministerio de Cultura, Talleres Gráficos Cisneros, 1949. 96 p.
- Una Vida en el Cinc*. (Novela).—San José de Costa Rica, J. García Monge, Editor. Contiene: "El Buitre que se l'ornó Calandria", 1922. 128 p. 15 cms./ Guatemala, Ed. de Orientación, 1929. 85 p. 16 cms./ San Salvador, Colección "Biblioteca Popular", Vol. 6, Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, 28 de abril de 1955. 108 p. 18 cms.
- Ensayo Sobre el Destino*.—París, Casa Editorial Garnier Hnos. 6 Rue des Saints Péres, 6, 1926. 138 p. 11 cms.
- El Dinero Maldito*.—San Salvador, Imp. La República, 1927. 82 p. 15 cms./ Quezaltenango, Guatemala, Ed. Municipalidad de Quezaltenango, 1929. 40 p. 14 cms./ San Salvador, Publicaciones de la Unión Vitalista de El Salvador, Imp. La República, 1930. 34 p. 18 cms./ San Salvador, Edición del Ministerio del Interior, Imp. Nacional, 1950. 80 p. 18 cms.
- Helios*.—San Salvador, 1ª Edición propiedad del Dr. Manuel Zúniga Idiáquez, 1928. 76 p.

- El Minimum Vital*.—San Salvador, Edit. Helios, Talleres Gráficos Ariel, 1929. 51 p. 11 cms./ Guatemala, (s. c.), 1929. 30 p. 13 cms.
- El Minimum Vital y otras Obras de Carácter Sociológico*.—Guatemala, Colección "Los Clásicos del Istmo", Ediciones del Gobierno de Guatemala, C. A., 1950. 252 p. 22 cms.
- El Libro de la Vida*.—Guatemala, Casa Editora Orientación, 1932. 56 p. 14 cms./ Guatemala, Tip. Orientación, 1932, Tomo I, 56 p. 19 cms./ Guatemala, Ed. "Mundo Libre", 1949, II Vol., 68 p. 20 cms.
- Obras Completas*.—San Salvador, Tip. La Unión, (2 tomos), Tomo I: "El Rosal Deshojado", "Poemas Escogidos", "Niñerías", 1935. 24 cms. Tomo II: "La Misión de América", 1945. 34 p. 24 cms.
- ¿Qué Debemos Saber? (Cartas a un Obrero)*.—San Salvador, (s. c.) (s. f.) 30 p. 15 cms./ San Salvador, Imp. Funes, 1947. 78 p. 15 cms./ San Salvador, Imp. Funes, 2ª Ed., 1947. 86 p. 20 cms.
- Leer y Escribir*.—San Salvador, (s. c.) (s. f.) 45 p. 18 cms./ Incluido también en la "Revista de la Enseñanza", 1915. Págs. 3 a 35./ San Salvador, (s. c.), 1920. 57 p./ Tegucigalpa, (s. c.), 1922. 45 p./ San Salvador, Ediciones del Ministerio del Interior, 1950. 92 p. 19 cms.
- Leer y Escribir y La Cultura por medio del Libro*.—Guatemala. Tip Nacional, 1929. 98 p. 13 cms.
- Páginas. Artículos y Estudios*.—San Salvador, Imp. Nacional, 2ª Ed. (s. f.) 230 p. 16 cms.
- Páginas Escogidas*.—Buenos Aires, Colección Panamericana, W. M. Jackson Inc., Editores. Selección por Francisco Morán. Reseña Cultural de El Salvador por Claudia Lars, 1940. 386 p. 19½ cms./ San Salvador, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes. Selección de José Luis Martínez, 1935. 312 p. 19½ cms.
- Obras de Alberto Masferrer*.—San Salvador, Universidad Autónoma de El Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, (3 tomos), Tomo I: "La Doctrina del Minimum Vital", 1948. 346 p. 24 cms. Tomo II: "Hombres, Ciudades y Paisajes", "Páginas", "Fragmentos de un Libro", "Mosaico", "Una Vida en el Cine", "En Costa Rica", 1949. 302 p. 24 cms. Tomo III: "Las Siete Cuerdas de la Lira", "Helios", "La Religión Universal", "Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús", "Ensayo Sobre el Destino", "Camino de la Paz", 1951. 348 p. 24 cms.
- Las Siete Cuerdas de la Lira*.—San Salvador, Tip. La Unión, 1926. 200 p. 19 cms./ Guatemala, Casa Editora Orientación, 1935. 199 p. 15 cms./ San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1951. 348 p. 25 cms./ México,

- Ed. Casa de América, Prólogo de Ana Rosa Ochoa, (s. f.) 184 p.  
19 cms.
- Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús*.—San Salvador, Tip. La Unión, 1927. 195 p. 16 cms./ San Salvador, Colección "Biblioteca Popular", Vol. 14, Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, 23 de Agosto de 1956. 196 p. 18 cms.
- Pensamientos y Formas. Notas de Viaje*.—San José de Costa Rica, J. García Monge, Editor, Imp. y Librería Alcina, 1921. 126 p.
- La Nueva Cultura*. Discurso leído en la apertura de clases universitarias del año lectivo 1942.—San Salvador, Revista "La Universidad", Serie XIII, N° 1, Julio-Septiembre 1942. Págs. 2 a 8.
- Obra Periodística*. (Colección del Diario "Patria").—San Salvador, 1928-29. No publicados:
- El Alma del Naranja*. (Novela).
- Hombre o Vampiro*. (Novela).



## INDICE

	PAGINA
Nota Editorial .....	7
Laude y Responso de Don Alberto Masferrer. <i>Claudia Lars</i> ..	9
Declárase por Decreto del Consejo de Gobierno Revolucionario, Monumento Nacional la Tumba Donde Reposo Don Alberto Masferrer .....	11
Alberto Masferrer o la Conciencia Social de un Pueblo. <i>Francisco Morán</i> .....	13
La Educación Vitalista de Alberto Masferrer. <i>Pedro de Alba</i> ..	51
Introducción a Masferrer. <i>José Luis Martínez</i> .....	65
Masferrer, Creador del Alma Nacional. <i>Salvador Cañas</i> ..	81
Mi Alberto Masferrer. <i>Pedro Geoffroy Rivas</i> .....	99
Masferrer o la Angustia Iluminada. <i>Gilberto González y Contreras</i> .....	123
Masferrer Alto Pensador de Centroamérica. <i>Matilde Elena López</i> .....	147
Masferrer y los Pájaros. <i>Quino Caso</i> .....	153
El Pensamiento Vivo de Masferrer. <i>Dr. Humberto Díaz Casanueva</i> .....	157
Personalidad Poética de Alberto Masferrer, Maestro y Apóstol. <i>Serafín Quiteño</i> .....	161

El Retrato que Yo Me He Hecho de Don Alberto Masferrer. <i>Carmen Lyra</i> .....	173
Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús. <i>Julio Enrique Avila</i> .....	177
Un Filósofo del Orden Social. <i>Juan del Camino</i> .....	183
Masferrer Humorista. <i>José María Peralta Lagos</i> .....	189
Masferrer el Apóstol. <i>Alberto Velázquez</i> .....	213
Figura y Memoria del Pensador Alberto Masferrer. Selección de <i>Roberto Vclandia</i> .....	217
El Patriotismo Inconforme de Alberto Masferrer. <i>Manuel Barba Salinas</i> .....	221
Alberto Masferrer. <i>Graciela Bográn</i> .....	227
Masferrer y el Minimum Vital. <i>Humberto Tejera</i> .....	233
Una Voz. <i>Salarrué</i> .....	239
El Silencio Sobre Masferrer. <i>Arturo Ambrogí</i> .....	245
Alberto Masferrer, Periodista. <i>Dr. Raúl Andino</i> .....	249
Masferrer Conciliador. <i>Miguel Angel Espino</i> .....	257
“Masferrer se ha ido...” <i>A. Guerra Trigueros</i> .....	261
Los que se Van... <i>Vicente Trigueros</i> .....	265
Carta del Poeta Costarricense, Lic. Rogelio Sotela, Analizando la Personalidad de Don Alberto Masferrer .....	271
Los Ultimos Días de Masferrer. <i>Alfonso Rochac</i> .....	277
Alberto Masferrer. <i>Trigueros de León</i> .....	279
Condolencia de la República Mexicana por el Fallecimiento de Don Alberto Masferrer .....	281



*Este libro terminó de imprimirse  
el día 21 de Diciembre de 1956,  
en los Talleres del Departamento  
Editorial del Ministerio de Cultura.  
San Salvador, El Salvador, C. A.*



01M020839